# KiTO MUNDI

# de CHiLE à CHiNA

# DE CHILE A CHINA

*Por Tito Mundt*

Tito Mundt lleva veinticuatro años en el periodismo. Ha sido redactor de numerosas revistas —"Vea", "Zig-Zag", "Ecran", entre otras— y de diversos diarios, tales como "La Tercera de La hora", "Ultimas Noticias", "Extra", "Ultima Hora", etc. En 1957 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo.

Por otra parte, ha actuado como locutor de radio durante trece años, tanto en su patria como en España, y su audición titulada "Yo lo conocí" se hizo famosa en Chile.

En cuanto a los viajes de Tito Mundt, llegan a veinte. Ha estado en cuatro continentes y ha visitado treinta países. Todos los kilómetros que ha recorrido "suman más de diez veces la vuelta al mundo", como él mismo hace notar.

Resultado de ese su conocimiento del mundo es este libro ágil, desordenado quizás y como escrito a saltos, pero esencialmente entretenido, periodístico, lleno de ocurrencias, cautivante desde la primera página, todo lo cual corresponde a la intención del autor, que no se propuso hacer una guía histórica para turistas ni un "Baedeker" con precisión de datos geográficos, sino presentar un conjunto de impresiones personales, personalísimas, sobre los países, las ciudades y los hombres que fue conociendo al recorrer el mundo.

DE CHILE A CHINA constituye, además, sobre todo para los jóvenes, una demostración de que, cuando se quiere viajar, lo principal es tener la voluntad de llegar, porque los obstáculos se van venciendo en el camino. "El horizonte es una cuerda tensa que se puede y se debe quebrar. . ." Así lo dice y así lo ha hecho Tito Mundt. Acompañarle en su viaje, a través de estas páginas, resulta para el lector una interesante aventura.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

11/(04-41)

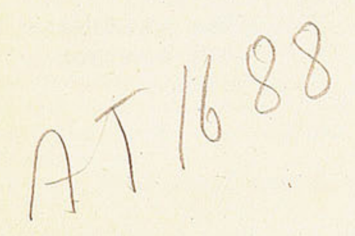
4044

*De Chile a China*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

TITO MUNDT

# *De Chile a China*




Z I G - Z A G



*A la memoria de mi padre.*

# DOS PALABRAS

AMIGO LECTOR:

*Yo he hecho una serie de viajes largos y accidentados. Veinte en total. La primera vez en el 43. Salté de Chile al Ecuador, Colombia y México. La segunda me invitó Perón a la Argentina, y volví porque me gustaban los cafecitos de la Boca y el tango compadrón. Volví treinta veces. He estado cinco veces en Europa. He entrado veintitrés veces a París, cuatro a Inglaterra, dos a Alemania, seis a España. He ido dos veces a darle la mano al Tío Sam. Dos a Bolivia, dos a Cuba, tres a Brasil y, finalmente, la última vez —hace dos años— salté de Chile a China, pasando por América, Africa, Europa y Asia. Como si fuera poco, vengo llegando, al terminar estas páginas, de ver a Gagarin en Moscú.*

*He viajado mucho, amigo lector. Mucho más de lo que usted se imagina. Sumados todos los kilómetros recorridos, he dado más de diez veces la vuelta al mundo. Lo he hecho en barco, en avión, en tren, en autobús, en camión, en jeep, a pie, como pude. Lo he hecho disfrazado de diplomático, con entorchados y medallas, y de agente de seguros. He conocido la gente más rara del mundo. He sido amigo de políticos, artistas de cine, cantantes, escritores, tonadilleras, toreros, asesinos, presidentes, reyes, dictadores, etc.*

*No creo en la frase de mi amigo peruano Ciro Alegría: "El mundo es ancho y ajeno".*

*No. El mundo es ancho y propio. Todo es cuestión de decidirse. Un día se toma un barco con diez pesos en el bolsillo, y se llega a esa selva desconocida, salpicada de flechas y de arañas peludas, de culebras, de negros de ébano, de tribus salvajes y de amazonas a caballo, que es el vasto mundo, pero se llega, que es lo importante.*

*Pero antes una pequeña advertencia. Esto no es una guía de turismo. Ni un "Baedeker", en que están cada ciudad, cada calle, cada plaza y cada estatua.*

*No, señor. Se trata únicamente de rápidas impresiones de viaje tal como las captó el autor desde los aviones y barcos en que le tocó moverse a través del globo.*

*Por eso Paraguay tiene sólo cuatro páginas y España más de ochenta. Sencillamente porque estuve apenas una semana en Asunción y, en cambio, he vivido tres años bajo el sol y la nieve de Madrid y de la Sierra. Por eso me salto deliberadamente las estadísticas y los números.*

*Este no es un libro para un economista en vacaciones. Ni para un estudioso del detalle histórico de cada rincón del mundo.*

*Yo podía haber escrito más, mucho más, pero no quise hacerlo. Preferí contar en forma sencilla y casi familiar, como de sobremesa, algo de lo que me ha tocado ver, tratando de hacérselo ver a usted a su vez.*

*Sé que no está todo. Ni siquiera una parte de todo. Apenas está algo de lo que vi personalmente el mismo día que le dije "Hasta luego" al terruño y salté sobre el primer avión.*

*Sé que más de alguien se enojará porque no sale la ciudad tal y tal. Y porque estuve, en cambio, en la ciudad cual y cual, que es mucho más fea y menos importante.*

*Lo siento. Es sencillamente porque no estuve en ella.*

*La próxima vez que vise los pasaportes y tenga los pasajes en la mano, juro reparar el error.*

*Y eso es todo. Se trata sólo de tener la voluntad de salir. Las maletas y el llanto quejumbroso de la mamá al pie del avión o de un barco, no importan. Ni las cartas que cruzan los continentes, vestidas de palomas mensajeras. Ni los cables emocionados, ni los recados a la distancia. Lo importante es partir. Por eso —para que usted y yo partamos un poco— le escribo estas líneas, amigo desconocido al que nunca le daré la mano, pero que aprovecho para decirle que el horizonte es una cuerda tensa y fija que se puede y se debe quebrar.*

*Sí. Vamos a partir. Están zumbando las hélices. Están humeando las chimeneas. Está roncando la locomotora. Hay olor a bencina, a petróleo, a lágrimas, a despedida. No importa, vamos a salir adelante y vamos a recorrer treinta países en cuatro continentes distintos. Vamos a salir de Chile a la Argentina, Venezuela, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Panamá, Cuba, México, Estados Unidos, la Guayana Holandesa, la Isla de la Sal, Brasil, Inglaterra, Escocia, Francia, España, Portugal, Alemania, Suiza, Italia, Bélgica, Luxemburgo, Mónaco, Checoslovaquia, Argelia, Dakar, Rusia, China, etc.*

*Sí, amigo lector, vamos a dar la vuelta a medio mundo. Vamos a estar en las tres Américas. En Africa, Europa y Asia. Vamos a traspirar en el Ecuador y nos vamos a morir de frío en Siberia. Vamos a ver las mujeres más lindas del mundo en París, y a los negros más negros del globo en Dakar.*

*Ya tenemos los pasajes en la mano.*

*—¿Partamos?*

*—¡Partamos!*

# CHILE: ESTA "COPIA FELIZ DEL EDEN"

ESTÁ bailando una lámpara...

Siempre en Chile está bailando una lámpara.

Chile es un país en que las lámparas bailan, en que la tierra se abre, en que los cerros cambian de sitio y en que los textos de geografía hay que rehacerlos todos los días.

Chile tiene un poeta. Un gran poeta. Un poeta genial. Se llama Pablo Neruda. Vive en una casa azotada por el viento en Isla Negra, junto a las olas. Neruda ha mirado tanto a las olas que las olas han terminado por recitar los versos de Neruda, como una perfecta alumna de los Sagrados Corazones. Con todo lo genial que es Pablo, le queda chico a Chile.

Cuatro mil doscientos kilómetros de costa. Un solo balcón abierto hacia el Pacífico. Una cordillera, alta como un rey, que cierra el camino hacia la Argentina y hacia el mundo.

Chile no es un país. Es una isla. Es una novela de Pío Baroja con los personajes más originales del mundo. Blasco Ibáñez, que se casó con una chilena, tenía preparada una novela poco antes de morir que iba a tratar de ese personaje, de este tipo inolvidable, mezcla de harapos, vino y genio, que se llama "el roto chileno".

El roto chileno es el descendiente más directo del conquistador extremeño o del aventurero andaluz. En Chile las saetas se llaman tallas, y los tacos, garabatos.

Y la muerte anda suelta por la calle...

Como en España. Y en las calles más nocturnas de Sevilla.

*Porque somos así.*

Lo que explica a Chile es el vino, la mujer y el paisaje. Un país que tiene trópico en el norte, Andalucía en el centro, Alemania en el sur, y Noruega y Suecia en el extremo sur, debe ser un país muy extraño.

Y los chilenos somos extraños. Nos gustan la buena vida y la buena guerra. Producimos salitre, cobre, yodo, bórax, mariscos y... jurisconsultos y poetas. Es un país en que a la ternura se llama dureza

y en que se puede hacer con la misma facilidad un crimen espeluznante o una sensacional carga de caballería.

Los chilenos no somos chilenos. Somos nietos de andaluces, de extremeños, de vascos, de alemanes, de yugoslavos y de ingleses. El chileno adora a Chile, pero vive saliendo de Chile.

En el siglo pasado se definió a este largo y angosto país como "la Suiza de América", como "la Prusia de América", como "la Inglaterra de América".

Esta nación de altas montañas blancas, y de pájaros solitarios, de terremotos con cincuenta mil muertos y once provincias arrasadas, de jurisconsultos franceses, de abogados parisienses, de políticos europeos, de anarquistas españoles, de socialistas belgas, de demócratas cristianos italianos, de millonarios yanquis, de señores fantasmales venidos de Inglaterra, de niñas con ojos italianos, con pelo español y piernas de la Costa Azul, es uno de los pocos sitios en que vale la pena anclar de vez en cuando o de morirse, frente al mar.

Con un Santiago sin estilo de ciudad, al pie de unos Andes con gran estilo de cordillera, con playas inolvidables como Zapallar, Los Vilos y La Serena, con una tierra muerta en el norte, húmeda y viva en el sur, es el país menos americano de América y uno de los más originales donde al hombre le haya tocado caminar alguna vez.

*Paradojas.*

Católicos de izquierda y comunistas que van a misa, señoras ricas y bonitas que tienen alma de visitadoras sociales debajo de los abrigos de pieles. Cardenales que asisten a los partidos de fútbol estudiantiles. Congresos Eucarísticos celebrados bajo los gobiernos del Frente Popular, y caballeros feudales que conversan, por lo menos, con sus campesinos, y obreros de hierro educados en huelgas y revoluciones, estudiantes monjiles con cara de San Antonio de Padua y técnicos tan o más audaces que los famosos "cerebros" de Kennedy. Y mujeres, en fin, recias como robles, que son capaces de matar en defensa de su macho, o matar al mismo tiempo a su hombre por una guiñada de ojos en falso o una copita de más.

Eso es lo que llama la Canción Nacional "La copia feliz del Edén".

Sí... Con una historia bonita como un pergamino, fresca como un cochayuyo y dura como una roca, Chile es uno de los países al que me gustaría invitarle a usted, amigo lector, a pasar una temporada.

Es cierto que está bailando una lámpara.

Y que se está abriendo una grieta.

Y que se están muriendo diez mil personas.

Pero también es cierto que las rosas están estallando junto a las olas de Viña del Mar.

En Valparaíso las ventanas ascienden a los cerros y se transforman en estrellas con una facilidad inigualable, y también es cierto que los ocho millones de chilenos andan vestidos, no de americanos ni de europeos, sino con uniformes de chilenos bajo la más alta de las noches, con un destino y una voluntad propios.

Y ahora vamos a desfilar rápidamente sobre él.

Sobre Chile.

*El Norte.*

Al norte hay un monumento natural, en Arica, que se llama el Morro. El Morro es la piedra pura, bruta, en estado natural.

En la guerra del 79 había dos barcos en la bahía antes de iniciarse la batalla entre chilenos y peruanos. Un barco era francés, el otro inglés.

El capitán británico conversando con su colega francés le dijo:

—¿Cuánto cree usted que se demorarán los chilenos en tomarse el Morro?

El francés contestó:

—Imposible, *mon cher.* No se lo tomarán jamás...

El inglés respondió:

—Yo conozco a los chilenos... Se lo tomarán en un día.

Al día siguiente vino la batalla. Los chilenos se tomaron el Morro, clavado a pique junto al mar y a la luz incierta del amanecer, en cincuenta y cinco minutos exactos. Ni un minuto más, ni un minuto menos. Ni un coraje más, ni un coraje menos.

*El salitre.*

Abajo queda la pampa. La pampa de nitrato que brilla a la luz del alba. A la pampa que fue llamada "trágica" por Víctor Domingo Silva y que está salpicada de batallas y de huelgas sangrientas...

Surge Iquique lleno de heroísmo y de casinos moriscos que vienen caminando desde Andalucía. Y más abajo, Antofagasta, construida en la arena misma, amarrada a la pampa, pegada con goma al paisaje...

Y más abajo sonríe un trozo de Sevilla, o de Córdoba, o de Granada. Se llama La Serena y fue edificada por el capitán Francisco de Aguirre, que tenía más cara de conquistador que Valdivia y que Cortés juntos.

La Serena es fresca y verde. Tiene cara de Acapulco o de Costa Brava. Luce las mujeres más lindas que se gasta oficialmente Chile, y en las tardes se escuchan las notas graves de un órgano que regalara

un Presidente de la República enamorado de la ciudad, que recuerda los crepúsculos más sombríos de la lejana Brujas.

*Valparaíso.*

Pero es Valparaíso, la llamada "ciudad del viento" por Joaquín Edwards Bello, lo que da la tónica internacional, portuaria y marina a Chile.

Valparaíso tiene un Plan que recuerda la City de Londres, y unos cerros perfectamente victorianos... Valparaíso es el puerto por definición, con tanta personalidad y tanto *cachet* como Marsella. Tiene olor acre a puerto, a despedida, a red, a pescado a la hora mortuoria del amanecer.

Antes que se construyera el Canal de Panamá, los barcos que venían de Europa o del Africa tenían que pasar por la rada de Valparaíso y reflejar sus luces en medio del brillo de las ventanillas que caían desde arriba. Desde el cielo.

Nunca hubo selva de chimeneas, de velas y de cañones de guerra como en el Valparaíso de los buenos tiempos del auge y del crecimiento... Ni compañeras de la noche que dijeran cosas más terribles en la calle Clave o en Cajilla, al pie de las místicas y proletarias torres de la iglesia de la Matriz, junto a la Plaza Echaurren.

*El porteño.*

El porteño, o sea, el habitante de Valparaíso, es totalmente distinto del habitante del resto del país.

Desde luego tiene mentalidad de puerto. Y ese sentimiento de la libertad que nace junto a las olas y frente a la desolada inmensidad del mar. Son hijos o nietos de ingleses, de franceses, de alemanes, de europeos, en una palabra, que recalaron algún día en esta inolvidable ciudad, se enamoraron de unos ojos negros y se quedaron para siempre.

La vida es más libre. Más suelta. Más a la americana. Todo tiene un tono de encerado pasadizo de Bolsa de Comercio, de oficina o de agencia de viajes.

El estar junto al mar y frente a las flores de todo el mundo ha hecho al habitante de estas calles más original y más independiente. Inglaterra dejó lo mejor de su individualísima manera de ser en estos marinos de negro, en estas viejas quebradizas y admirables y en estos bomberos que viven entre incendios y salidas de mar.

*España a Chile.*

Al sur el país se pone lento y bucólico. Crece la tierra rica y llena de una vitalidad prodigiosa. Surgen los huasos vestidos a la usanza

de los jinetes de Córdoba con la chaquetilla corta, el chaleco, la faja y el sombrero de alas rectas. Se practica el rodeo y se canta la tonada melancólica al pie del atardecer.

O el baile típico, "la cueca", llegada de tierras nortinas, según dice la tradición, y que es el símil más perfecto que he hallado jamás del amor con la hembra que desafía y torea al hombre. Y al mismo tiempo se le escapa felinamente de entre los dedos para volver a desafiarlo con coquetería, sin entregarse nunca.

No hay cuadro naturalista como el campo chileno. Está listo para ser colgado de un clavo en el salón... Tiene una dignidad y una grandeza que sólo asoman en los relatos de Mariano Latorre y en algunos versos, agudos como navaja, de Pablo de Rokha.

Tiene una nota dolorosa y evocativa que, más que la poesía y que la pintura, exige la música y el rasgueo de una guitarra o de un arpa...

El Sur, en cambio, es Europa pura. O lo mejor y más agreste de América. La tierra que estaba verde suave, se pone de un verde obscuro y sombrío... Ahora son los ríos inmensos, los lagos, los bosques, los fiordos, las penínsulas y los golfos. El país se rompe. La geografía salta hecha astillas... Dios tiene que andar, gomero en mano, pegando los pedazos sueltos para formar el paisaje.

Valdivia, Puerto Montt, Puerto Varas, Corral, es el mosaico infantil. El rompecabezas para que jueguen los turistas. Aquí estalla la madera perfumada, se abre el agua color esmeralda del lago, trepa hacia el cielo el cono de nieve del volcán... Esto es Alemania y Suiza. Esto es el Japón y los Alpes. Estas casitas obscuras en que se comen jamón crudo y *Kuchen* tienen olor a Alemania. Estos barcos lentos que se meten en el agua tibia y avanzan hacia las sombras lejanas de los volcanes, son de otra parte...

Y eso que falta mencionar a Chiloé, la isla de las leyendas y los fantasmas, y, al final, Magallanes, construido en medio de los temporales y azotado por todos los vientos.

Calcule, amigo lector, que lo hemos traído al final del mundo. Aquí la tierra se acaba y hay que colgarse de un trapecio para no caer al abismo. Esto mismo ha hecho de Chile el país más solitario del globo, el más original y el más solo de todos...

Cerrado al norte por el desierto, al este por el biombo de los picachos cordilleranos y cayendo a pique al sur sobre la Antártida, tenía lógicamente que ser distinto a todos... y a todo.

Y por eso de su tierra surge con la misma facilidad el general victorioso que el poeta ardiendo de versos franceses, como Vicente Huidobro. Y tiene las mujeres más bonitas, que parecen traídas directamente de París. Y los bandidos más duros, que se merecían como

decorado natural los senderos más ignorados y novelescos de la Sierra Morena...

Pero no es el trópico. No es la América que "aún reza a Jesucristo y aún habla en español". Ni lo típico ni lo folklórico. Ni el terrible "color local", tan grato a los turistas superficiales. Ni el bailecito que se lleva más tarde encerrado en un disco... Ni la señorita con los ojos cargados de *rimmel* y de cursilería.

No. Ni es Europa a pesar de su Casino de Viña, su Universidad de Concepción, su Huachipato y su legión de poetas. Y de sus chalets colgando sobre el mar. No. Es otra cosa. Otra cosa que los que nacimos allá y los que llegan a su tierra llaman sencillamente con una palabra corta y brusca como el país: Chile.

* * *

Y si no le digo más, amigo lector, es porque yo nací en esas tierras, en una calle cordial y tierna como un bostezo, a las dos de la tarde, en una pequeña calle que se llama Libertad y que queda allá al alcance de la mano, en el remoto Santiago de Chile.

*Una opinión ajena.*

Raymond Cartier, de "Paris-Match", habla de Chile.

Tiene fama de ser el periodista más agudo del mundo. Su reportaje a Estados Unidos que se publicó en Chile y que se llama "Las 48 Américas", es uno de los mejores y más documentados libros que se hayan escrito hasta la fecha sobre el discutido país del Tío Sam.

Ultimamente ha publicado un ensayo sobre Europa, que luce la misma gallardía, el mismo estilo punzante y la misma velocidad para captar en el terreno la verdadera cara de un país.

Pues bien, Raymond Cartier escribe en un "Paris-Match", que tengo a la mano, un gran artículo sobre el último viaje aéreo de Eisenhower, en que analiza cada uno de los cuatro países que visitó el Presidente de los Estados Unidos.

O sea, que habla de Brasil, la Argentina, Uruguay y Chile.

Y con orgullo —con legítimo orgullo nacional y sacando alegre el pecho— puedo decir que el país que sale mejor y más brillantemente analizado es Chile.

Dan ganas de decirles: "Merci, Monsieur Cartier".

El periodista no vacila en estampar esta frase: "Junto a sesenta y siete millones de brasileños y a veintidós de argentinos, Chile es apenas un puñado de poco más de siete millones de habitantes, que se equilibran entre la cordillera de los Andes y el mar. Pero este pequeño país, que es el que está más lejos de Europa, es precisamente el

más europeo de todos y luce dentro de América la palma de la cultura y de la elegancia. Está formado por la mezcla de españoles, franceses, alemanes, ingleses, yugoslavos y una pequeñísima y despreciable cuota de indios".

Naturalmente, el periodista francés dice mucho más, pero es notable que a pesar de la fugaz visión que tuvo de nosotros se haya dado cuenta de que no tenemos nada que ver con las republiquetas de zarzuela con una revolución y un golpe de Estado cada veinticuatro horas.

Anota la parte típicamente europea y blanca que tiene la lejana nación que está ubicada prácticamente en el fin del mundo y colgada por milagro de la cordillera de los Andes sobre los hielos eternos de la Antártida y del Polo Sur.

*Más sobre Chile.*

Y claro que habló mucha gente más del lejano país del sur. El Conde de Keyserling dice que la chilena tiene la gracia y la dulzura de la japonesa. Blasco Ibáñez deja escritas las primeras cincuenta carillas de una novela sobre el soldado de la Conquista, en el siglo pasado, que es el antepasado más auténtico del roto chileno que se juega alegremente la vida y que es un tigre en el campo de batalla. Unamuno, que jamás tocó tierra chilena, dice que lo único serio que hubo en América fueron las fundaciones de los jesuitas en el Paraguay y la obra de Portales en Chile.

Ortega y Gasset queda entusiasmado con la seriedad de la remota y pequeña nación. André Maurois se enamora del país y, concretamente, de una chilena a la cual dedica y hace personaje clave de una novela... Blaise Cendrars me recordaba en París, hace tres años, el Chile que había conocido hace cuarenta destapando botellas a balazos en Chiloé. Rodrigo Soriano vive y muere en Chile. Margarita Xirgú no se quiere mover de los campos nuestros... Paul Morand queda sobrecogido ante la salvaje belleza de los Andes.

Y así podríamos estirar la lista hasta el infinito. Como en la canción, habría que repetir aquello de "que por algo será"...

* * *

Y con estos datos sobre Chile en la mano, saltamos al avión que nos llevará a la vecina que tenemos al lado, la Argentina. Pero antes tenemos que pasar sobre los Andes...

*La cordillera de los Andes.*

Louis Jouvet le tenía miedo. Barrault casi se desmayó sólo de

pensar que tenía que cruzarla. Paul Morand la describió como nadie en "Aire Indio".

Los chilenos somos como amigos personales de la cordillera. Como de la casa. Estamos cansados de cruzarla en todo sentido y varias veces al año.

Pero de todos modos hay algo que nos toca a fondo cada vez que montamos en avión y nos lanzamos hacia la Argentina en busca de los picachos solitarios y las nieves eternas.

Charcos de luz, acantilados, caídas a pique, cerros quebrados, derrotados, heridos para siempre. Dios haciéndose pedazos contra la tierra. Pájaros sombríos que remontan el vuelo y se pierden en la altura. Ausencia de caminos y de gente. No hay casas, no hay chalets, no hay refugios, no hay nada. Sólo el viento es el dueño de estas alturas terribles en que el avión se siente un enano, saltando de nube en nube para pasar rápido, como de lado, como un ladrón furtivo, con la linterna apagada bajo las estrellas.

Sólo veinte minutos para saltar de Chile a la Argentina y cruzar los Andes. Este es un mamut, un dinosaurio enorme, un esqueleto gigante, una columna vertebral con los huesos rotos.

Esta es la tierra en estado puro, antes que llegara Dios y la poblaran los hombres. Esto estaba debajo del agua y surgió hacia el cielo como un rayo, en la infancia de la humanidad.

Esto es agua petrificada, lago vertical, laguna parada en dos patas. Esto hay que pasarlo ligero, a ochocientos kilómetros por hora, cerca de la Mano de Dios Padre para salir del blanco, del ocre y del azul, y volver al verde amable de las pampas que nos esperan cerca de Mendoza.

Yo apenas conozco el Himalaya, los Urales y los Cárpatos, pero los Andes tienen esa cosa recién amanecida de América, brutal y cortante, que vieron asombrados los ojos de los primeros conquistadores españoles. Esto no es escenario para hombres, sino para pájaros. Y por eso sólo en un pájaro de metal puede ser cruzada velozmente para volver rápido a la tierra.

Y por eso tenemos algo de ángel con overol blanco y sin alas, cuando descendemos abrumados en el aeródromo del Plumerillo de Mendoza.

# ARGENTINA: LA TIERRA DE TODOS

CONOCÍ la Argentina en el año 46, el día de Año Nuevo. Al llegar a Buenos Aires me acordé de Carlitos Gardel y de sus tangos cursis y tristes que había escuchado de niño. Era otro Buenos Aires. Un Buenos Aires ardiente, lleno de luz, con la calle Corrientes repleta de avisos luminosos y de serios y graves argentinos tomando café.

*Tango.*

El chileno —solitario por definición— se refugia detrás de un vaso de vino. El argentino huraño se escapa de su casa un poco en busca de lo que llama "la bohemia del café". Y cuando baila hace lo mismo. El tango es un remedo del amor, una especie de aperitivo en movimiento que le permite conocer a la mujer de a poco. Lentamente. El tango habla de la viejita, de la callejuela del barrio, de la barra de los muchachos, de la pelota de trapo con que chuteaba cuando niño. El argentino es melancólico y reminiscente... Vive de recuerdos, con la vista vuelta hacia atrás, como la mujer de Lot.

Corrientes es el gran tajo de luz de Buenos Aires. Una avenida salpicada de luces, con cientos de cafés en que otros argentinos —muy serios y excesivamente bien peinados— tararean viejos tangos hablando de viejas cosas. Alguien dijo que Buenos Aires era la ciudad más europea de América y la única que recordaba a París. En realidad, hay algo de eso. Los habitantes de Buenos Aires están junto al Atlántico, a doce horas de Europa, y en cada argentino hay metidos, a duras penas, un español y un italiano. Es decir, un gallego y un "tano". Si alguien hiciera de nuevo Buenos Aires, tendría que hacerlo exactamente igual a como es. Una ciudad de cinco millones de habitantes, llena de barrios extranjeros, con siete líneas de metro, miles de colectivos, con rascacielos que sostienen el cielo argentino, pero con unas callejuelas viejas y evocativas por las que se pasean aún los fantasmas de Sarmiento, Mitre, Irigoyen y Carlos Gardel.

Buenos Aires tiene de todo. Tiene demasiado. Se le pasó la mano. París está en Buenos Aires como en su propia casa. Pero también está Roma y hay un pedazo de Madrid y de Londres, de Nueva York y

*hasta* de Buenos Aires. No hay nadie menos argentino que los argentinos, comenzando por el idioma. Los americanos hablan español. Los argentinos *a veces* hablan español. Generalmente hablan el "lunfardo", que es una mezcla de italiano, gallego y catalán, y todo esto salpicado de unas breves y solitarias palabras en castellano.

Pero Buenos Aires no es la Argentina. Mendoza es criolla, profundamente colonial y antigua a pesar de sus edificios modernos. En sus avenidas arboladas comienza la tradición y se enciende el recuerdo. Córdoba es una ciudad fría, de montañas, llena de chalets, de hoteles de lujo y de refugios. Es la antítesis de la capital. San Juan es el campo, y Mar del Plata es tan elegante, tan elegante, que no sólo recuerda Europa, sino que es definitivamente Europa. A su lado la Costa Azul es una cosa desteñida, sin gusto ni color a nada...

Conocí la Argentina el 46. La volví a conocer dos años después. La primera, como invitado oficial, tomando whisky y echado para atrás como un pachá en un tren de lujo. La segunda, como emigrante y aventurero, con cuatro nacionales en el bolsillo. Después la he conocido cientos de veces. En revolución, en paz, lujosa, rica, millonaria. Con Perón, con Frondizi y con el impagable señor Guido.

*Mendoza.*

Pero la primera vez fue sensacional. Nos invitaba un desconocido coronel llamado Juan Domingo Perón y éramos doce periodistas los que salimos de Santiago de Chile en tren. Llegamos a Las Cuevas, a Caracoles, al Paso del Inca; cruzamos la cordillera por debajo, a través de un túnel extraordinario y cavado en la roca viva con vista al abismo. Vimos por primera vez la diferencia entre las flacas y pizpiretas vacas chilenas y las nobles, serias y solemnes vacas argentinas. Allí ya había diferencia de raza. La vaca chilena da leche. Parece que la argentina diera, directamente, mantequilla y queso. Y de los mejores. El paisaje cambia. Por el lado de Chile la cordillera es arisca, violenta y agresiva. Como el país. Por el lado argentino es suave, amable y casi diplomática. Mendoza —una pequeña ciudad de provincia, tranquila y colonial— nos recibe con los brazos abiertos: con sus verdes brazos abiertos. Mendoza es de las ciudades más agradables de América. Es la ciudad sin prisa, tranquila, con su pulso normal. Sus avenidas están llenas de árboles, de pájaros, de parejas de enamorados. Se toma café como en Buenos Aires, pero sin la premura enfermiza de la capital. El Hotel Plaza —como su nombre lo indica— está en la Plaza de las Armas. Es un hotel para millonarios, pero conserva su cara de provinciano lejos de los derroches económicos de los grandes hoteles de Buenos Aires. La Municipalidad, el Palacio de Gobierno, los cuarteles, la Universidad, los edificios de departamentos, todo tiene

un tono tranquilo, de gente que no tuviera ningún interés en moverse, como si hubiera anclado indefinidamente en la tierra argentina.

Fui amigo íntimo de los marinos del "Von Spee" que habían llegado en tiempo de la guerra y se habían quedado definitivamente en Mendoza. A los diez minutos ya eran argentinos y tomaban mate con la misma criolla parsimonia que los gauchos de la Pampa.

Mendoza es una ciudad de montaña, llena de chalets y hoteles de tipo Suiza que se encaraman en los cerros. Mendoza es un Santiago de Chile al revés, con la cordillera al otro lado. El aire es tibio, tonificante, especial para enfermos del pulmón o turistas aburridos. Sus niñas son las niñas más sentimentales del mundo, y andan buscando novios en las esquinas y besos en la penumbra. Perdí la mitad del dinero que llevaba en la sala de juego del Plaza en medio de unos ventiladores que parecían armaduras de caballeros feudales y con un calor enfermizo.

En ese tiempo Perón comenzaba a sonar y nadie sabía por qué las murallas estaban llenas de carteles como en tiempos de guerra: "Cuidado", "Hay oídos que te escuchan", "Todo argentino debe estar armado para el futuro", etc.

*La Pampa.*

La Pampa, amigo lector, es la nada. Es un océano sin orillas. Es un mar, pero no azul, sino verde. Los caminos corren como pequeños riachuelos grises que se pierden en el infinito. A veces surge la silueta de un gaucho, con sus enormes boleadoras, corriendo detrás del ganado, y en los postes del telégrafo hace su nido el pequeño hornero, un pájaro que es más inteligente que un corredor de Bolsa y más económico que una solterona millonaria. El hornero es la hormiga de los pájaros. Ahorra durante el verano y hace su nido, como un departamento de lujo en un piso 62 de Nueva York, para poder ocuparlo tranquilamente en invierno.

Este viaje lo hicimos en el *pullman* presidencial, gastando más que un rentista, fumando enormes habanos y, por supuesto, con un espía al alcance de la mano, porque no se olvide usted que estábamos en período revolucionario y que éramos doce periodistas extranjeros.

*Buenos Aires.*

¡Y entonces apareció Buenos Aires!

Buenos Aires desde el mar es tan sensacional como Río de Janeiro. Surge desde el límite del agua. Estalla como fuego de artificio. Revienta como luz de Bengala. Son miles de luces, de ventanitas, de estrellas que saltan del borde del océano. Desde tierra Buenos Aires incendia el fondo de la noche y surge de repente como un castillo de

fuegos fatuos. Buenos Aires es Europa. No tiene nada que ver con América. Tiene cinco millones de habitantes. Es Nueva York, es Río de Janeiro, es Chicago, es París. Es todo. Buenos Aires tiene siete líneas de metro, más colectivos y más buses que cualquiera ciudad de América. Tiene casi tantos italianos como Roma y casi tantos españoles como Madrid. En Buenos Aires los españoles están en la Avenida de Mayo como si estuvieran en la Gran Vía y comen churros y gambas como en la calle de Echegaray. Los judíos celebran sus fiestas religiosas con gorritos de terciopelo y largas barbas igual que al pie de las murallas de Jerusalén. En la calle Callao esquina de Corrientes los italianos comen *pastaciuta* y devoran kilómetros de tallarines como si estuvieran cerca de la Fontana de Trevi.

Pasé cuarenta y ocho horas en Buenos Aires antes de poder darle la mano a un verdadero argentino, después de atravesar un bosque de gallegos, tanos, yidisch, alemanes, polacos, rusos, etc. Al final lo encontré debajo de un casco de gomina, con los pantalones más ajustados del mundo y con unas corbatas que parecían salidas de la Via Veneto de Roma.

*Tres calles.*

Buenos Aires tiene tres calles fundamentales: Corrientes, Florida y la Avenida de Mayo. Corrientes son los rascacielos, las grandes tiendas, los copetines al paso, los cines con capacidad para tres mil personas, los inmensos diarios, los grandes teatros y los cafés donde puntualmente —de siete de la tarde a dos de la mañana— los porteños se aburren en forma perfectamente organizada.

Corrientes es la calle de la luz. En 1946 estaba encendida *a giorno*. El año 1956 apenas se divisaban, vacilantes, algunas ampolletitas solitarias. Buenos Aires es la única ciudad moderna que tiene viejos y asmáticos tranvías que dan la sensación de que fueran cantando un tango mientras van del Bajo a la Plaza Once. Sin embargo, su metro —su enorme "subte"— es tan moderno como el de París y mucho más rápido que el de Londres.

Florida es la calle céntrica donde desde las cinco de la tarde hasta las diez de la noche no circulan autos, sino las famosas "chicas" porteñas con sus terribles mamás, sus inaguantables hermanitos y, de vez en cuando, sus apretados y engominados novios.

En Florida estaban el Jockey, el club más elegante del mundo; la Farmacia Franco-Inglesa, la botica más grande del mundo; el Club Militar, el club más cerrado del globo, hasta con una tumba de Napoleón del mismo tamaño que la que hay en los Inválidos de París. En Florida se escucha el piropo porteño, que tiene, en relación con el piropo andaluz de la calle de las Sierpes, de Sevilla, la misma diferencia

que existe entre el Obelisco de 9 de Julio y la Giralda. Los porteños agonizan frente a las tiendas en que se venden las corbatas más caras de América, y en Buenos Aires hay más tiendas para hombres que para mujeres. Pero más lejos aún, Argentina es un país en que el hombre tiene mucho más cuidado de sí mismo que la mujer. Se arregla el pelo, las uñas, el cutis; se depila, se tiñe el cabello, se pone cremas y se preocupa de lucir un traje elegante como la más exigente de las debutantes argentinas. Lo que no les quita una gota de virilidad a los vecinos del río de la Plata.

La Avenida de Mayo es España. Es Madrid. Es la Gran Vía. Igualita. Sin nada que cambiarle. Si un español cierra los ojos y da un salto de doce mil kilómetros y aparece en Uruguay esquina de la Avenida de Mayo, no nota el cambio. Los hoteles se llaman: Granada, Andalucía, Sevilla, Español, Guadalquivir, Ebro, Cibeles, etc.

Las mesitas salen a la calle igual que en los bulevares de Madrid. Pero faltan los toreros, las tascas, el clima dramático, trágico de la Península.

*La Casa Rosada.*

La Avenida de Mayo se extiende desde la Casa Rosada —el Palacio del Gobierno— hasta el edificio del Congreso. La Casa Rosada es demasiado chica para los argentinos. El Congreso es demasiado grande para los argentinos. En la Casa Rosada están, aparte del Presidente, los Granaderos de San Martín, que conservan el mismo uniforme de los días de la Independencia. La Casa Rosada no tiene gusto a nada. Es una especie de palacete francés del siglo pasado, con la fachada que mira hacia el mar.

Claro que no hay mar. Buenos Aires no tiene mar. Tiene río. Pero el río es tan grande que parece mar. Se llama río de la Plata, pero no es color plata. Es color lodo, café con leche, chocolate; cualquier cosa, menos plata.

A un lado quedan la Catedral y la tumba de San Martín, con la llama eternamente encendida y custodiada día y noche por los granaderos.

Pero al frente está España. España es el Cabildo, una joya de la época colonial, de un amarillo tierno y dulce que ha sido conservado escrupulosamente por los argentinos desde los tiempos de la Independencia.

Lo más grande de Buenos Aires es Buenos Aires mismo. Se puede hablar mucho contra él. Se puede decir que sus señoritas porteñas son inaguantables, que sus cantantes de tango usan demasiada gomina, que sus niñas comen demasiadas masitas en las confiterías de la calle Corrientes, pero no se puede negar que es la gran ciudad, la urbe

moderna, la superciudad. Es apasionante y, más que eso, fascinante. Porque esta enorme mole de edificios que se elevan hacia el cielo y de viejos palacios donde aún se escucha el paso de las damas con crinolina y de caballeros de levita y de chistera, es sensacional.

Además, Buenos Aires tiene los edificios más elegantes del mundo, forrados de mármol. Forrados de nacionales. Forrados en riquezas deslumbrantes.

Si un viejo argentino me escuchara estas palabras diría que yo estoy pasado de moda. Claro que Buenos Aires en 1960 no es el Buenos Aires de los tiempos del "Peludo", de la muerte de Gardel, de la época de las grandes huelgas, cuando miles de italianos desembarcaban todas las mañanas en la Dársena Norte en busca de pan y de destino. Cierto, pero todavía es una de las ciudades más apasionantes del mundo. Y si hay un humorismo un poco infantil, al lado de esto están los diarios admirablemente bien escritos como "La Nación" y "La Prensa", con tirajes fabulosos como "Clarín"; revistas tan agudas como "La Tía Vicenta", teatros tan estupendos como el Maipo; coliseos franceses estilo Opera de París, como el Colón; avenidas como la Costanera; parques como Palermo; esculturas como las de Bourdelle y Rodin que surgen sobre los prados como ángeles; veinte galerías de arte como no hay en ninguna parte, salvo en París, con gente sencilla y simpática, como son los nietos de italianos y de españoles, y cabarets de mala muerte como los del Bajo, que tienen tanto sabor como los de Shanghai o Marsella. Y, finalmente, con el Obelisco, en que el sol argentino, el sol de la bandera argentina, se pone militarmente todos los días.

Y quedan la Boca, los veleros, los yates, los barquitos de pesca, las callejuelas enredadas, las famosas "amobladas", o casas de cita, los barquitos en que unos marineros argentinos se beben la grapa más mala del mundo, con una melancolía perfectamente nacional; el aeródromo de Ezeiza, el Cavanagh, el Ministerio de Relaciones Exteriores, la Plaza San Martín; las pequeñas boîtes, como La Fusta y El Caballito Blanco; los restaurantes de la calle Entre Ríos, en que los bifes son tan apetitosos que parece que las vacas llegaran directamente a la mesa a ofrecer sus mejores presas al cliente. Y hasta con dedicatoria. Quedan la "Parrillada", los cabarets franceses de la *belle époque,* sus enormes cafeterías y antes que nada sus confiterías, que son la esencia de la ciudad y que le dan su estilo tan peculiar.

*Mar del Plata.*

Cerca de Buenos Aires está el Cannes de la Argentina, la Niza porteña, la Costa Azul al alcance de los "che". El Casino de Mar del Plata es tan grande que el pobre y triste Casino de Montecarlo parece una copia a roneo de lo que debe ser un casino.

Aquí están las mujeres más elegantes del mundo, con las joyas más caras del mundo, y con una playa en que hay tanta gente junta que no se puede llegar al mar. Y cuando algún argentino encuentra una ola, sus amigos le dan una comida de puro gusto.

Claro que el mar de Mar del Plata no tiene gusto a mar, a rocas, a cochayuyo, a gaviota, a nada. Es un mar en conserva, en lata, para uso de millonarios, de niños demasiado peinados y de señoras excesivamente gordas. No hay arena, no hay rocas, no hay nada. Hay gente que no se sabe si está en el agua o está tendida en la arena tomando el sol. Pero los argentinos, y en especial las argentinas, no toman el sol, porque el pobre sol de Mar del Plata tiene que atravesar kilómetros de gafas, cremas, aceites, trajes de baño, mallas de seda, zapatillas, alpargatas, sombrillas, refrescos, de modo que cuando llega el pobre sol hasta la piel de los argentinos, no se atreve ni a tocarla. Y yo creo que hasta le pide disculpas.

Pero ni Buenos Aires ni Mar del Plata son la Argentina. Argentina es la Pampa y la provincia. Es el gaucho, es el emigrante y el estudiante provinciano. No es Isabelita, la del tango, ni el millonario del Jockey que lleva sus propias vacas para tomar leche argentina cuando viaja a Europa. Ni la niña bien que pide su *trousseau* a París por avión cuando se casa, ni los militares, ni los almirantes, ni la calle Florida, ni la calle Corrientes. Argentina —la otra Argentina— es un enorme pueblo, mezcla de español con criollo, extraordinariamente simpático, sencillo, amable y buena persona, sin delirios de grandeza y con el cual se puede ser hermano para toda la vida.

*Perón.*

Y Argentina era así, como le cuento al oído, amigo lector, hasta que un día llegó Perón...

Yo conocí a Perón en enero de 1946. Era un joven coronel del Ejército argentino que se había dedicado a la política. Había sido espía en Chile, técnico en alpinismo y fascismo en Italia, y un día alguien le sopló al oído que era el hombre del destino. Perón era y es un hombre joven, desenvuelto, con cara de galán de cine que parece que viniera saliendo del agua, o del baño turco. Perón no tiene nada que ver con la estampa del militar, como nosotros nos imaginamos que deben ser los militares. Perón está lejos de la gorra, el casco y las medallas. Perón es un civil disfrazado de militar. A mí me dijo personalmente en ese enero de 1946: "Le doy mi palabra de honor que nunca seré candidato a la presidencia". A los seis meses era Presidente de la República. Cuando yo lo conocí era Vicepresidente y Ministro de la llamada Secretaría de Trabajo y Previsión, que era una especie de Revolución Francesa hecha a la medida de los argentinos. Porque hay

que tener en cuenta que la Argentina era un país tan rico que había olvidado que podría haber pobres. Y un día hubo pobres —muchos pobres— y se unieron, levantaron una bandera antioligárquica, y nació Perón. Los argentinos estaban demasiado acostumbrados a la levita, al frac, al *smoking,* pero un día se sacaron la chaqueta y se quedaron en mangas de camisa, y nacieron los descamisados.

Cuando yo conocí a Perón, Perón no conocía a Evita. Después la conoció, se enamoró de ella e hizo la revolución más audaz de la República Argentina. Perón usaba pantalones como es lógico. Evita se los puso, y el día que faltó Evita, se acabó Perón.

*Frondizi.*

Pero otro día también conocí a un diputado tímido, de enormes lentes, con cara de italiano, muy aficionado a la prosopopeya y a las frases entre comillas, que exigía un cuestionario previo para cada entrevista y casi se vestía de etiqueta ante cada pregunta. No me impresionó gran cosa. Le entrevisté porque había que entrevistarle y estaba de moda. Era un hombre vacilante, con grandes silencios, que pesaba meticulosamente cada respuesta y que me recibió en el comedor de la Cámara de Diputados con la misma pompa con que habría recibido Luis XIV a uno de sus cortesanos, con peluca y todo.

Se llamaba Arturo Frondizi y hasta hace poco fue el Presidente de la República Argentina. Después los militares lo hicieron a un lado con un simple movimiento de la mano.

No me produjo ninguna impresión. Era un político como miles que he conocido, tímido, vacilante, parlamentario. Le importaba más la forma que el fondo. Se me mostró como un radical de derecha que estaba dispuesto a transigir con las ideas más reaccionarias de su país. Creía que el proletariado era un simple telón de fondo. Que la inmensa burocracia, en aquellos momentos, podría ser tranquilizada con algunas medidas de emergencia. Creía en todo momento —frente al rostro de un periodista radical— que el mundo podría ser cambiado con doctas leyes, y que la revolución podía ser detenida. No entendía a Perón y, lo que es más grave, no entendía lo que había detrás de Perón. Arturo Frondizi, con una cara innegable de italiano y gafas de intelectual, tenía una mentalidad de profesor que creía que se podía frenar aún al proletariado ante las mismas murallas de la Casa Rosada. Más tarde no se dio cuenta en qué momento los militares habían comenzado a dirigir la Argentina a través de él.

Sí. Yo conocí a un Juan Domingo que entendió al pueblo argentino, mal o bien, pero que lo entendió. Le faltaba la gimnasia intelectual y política de los países europeos. Conocí a una Evita, una mujer heroica, aunque sigan escupiendo su recuerdo las apolilladas y atrabi-

liarias damas bien argentinas; a un proletariado en marcha, a una clase media en mangas de camisa, a un país, a un gran país que estaba abriendo lentamente sus pesados y adormilados párpados y creía saber hacia dónde se encaminaba.

Todo eso se perdió en una esquina del camino. Perón está desterrado; Evita ya no existe, y hay quienes se pelean por sus huesos y sus cenizas; Frondizi ya no es Presidente de la República Argentina, y el Ejército, la Marina y la Aviación tienen las verdaderas riendas del poder, a través de un polichinela que se llama José María Guido.

*Gran nación.*

A través de un año, conocí, palpé y les di la mano a los argentinos. Tenía miles de prejuicios. Ellos me los disolvieron. Ese país con gomina era sin gomina. Esa suavidad francesa, europeizada y artificiosa, respondía a un país con un complejo de crecimiento feroz. Goliat se llamaba Buenos Aires. David era el resto del país. Yo viví en esa nación. Me dieron la mano. Yo —lleno de prejuicios y de complejos—, profundamente chileno en el fondo, atravesé la capa de gomina para poder comprenderlos, y un día les dejé con un verdadero gesto de nostalgia.

Me habían conquistado totalmente. Desde el gaucho solitario de la Pampa hasta el inmigrante que trotaba por Corrientes camino del campo. Y de su destino.

Buenos Aires es una gran ciudad. Pero no es la Argentina. Argentina es una gran nación con defectos y fallas como todas las cosas, pero con una vitalidad de dínamo, de catarata y de chorro que asusta.

Sí, amigo lector. Dentro de las viejitas apolilladas del tango del doctor Castillo y de las pebetas de Carlos Gardel, hay una feroz nación en marcha que tiene derecho a hinchar el pecho.

Claro que a veces se le pasa la mano...

*Y ahora ciertas argentinas...*

Pero hay una Argentina, o más bien dicho un Buenos Aires, que merece un capítulo especial.

Es el maravilloso Buenos Aires snob y europeo, que mira más hacia el Sena que hacia el río de la Plata, y que da la verdadera tónica del país.

La tragedia de la capital argentina es no haber sido París. O, más bien dicho, que hubiera un París "antes" que un Buenos Aires.

Es decir, que Buenos Aires llegó atrasado y fundó sus museos, sus salas de exposiciones, su Colón y sus galerías de arte[1] después de París.

[1] Siete solamente en la calle Florida.

Y un país que vive añorando a Francia tiene que sufrir con esto. Los mejores cabarets de Buenos Aires tienen el estilo de París. En Buenos Aires hay bulevares, *carrefours* y plazas que son las únicas del mundo que recuerdan efectivamente a París. El Colón se siente un poco la Opera, y "La Prensa", el "Figaro". Las niñas bien y con inquietud de Buenos Aires —naturalmente con suculentas cuentas bancarias y estancias de papá— sueñan con hacer teatro en la Rue de la Huchette o con llegar a ser amigas íntimas de los Frères Jacques.

Ahí está el punto. La niña snob porteña que lee en francés antes de decir "agú", que viaja a París y habita hotelitos bohemios en la Rive Gauche, es maravillosa. Por ella nace el teatro nuevo de "La Máscara" y las grandes revistas de vanguardia. Gracias a ellas, unos pintores jóvenes de largas barbas y olor a corral llegan fácilmente a genios... Y se conoce la poesía moderna francesa y anclan los barcos existencialistas en las dársenas de Buenos Aires.

No tienen la timidez coquetona del resto de las americanas, sino la despectiva e insolente resolución de las muchachas que se saben habitantes de un país que produce millones de vacas y de bifes y que se ha dado el lujo de levantar su propio París al otro lado del mar.

Claro que entre la muchacha que he pintado rápidamente —y que conocí tan cerca en los hotelitos del Boul Miche— y el resto de las muchachitas porteñas, hay la misma diferencia que media entre los Bourdelles auténticos de Palermo y esa cosa de cartón piedra que se llama el Obelisco.

*Una calle inolvidable.*

Y ahora, antes de dejar Buenos Aires, dibujemos ligeramente una calle.

Es la calle Caminito, que queda en la Boca. O sea, entre los veleros de Quinquela Martín que llegan al puerto de Buenos Aires.

Antes no se llamaba así, hasta que llegó el célebre tango. En Argentina las calles las fundan los tangos. Con la callejuela de que hablamos pasó lo mismo. Alguien inventó el tango "Caminito" hablando de la calle y le cambiaron el nombre.

Es una callecita chica. Tiene menos de cien metros, pero basta y sobra. Tiene unas casas infantiles y rojas que le habrían encantado a García Lorca para montar La Barraca. Y para dar "Doña Rosita la Soltera". Hay unas ventanas que se asoman tímidamente como novias de provincias para ver morir la tarde. Los techos tienen algo de veleros anclados, y las muchachas tristes y románticas andan en busca de marineros que les digan versos al oído.

Y, naturalmente, dan ganas de cantar, y de cantar a media voz. Y decir aquello de... "Caminito que el tiempo ha borrado..."

Y estrechar la mano de una rubia o de una morena y dejarle una esquela más celeste que cursi o más cursi que celeste, para que nos tire un beso desde una ventana.

Hay pocas calles en el mundo más tiernas y emocionantes que ésta. Tiene algo de decorado y de fachada de cartón sostenida por vulgares clavos e iluminada, no por la luz despiadada del Atlántico, sino por la luz de las candilejas. No es una calle. Es una bambalina de teatro, un afiche o una postal de recuerdo. Pero es la única parte del mundo donde dan ganas de declararse en serio a una muchacha con unas trenzas terriblemente largas y unos ojos cargados de *rimmel* y de versos de Campoamor.

O sea que es un tango hecho calle. O una calle hecha tango.

No hay que recorrerla. Hay que bailarla a media luz.

*Argentina y el fútbol.*

No se entiende de Argentina sin el fútbol. Es más que los toros en España y que los "rodeos" en Estados Unidos. Y más que el Carnaval de Río y los grandes Clásicos Universitarios de Santiago de Chile.

Sencillamente los once jugadores y la pelota ("la redonda", como la llaman acá) son la Argentina. Una Argentina agraria y simple, que necesita este estallido de todos los domingos, esta pequeña guerra en medio de la paz, este duelo a trompadas y botellazos la mayoría de las veces, para no aburrirse demasiado en medio de tanta fecundidad y de tanta riqueza.

Claro que esto indignaría a un lento gaucho de la pampa. Y a un escritor argentino doblado al francés y a un político profesional, pero que es la verdad pura y simple...

Un país que pelea poco, necesita pelear de vez en cuando en serio. Perón cayó cuando los argentinos se habían cansado de lanzarse nada más que pullas desde las aceras de Buenos Aires.

Querían una guerra, una guerrita, una revolución, aunque fuera de bolsillo, y la tuvieron. Y en grande, con muertos y heridos y todo y con una escuadra a punto de lanzarse a bombardear Buenos Aires.

Pero como no puede haber tiros todos los días y hay que hacer algo entre tango y tango para no esbozar un bostezo, adoptaron este deporte que les permite, durante dos horas por lo menos a la semana, decirse de todo... y pasar bélicamente el rato.

Y retornar a la soñolienta vida civil al día siguiente.

PERO se nos había olvidado el Perú. El Perú, con su nocturno Machu Picchu y su Cuzco de piedra y sol, es un país obscuro y bravío, con una historia tan linda y tan guerrera como la de México. En México estaban los mayas. En Perú estaban los incas. Una cosa por la otra. Y una raza al norte y otra al sur para equilibrar el paisaje.

El Callao, puerto del Pacífico, sin ninguna elegancia, pero recio y fuerte, es la antesala de un país que nos va a conquistar lentamente. El Callao es masculino. Lima es femenino. El Callao es pobre, con sus inmensos barcos, sus charcos de agua y aceite iluminados por el sol entre los buques, sus carabineros de casco blanco y sus mulatas que pasean moviendo perezosamente las caderas.

*Lima.*

Lima es una de las mejores joyas que pudo hacer España al otro lado del mar. Lima tiene las mujeres más nocturnas, frágiles y delgadas del continente. Las limeñas tienen fama de ser más que rápidas, rapidísimas para las respuestas y las frases ingeniosas. Cualquiera americana es encantadora. La limeña tiene una ligereza mental, una habilidad para el juego de palabras, un sentido de la respuesta, veloz como un disparo, que vence cualquier prejuicio, cualquier concepto anticipado sobre ella. La madrileña es coqueta. La limeña es supercoqueta. Sabe que sus ojos, sus hombros color canela, sus livianas piernas, sus manos inquietas y finas como zarpas, son los mejores y más apreciados de América y se sabe cotizar.

Lima tiene un Palacio Presidencial con una espectacular estatua de Pizarro[1], una Catedral antiquísima, demasiados portales, barrios nuevos, una Plaza San Martín, cines modernos, hoteles de lujo como el Crillon y el Bolívar, avenidas recién hechas como Arequipa, barrios recién inaugurados en Chorrillos y Miraflores, y el mar al alcance de la mano; pero en todo momento es familiar e íntima. Más que una ciudad parece un pequeño salón en que todo el mundo se conoce y se

[1] La mejor estatua ecuestre de América.

trata de tú, donde no hay tiempo para odiarse políticamente, porque todos son demasiado amigos y se están viendo en la calle desde la cuna hasta la tumba. En las mañanas flota un aire pegajoso que se llama "camanchaca". La camanchaca explica a los peruanos. No importa que haya blancos, indios, mulatos, chinos y negros. La camanchaca, ese aire sutil que sopla pegajoso desde el mar, ventila las luchas políticas y las hace menos intensas. En Lima no se conoce la guerra a muerte, como en Bolivia y en México. Todo tiene un sentido sutil y elegante que explica que la Perricholi haya sido amante de un virrey con un telón de fondo de campanas místicas y de beatas orando de noche, sin que pase nada.

Lima tiene algo tan personal que me explico perfectamente que los peruanos cuando están fuera de su país vivan recordando con melancolía su ciudad sin poder encontrarse jamás en ninguna parte. Si América es áspera y céltica, el Perú es suave y elegante, evocativo y romántico.

*Sabor y color del Perú.*

Pero habría que hablar mucho más de la nación del norte. Tiene más vida nocturna que la mayoría de sus hermanas de América. Y mucho más color.

En sus barrios combaten lo viejo y lo nuevo, la Colonia y la época actual. Sus carnavales tienen tanto sabor como los mejores de Europa y cae el agua a torrentes sobre el Jirón de la Unión. Porque de eso se trata, de mojar al prójimo.

Monto en un bus y paso ingenuamente por una bocacalle. Desde un rincón unos muchachos armados de pitones me dejan totalmente empapado. A los diez minutos tuve que ponerme traje de baño... dentro de una casa.

Las corridas de toros de la Plaza de Acho no tienen nada que envidiarles a las mejores de España. Y hay unos aficionados más exigentes y gritones que los de Sevilla y Córdoba.

Su "Negro Negro" y la serie de boîtes que encienden los ojos apenas llega la cálida noche de Lima son pozos de sombras en que las parejas no se ven casi en la penumbra.

Su Barrio Chino es más simpático y menos misterioso que el de San Francisco. Y los chinos venden sus productos típicos y su terrible comidita a los buenos limeños que se la consumen en un segundo. Son los "chifas", que dejan un recuerdo imborrable en el paladar... O los "anticuchos", que se cuecen con dinamita en polvo...

*La casa de Pizarro.*

El Palacio de Pizarro respira grandeza española de la mejor marca. Se camina entre coraceros casi negros que recuerdan vagamente los de Napoleón de los buenos tiempos y de las cargas inmortales; se cruzan puertas talladas como joyas, se avanza sobre alfombrados pasillos que tienen la gracia de la época de los virreyes, y se llega por fin, con un protocolo que parece recién llegado de la vieja Europa, hasta el despacho del Presidente de la República.

Su serie de iglesias parecen sacadas de España y traídas en avión hasta este rincón de América. Las calles tienen algo de procesión andaluza y de Semana Santa.

Pero al mismo tiempo estalla el lujo moderno: el edificio de departamentos, la avenida recién hecha, el club más cerrado que los más exigentes de Londres, el batallón de autos último modelo, los teatros construidos hace apenas cinco años, etc.

Lima es la ciudad que avanza más rápido en América, salvo las brasileñas y las venezolanas. País viejo por definición, con una maravillosa tradición inca, ha caminado las últimas décadas con las botas de siete leguas.

*Tradición.*

Pasa aún el indiecito por la calle, desfila el borrico y se vende en las vitrinas del Jirón de la Unión la pesada y trabajadísima pulsera de plata o de oro; pero la tónica de la ciudad que se desparrama junto al pequeño Rímac es netamente moderna.

Los estudiantes saludan a Fidel Castro y los pintores se tiran a nado sobre el pasado del país y sobre su raíz indígena en busca de la verdad auténtica del Perú con la fuerza y fe fanática de los muralistas mexicanos...

Sí... Me gustó el Perú. Me gustó eso de íntimo, de colonial, de familiar que tiene el país y que se intensifica más en la capital...

En Lima no bastan el edificio moderno ni el progreso. Lo inolvidable es la atmósfera que se siente apenas se le da la mano a la camanchaca y se camina por los barrios en que vacila aún la Colonia bajo la luz de los focos ultramodernos.

*La cara de Lima.*

Lima no parece una ciudad sino una amiga. O, más bien dicho, una amante coqueta y sensual que está tendida como "La Maja Desnuda" de Goya al pie de los Andes...

El extranjero que llega alguna vez a la sombra dèl pequeño San

Cristóbal sabe que hay unos garfios invisibles que lo retendrán para toda la vida...

Poca gente en América sabe vivir mejor que los peruanos. Vivir totalmente, agotando las sensaciones...

Lo que menos importa es la historia que cuelga de los muros y que se refugia en las catedrales y capillas. Lo básico está en lo actual, en lo de "ahora mismo" que nos sale al paso...

Su noche, la noche del cabaret, de la boîte y de los "chifas", tiene un sabor que iba a encontrar vagamente sólo en México...

Y eso que no están ya los virreyes enamorados ni las célebres "tapadas" que pintara magistralmente Palma en sus crónicas de la Colonia...

En una palabra, Lima tiene sabor a azúcar, a pastel, a hojaldre y a chancaca.

Y así se queda indefinidamente entre los labios.

# BOLIVIA: EN EL TECHO DEL MUNDO

Y A UN lado del mapa estaba Bolivia.

Bolivia fue enemiga política y militar de Chile en 1879. Con todos mis recuerdos de nieto de veterano de una guerra victoriosa, tomé el avión para salir de Santiago y llegar a La Paz. En Buenos Aires había sido amigo de Víctor Paz Estenssoro, un modesto refugiado boliviano que vivía en la calle Charcas número 2257, en una casita inolvidable. Trabajaba malamente detrás de una máquina de escribir para ganarse unos cuantos nacionales. Su mujer se llamaba "La China" y ahora está bajo tierra. Víctor Paz era un pequeño boliviano de un metro sesenta, grandes lentes, sonrisa fina, traje gris, movimientos suaves. Nunca olvidaré que en la Avenida de Mayo, en un café, me dijo al oído:

—No te olvides, Tito, yo seré Presidente de Bolivia y un día te invitaré oficialmente a mi país.

Fue en 1948. El 52 estallaba la revolución de Semana Santa, dos meses después era Presidente de la República de Bolivia, y cuatro meses más tarde me invitó efectivamente a La Paz.

*La luna.*

Bolivia es la luna. Volcanes apagados, ríos de yeso, campos desolados. No hay gente. Este país es un planeta en que los hombres caminan sólo de vez en cuando sobre la tierra como por casualidad. Los pueblos son minúsculos, con indios enanos que caminan a través de llanuras desoladas, color azufre, hasta pequeños poblados en que surgen casitas de cuento.

Seis horas en el avión que parte desde Santiago de Chile hasta La Paz. Durante dos horas no se ve nada, salvo el vacío. Estamos en la parte más alta de América. Hitler dijo que éste era el mejor aeródromo del mundo en una posible guerra. Y a lo mejor resulta cierto.

Bolivia es un país cerrado, sin mar y sin aduana hacia el exterior. Está como un niño debajo de una mesa. Como un fantasma metido en su reloj de cucú. Cuando uno vuela en un avión sobre llanuras desoladas, valles quemados, selvas inconclusas, paisajes deshechos, comienza

a creer que esto es América, la verdadera América, más allá de las agencias de turismo. Y luego un enorme e inmenso hoyo, un agujero lunático, una caverna de Marte, una especie de herida en la tierra, con un aeródromo en la punta que se llama El Alto, a cuatro mil metros de altura, donde una llama nos escupe de acuerdo con una vieja tradición turística y diplomática.

*La Paz.*

Y luego, en auto, descendemos cuatrocientos metros hasta el fondo de España. Porque España está ahí, en los recovecos ocres, en el color a tierra cocida, donde surge la iglesia de San Francisco, con sus dos torres, sus altares de piedra, sus santos transparentes y sus monjes fantasmales. Y el Paseo del Prado y la Avenida Gamero y la Plaza Murillo. Y la Catedral, y el Palacio de Gobierno, y la Cámara de Diputados, y el color —ese color vacilante de Bolivia— que parece ocultar cien revoluciones bajo su propio pulso. En el Palacio de Gobierno mataron a tres Presidentes de la República. Aquí murió Villarroel. En el hall hay una placa que dice: "Aquí murió, después de disparar hasta el último tiro de su ametralladora, el Presidente Gualberto Villarroel".

*El Palacio Quemado.*

El Palacio Quemado parece un cuartel excesivamente limpio, recién pintado, con una luz de otoño que cae de todos los ventanales. Al frente queda la Plaza Murillo, y junto a él, la Catedral. La Catedral es linda, española. Pocas veces he conocido un país donde se guarden mejor y con más cariño los recuerdos de España que en La Paz de Bolivia. ¡Quién me iba a decir a mí, nieto de veterano del 79, que le iba a tomar tanto cariño a este pequeño y gran país! Así como adoro a esa desconocida zona del mundo que se llama Paraguay, llena de heridas heroicas, adoro a esta pequeña tierra calcinada y volcánica, color de tierra cocida, de piedra vieja, de volcán antiguo, que se llama Bolivia.

La conocí en 1951, la volví a ver en 1953. Primero con Paz Estenssoro. Después con Siles. Y nunca olvidaré sus volcanes humeantes, su cielo de lapislázuli, sus caminos polvorientos sobre una pampa desolada.

*Las indias.*

Siempre recordaré a la pequeña boliviana —una india con cien faldas— que se indignó porque quise tomarle una foto[1]. Nunca olvi-

[1] Y que me dijo: "Ustedes aprovechan estos monos que toman con la maquinita para desprestigiarnos en el extranjero . . ."

daré a sus estudiantes quemados por las ametralladoras y a sus mujeres dignas y finas floreciendo en medio del Altiplano. Ni el Hotel de La Paz, ni el Hotel Sucre. Ni sus niñas canasteras, que entendían el amor con suegros grandes, de largos bigotes, y suegras gordas como cacharros de greda. Ni sus indias que dormían en el umbral de las piezas de su ama. Ni su pobreza digna. Ni su Museo Tiahuanaco. Ni sus ídolos de piedra. Ni sus vasos de greda y las panzas de sus dioses de piedra trabajados a través de miles de años de cultura.

*La revolución.*

Conocí la Bolivia revolucionaria. Hernán Siles me mostró los Comandos Revolucionarios en que trasnochaban, por igual, estudiantes, profesores, intelectuales e indios. Vi los Arcos de la Victoria, con salpicaduras de plata y de *confetti* al paso del Presidente de la República y del M. N. R. Divisé a los indios apretados en los buses que descendían del cielo a la tierra. O sea, de El Alto a La Paz. Conocí un barrio que se llamaba Villa Balazos, y otro cuyo nombre es Lechingrado en homenaje a Juan Lechín, actual Vicepresidente de la República.

Podría seguir hablando eternamente de La Paz. O del ambiente fresco y moderno de Cochabamba. O de los portales de la ciudad de Santa Cruz. Podría decir todo lo digno, lo serio y lo honesto que era el joven intelectual, héroe de la guerra del Chaco y de la guerra civil, que se llama Hernán Siles Zuazo, con sus pequeños lentes, su traje obscuro y su altivez republicana. O Víctor Paz Estenssoro, el más agudo de los políticos bolivianos y el más inexorable, con el cual había bebido "leche de tigre" una lejana noche de 1948 en las calles de Buenos Aires.

*Gran pueblo.*

Pero no. Yo les quiero contar solamente a ustedes que conocí a un pequeño y gran pueblo, herido, roto, quemado, invadido y vencido, pero terriblemente serio y profundo, que aún cree en el coraje y en el valor. En esas calles que amanecen antes de las seis de la mañana, en ese cielo sin nubes, en esos volcanes más altos y cónicos que los del Japón, en esos barrios donde unas niñas provincianas y coloniales tratan de seguir el ejemplo del "paseo" de las plazas españolas de otro tiempo, en esos mineros que vi pasar llenos de dinamita frente al Palacio Quemado, en esos estudiantes que saben lo que significa la palabra pistola, en esos obreros sin complejos —morenos y menudos, con ojos achinados, con la piel obscura, el pelo tieso y el semblante de ídolo—, yo encontré a una gran nación.

Y era rica. Tenía estaño, plata, oro, madera fina. La habían en-

vilecido a través de los siglos unos pobres indios piojosos, disfrazados de millonarios, que vivían en París y despreciaban a los otros indios de La Paz. Un día unos estudiantes y unos obreros armados cambiaron el sentido de los viejos ríos y les echaron lava distinta a los antiguos volcanes.

Podría contar muchas pequeñas historias de esa pequeña región del mundo que se llama Bolivia. Dentro de la infinita cursilería internacional de la gente que hace separaciones de raza y que les dice "cuicos" a los bolivianos, yo quisiera, después de haber estado en la Plaza Murillo, el Palacio Quemado, el Barrio de San Jorge, quisiera decirles cómo me gustaron sus ojos asiáticos, su pelo como cuero, sus banderas destrozadas de la guerra del Chaco, sus derrotas victoriosas, sus ríos cruzados en medio de la noche, su aislamiento de estatuas, de ídolos pétreos y solemnes como el mármol que se encuentran desde el avión y desde que me descubrió con tanta familiaridad la primera llama boliviana.

Y me dio el salivazo de ritual.

Claro que más tarde las cosas cambiaron entre Chile y Bolivia. Se levantó la bandera de papel de un puerto y trataron de borrar un tratado que habían suscrito solemnemente en 1904. Y las cosas se agriaron entre los dos países... Y los políticos usaron la palabra "puerto" como una enseña para llegar al Palacio Quemado...

Pero lo básico, lo esencial, lo que no cambia —el pueblo, en una palabra—, sigue allí como el primer día que le di la mano en dos ocasiones. Y que está bastante por encima de sus gobernantes ocasionales...

# ECUADOR: POETAS, PALMERAS Y CAIMANES

ECUADOR se llama —entre otras cosas— Guayaquil y Quito. Guayaquil es la costa. Quito es la sierra. Guayaquil es moderna y Quito es antigua. Guayaquil es el movimiento actual, las nuevas corrientes culturales, los nuevos escritores, los jóvenes intelectuales, las niñas sofisticadas, los cafés existencialistas. Quito es la paz, la calma, la Colonia, la catedrales con siete campanitas puntuales, y beatas muchachas que van a misa. Guayaquil es el Pacífico, el río Guayas, con caimanes, con turistas, con escritores audaces, con muchachos de izquierda. Quito es la sobria capital solemne que recuerda a Salamanca y a Santiago de Compostela. En Guayaquil hay cemento. En Quito hay piedra. En Guayaquil hay niñas con pantalones. En Quito hay señoras de manto negro, solemnes y místicas, que oyen misa por todos los muertos del mundo.

*Simpatía.*

En Guayaquil está el trópico y las casas tienen palmeras dentro. Los políticos usan levita y hablan en verso. Los ecuatorianos son las personas más simpáticas y más agradables del mundo. Tienen toda la riqueza española. Son unos españoles menos duros, menos bruscos que los de la Península. Hablan en diminutivo, con acento suave, femenino, dulce y pegajoso que parece mermelada. Las niñas románticas reciben cartas en verso de sus novios, con corazones dibujados en los sobres. Llegan las bananas en los barcos de las compañías fruteras. Duermen los caimanes en el río, el aire es pegajoso y cómplice. A pesar de la arquitectura moderna, el ambiente es colonial. Cantan todas las campanas en todas las torres y hay beatas vestidas de negro por la calle, pero en pocos países de América se ve mayor número de poetas supermodernos y al día de lo que se escribe en París y se piensa en Nueva York.

Los ecuatorianos dicen que Quito es pobre y triste, pero en pocos países de América se pueden morder en forma más exacta la palabra cordialidad y la simpatía humana. En Quito la noche comienza inmediatamente a la salida de la tarde. En Guayaquil no hay noche. Más

bien dicho, la noche es día. Todo el día. Todo el mundo está en la calle, y se nota a simple vista la diferencia entre una alegre ciudad costera y una arisca ciudad de sierra.

*El puerto.*

El habitante de Guayaquil es más moderno, está más al día que el de Quito y mira más hacia Europa. Sus arquitectos son audaces, sus calles amplias, su Mercado de una belleza que está pidiendo a gritos que los pintores ecuatorianos pinten esos rimeros de frutas, esos pescados húmedos, esas lechugas sombrías; y de aquí van a tener que salir unos fresquistas tan grandes como los de México. Hay cabarets de primera línea, teatros grandes, muchachos que pelan la pava a través de las rejas, y, antes que nada, una vida nocturna intensa, superior a la de Quito.

En Guayaquil están la política, los diarios de batalla, los partidos populares, las conspiraciones, los estudiantes exaltados, los sindicatos obreros y un grupo de escritores de primer orden.

Yo dije hace años que Chile comenzaba en Ecuador. Y es la pura verdad. No hay país que quiera más a Chile que esa pequeña nación del norte.

*Una anécdota.*

En 1943 llegamos doce periodistas a bordo del "California". A las diez de la noche estábamos en el Fortigues, un cabaret elegante y grato. Apenas se supo que éramos chilenos, las doscientas personas que estaban sentadas a las diversas mesitas se pusieron de pie y cantaron la Canción Nacional Chilena sin equivocarse en una coma.

En Guayaquil me compré uno de esos maravillosos sombreros de pita que parecen deshacerse entre los dedos y que pueden pasar fácilmente por el ojo de una aguja y que los ecuatorianos se los cambian a los turistas por las tibias botellas de vino que vienen del sur.

El habitante de Guayaquil pela al habitante de Quito. Y el de Quito al de Guayaquil. Lo mismo pasa en toda América. El hombre de la costa es más libre que el de la sierra. El porteño dice que el serrano es silencioso y poco imaginativo. El serrano halla demasiado libre y demasiado suelto al habitante del río Guayas.

*García Moreno.*

No hay que olvidar que en Ecuador nació ese sombrío dictador que se llamó García Moreno y que murió asesinado. García Moreno era una especie de Escorial con levita que vivía golpeándose el pecho

y que transformaba las tribunas del siglo pasado en verdaderos púlpitos.

Ahora Ecuador corre por otros caminos. Simpatiza con Cuba y aplaude a Fidel. Mira hacia Rusia y no se asusta de China.

Sus jóvenes poetas están escribiendo los mejores versos y está surgiendo una avalancha de novelistas que miran hacia el campo, al indio, a la fábrica, a los plantadores de bananas.

Pocos países más gratos para detenerse un momento y convivir con sus habitantes que la pequeña nación de Velasco Ibarra. Se llega como turista un poco asombrado y en busca de cosas pintorescas, y se sale amigo para toda la vida.

Por lo menos, eso me pasó a mí.

# PARAGUAY: LA PATRIA DEL CORAJE

NO HABÍA estado jamás en las calles de Asunción. Conocía sólo el aeródromo, que era más chico que una caja de zapatos y donde los aviones apenas se atreven a tocar tierra por temor a enterrarse de nariz.

Fue hace unos inolvidables ocho años, camino a Francia, soltero, triste y libre. Venía de Buenos Aires. Pero me conocía de antemano la historia de la pequeña y maravillosa nación. Me sabía al dedillo la leyenda de Solano López y Madame Lynch, y había leído, con el alma en vilo, los últimos segundos de la guerra heroica y despiadada contra Argentina, Brasil y Uruguay. Por eso iba con el cariño en la manga, al descender, en medio de un calor vertical, en el campo aéreo de Asunción.

Allí había mujeres de mantones negros que vendían pañuelos y chales tejidos con una finura y suavidad que exigen trabajarlos debajo del agua en las noches de luna. Parecen plateados por unos dedos invisibles que tocan los tejidos y los hacen femeninamente suaves y flexibles.

Afuera arreciaba el sol. Un sol tropical que iba a encontrar un día —pasados los años— en las calles vacías y adormiladas de Santa Cruz de la Sierra en Bolivia. Como que quedan justamente al frente del mapa.

Los paraguayos son delgados como pelos, como navajas Gillette, como lomos de páginas de libros finos. No andan. Cortan el viento.

Las paraguayas son las mujeres más lindas a las cuales les haya lanzado un piropo de acuerdo con mi caballeresco y mosqueteril modo de ser. Tienen la cintura quebradiza y los ojos húmedos. Visten el paisaje en el mejor sentido de la palabra, lo alumbran, le ponen fuego y brasa.

*Y ahora.*

Pero pasaron los años y llegué hasta la tibia tierra paraguaya. Naturalmente había nubes en el cielo y al llegar al Hotel Guaraní me dio la mano la lluvia. La terrible lluvia paraguaya que incendia el aire y hace pensar que estamos en el corazón del trópico.

Desde el aire, Asunción es verde y roja... Manigua y sangre...

Las casas son coloniales y se evoca naturalmente Andalucía. Esto es Sevilla y Córdoba. Y hasta una lejana calle de Granada, con Federico García Lorca y todo...

En las noches de calor los habitantes de Asunción se sientan a la puerta de la casa a tomar aire fresco... ¿Fresco? Apenas pasable... Esto es España pura en pleno estío... Pero la gente es distinta a la española. Por aquí pasaron los alemanes y aquí están alojados los meronitas, esa extraña secta que no cree en la guerra, que se casa entre ellos únicamente, y que habla un alemán de hace dos siglos que no entienden los germanos actuales.

En la calle Palma las muchachas desfilan bajo una selva de piropos entre los muchachos que bordean la acera... Y ellas contestan como lo haría la andaluza más químicamente pura.

*Los héroes.*

En el Panteón de los Héroes le dejé una corona a Solano López y otra a Estigarribia. O sea, al hombre que murió con los últimos niños paraguayos vestidos de soldados en Cerro Corá, y una de cuyas orejas está en alcohol en un museo del Brasil.

Por su parte, el mariscal Estigarribia, héroe del Chaco, fue teniente en Santiago de Chile del Regimiento "Buin", y murió trágicamente en un accidente de aviación.

En el Hotel Paraguay vi la pequeña y emocionante casa de Madame Lynch, la muchacha irlandesa y colorina que había conocido a Solano López en la corte de Napoleón III y lo había seguido hasta el Paraguay... y hasta la muerte.

Los pájaros cantan, las orquídeas perfuman el aire y los monos juegan en sus respectivas jaulas. Las palmeras abanican el viento y el "palo borracho" sostiene dramáticamente el cielo...

*La guerra.*

En el Museo Militar vi dos cuadros impresionantes. Uno en que se ve a los últimos soldados totalmente desnudos, con el quepis únicamente en la cabeza y el fusil en la mano. Eran los últimos capitanes y coroneles del heroico ejército paraguayo.

En el otro avanza un río verde de soldados sobre la tierra caliente y roja del Chaco...

Me senté ante la mesita que usaba Estigarribia en su Estado Mayor, hablé por su teléfono y tecleé en su vieja máquina de escribir.

Vi las banderas baleadas de la guerra y la enseña de rendición boliviana que se alzó al viento en Fuerte Boquerón y que fue blanca, y que ahora está dramáticamente amarillenta por el paso de los años...

Desde el Hotel Guaraní (catorce pisos) tuve un cuadro general

de la ciudad con sus 200.000 habitantes, sus casitas bajas y sus manchas de verde y sus manchas de buganvillas.

Al frente, el río nos muestra sus mejores yacarés y hasta la gris silueta de la cañonera "Paraguay", en que estuvo refugiado Perón en los dramáticos días de 1955...

Los paraguayos son pobres, pero altivamente pobres. Dos guerras feroces diezmaron totalmente a la población. Después de Cerro Corá no quedaron sino el diez por ciento de los hombres en todo el país...

Luego vino el Chaco y nuevamente los muchachos tuvieron que partir al frente. La guerra está en todo momento asomada a la historia del Paraguay. Hay que vivir prácticamente con el dedo en el gatillo... Y los héroes se escalonan en los nombres de la calles y en la penumbra de los museos que guardan tanta gloria...

*Cómo son.*

No hay gente más suave y más gentil de trato que los habitantes de esta tierra. Hablando español o guaraní, parecen cantar al oído. Al lado de los paraguayos, los argentinos sencillamente ladran...

Las paraguayas tienen una manerita de caminar que recuerda a la palmera y a la caña... Y no hay quién no se sienta mosquetero viéndolas en el hall del Guaraní o en el Club Centenario...

Pero fueron los niños los que más me impresionaron. Unos niños rápidos y vivos, de ojos claros y de cabellos casi rubios, que proclaman claramente que por aquí anduvo la inmigración alemana...

A los niños paraguayos no les gusta usar zapatos... ¿Para qué?... Les encanta tocar la tierra, sentir la caricia telúrica de la yerba, sentirse en contacto con la manigua y la selva...

*Bichos.*

Claro que la selva nos tiene reservadas algunas "cositas". Desde luego, los sapos, serios y graves como académicos de la Lengua. O el alegre sapo cancionero, al que le falta únicamente la guitarra. Y el pájaro-campana, que debía estar en una torre para dar las doce. O el vampiro, que chupa la sangre. Y la araña-pollito. Y las "urúas". Y las cobras y las boas, que nos aguardan agazapadas en plena selva... O mil bichos más, que más vale no citar...

*Cataratas.*

Y luego salimos de Asunción y marchamos hacia las cataratas del Iguazú, que nos esperaban en medio del viento.

Esto es mejor que la vista del Niágara. Es la tempestad que sale vestida de mármol desde el fondo de la tierra y trepa hacia el cielo...

Es el agua que se desborda y se suicida románticamente al fondo del abismo. O es sencillamente la mejor creación de Dios, colocada para darle mayor ferocidad al paisaje de esta tierra bendita...

Conocí a sus escritores, políticos, periodistas, y, ante nada, generales que habían sido héroes en los campos del Chaco y que conocen perfectamente el sentido de la palabra coraje...

*Costumbres.*

Las costumbres son coloniales, y en el fondo, de todas maneras, está ardiendo España. El "paseo" de los sábados en la calle Palma es impagable. O la música, que no es triste, sino desesperada con el chasquido lejano del arpa o la guitarra. Y la siesta, que se duerme puntualmente de una a tres de la tarde. O la salida con una muchachita paraguaya, que hay que hacerlo en compañía del papá, la mamá, la abuela, tres tías y dos sobrinitos chicos.

Y para cerrar el panorama, la levantada y las citas oficiales a... las seis de la mañana. Y las iglesias. Y los bailes. Y tanta cosa más...

Pero ya tenemos que partir y sentimos a lo lejos la baleada canción que viene del fondo de la guerra y de la muerte y que dice:

*Llora, llora urutabú*
*en las ramas del yatay.*
*Ya no existe el Paraguay,*
*donde nací como tú...*

Y el avión se eleva sobre la tierra verde salpicada de cuajarones de greda color sangre...

Y nos llevamos de recuerdo una bombilla de plata para tomar mate en las heladas tardes de Chile y unos manteles de ñandutí para evocar en los años futuros el paso por esta pequeña gran tierra que dejamos tristemente a la espalda.

# COLOMBIA: SOBRE LA HUELLA DE BOLIVAR

*Buenaventura.*

Buenaventura es la ciudad más lluviosa del mundo. Le dicen irónicamente "Pluviópolis". Y una chaqueta en un armario cría moho en una semana. En dos semanas tiene pasto. En tres semanas tiene bichos[1]. Los colombianos tienen vergüenza de Buenaventura. La esconden como si fuera un insulto nacional. Así y todo, es uno de los paisajes más pintorescos del mundo y uno de esos escasos sitios —aparte de Shanghai y de Marsella— donde vale la pena echar un vistazo para ver precisamente lo pintoresco.

*Entre caimanes.*

El pobre cónsul de mi país, que hacía cuatro años que estaba desterrado en Buenaventura, hacía la siguiente vida: se levantaba a las ocho, trabajaba hasta las doce, se tomaba un trago a la una y cuarto, un segundo trago a la una y media, almorzaba, dormía la siesta, atendía al Consulado, y salía vestido de brin a dar una vuelta por la obscura y siniestra avenida que da al mar. Unos caimanes linfáticos dormían pesadamente al sol, y a las seis el pobre cónsul salía con su consular familia a dar una vuelta por la avenida principal a ver las cosas únicas que se pueden ver en Buenaventura: el río, los caimanes y los negros con paraguas diluyéndose frente al paisaje. Aparte de esto, Buenaventura es una ciudad con cabarets, niñas diablas, calles de barro, edificios de distintos colores —un piso verde y otro azul—, un gran hotel, pesado y triste, que se llama el Hotel de los Ferrocarriles, y unos barrios donde unos negros devoran "fresco de lulo", sandía y melón, hasta que cae pesadamente la noche.

Por suerte Buenaventura no es Colombia. Colombia es Bogotá, Cartagena y. . . Bolívar.

Todo en Colombia es Bolívar. Lo que no es Bolívar es Santander.

[1] Esto es rigurosamente exacto. Le pasó a un diplomático amigo mío.

*Cartagena.*

Cartagena es un puerto técnicamente español. Aquí no hay que cambiar nada. Es España de todas maneras. Es Cádiz, Vigo, Sevilla. Unas calles dormidas bajo el sol, edificios coloniales con portales y columnas. Surgen los cocoteros de las viejas murallas calcinadas por el sol. Y después de ver la Plaza de Armas, la Municipalidad y el Correo, hay que ir al fuerte de San Felipe de Barajas.

*El fuerte.*

Cuidado, amigo lector. Esto es más que América. Son las novelas de aventuras de Salgari, de Mac Orlan y de Sabatini. Esto es el fuerte de los corsarios y de los viejos piratas del siglo XVIII. Esto es Morgan, el Olonés, Drake, Sharp y otros bravos capitanes. Por este cielo tan suave y dulce caminó hace tres siglos la bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas. El fuerte de San Felipe de Barajas era la defensa natural de Cartagena de las Indias, cuando los gordos y pesados galeones españoles salían cargados de plata y oro en dirección a la Península. El fuerte está horadado en la roca viva. En sus corredores se escondían los soldados españoles, armados de trabucos y mosquetes, bajo el mar, a cuatro metros por lo menos, en los días en que había que defenderle la billetera al rey de España. Cartagena no fue tomada jamás en los mismos días en que caían Panamá y Maracaibo en manos de los corsarios. Fue la defensa ideal contra los piratas que asolaban las costas de América. Y se le escapó por milagro a Henry Morgan.

*Cali.*

Pero dejemos este rincón policial de América y vamos a otro de los puntos típicos de Colombia sin llegar a Bogotá. Es Cali, a seis horas de Buenaventura, a la cual se arriba después de atravesar tres cordones de cordillera y de desfilar por un paisaje netamente africano, con negritos desnudos y casitas de madera alzadas sobre pilotes en medio del fango y del agua. Todo el mundo usa taparrabo y las muchachitas brillan como ébano bajo el sol.

Y luego de ver este relámpago del Africa en plena América, el paisaje se pone suave y se pone blanco y dulce.

Cali es el corazón del valle del Cauca. Las casas vuelven a ser pesadas y ceñidamente españolas. Vuelven a surgir las niñas detrás de los balcones corridos en busca de los estudiantes románticos y llenos de poemas de amor. Aquí escribió Jorge Isaacs su "María". Aquí unos pajaritos finos como sortijas, llamados "coyuyos", brillan tanto en la noche que iluminan la obscuridad como los mejores avisos luminosos. Cali, calenturiento y sudoroso, colonial y antiguo, de piedra

pura, llena de flores, es el mejor primo hermano que tiene Madrid por estos lados.

*Los poetas.*

Pero para hablar de Colombia hay que referirse a sus poetas. En Colombia todo el mundo es poeta. El que no habla en verso no es colombiano. Hace años un diputado liberal improvisó en la Cámara de Bogotá un discurso en verso. Apenas terminó se levantó un adversario conservador y le contestó igualmente en verso, sin una vacilación. Yo oí en una capilla de Buenaventura a un cura negro decir un sermón en perfectos endecasílabos.

Mi amigo Eduardo Carranza escribió aquello de:

*Teresa en cuya frente el cielo empieza...*

Una noche sudorosa y llena de relámpagos, a bordo del "California", un muchacho colombiano de apellido Guzmán me tuvo cinco horas tomando whisky en la cubierta recitándome miles de poemas inolvidables de lo mejor de la juventud colombiana actual. Conocía a Neruda mejor que Neruda. Mientras hablaba con los ojos cerrados y en mangas de camisa, los caimanes nos miraban perezosamente desde el agua y aprendían a recitar por su cuenta. El millón de poetas que hay en Colombia se divide en dos grupos: los centenaristas y los piedracielistas. Centenarista quiere decir centenario, y piedracielista, piedra y cielo.

Los primeros son académicos y solemnes. Son íntimos amigos del verso perfecto y de la rima precisa. Les encantan los juegos florales, los balcones florentinos, las alusiones a la vieja Grecia, y viven, lupa en mano, mirando hacia la Real Academia Española.

Los piedracielistas, en cambio, juegan con las imágenes y si tuvieran una goma borrarían la luna del cielo.

Un día me tocó ver en Bogotá el solemne entierro de un poeta centenarista. El ataúd pasó como un triunfador cubierto de coronas. Lo acompañaban mil quinientos poetas. Pero en la calle había otros dos mil que eran piedracielistas y que no participaban en el homenaje.

Una niña colombiana me dijo en un tren camino a Cali:

—¿Y ustedes los chilenos no se declaran en verso?

Yo quedé tan entusiasmado que perdí el tren por seguirla. Y hasta le escribí un soneto.

*Síntesis.*

Eso es Colombia. La Colombia de Santander y Bolívar. La de los coyuyos y de "María", de Jorge Isaacs. Un país que trata de ser mo-

derno por todos los medios, pero que tiene de todos modos colgado un levitón en el desván de los recuerdos.

Tiene todos los climas, todas las razas, todos los tipos imaginables. Una sola guerra civil ininterrumpida, hace apenas ocho años, costó doscientos mil muertos y hubo crucificados y quemados vivos. Si no, léase el feroz libro "Viento Seco". El "bogotazo" del 48 casi incendia América. Hay pieles rojas y negros cerca de las grandes ciudades. Y, sin embargo, se ha dicho que Bogotá es la Atenas de América. Y tiene los diarios mejor escritos del continente.

Hablar bien en cualquier parte de América es hacerlo con pasión, con entusiasmo. Hablar bien en Colombia es no equivocarse en un solo precepto de la retórica y de la oratoria clásica. Los debates de la Cámara de Diputados y del Senado recuerdan la mejor época de la Convención o de la Cámara de los Comunes en Inglaterra.

Y como si fuera poco, en Barranquilla, Manizales, Cali, Bogotá, o donde sea, hay siempre y en todo momento un poeta cerca de su casa. Colombia no debía estar en la geografía de América, sino en una antología especial y creada sólo para ella.

# VENEZUELA: DONDE SURGE EL PETROLEO

AL OTRO lado de algunos ríos, soñolientos y serios, se extienden los llanos de Venezuela. Yo llegué a Venezuela por mar. Venía de Europa. Venía aburrido. Quería ver América. Estaba cansado de catedrales y museos. Quería ver reírse y dormir en español. En medio del mar estaba La Guayra, donde unos negros iluminados por dentro, como linternas mágicas, bebían al borde del agua. De La Guayra a Caracas, capital de Venezuela, hay una carretera. Es una carretera a rajatabla, violenta, hecha a dinamita en la roca viva. Los autos, camiones y buses pagan un peaje especial por hacer el recorrido de La Guayra a Caracas. Cuando tomé un taxi, hacía un año que la habían construido. En menos de tres meses estaba pagada de sobra la construcción con los billetes que había que desembolsar en el momento de poner el motor en marcha.

*Caracas.*

Caracas es el gran anfiteatro de América, el gran estadio. Son una serie de calles, avenidas, palacios y casas escalonadas en la garganta misma de los Andes. En todas las ciudades del mundo las calles son calles y las casas tienen dirección. En Caracas hay que tomar el nombre del barrio, la calle, la manzana y hasta la casa misma para poder llegar, y surgen los nombres más femeninos de América: "Villa Lucía", "Villa Guadalupe", "Villa María Encarnación". Caracas tiene la Plaza del Silencio, el Palacio de Gobierno, con los recuerdos de Bolívar y de Páez. El Club Militar y la Universidad no son ricos sino millonarios. Aquí la arquitectura moderna es más insolente y elegante que en Sao Paulo y México. Las piscinas cambian de color varias veces al día, y el Club Militar, construido en los tiempos de Pérez Jiménez, tiene alfombras más elegantes y espesas que las de Versalles. En Caracas dominan el oro, el dólar, el petróleo. Esta es una tierra de millonarios para millonarios, y los mejores cabarets de París parecen buhardillas al lado de estas boîtes silenciosas y en penumbra que surgen en las esquinas de la noche. Una mano invisible, la mano del progreso, barre diariamente en los barrios bajos con las casitas de los negros, pulveri-

zando antiguas poblaciones callampas y el dédalo de callejuelas de otro tiempo.

Caracas es una ciudad por hacer, de hacerse y rehacerse todo el tiempo, donde no hay espacio para la pátina y el recuerdo. En veinticuatro horas, a dinamita limpia, se barre una vieja avenida y se alza una nueva, fresca y recién pintada, hecha sobre la marcha.

*Su gente.*

Los venezolanos son gente alegre, mezcla de cabaret y de remolienda, con las mujeres más morenamente encantadoras del mundo, llenas de ojos románticos y vestidas con los últimos modelos de Dior. Surgen los autos más potentes de Estados Unidos, las fábricas más audaces y las industrias más modernas. Pero en estas mismas esquinas amarró su pequeño caballejo Simón Bolívar, y atravesaron el viento las lanzas de los llaneros de Páez. Esta no es una ciudad adormilada y somnolienta. Es una América avispada y rápida. Con razón Venezuela es el país más rico de América, y sus obscuros y relucientes chorros de petróleo circulan por dentro del país con la sombría y elegante insolencia de la sangre corriendo a través de los músculos, de las vísceras y de las arterias del cuerpo humano.

Pero Venezuela tiene el defecto de todos los países ricos en que llegó la fortuna de repente, sin previo aviso. La Venezuela de hoy es la Argentina de hace treinta años. Barcos llenos de emigrantes que salen repletos de Europa y que atracan en La Guayra. Españoles sin una "perra", italianos desesperados, alemanes cansados de las bombas de la última guerra, europeos, en una palabra, en busca de destino. En 1910 Buenos Aires recibía treinta mil y hasta cuarenta mil emigrantes al día, que no hablaban una palabra de español. Cada barco que llegaba a la Dársena Norte era una gesticulante Torre de Babel. A los dos años estaban absorbidos por la Pampa y son los argentinos de hoy. Pero la buena racha pasó en la Argentina y vinieron las vacas flacas. Se restringió la inmigración y el puerto quedó vacío.

*El petróleo.*

Con Venezuela pasó lo mismo. El petróleo fue el señuelo que se agitó ante las masas desesperadas y hambrientas de Europa. Partieron los barcos repletos de españoles, portugueses e italianos. Se levantaron fábricas, se abrieron tiendas, se fundaron pueblos. Comenzó en gran escala la explotación del petróleo y del campo. A través de veinte años Venezuela fue los EE. UU. de la conquista del Oeste y del descubrimiento del oro en California. Esto produjo naturalmente el contraste violento entre los habitantes típicos del país y el aventurero que venía de afuera. Nacieron el capataz, el nuevo rico, el millonario hecho en

veinticuatro horas. Y nacieron los tipos prepotentes, agresivos e insolentes cuya única meta era el bolívar y el oro. El costo de la vida subió vertiginosamente. Venezuela chorreaba petróleo y riqueza por todos los poros. Vinieron los golpes de Estado y los militares se tomaron el poder. Pero del mismo pueblo surgió el contragolpe y vino la revolución.

Mientras tanto, la vida social venezolana había cambiado. Las calles estaban llenas de cabarets y de autos últimos modelos. Eran arrasados los barrios bajos y se levantaban edificios de departamentos ultramodernos. Caracas era cambiada de una plumada. Surgían avenidas europeas, casinos, palacios, teatros, boîtes, vida nocturna. El cielo se llenaba de avisos luminosos. Los generales vivían como príncipes. No había estudiante sin Cadillac o Rolls Royce. La selva de palmeras era reemplazada por otra selva mucho más práctica: la de bombas de bencina.

*"El pavito".*

Y con esto nació "el pavito", que es el *teddy-boy* venezolano, un muchacho insolentón y pesado con el que hay que acabar a tiros. Pero Venezuela es el porvenir. Encaramada como un mono en el norte de Sudamérica, mirando hacia Fidel y con el petróleo brotando a chorros, tiene toda la vida por delante. Y por eso, caminando por la Plaza del Silencio de Caracas, yo me sentí un poco como si vagara por el San Francisco de California de hace noventa años.

# PANAMA: EL TAJO DE AMERICA

AL NOROESTE de Venezuela está Panamá. Es una pequeña mancha dentro del mapa. Apenas se divisa. Panamá era un pedacito de Colombia que se independizó para poder justificar el Canal. El Canal es un tajo que corre del Atlántico al Pacífico, a través de una serie de terrazas de agua sucesivas, donde los barcos —los pesados transatlánticos que vienen de Europa y los solemnes vapores que viajan desde América— van subiendo o bajando por unas escaleras invisibles de uno a otro lado de los dos océanos. Unos trencitos minúsculos arrastran, como los enanos de Gulliver, las pesadas moles de los barcos, corriendo a ambos lados del Canal. Cielo negro, espeso, sudoroso; mosquitos, selva, palmeras, calor.

Unos turistas de blanco, con caras y cámaras de turistas, se pasean por la cubierta del barco, tomando fotos, tomando aire, tomando whisky. Unas niñas casaderas, con trajes hechos en París y sonrisas hechas en América, se pasean por el puente de mando, por las inmensas cubiertas, mirando a ambos lados la selva solemne y siniestra.

*Dos países en uno.*

Panamá es Colón, Cristóbal, Panamá City. Una acera es Estados Unidos. La acera del frente es Panamá mismo. Surgen negocitos de los judíos que venden dos llaveros por un dólar, tres llaveros por un dólar, cuatro llaveros por un dólar. Los precios bailan de acuerdo con la oferta y la demanda de los sencillos y rápidos turistas. Nada vale lo que vale. Todo varía por segundos. Las niñas, vestidas de trajes livianos y claros, ondulan como palmeras y se mueven por las calles con una suavidad que no he visto ni en Cali, ni en Buenaventura. Uno se explica perfectamente a los estudiantes antiimperialistas y enemigos de la bandera de las estrellas y las barras, viendo la diferencia entre esos niños negros sin zapatos y las mulatas semidesnudas, con las señoras norteamericanas, repletas de dólares y de trajes de nylon. Patinan los Cadillacs en el lodo que salpica a los pobres habitantes; en los barrios suburbanos arden los cabarets hasta las cuatro de la madrugada. Un aire pesado y de plomo circula lentamente entre estas casas elevadas

sobre pilotes, y encima del agua y del fango. Zumban los mosquitos, y unas nubes bajas, como de piedra, se pasean en el aire.

Panamá es el más pintoresco de los países de América. Los pobres yanquis que están al norte creen que esto es América. Es América y no es América. A ratos es y a ratos no es. Estas casas blancas forman sin discusión un paisaje americano, y estos negritos con las piernas desnudas y descalzos que caminan tan dulcemente por las avenidas y las calles con nombres típicos, son del Nuevo Mundo. Estos diarios escritos en inglés son América, pero no son *toda* América. Estos mercados y negocios en que se habla más inglés que español, con rótulos norteamericanos, son teóricamente panameños, pero detrás de ellos quedan la selva y la siesta somnolienta del paisaje, que forman el verdadero país.

*El Canal.*

Ocho pesadas horas demora el barco en atravesar el Canal. Baja innumerables terrazas de agua del Atlántico al Pacífico para ponerse a nivel. Lo arrastran los trenes de juguete. Va desfilando a través de una avenida con olor a petróleo y a asfalto recién hecho. Bailan perezosamente las palmeras bajo el viento pesado y sudoroso. El cielo es negro, gris, lila. Esto es el trópico.

¿Oyó, amigo lector? Es el trópico. Esa cosa sutil, pegajosa, en mangas de camisa, que se llama cinturón verde del mundo. En la selva duermen los caimanes, las arañas peludas y los extraños bichos con bigotes que siembran el cólera y la fiebre. Esta es América, una América que toma whisky, pero que duerme en castellano. Pasean los turistas, los soldados con cascos blancos, los negros con trajes de brin, livianos como el aire. Y pasamos de un lado a otro de América, en un barquito que sube de océano a océano llevado de la mano por unos negros amables. Esto se hacía antes por Magallanes y duraba meses. Ahora en ocho horas está resuelto el problema. Y cambiamos de océano como de camisa.

# BRASIL: EL IMPERIO DEL CAFE

BRASIL es el país más grande de América. Es igual que Estados Unidos, pero traducido al portugués. Cuando el avión que viene del sur a través de la selva desciende rápido sobre el aeródromo de Río, casi se cae al agua. No se cae porque Dios es grande. Toma la cancha de aterrizaje en el borde mismo del océano y desciende del cielo como un ángel para tocar exactamente los primeros metros de una lengüeta de tierra estrechísima, al borde de las olas.

*Río.*

El aeródromo de Galeaos es una síntesis en miniatura del Brasil. Se ven muchachas con trajes livianos mostrando las piernas, mostrando el pecho, mostrando todo. Hay unos negros color lila y unos jóvenes ondulantes con aros de diamantes colgando de las orejas. Siempre Río es un poco Carnaval. Pero cuando se toma un auto y se camina hacia la ciudad, uno se comienza a dar cuenta de lo que es este tremendo, este fabuloso país. Si el México que está al norte es trágico, y Argentina recuerda excesivamente Europa, en Brasil se ven la selva, el negro, la riqueza desbordante y los diamantes grandes como cajas de fósforos. Aquí las raíces de los árboles revientan y vuelan las carreteras; las playas son gigantescas; los rascacielos inmensos, en el más perfecto sentido de la palabra, son de un blanco limpio e higiénico que va cambiando de color a medida que ascienden hacia el cielo y se ponen color azul, azul celeste, azul marino, rodeados por algunas palomas que han subido hasta el piso 20 para asomarse a ver el paisaje. Aquí se echa abajo un rascacielos de hace diez años por viejo. Y éste se derrumba en forma estrepitosa sobre una avenida como un montón de fichas de dominó o un castillo de naipes. Todo el mundo anda desnudo. Mucho más que en el Africa. Insinuadamente desnudos, que es mucho peor que estar desnudos totalmente. Las oficinistas van a su trabajo, en los viejos tranvías que suben y bajan las colinas, con unas mallas más minúsculas que un pañuelo. En Copacabana se tuestan al sol como lagartos los cuerpos más lindos de América. La brasileña es increíblemente felina. Tiene algo de pantera antes de dar el zarpazo o el salto.

Copacabana es una avenida de más de treinta cuadras, de rascacielos que palpitan como venas cuando cae del cielo de Río la más fulminante de las lluvias. El agua es tibia y a veces circulan los tiburones cómodamente entre los bañistas. Una selva de hoteles de lujo se extiende hasta el infinito al pie de dos cerros inolvidables: el Pan de Azúcar y el Corcovado. Arriba está Cristo con los brazos abiertos. Abajo está la playa. Hacia el centro está el camino que sigue hasta la selva con culebras auténticas que muerden y pican como si estuvieran en plena jungla africana.

Todo es grande en el Brasil. Desbordante. No hay país en el mundo en que se avance más rápido, se construya más velozmente, haya más autos, más casas, más arquitectos nuevos, más audacia para cambiar el paisaje. En un pequeño restaurante camino al Corcovado, que se llama O Ovidor, yo sentí de repente un pequeño ruido como el tictac de un reloj. Eran las flores que se abrían como guantes de sangre en medio de la floresta mientras que unos pájaros perfectamente salvajes iniciaban una sinfonía joven e inculta.

Río es la capital política, pero Sao Paulo es la ciudad más importante. Río es Nueva York, y Sao Paulo, Chicago. No hay ciudad europea que tenga la velocidad de construcción de Sao Paulo, pero los cariocas tienen más imaginación, son más audaces y más modernos que los habitantes de Río, y han querido que el feroz y apasionante colorido del paisaje inunde los edificios públicos. Es cierto que el Ministerio de Facenda —Hacienda— se mueve entero con sus veintitantos pisos siguiendo el camino del sol y de la luz. El Palacio O Catete tiene el encanto de los viejos castillos portugueses transportado a América. La Avenida Getulio Vargas, hecha polvo varias veces, conserva una cosa romántica y vieja en medio de los edificios modernos que surgen como zumba, como tiros al aire. Algunas calles son melancólicas y dulces, y la Capilla de la Gloria, tan celeste, tan íntima, tan portuguesa y tan tímida, está asustada como un pajarito que hubiera caído por casualidad sobre Río.

Las "favelas", donde viven los negros más pobres del mundo, rodean como un cinturón de miseria y de hambre la capital brasileña. El barrio de las prostitutas, donde las paredes son de madera liviana y en que unas mujeres lívidas y cadavéricas llaman desesperadamente al turista moviendo las manos y los labios; las grandes boîtes, los enormes restaurantes, los cines inmensos, los diarios de fabulosas tiradas, y algunas callecitas pequeñas, como desfiladeros, donde cruzan los negros vestidos de blanco y los blancos vestidos de negro, todo en Río tiene un sentido de riqueza y de pobreza al mismo tiempo, de whisky y de "cachaza"[1], y antes que nada de macumba.

[1] Así se llama el aguardiente brasileño, que es capaz de tumbar a un batallón completo.

*Supersticiones.*

¿Oyó, lector? ¡Macumba!

Desde la palabra misma, todo suena a rito, a magia africana, a tam-tam solitario. La macumba es la maldición brasileña. La macumba es una caja de fósforos, una vela y una botella de cachaza puestas en una calle para maldecir a un enemigo. Se dice que cuando se le hace la macumba a alguien, éste muere al poco tiempo.

Yo conocí mulatas de Río que se entretenían en las noches en hacer pequeños muñecos con medias recortadas con tijeras y ensartados con media docena de alfileres, para que el hijo de la patrona muriera fulminado por los dioses. Aunque se enojen los brasileños, es cierto que hay maldiciones hoy mismo en Río. Sí, en 1962, vienen directamente al Brasil desde los senderos más secretos y virginales del Africa.

*De noche.*

Río de noche es todo. Es una de las ciudades más elegantes y modernas del mundo, con las niñas de ojos más maravillosos, trajes de baile más ceñidos a la piel y peinados más audaces. Pero a las siete, cuando un sol de bronce se pone sobre el Atlántico, bajan las lindas mulatas de los cerros, con las cinturas finas como cañas. Ríase usted de la manera de andar de las francesas, de las cubanas, de las italianas. Esto no es andar. Es bailar agitando levemente las caderas, como lo haría La Chunga con su mejor baile. Las mulatas son unos trozos de noche, con caderas, con senos y con unos inmensos sombreros de frutas, que se balancean en las obscuridad. La piel es color café con leche, los ojos son blancos, la sonrisa tiene más tentación que ninguna sonrisa y descienden hacia la ciudad con los colores más violentos del arco iris: con verde selva, con azul cielo, con rojo sangre, con blanco amanecer. Y una pirámide de naranjas en la cabeza.

El espectáculo de Río de noche, inundado de luz, es inconcebible. Es el reguero de pólvora, el fuego artificial, la dinamita llevada al máximo. De día, bajo la luz pegajosa de las diez de la mañana, estos aviones dormidos, estas carreteras que humean bajo el calor, estos hoteles excesivamente caros y excesivamente tristes, este Cristo que abre los brazos con desesperación en medio de dos nubes, todo tiene un sentido de potencia juvenil, de arranque, de plan hacia el futuro. Todo está por hacer. Todo tiene algo de selva, de bosque en formación, de árbol recién inaugurado. El Brasil de hoy jueves no es el del próximo lunes. Río fue y será, pero no es. Brasil es, Sao Paulo ya fue... hace dos meses.

Todo está en mutación continua. Aquí el país es un proyecto de nación en transformación permanente. Hoy tiene más de cincuenta millones. Dentro de veinte años tendrá cien. Tiene más caucho, más dia-

mantes, más petróleo, más hierro, más gente, más todo que el resto de América del Sur. Las negras, las mulatas cimbreantes, las japonesas, los alemanes, los portugueses, todo ese viscoso mosaico humano que es hoy día Brasil, no ha dibujado aún su propio territorio definitivo. A Brasil le faltan su propia cultura y la conquista total de la selva. Está haciendo ahora lo que hizo Estados Unidos en el siglo pasado, avanzando hacia la conquista de las grandes llanuras, construyendo ciudades, destruyendo el paisaje, creando un mundo nuevo contra y por encima de la naturaleza. Brasil deja anonadado.

Argentina pudo ser grande, pesada y solemne, pero Río, Sao Paulo, Santos, Brasilia y las grandes ciudades brasileñas son la conquista definitiva de la naturaleza por la mano del hombre. Aquí no hay pausa. Aquí todo se hace segundo a segundo, sin descanso y hasta quedar con los nervios deshechos.

*Petrópolis.*

En Río la selva se hace ciudad y crece hacia arriba. En Sao Paulo triunfan la industria, la precisión científica. Por eso cuando uno sale de Río caminando hacia las alturas, y trepa hacia el cielo como un vulgar ángel de la guarda, y llega a Petrópolis y Quitandinha, cambia todo. Petrópolis viene de Pedro. Pedro de Braganza fue emperador del Brasil. Hubo dos Pedros por falta de uno. Cualquiera de los dos con una barba más larga y con más cara de estampilla que el otro. Quitandinha es una ciudad hecha para grandes reuniones internacionales, edificada en el aire. Yo creo que Sao Paulo va tan a menudo a Quitandinha porque le queda en el camino.

En Petrópolis —una ciudad con olor a cuero y a mármol, llena de recuerdos y evocaciones— se mató ese pequeño judío-alemán, vacilante y tímido, que se llamó Stefan Zweig. Aquí vivió esa gran poetisa chilena que fue Gabriela Mistral. Aquí se celebró la Conferencia Económica de 1955, en un enorme palacio de un discutible gusto semimoderno, en que los ciervos, los cisnes y las garzas volaban y corrían en mitad de los prados y los lagos. La casita en que se suicidó Stefan Zweig, edificada en medio de las flores, tallada casi en la piedra viva, con paredes encaladas, pobre y sobria al mismo tiempo, parece reflejar perfectamente los últimos minutos de la agonía del novelista hebreo. ¿Qué podía hacer el pequeño evocador de la *belle époque* vienesa de "El Mundo de Ayer", frente a esta naturaleza desbordante que lo invadía y arrasaba todo?

Aquí están las carrozas de Don Pedro, las literas obscuras de sus antepasados, las pelucas empolvadas de los hombres del siglo XVIII; pero lo que surge a través de ese dibujo animado que se llama Santos, esa colonia africana que se llama Recife y sobre todo esa enorme

mancha llena de muerte sorpresiva y oculta que es la selva, donde los cocodrilos se aburren de ser cocodrilos y los monos saltan de rama en rama como notas musicales, es la ferocidad arrolladora del país.

*El Carnaval de Río.*

Esta es la locura definitiva y la locura en tecnicolor. O pintada por el viejo "Aduanero" Rousseau. Y una locura totalmente americana detrás de la cual están el negro y la selva, y los tam-tams y la macumba...

El Carnaval teóricamente dura tres días. En la práctica dura una semana. Una semana en que los buenos habitantes de Río no pegan los ojos y bailan y beben de la mañana a la noche.

¿Bailan?... Esto no es bailar. Es hacer saltar los huesos bajo el sol de día y la lenta luna de noche. Es estremecer las caderas, los senos, el pelo; abrir la boca, dilatar los ojos, quemar los pies de tanto agitarlos en la calle, en las avenidas, junto a la playa, en las plazas o cerca de la selva misma.

Al lado de éste, el Carnaval de Lima, con unos estrictos quince o veinte muertos ahogados por los chisguetes de agua, es una ceremonia fúnebre. Y el de La Habana con negros y tambores. O el que vi en Cannes hace años, que parecía una ceremonia de la época de Luis XV, llena de pelucas y reverencias. O las monumentales fiestas de Miami, tan correctitas y bien organizadas.

No. Esto es el Brasil. El Brasil viejo y nuevo al mismo tiempo. Es la mulata que transpira en negro y en chocolate. Y es la blanca que busca al negro en la sombra. Y la turista que anda desesperada detrás de la aventura amorosa. Es la muchachita de diez años que parece de veinte y a la cual ya le asoman los senos. Y es el negro que baja de las favelas una vez al año para sentirse dueño de la ciudad.

El aire está lleno de sexo, de amor, de besos. Es un aire que puede cortarse con un cuchillo. Nunca Río ha tenido más cara de capital americana que durante los tres días de Carnaval. Se ve el paso de los Pedros de Braganza por las viejas calles, con sus barbas y todo. Y el clima trágico del suicidio de Getulio Vargas. Y de la selva que está al lado, llena de aullidos y de culebras. Y corre la cachaza y se multiplican las orquestas que caminan lentamente por la calle con ritmo casi religioso. La gente se desarticula, se quiebra, se hace pedazos. Baila, baila y baila, hasta caer vencida. Casi moribunda. Los jardines están llenos de cadáveres color ceniza que duermen como benditos después de veinticuatro horas de danza continua.

Y con la brisa que llega del mar vuelve la fiesta a ponerse en movimiento. Y suenan nuevamente los tambores. Y las cansadas caderas y los senos fatigados se estiran y crecen hacia la penumbra. Y se

baila como si nunca se hubiera bailado. Y los negros y los blancos forman una especie de tablero de ajedrez en movimiento.

Y llega la tarde espesa y como de caucho. Y se pone un sol que parece de jengibre o de mermelada. Y resuenan de nuevo los tambores que han viajado del Africa y caen las primeras víctimas, y estallan los celos. Y viene el crimen y el batallón de complejos entra en escena.

No importa. La fiesta sigue. Baila Río. Bailan el Pan de Azúcar y el Corcovado. Bailan el mar y los rascacielos. Baila el Palacio O Catete. Y las grandes avenidas llenas de palmeras, y los finos y delgados edificios de departamentos, azules, rojos y blancos.

Y se siente de nuevo la ola espesa del olor que sale de debajo de las axilas, de las faldas, de la boca y hasta del cabello. Todo huele bajo el cielo blanco y bajo de Río. Esta es un Africa en miniatura, que ha anclado en América. Pero, antes que nada, es América misma. Es la patria de los caimanes, de las arañas gigantes y de las carreteras devoradas y reventadas por la selva. El Brasil de los diamantes grandes y pesados como manos. El Brasil transpirado e indescriptible que se entrega a la locura con la misma fanática alegría que lo hacen a la luz de las hogueras los lejanos parientes que están al otro lado del mar. Termina el Carnaval. Termina la noche. Comienza el alba color tiza y color muerte. Junto a la playa, en los jardines y parques, en las plazas y calles, queda una humanidad vencida y rota, tirada sobre la acera. Se levanta pausado un sol bueno y limpio sobre el cielo. El Cristo extiende los brazos en el Corcovado. Muge a lo lejos la selva. Estallan las flores, roncan y lloran los árboles, se desperezan los viejos cocoteros y las ágiles palmeras...

Se abre lentamente una ventana. Rueda un auto. Aparece un tranvía. Se detiene un taxi. Asoma la primera bañista en malla de baño. Río vuelve a su vida habitual mientras este coro griego, este friso de fantasmas, se levanta nuevamente y se va rendido a su casa a prepararse para el próximo carnaval.

*Sao Paulo en mangas de camisa.*

Sao Paulo tiene cara de niña bonita. De afiche o de cartel. La gente en Buenos Aires es gris. En Sao Paulo es de color. A todo color. En tecnicolor. Las muchachas usan las faldas más alegres del mundo y nunca el viento ha jugado más audazmente con ellas. Se ven sonrisas blancas sobre caras morenas. Y collares, pendientes y clips que arden al atardecer. Cada muchacha en el aeródromo es un juego de color y casi un film en marcha... Los hombres llevan camisas abiertas y pantalones livianos. Dominan la alpargata y la "guayabera". El verde estalla en los escasos huecos que le deja el rojo.

Y esto sincroniza perfectamente con el telón de fondo de la ciu-

dad, que se agita salpicada de luces. O que late. Porque Sao Paulo late de día y de noche. En el día, con la complicidad del sol. Y en la noche, con la luz eléctrica, que aquí se derrocha más que en Broadway en Año Nuevo.

Esta era la ciudad más audaz del mundo hasta que llegó Brasilia y le dobló la mano.

Volamos sobre carreteras aéreas, superiores a las alemanas y a las "autostradas" italianas. Las casas flotan en medio del viento y cuelgan del cielo mismo.

Los rascacielos se elevan como pirámides de fichas de dominó, hasta las primeras nubes. Así como el paulista se viste de colores vivos y claros, viste sus casas y sus edificios de departamentos igualmente de color. Nunca se ha barajado con tanta alegría el urbanismo como en esta ciudad, que crece a un ritmo más rápido que el Chicago de los buenos tiempos. Aquí se barre lo viejo antes de que llegue a ser maduro. No hay tiempo para la pátina y para el pasado. Un francés, acostumbrado al gris color otoño de París, quedaría espantado ante esta ciudad que crece a tal velocidad. Los habitantes de la ciudad saben que son más ricos que Río, más modernos que Río, más emprendedores que Río. Y lo quieren mostrar físicamente a través de las nuevas construcciones, derribando hoy el rascacielos levantado sólo ayer. No hay tiempo para la nostalgia y los recuerdos. No hay tiempo más que para construir. Todo tiene olor a pintura, a metal y a mármol. Las casas tienen un piso rojo y otro blanco. Es el ajedrez arquitectónico elevado al cubo. Se puede jugar desde el cielo con sólo estirar la mano... Se ven avenidas, plazas, ministerios, municipalidades, catedrales, museos, teatros, cines, diarios, etc. Y surge la sonrisa verde y fresca de los parques y las plazas. Y las colinas en que trepan las casas con agilidad de monos.

No... Sao Paulo es mucho. Marea. Hace mal. Da náuseas de puro impresionante. Por suerte comienzan a moverse las hélices, y el pájaro de metal, con los otros pájaros de la tierra, se lanza hacia el cielo...

*Brasilia.*

Por una gentileza especial, y exclusivamente para uso de periodistas viajeros, el avión vuela sobre Brasilia. Es decir, sobre el taparrabo de la selva más negra que verde, y pasamos sobre la ciudad más nueva del globo.

Ahí están la obra y la herencia del largo y moreno Kubitschek. Allí están el Palacio de la Alborada, la Plaza Central, la Asamblea Nacional. Brillan bajo el sol las avenidas como ríos.

Calles sin gente aún, que esperan a los pobladores de la nueva capital. Triunfan el acero y el cristal. Todo brilla. A ratos parece el

escaparate de una joyería. Faltan únicamente los precios. El avión desciende con lentitud sobre la ciudad para que tomemos notas y fotos... Nunca el cerebro humano, desde el punto de vista arquitectónico, ha volado tan audazmente alto. Esto es superior a Chicago, y crece de un modo asiático, día a día. O al vecino Sao Paulo, que nos espera con los brazos abiertos. O a París o Londres. Esto es el amanecer de la humanidad. De otra humanidad. Hubo que vencer la selva y barrer con los bosques perfumados y llenos de animales salvajes. Hubo que alisar la tierra y plancharla como un vulgar par de pantalones.

Todo eso está allá abajo. Sube una cruz de metal en medio del cielo como si quisiera fundar una capilla de viento entre las nubes. Los pájaros se posan suavemente sobre lo recién terminado con olor a pintura aún. Hay una plaza sin nadie, pero que tiene capacidad para miles de personas. Una catedral en que la misa se escuchará al aire libre y bajo el sol... Si cae la lluvia, una cúpula de cristal se ceñirá lentamente a los sillares de metal y se podrá estar junto a Dios y al frenesí de la naturaleza en forma simultánea.

Unos edificios de departamentos, verdes y azules, como dragones chinos, culebrean hasta el infinito y un sol joven les saca chispas a las habitaciones aún vacías. La gente, vista desde arriba, tiene cara de niño, de bebé, de cosa recién hecha que guarda aún la huella de la mano de Dios sobre la piel quemada.

*Superior a todo.*

No. Esto es infinitamente más impresionante que la llegada a Río o a Nueva York. Aquí falta el bosque apretado de las ventanas que arden en medio de la noche. O la iglesia de la Gloria, parada como un pájaro sobre una colina. O el Corcovado y el Pan de Azúcar. Pero tiene el sello de la más grande y audaz aventura del hombre sobre la Tierra...

Brasilia comienza a quedar atrás. Vuelve a asomar la selva apretada y nocturna. Volvemos al dominio de la naturaleza pura y bruta. En estado natural. Detrás queda una victoria más de ese bicho minúsculo y pensante que se llama el hombre, y que derrotó el clima, la selva, la geografía, el paisaje y el relieve.

Valía la pena dar una vuelta por estos lados e irse con los ojos un poco recién inaugurados con algo definitivamente nuevo.

# MEXICO: DONDE LOS DIOSES CAMINAN POR LAS CALLES

ALLÍ DONDE América Central se encuentra con América del Norte, hay unas colinas solemnes como diosas que se llaman Popocatepetl e Ixtaccihuatl, a la sombra de las cuales vive una ciudad llamada México, D. F. O sea, la capital de la República de México. Era vieja y culta cuando llegó Cortés surgiendo desde el fondo del agua y en lo alto de las carabelas la bandera de Castilla y de León. Tenía ya guerreros, estadios, templos, sacerdotes, avenidas, calles y cultura. Existían los indios mayas, los aztecas, los tarascos. Hernán Cortés, quemando sus naves, tuvo que vencer todo esto para apoderarse del país.

Yo llegué a México —a bordo del "California"— por Manzanillo, un pequeño puerto tropical que se alza en el Pacífico y donde los mariscos cruzan las calles velozmente y hay que tomar agua de coco para poder refrescarse en las terribles tardes tropicales.

México es uno de los países más misteriosos y fascinantes del mundo. Me explico perfectamente a Lawrence y "La Serpiente Emplumada". Me explico a Azuela, a Martín Guzmán, a Madariaga. Aquí las calles hablan al oído, los templos cantan, las colinas recitan. Esta es una tierra llena de volcanes y de dioses mitológicos. Basta arribar en avión a México, D. F., para darse cuenta de que llegamos a la gran aventura de América. ¡Qué grises se ven Argentina, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y Bolivia! Este es el país del rojo y del negro. Aquí los volcanes devoran a los seres humanos y los seres humanos alzan la vista no hacia Dios, sino hacia un sindicato completo de dioses que están sentados en los cráteres y al pie de las viejas montañas de leyenda.

### *¡Por fin América!*

Amigo lector: si usted en Europa quiere saber cómo es América, venga justamente aquí. Usted se imagina que América está llena de culebras, arañas peludas, selvas, volcanes y montes solitarios. América no son los rascacielos modernos de Río de Janeiro, ni las callejuelas sombrías de Quito, ni los ojos nocturnos de las limeñas, ni las calles del Buenos Aires compadrón y de comienzos del siglo. América, la

América que usted se imagina, es México. No importa que en las calles de su capital haya más norteamericanos que en Miami, rascacielos y hoteles de lujo. Que en Acapulco se tuesten y se cuezan al sol las estrellas de Hollywood, y que a veces se hable más inglés que en los mismos Estados Unidos. México es el instante, la magia, el misterio, el Más Allá visto desde el más acá.

Los dioses caminan por la calle vestidos de mexicanos y no de dioses. Los "coyotes" gritan frente a la Casa del Ayuntamiento, los soldados juegan a los dados en las puertas del Palacio de Gobierno, los frailes gordos y transpirados de Diego Rivera trepan por las murallas del Ministerio de Educación, se venden *sandwiches* en la penumbra de la vieja e inconclusa Catedral, y a las cinco de la tarde el cielo se pone negro y comienza a llover. En todos los rincones los "mariachis" cantan las canciones más dulces del mundo. Están llenos los canales de Xochimilco de parejas de enamorados y de canciones románticas. Se estremecen los viejos árboles en Chapultepec porque en todo el aire de México —ese aire acre y duro de México, tan terriblemente varonil— se siente la presencia de un destino trágico y amigo de la muerte.

El 1.º de noviembre todos los niños y las niñas juegan con chocolates, dulces y pastales en forma de huesos y esqueletos. Se ponen máscaras de cadáver y se ríen con una carcajada macabra. ¡Qué bien enfocó todo esto el ruso Eisenstein en su film "Tempestad sobre México", que está "castigado" nadie sabe por qué!

*El aire mexicano.*

Los indios mantienen sus viejas costumbres de hace cuatrocientos años, cuando llegaron las espadas españolas. Conservan su vieja cultura y sus antiguos templos. Son solemnes y serios, color oliva, color cobre, color metal. No importa que haya rascacielos, edificios de departamentos, buses, taxis y millonarios norteamericanos. Sobre México flota de todos modos un aire español e indio al mismo tiempo, que, a mi juicio, no han logrado captar ni siquiera los mejores pintores mexicanos, como Rivera, Orozco o Siqueiros. Eso son los caminos solitarios que rodean México, Cuernavaca, Veracruz, Puebla, Guadalajara, Cholula y San Pedro de Tlaquepaque. Sobre ellos flota un aire misterioso y sutil con algo de culebra y de muerte escondida.

Yo no me río de las películas mexicanas, llenas de tiros y de cadáveres. Por aquí pasó España. Aquí estaban los indios frente a las pirámides del Sol y de la Luna. Aquí estaba el Camino de los Muertos. Aquí estaban los adolescentes muertos con flechas de amanecer a la sombra de los dioses. Aquí está la zona más dramática de América.

Ni todas las oficinas de los hombres de negocios, ni todos los millonarios, ni todas las niñas que vienen con abrigos livianos del

otro lado del Río Grande, ni todos los turistas, han podido vencer esa atmósfera de tragedia que se cierne sobre estos caminos polvorientos, estas murallas solitarias, estos senderos enredados y estas plazas salpicadas de luz que forman esa cosa extraña y fascinante que se llama México.

*Chistes y tiros.*

Todos los chistes mexicanos son ciertos. Y lo que han dicho los novelistas y los viajeros también. México es la patria de la muerte. A los mexicanos les encanta la señora sin dientes ni nariz que reina macabramente el 1.º de noviembre de cada año.

Un charro mira a un señor en un bar y le dice:

—¡Qué cara de muertito tienes!...

Y lo mata.

Otro exclama:

—¿Cómo te llamas?...

Dispara y agrega:

—Te llamabas...

Hoy andan aquí los pistolones colgando de las enormes cananas en forma de X. Y los Veteranos de Pancho Villa. Y los Hijos de la Revolución. Y los mil Círculos que han dejado un centenar de golpes militares y de intentonas revolucionarias desfilan alegremente el 16 de septiembre, día de la patria, al son de "La Cucaracha" y de "Adelita", como si Madero estuviera vivo aún y el manco Obregón galopara todavía por los senderos de México, bajo un torrente de balas...

Ellos se llaman orgullosamente "machos". Y lo son. Lo son en la canción y en la realidad. La historia de México es la más dramática y la más agitada del continente.

Hay monjas, como la Madre Conchita, que organizan el atentado contra Obregón, sin sacarse la toca. Y hay "cristeros' que recuerdan a los carlistas de la lucha contra Isabel II en España. Y sinarquistas, que fueron fascistas de camisa verde —pero incurablemente mexicanos—, que le pidieron tierras a Avila Camacho en los días de la Segunda Guerra Mundial, para invadir California en favor de Hitler...

En el Palacio de Chapultepec, el jefe de protocolo me dijo un día con orgullo:

—Vea usted esta vajilla de oro. Y con tanta revolución y tanto lío, no se han robado ni una taza...

*Un revolucionario auténtico.*

En Guadalajara, un amigo que me tocó al lado en la mesa de un banquete me dijo:

—Y sepa usted, amigo, que yo soy revolucionario de los buenos... Y que me he ido al monte en más de veinte ocasiones...

Y como me sonriera, se enfadó, se fue rápidamente a su casa y me trajo un diploma.

—Vea usted, chilenito... Aquí está mi mero diploma que atestigua que soy revolucionario auténtico...

Lawrence lo vio. Lo vio Salvador de Madariaga. Lo vio Neruda. Lo sintió Jack London. Y con razón. Como clima trágico y novelesco no hay en la verde América uno solo que le pueda galopar al lado al país de los cadetes de Chapultepec y a los jinetes de Pancho Villa. ¡No hay!

*Cuernavaca y Guadalajara.*

Pero antes de partir de México, cómo olvidar la placita de Cuernavaca y el caballo blanco de Emiliano Zapata y su camisa salpicada de sangre amarilla. O las calles blancas de Toluca y sus gigantescos frescos pintados en las murallas del Mercado. O las miniaturas de San Pedro de Tlaquepaque, en que se venden pulgas auténticas vestidas de charros y chinas poblanas. (Esto es completamente cierto y tengo en mi casa la prueba. Son igualitas a las pulgas de la cama.) O la alegría contagiosa de Guadalajara, capital de Jalisco, donde no "se raja nadie". O su mortecino Ayuntamiento pintado por Orozco, con mil cabezas de indio obsesionantemente iguales. O los crepúsculos morados del campo entre pueblos soñolientos, tan españoles y calcinados como los más españoles de España. O la bahía de Manzanillo con su "California" flotando sobre las aguas con la dignidad de un obispo en misa de Domingo de Gloria.

O la cara color ladrillo de Cárdenas, el dedo volado por una laceada del General Rojo, alcalde de México, D. F., en aquella época. O el inmenso y genial gordo Diego Rivera, que me regaló una caricatura en los canales de Xochimilco y que conservo junto a una pajarita de Unamuno y a una página inédita de García Lorca. O Siqueiros, delgado y sombrío como un relámpago, contándome en la casa de Neruda cómo había sido el asesinato de Trotsky. O la maravillosa Elvira Rodríguez, que hacía chistes sobre el Monumento de la Revolución y lo llamaba despectivamente "La Gasolinera", mientras se escribía con la viuda de Roosevelt y con Madame Chiang Kai-Shek.

Cómo olvidar esa atmósfera roja y negra, de solemne piedra verde del país de la serpiente emplumada, en que efectivamente los dioses marchan vestidos de dioses por la calle, entre el rumor de lejanos tambores y a la vista de unas máscaras de ojos fijos que vienen directamente del territorio de la muerte.

Nunca he salido de parte alguna con una pena más honda que de Manzanillo al atardecer, rumbo a la patria remota.

Hay países para recorrerlos, para verlos y para habitarlos. México es para una sola cosa: para sentirlo sacándose hasta el chaleco del alma. ¡Cómo me explico a Jorge Negrete besando desesperadamente un sarape en mi casa de Santiago de Chile y murmurando emocionado la palabra México!

Y AHORA saltemos sobre el mar. Ahí, al alcance de la mano, está Cuba. Se la llama oficialmente "La Perla del Caribe". No sé si es una perla, un diamante o una sortija que brilla en medio del mar. Si México es trágico, Venezuela millonaria, Uruguay superculto, Ecuador sombrío y beato, Cuba es la alegría de América. Si Cuba tuviera boca, ¡lo que se reiría con sus treinta y dos dientes! Si los andaluces hablan tanto en Sevilla y Granada, los cubanos hablan hasta por los codos en La Habana.

*Alegría fanática.*

Y no me refiero en este momento a la Cuba de Fidel Castro —que también la conozco—, sino a la Cuba anterior, en que las "guaguas" —autobuses— zumbaban por las calles, en que en los cabarets se bailaba como en ninguna parte del mundo, con hombres y mujeres pegados como esparadrapo, en que reina una alegría juvenil y generosa que no tiene nada que ver con el ceño adusto de otros países de América. Los cubanos están felices de ser cubanos y no se entenderían en ninguna otra parte del globo que no fuera Cuba. Cantan, bailan, gritan de una a otra acera de la calle. Aquí se explican la rumba y la radio encendida hasta las primeras luces del alba. Aquí las mujeres pasean con un movimiento de caderas que se escucha hasta en el Japón. Aquí la política es con tiros, con sangre, pero con alegría. Aquí todo es torrencial, con un sentido de jolgorio permanente. Hombres y mujeres se tratan de tú poco menos que antes de conocerse, pero, con o sin los barbudos de la revolución, Cuba sigue siendo uno de los lugares más alegres del mundo. Buenos Aires es serio, Montevideo tiene algo de Ateneo, Ecuador mucho de penumbra de iglesia, Río de Janeiro de selva, pero cuando se llega a Cuba se encuentra la tierra casi en estado virginal, pura y con taparrabo. Recién nacida. El barrio antiguo, la Catedral, la Posadita del Medio, el Capitolio, el Paseo del Prado, la calle Neptuno, las playas de Varadero, las grandes carreteras que cruzan las islas y los inmensos edificios de departamentos, los grandes hoteles de lujo, los cines, las radios, la T. V., las tiendas tanto o más ele-

gantes que en Estados Unidos, todo tiene un sello de alegría permanente. No se concibe una Cuba de luto. Creo que hasta los muertos se ríen dentro de los ataúdes. Cuba es la alegría ininterrumpida a través de las veinticuatro horas del día. Todo canta frente a la estatua de Maceo, frente al Palacio de Gobierno, entre las palmeras ondulantes, en las grandes avenidas llenas, no de historia antigua y pesada, sino de cubanos y cubanas de hoy, con trajes livianos, casi desnudos, que están felices de vivir el momento actual.

Yo la conocí en 1954, el 58 y el 60. La conocí durante Batista y la conocí con la revolución más audaz del continente, y estuve en ella cuando los turistas norteamericanos gastaban sus mejores dólares en esta enorme boîte de América.

*Martí.*

En Cuba existe el culto a Martí, un hombre delgado, de enormes bigotes, con la frente más grande que él y que dijo algunas frases inolvidables sobre la libertad, y murió en el campo de batalla. No se entiende Cuba sin Martí, como no se entiende Venezuela sin Bolívar. Pero Martí se fue muy rápido, duró lo estrictamente indispensable para justificar una selva de monumentos y de estatuas a su memoria que están en todas las esquinas de La Habana, de Santiago y de otras ciudades. Martí fue el poeta de Cuba, y tiene tanta importancia como las palmeras y la caña de azúcar.

Así como la atmósfera de Colombia es femenina y sutil, la de Cuba es varonil y poética. Los cubanos con guayabera, pantalones de dril, hablando a gritos en las esquinas, están felices y orgullosos de su historia. De su breve historia. Pelearon durante cuarenta años por su libertad. Pelearon en la manigua y en la selva, con machete y con fusil. Pelearon junto a Estados Unidos y contra España, siendo los más españoles de la América que "aún reza a Jesucristo y aún habla en español". Tienen el coraje de los viejos castellanos y de los antiguos señores de la Península, pero modificado por el uso de la gasolina y el avión. El gesto de enfrentarse con EE. UU., a veinte minutos de su costa, es un gesto español. Nadie en el mundo —ni los pequeños burgueses franceses del año 2 de la República, ni las señoras disfrazadas de paraguas que caminan por Londres, ni los noruegos insípidos e incoloros— podría haberse enfrentado jamás con los cañones de EE. UU. Para eso sólo estaba Cuba.

Cuba es la antesala de España metida en el Caribe. Hay que ser muy hombre para ser cubano en 1962 y jugarse el pellejo por un ideal, porque detrás de las barbas de Fidel están un poco las barbas del Cid y de los capitanes españoles del siglo XVI.

*Playas y bares.*

¡Que no me vengan con cuentos sobre Cuba! Cuando uno llega al Castillo del Morro, a la vieja Cárcel, a la Costanera, a la Cabaña y comienza a conversar con los cubanos, se comienza a conversar realmente con la Historia con mayúscula. Y con uniforme verde oliva y las barbas al viento. ¡Qué lástima que no podamos contar al lector lo que eran las playas privadas de La Habana, actualmente requisadas por el Gobierno; los grandes hoteles de lujo; los cabarets, inmensos como el Tropicana, que tiene la barra más grande del mundo, y que no le podamos presentar a todas las lindas cubanas, que tienen las caderas más sensacionales de América! Pero no tenemos tiempo y tenemos que seguir rápidamente hacia la Guayana Holandesa.

# CURAZAO: COMIENZA VENECIA...

CURAZAO es holandés y parece un trozo de los Países Bajos sacado con fórceps del Viejo Mundo. Si Venecia tiene olor a agua podrida, a pared de mármol, a conspiración con careta y antifaz, Curazao es más práctica. Tiene olor a bencina, a gasolina, a petróleo. El barco entra pausadamente desde el mar y se mete por una serie de riachuelos que van formando la ciudad. Casitas de cuento, casi legendarias, país de las hadas para que jueguen los niños, canales en vez de calles, canoas en vez de taxis, con pesados letreros en caracteres góticos que recuerdan que, aunque estemos prácticamente en América, en teoría estamos ya en los Países Bajos. Curazao es una de las ciudades más limpias y más lindas del mundo. Brillan los tulipanes en los jardines, y unos buenos vecinos que parecen pintados por Rembrandt se asoman a ver atardecer. No hay bicicletas, ni perros, ni caballos. Todo es marino y surge del agua, y tiene al mismo tiempo un colorido de greda o porcelana que parece recordar a los mejores maestros de la pintura del siglo XVII.

De acuerdo con la geografía, esto es América. De acuerdo con el estilo, esto es Europa. En las veinticuatro horas que estuve en Curazao me enamoré de un país que no conocía. Me enamoré del Mar del Norte, de los cuadros de Rubens, de los viejos señores de golilla cuyos ojos se pierden en la sombra. La gente, los buenos vecinos municipales y espesos, tienen un aire traído desde otra parte. Vinieron de muy lejos y se les nota lo lejos. Los negocios, los barrios, las tiendas, todo tiene un tono típico holandés. Venecia es más vieja, tiene más historia y tiene sobre todo a Marco Polo. Aquí faltan Otelo y los leones de la Plaza de San Marcos, pero ese aire intermedio entre tierra y agua, entre puerto y ciudad, entre canoa y auto, está dado al justo en sus inclinadas calles, sus puntiagudos techos azotados por el viento, sus palacetes casi submarinos, y todo tiene un estilo que sólo recuerda esa joya del Viejo Mundo que se llama Holanda.

# ESTADOS UNIDOS: MI TIO SAM

CONOCÍ por casualidad Estados Unidos la primera vez porque se le echó a perder un motor al avión en que viajaba desde Cuba. Conocí esa jungla de lujo sólo para millonarios que se llama Miami, en la península de Florida. Más tarde me invitó el Departamento de Estado del Tío Sam y conocí oficialmente su tierra, y durante un mes, a velocidad supersónica, estuve en Nueva York, Washington, Filadelfia, Chicago, Los Angeles, San Francisco y Hollywood.

Cuando se viaja a Estados Unidos se llega lleno de prejuicios y sabiendo que vamos a ver una selva vertical de rascacielos. Eso lo saben los niños, los grandes y los viejos.

Sin embargo, cuando se sale del aeródromo de Nueva York —uno de los tres que tiene— y se vuela en bus a través de unos caminos apretados entre casitas de dos pisos, uno cree que lo de los rascacielos es un mito.

Pero el bus se mete en un largo túnel, y, bruscamente, frente a los ojos estalla la feroz selva de los rascacielos norteamericanos.

Hay por ahí unos tontitos que dicen que esto es igual a los templos de Nínive y Babilonia o a los edificios que construyeron los primeros incas. No. Rotundamente no. Esto es Norteamérica. El rascacielos tiene toda la insolencia del hombre que desafía a la naturaleza y sube en ascensor a conversar con Dios. El Edificio Chrysler, el Empire State Building, el Rockefeller Center, son los mejores templos que haya elevado jamás el hombre en honor a la técnica. Viajar en avión no es nada al lado de lo que significa meterse en un vulgar ascensor y subir recto hasta el piso 80, 100 ó 120, y luego asomarse en medio del viento desatado que viene del mar y mirar a esas pobres y pequeñas hormigas que corren por la Quinta Avenida y por los miles de callejuelas que se abren abajo como un ramo de flores.

*Nueva York.*

Nueva York es la audacia, el coraje del hombre, el desafío a todo. Y es el triunfo, la victoria sin vacilaciones frente a todos los factores adversos. En Nueva York se come más, se corre más, se vive

más. Se es chino en el Barrio Chino, italiano en el Barrio Italiano, español en el Barrio Portorriqueño, y hasta americano a ratos en el resto de la ciudad. En Washington Square, al final de la Quinta Avenida, unos muchachitos sucios que recuerdan Saint-Germain-des-Prés, juegan melancólicamente ajedrez en unas mesitas de mármol. Los italianos discuten a gritos en las esquinas y los candidatos a suicidas están tirados en las calles de Bowery, el barrio del vicio y de los fantasmas. Unas niñas excesivamente cuidadas, demasiado maquilladas, con la última moda de París y Londres, venden refrescos de naranja en los *drug-stores*. Un japonés con una chamarra de cuero atraviesa tranquilamente la calle cuarenta y dos con un rótulo escrito en la espalda que dice insolentemente: "¡Viva el Japón!", diez años después de Pearl Harbour. Los negros se apretujan en los pobres y sucios departamentos de Harlem. En la Central Station, unos trenes suaves, como de terciopelo, salen sin previo aviso hacia los cuatro puntos cardinales, y en Times Square la luz eléctrica es tan fuerte que vence a la noche y al cielo y los derrumba estrepitosamente contra el asfalto. Hay un inmenso canasto para indicarles a los buenos neoyorquinos que no hay que tirar los papeles en la calle, ni los pitillos encendidos. Pero nadie le hace caso.

*Babel internacional.*

En la calle 46 están los mejores teatros de Estados Unidos. A breve distancia surgen los *subways,* repletos de pasajeros, de frutas, de máquinas, etc. Todo aquí es grande, demasiado grande. Todo es igual, demasiado igual. Esta ciudad la hizo la gente que venía sin un centavo y con las manos en los bolsillos de todos los extremos del mundo. Eran la escoria, no tenían sino su pellejo y su esqueleto. Si no eran capaces de vencer rápidamente, morían como perros. Con una vieja Biblia y una pistola usada construyeron esta ciudad que habla cien idiomas y que es la más deslumbrante del mundo y la más recién hecha, con más italianos que Roma, con más portorriqueños que San Juan, con más judíos que Jerusalén, con más irlandeses que Dublín y con casi tantos españoles como la más grande de las ciudades de España.

Nueva York es una ciudad extranjera para todo, y que ha sido hecha para todos en contra de todos. Un novelista dijo que en EE. UU. la Cruz sólo significaba el signo "más". No creo. La Catedral de Saint Patrick, los católicos irlandeses, los habitantes del Barrio Judío, los protestantes que se saben de memoria el último versículo de San Juan; estas mujeres y estos hombres que corren por las calles, que suben como disparos a los buses, y se meten como cohetes al *subway,* que trabajan ocho horas diarias, pero ni un segundo más pase lo que pase; estos negros, amarillos y blancos que transitan por Broadway a velocidad tal que si alguien se desmaya es arrastrado por la multitud, prue-

ban lo contrario. Esta gente eleva desesperadamente la vista hacia el cielo, más allá del *frigidaire* y del auto último modelo.

Pero el cielo está muy lejos. Está más lejos para ellos que para nadie. El cielo corre como un loco pañuelo en lo alto de las últimas terrazas de los rascacielos. El cielo, roto por las chimeneas, los pitazos de los barcos, las bocinas de los taxis, el jadeo del *subway*. Toda esta mezcla bullente de una ciudad que vive a la máxima tensión es el verdadero Nueva York. Aquí no se arregla nada ni se repara nada. Se tiran las corbatas y los muebles recién comprados. Se abandonan en los caminos los autos sin gasolina y se regalan los hogares completos. En los cubos de basura se pueden encontrar vestidos comprados la semana anterior.

*La industria.*

La industria norteamericana vive de este constante cambio, de esta impaciencia de comprar todo nuevo ahora mismo. Si el francés es lógico y el alemán metafísico y nebuloso, el yanqui es práctico y trata de entretenerse en forma desesperada. Por eso se inventó ese gran juguete colectivo que se llama el cine. Por eso los norteamericanos se sientan todas las noches frente a la televisión, aburrida y vulgar, pero que les hace escapar durante dos horas hacia la aventura, el mito y el cuento. Los norteamericanos son unos niños grandes que juegan con un inmenso *meccano* que se llama Estados Unidos. Son buenos como el pan, pero como un pan esponjoso y sin sal que no deja ningún sabor en los labios. De Italia queda un recuerdo de parques melancólicos y viejas catedrales. De Alemania, la imagen de ríos sombríos y de castillos almenados. Londres les regala su niebla y sus fantasmas, y España, su sol deslumbrante y sus mujeres vestidas de negro. Nueva York, de día y de noche, deja la sensación de una herida de luz, de millones de ventanas trepando hacia el cielo, de ríos de autos, de máquinas a la máxima tensión, de dínamos palpitantes y de hombres —¡sólo diez millones!—, blancos, negros y amarillos, caminando vertiginosamente de lunes a viernes detrás del dólar para poder cortar el césped en sus casas de campo y aburrirse puntualmente frente a unos lagos artificiales los sábados y domingos.

En Nueva York todo es espectacular. Los incendios tienen miles de heridos y algunos muertos, y todo es grande, tan grande, que el hombre se siente una pequeña hormiga desesperada y solitaria.

*La vida cotidiana.*

Pero no he hablado hasta la fecha de la vida corriente que se hace en EE. UU., por lo menos la que hice yo a través de un mes y medio invitado por el Departamento de Estado.

Lo primero fue la propina. No hay nada más franco en materia de dinero que el yanqui. Proust se desesperaba por el capítulo "propinas". Siempre creía que daba menos a pesar de que dejaba montañas de francos. En EE. UU. no habría tenido problema. El yanqui dice simplemente cuánto hay que darle.

Yo le di un dólar a un negro que me llevó las maletas hasta el taxi y quedé feliz.

Me atajó y me dijo secamente:

—Son dos.

Y hubo que darle los dos.

*La comida.*

Un restaurante español en Nueva York no es español. Es mexicano. Y un restaurante mexicano no es mexicano. Es típicamente yanqui. O sea, un vaso de leche desnatada, un pan sin sal, una carne desaliñada y un vaso de cerveza que haría estremecer de indignación a un alemán.

La comida de restaurante es perfecta..., pero no tiene gusto a nada. Como la rapidez para comer es supersónica (media hora entre salir de la oficina, comer y volver), basta equivocarse en un plato, vacilar o cambiar de pedido para que se arme el lío del siglo en la caja. Es el problema de Chaplin en "Tiempos Modernos". Sencillamente lo pedido hay que mantenerlo para que no estalle la maquinaria de la contabilidad.

El mozo tira los platos sobre las mesas. No tiene tiempo de colocarlos suavemente frente al cliente. Es decir, que cualquier gesto de amabilidad personal le significaría ganar menos dólares en otra mesa.

Se puede comer a toda hora y en cualquier parte. Los restaurantes están abiertos día y noche. Se come en las tiendas, en la calle, en las farmacias, en las estaciones, a la salida de misa, etc. Pero la comida resulta terriblemente igual y monótona. Y se termina siempre en los *hot-dogs,* que son rápidos y se entregan ipso facto. Todo en EE. UU. es cuestión de tiempo. Se pueden comer pollo, pato, jabalí, chancho, frutas, *sandwiches,* helados, tortas, todo en una palabra, con sólo apretar un botón en una máquina automática. Surge el plato perfecto envuelto en papel celofán y presentado con tanta elegancia que casi da susto comérselo.

Existen todas las comidas del mundo. Y los restaurantes de todos los tipos imaginables. Hay chinos, franceses, alemanes, italianos, rusos, judíos, etc., pero todo con un aire de no tener sabor ni gusto a nada. Le faltan el aliño y la picardía de la cocina nuestra.

Todo es de una limpieza increíble. Cada restaurante es una clínica, un hospital o un laboratorio.

*Ratas y muelles.*

Todo en Nueva York es impresionante, gigantesco, absurdo. Si alguien se desmaya a las doce del día en Broadway es arrollado por la multitud que no se da cuenta de que diez metros más adelante ha caído una persona.

Un solo detalle muestra lo disparatada que es la vida de Nueva York. Los millones de ratas que viven en los muelles de la ciudad devoran el 30% de los alimentos que llegan o parten en los barcos. ¿Solución? Derribar los muelles y hacerlos de nuevo. Pero es imposible. Nueva York no se puede detener un segundo y es más práctico y resulta mejor negocio dejar tranquilas a las ratas que gastar millones deteniendo el febril pulso de la ciudad.

*Vestirse.*

Comprarse un traje es facilísimo. Los hay de todos los precios y tipos imaginables. Basta entrar a una tienda en que —tome nota el lector— nadie lo atiende ni le prueba nada. Uno mismo se coloca la chaqueta y se pone los pantalones, llega hasta un mesón, indica el número de la prenda, paga y se la entregan en medio segundo. Los pantalones no tienen bastilla, pero a la vuelta de la esquina se las hacen en dos minutos por un dólar.

El yanqui es ferozmente individualista. En Londres todo el mundo anda de bombín, la chaqueta con los hombros estrechos, los pantalones ceñidos y el inevitable paraguas. En Roma, Berlín, Madrid, o en cualquier otro punto de la tierra, la gente se ve más o menos parecida, y existe la moda. En EE. UU. no. Todo el mundo se viste como le da la gana. He visto en la Quinta Avenida a yanquis con sombreros mexicanos o con *sarongs* de Hawaii y de las islas de los Mares del Sur. Y andaban como si tal cosa por la calle.

De las americanas no hablemos. O son geniales para vestirse en Hollywood, o andan con el mismo traje de colorines y el mismo sombrero que parece de papel. Basta ver a los batallones de turistas que galopan por Europa tomadas de la mano y dirigidas militarmente por un guía...

Parecen historietas cómicas o dibujos animados.

*Siempre todo nuevo.*

En América no se arregla ni se repara nada. Se tira y se cambia. Un auto de dos años atrás ya es viejo. Una lavadora cambia de estilo cada seis meses. Naturalmente, los comerciantes saben que la mujer maneja la billetera del hogar y disparan hacia ella la propaganda, la terrible propaganda que vende por lo menos el 70% de cada

producto en EE. UU. Los autos, los teléfonos, los muebles, el hogar, están calculados para vendérselos a la mujer, que impone su gusto al pobre marido que trabaja... y paga.

Fui a arreglar un reloj en una joyería. El joyero lo miró y me dijo:

—Es mejor que compre otro nuevo. Le sale más rápido y más barato.

Cambiarse de casa en Nueva York es carísimo. Es mucho más simple dejar todo y comprarlo nuevo. Un tarro de basura visto personalmente por mí cerca de Lexington Avenue, contenía un traje de novia, una muñeca, dos sostenes nuevos, un par de pantalones sin uso, corbatas y juguetes en abundancia.

Así es Estados Unidos y así se mueve vertiginosamente su industria. Gracias al perpetuo cambio, viven millones de obreros, de técnicos, de vendedores, de propagandistas, etc.

*El cine.*

El cine produce un 90% de películas malas, no por falta de capacidad o de gusto de los directores, sino porque están calculadas deliberadamente para una masa que quiere consumir un elemento barato y vulgar. Los films para minoría no dan plata. En la radio pasa lo mismo. Como viven de la publicidad, lo que vale la pena escuchar es lo de menos. Claro que hay programas sensacionales, pero siempre pensando en la enorme masa que piensa poco y exige menos. La T. V. es técnicamente perfecta, pero falla en la calidad. La inglesa y la francesa son mil veces mejores.

*Rascacielos.*

En una palabra, Estados Unidos tiene todo, pero lo mejor de ese todo lo usa y consume sólo una minoría. Claro que una minoría en un país de doscientos millones de habitantes es una cifra impresionante. Tienen los mejores museos, las mejores galerías de arte, las mejores tiendas y las fábricas más gigantescas. Los rascacielos crecen alegremente hacia las nubes, pero basta que falle una tuerca de la enorme maquinaria para que el problema de la luz, el agua, la calefacción y el acceso a los pisos más altos sea terrible. El día que venga la tercera Guerra Mundial y caiga una sola bomba atómica sobre Nueva York los gases treparán lentamente a través de las escaleras y pasillos de los rascacielos sembrando la muerte...

Pero hay algo más: a más edificios gigantescos, más calles en sombra, húmedas y sin sol..., con habitantes amarillentos y enfermizos.

Los jugos de frutas son increíbles. Los *hot-dogs* parecen zepelines,

pero los buenos norteamericanos pasan enfermos de gastritis y tomando píldoras.

*La prensa.*

Los diarios se compran y se tiran inmediatamente. Cada cual compra el que le gusta más, pero los lee todos porque basta agacharse y recogerlos del suelo. Las estaciones están llenas de periódicos tirados en los bancos y las losas de mármol del hall.

Nadie lee. No hay tiempo. Basta hojearlos y mirar los títulos. O los avisos de trabajo, que es lo más importante.

Los diarios son inmensos. Un ejemplar del "New York Herald" del día domingo sirve para empapelar una casa. Todo el mundo está informando al segundo. Los cincuenta periódicos de Nueva York tienen camionetas que circulan vertiginosamente día y noche recogiendo fotos y noticias y despachándolas, reveladas, copiadas y listas para meterse a las máquinas y aparecer veinte minutos después en las manos de los lectores. Pero además están la radio, la T. V., los noticiarios, las vitrinas con noticias en movimiento y en colores, los gigantescos avisos luminosos de Times Square, etc. O sea que los diarios están casi de más. Pero viven de los avisos económicos. Todo es cuestión de tiempo. Se vive al segundo. El que se atrasa un minuto en llegar a una ocupación, encuentra una larguísima cola, y pierde la oportunidad.

*El auto.*

En EE. UU. el auto no es un lujo, sino un instrumento de trabajo, como el teléfono, el *frigidaire* o el cepillo de dientes. Según las estadísticas, en Los Angeles hay un auto por cada ciudadano y medio. En el resto del país, un coche por cada dos norteamericanos. Se vive, se trabaja, se veranea, se estudia y se viaja de un punto a otro del territorio (o de un barrio a otro barrio lejano) sobre ruedas. Pero esto mismo plantea un problema terrible. Nueva York y las grandes ciudades norteamericanas no tienen parques de estacionamiento suficientes. Un amigo mío que vivía en las afueras tenía que dejar el auto en la estación y seguir en tren y en *subway* hasta la oficina (cuarenta y cinco minutos de viaje).

Habría que echar abajo tres cuartas partes de Nueva York para poder estacionar todos los autos. Un embotellamiento en los diez o quince puentes que cruzan el río Hudson, entre las cinco y las seis de la tarde, a la hora de *rush,* es impresionante. Son miles de coches, de cuatro en fondo, que hacen ladrar desesperadamente las bocinas sin avanzar un metro.

*Rapidez... y tabletas.*

No hay ciudad que tenga más comodidades y en que se ande y se viva más rápido. Pero no hay ciudad en el mundo tampoco en que haya mayor número de enfermos de los nervios y en que vendan más sedantes y somníferos. Las clínicas de neuróticos están repletas. Así y todo, Nueva York como Chicago, San Francisco, Los Angeles, Detroit, etc., son las ciudades más apasionantes del mundo. Por lo menos para pasar presurosos a través de ellas.

¿Vivir mucho tiempo o para toda la vida? No sé. Yo salí con el corazón cansado de ese enjambre de callejuelas que corrían como arroyuelos asustados al pie de los rascacielos. Pero con una sensación de haber estado seis semanas en una especie de infancia desenfrenada de la humanidad.

París es una pausa. Londres es un oasis. Madrid, un salón de provincia. Roma, un museo silencioso. Nueva York, en cambio, es un tizón ardiendo. O una dínamo que está a punto de estallar.

Y por eso es inolvidable.

Se entra un poco viejo, sobre todo si se viene de Europa. Se sale casi de pantalones de golf. Y con una sonrisa que parece propaganda de una pasta dentífrica.

*El Gran Cañón.*

Yo tengo mentalidad de vaquero. Como todos los niños del mundo, soñaba de chico con los indios y con el Oeste de los Estados Unidos...

Y cuando me invitó el Departamento de Estado del buen Tío Sam, lo primero que pedí fue viajar a las tierras de la Conquista y de los apaches...

Y ya estoy aquí. Un bus más elegante que la carroza de Luis XV me deja en un pueblecito de Texas. Al día siguiente salgo para California, a las cuarenta y ocho horas estoy en el Colorado y naturalmente llego, como buen turista, al Gran Cañón...

Igual que el cine... ¿Oyó, amigo lector? La misma pradera desolada, los mismos *cowboys* de las grandes pistolas y los sombreros inmensos. Las mismas masas de ganados llenas de cuernos y de mugidos. Los mismos ríos que nacieron para los asaltos de las caravanas y los grandes tiroteos del siglo pasado.

Un viejo que tengo cerca parece que fuera Buffalo Bill en persona o su amigo Pico Salvaje. Sobran trenes, pero faltan las grandes diligencias de antaño y los ágiles correos montados...

Un rancho más grande que un fundo de Chile, con su dueño conservador y todo. El sol no se pone en las tierras de mi buen amigo Tom, que me tiende un cigarrillo liado a mano desde lo alto de su

jamelgo. En un bar con pianola y espejos quebrados por los tiros, falta sólo que llegue Juanita Calamidades disparando con sus dos pistolas a un tiempo.

Pero el Gran Cañón es la maravilla máxima. Aquí Dios no trabajó un día, sino un mes por lo menos y con un equipo completo de ángeles ingenieros, arquitectos y albañiles. Esta es la naturaleza arreglada por unas gigantescas manos divinas. Un cielo color rosa está suspendido en el viento sobre unas montañas quebradas, rotas, devoradas por un cataclismo feroz. Da la sensación de que alguien sacó un cuchillo de miles de kilómetros de largo y cortó la piedra y la dejó viva y pura, con la carne al aire para hacer estallar la imaginación del pobre ser humano que se siente rata y hormiga entre estos desfiladeros sombríos y silenciosos.

No importa la pobre pareja de novios que se besa en todas las esquinas. Ni los autos que ruedan asustados en medio de tanta grandeza. Ni las cascadas de agua. Ni las nubes lejanas. Ni los bosques de pinos. Ni el olor a resina. Ni nada.

Lo grande, lo terriblemente grande, es este corte vertical, este cañón de piedra roja, esta herida de la tierra, esta cicatriz con costra de siglos que tenemos ante la vista y que nos deja con el alma disminuida y casi enana.

No, el Gran Cañón no es para verlo un momento. Ni para vivir toda la vida a su sombra. Es para meterse en su despiadada y salvaje belleza de catedral natural, de rascacielos hecho a mano y tallado a cincel.

Nadie nos da más rápidamente la explicación de por qué Estados Unidos es tan grande, tan definitivamente infinito.

Y se sale con ojos de pradera, y hasta con indio adentro pegando tiros...

*El islote de los millonarios aburridos.*

Miami es la tierra de los millonarios. De la gente que se gasta un par de millones de dólares para arriba. O sea, con casa en Nueva York, generosa cuenta en el banco, diez coches, y por lo menos una hija debutante que, naturalmente, se casará con otro millonario.

Queda en la península de Florida, que fue descubierta por los españoles. Era pura manigua y selva, y más que eso, pantano lleno de mosquitos y clima inaguantable. Hoy es la gran joya de los ricos norteamericanos, que son los ricos más ricos del mundo. Y los más tristes.

Porque no hay hoteles lujosos más sombríos que los de Miami, llenos de unas viejecitas que tienen la billetera llena y el corazón vacío. Y los riñones malos. Y el corazón a media asta.

Se las ve altas y majestuosas, pero terriblemente aburridas, ju-

gando bridge con otros viejecitos tan definitivamente jubilados como ellas.

Cierto que en Miami están los hoteles más elegantes del globo y que basta asomarse a un restaurante para tener que gastar el sueldo de la semana. Y que los carniceros más millonarios y los choriceros más repletos de Cadillacs y de señoras cubiertas de joyas cruzan sus puertas, toman sus aguas minerales y tratan inútilmente de captar su sol tropical, y que los canales donde avanzan los yates son de una belleza impresionante, pero un poco en conserva al lado de los canales venecianos. Y que el agua es tibia. Y que se encienden algunas flores relativamente auténticas, y que están los avisos luminosos más grandes del mundo, y que hay cabarets gigantes y boîtes que tratan de hacerle la competencia a París...

Pero así y todo Miami tiene la sombría belleza y el lujo melancólico de la riqueza excesiva. Boston tiene clase, Filadelfia snobismo, Chicago *gangsters,* Hollywood estrellas de cine, Nueva York banqueros, Miami tiene sólo gente que se va de este mundo llena de cuentas en resonantes dólares, pero que se va irremediablemente al Purgatorio o al Limbo.

Son geniales los hoteles de lujo, los rascacielos de los diarios, los afiches de tres cuadras, los restaurantes teóricamente en francés, pero prácticamente en americano del norte. Y sus villas que asoman sus chalets sobre el agua en unos canales hechos para turistas y fieles lectores del "Reader's Digest". Y cincuenta mil cubanos que conspiran contra Fidel Castro, y otros cincuenta mil cubanos que conspiran en favor de Fidel Castro. Y su tráfico de ametralladoras y de pistolas para hacer la revolución en La Habana. Y su feérica villa de Al Capone que se exhibe maquinalmente ante los ojos deslumbrados de los turistas. Pero también es cierto que terminan por aburrir su agua borrosa y tibia, sus palmeras de cartón y sus estrellas nocturnas hechas de vulgar luz neón. Miami es el primer balneario del mundo..., pero para gente que no necesita ya balnearios, sino clínicas de lujo para decirle "Good-bye" a este mundo... E irse con su cámara a tomarle fotos al otro mundo.

*Soledad.*

Recuerdo un día sábado en la tarde con niebla en la Quinta Avenida. El día antes había un millón de personas en la calle. Ese *weekend* no había nadie. Fíjese bien el lector. Nadie. Nadie en Nueva York. Nadie significa los rascacielos solitarios y las ventanas apagadas, la cúpula del Empire State Building surgiendo de la niebla y los pasos resonando como notas de órgano en medio de la soledad.

Yo iba con Rafael Frontaura y su mujer a través de una ciudad

de fantasmas, y se estrellaba contra los rascacielos el eco de la suela de nuestros zapatos de goma. Yo comprendo que la gente se suicide en Nueva York. Se suicidan de aburridos. Todo el mundo está demasiado lleno. Todo es tan perfecto que termina por cansar en forma invencible. El último mendigo del último pueblo de Andalucía, sin zapatos y con una "perra flaca" en el bolsillo, es más feliz que el más empingorotado millonario norteamericano que se pasea como un sonámbulo en la ciudad vacía en que parece que hasta los edificios estuvieran de más.

*Demasiado.*

La Biblioteca Nacional tiene demasiados libros. Central Park, demasiados policías, demasiados bancos, demasiados árboles. Broadway, demasiados avisos luminosos. Los diarios son demasiado oportunos e instantáneos, las niñas están supermaquilladas, los ricos son mucho más ricos que el resto de los ricos del mundo, y los pobres de Nueva York están más irresistiblemente solos y abandonados que en ninguna parte. Yo había leído a André Maurois, a Paul Morand, a Sinclair Lewis, a John Dos Passos, a todos los grandes novelistas del mundo que han descrito esta selva de edificios y de movimiento en que los seres humanos caminan como cucarachas y que se llama Nueva York. Había visto películas como "La Ciudad Desnuda" y tantas más que tratan a fondo a Nueva York.

Nueva York es más. Es indescriptible. Es la soledad de una gran catedral fantasmagórica limitada al norte, al sur, al este y al oeste por policías de dos metros que dirigen el incesante burbujeo de los taxis y de la gente. Wall Street tiene los más grandes Bancos del mundo, pero luce al mismo tiempo una capillita minúscula —Trinity Church—, donde las tumbas de los Padres de la Patria surgen entre la hierba y los tarros de basura. El cementerio de autos a la salida de Nueva York es una especie de jungla que el tren se demora cinco minutos en recorrer y donde se divisan, manchados, rotos y heridos para siempre, los autos más elegantes que produce la técnica de los Estados Unidos.

Pero no sigamos con Nueva York, que nos deja con los nervios rotos y el ánimo destrozado. Yo la conocí con un frío horrendo, con niebla, con lluvia, con nieve, con granizo, con todo. Y la dejé con el estómago haciéndome náuseas.

*Washington.*

Y después de cinco horas de tren llegué a Washington, la capital política de los Estados Unidos de Norteamérica. Washington es la anti-Nueva York. Es una ciudad jardín llena de parques, de movimiento

suave y diplomático, de embajadores y de ardillas. Washington es la ciudad del Presidente de la República, de los ministros, de los diputados y senadores, de los empleados fiscales, de la inmensa maquinaria burocrática de este inmenso país.

Cuando el tren se detiene en la estación de "Washington", uno respira libremente por primera vez sin que nadie le controle el suspiro. Washington es intolerablemente tranquila, así como Nueva York es intolerablemente nerviosa. Es el mejor remedio contra la neurosis y la inquietud. La Casa Blanca parece un dado, un pequeño objeto de marfil blanco que surge al comienzo de la Avenida Pensilvania. No hay guardias, no hay soldados, no hay bayonetas, no hay nada. Los niños negros juegan al béisbol sobre un césped cuidado en exceso. Detrás de ella surge el Obelisco del Jefferson Memorial y descienden los helicópteros del cielo como si los mandara Dios, llenos de ángeles y de bendiciones. En el Lincoln Memorial, el viejo Abe está sentado definitivamente entre una selva de frases de mármol que comienzan: "Que el Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca jamás de la faz de la tierra. . ."

*El recuerdo de Lincoln.*

El río Potomac fluye suave entre los puentes que vieron la guerra civil y las casas arrasadas por el fuego y la metralla. Al otro lado la vieja casa del general Lee eleva sus columnas espigadas y finas que parecen hechas para actuar en "Lo que el Viento se Llevó". En el Teatro Ford los negritos se detienen con respeto ante la primera Biblia que leyó Lincoln, sus gastados pantalones y sus enormes botas. Al frente hay una casita melancólica donde el más grande de los presidentes de Estados Unidos agonizó durante diez horas entre los más ilustres generales de la guerra civil y las mujeres más inconsolables.

*A la sombra del Capitolio.*

El Capitolio de Washington es impresionante. Mucho más impresionante que el de Buenos Aires y el de La Habana. Es serio y grave. Tiene algo de anglicano y se le nota que es la plaza fuerte del parlamentarismo que nació en la Biblia y de los pioneros.

Una escalinata inmensa, el monumento a los soldados de Grant al galope en los días de la guerra civil, la Avenida Pensilvania para llegar a él, jardines y parques. Flota en el cielo limpio y claro de la capital política de los Estados Unidos, cierra el camino lógico de la pequeña Casa Blanca y está aislado para que se sepa claramente que aquí está el Poder Legislativo de la Unión, que controla y vigila al Presidente de los Estados Unidos. Cada senador tiene su oficina. En

los cristales se leen letreros notables. Uno dice: "Adelante". Otro: "Entre sin miedo". Un tercero: "Aquí tiene su casa".

Es el típico humor de sano estilo Will Rogers que tienen los representantes y los senadores yanquis. Encuentro a un senador que se llama Mister Mundt. Averiguo quién es y resulta que es tataranieto de un tatarabuelo común que salió de Baviera hace más de cien años. Nos saludamos como parientes de toda la vida y nos tomamos una Coca-Cola a la salud del tronco familiar.

En las paredes, Washington y Lincoln por todas partes. La peluca blanca del fundador de la Unión y la barba negra del que la salvó de la división interna.

¡Cómo me acuerdo de los sueños de Bolívar y de la vasta selva de generalitos que impidieron que América del Sur fuera una sola! Hay frases enteras de metal con viejos discursos que recuerdan cada etapa de la vida de Estados Unidos. El Capitolio huele a mármol y a cuero, como todos los parlamentos del mundo.

La sala de sesiones no tiene nada de particular, salvo el porte. Es inmensa, como para un país de doscientos millones de habitantes que es la primera potencia mundial.

Pero en la parte baja está lo más notable del Parlamento yanqui. Es un tren en miniatura que conduce a los senadores y representantes hasta su sillón cuando los llama el Presidente para una votación decisiva. Basta un campanillazo y el sudoroso parlamentario vuela de una punta a la otra y el pequeño tren de juguete (gratis) lo deposita al pie de los rápidos ascensores que lo conducen automáticamente hasta la sala de sesiones.

Por supuesto que montamos en él como si estuviéramos en Coney Island.

*California.*

Tomamos el avión y partimos hacia el legendario Oeste.

Abajo quedan las ciudades, las llanuras, los ríos y los lagos. Estamos haciendo al revés, sentados cómodamente y tomando un whisky, lo que hicieron, con la carabina en la mano, los primeros pioneros. Pasan el Oregón, el Cañón del Colorado, y a lo lejos comienzan a latir las primeras luces de la fresca California.

California es la Andalucía de los Estados Unidos. Es el Pacífico lleno de naranjas, de salas de juego, de "estudios de cine". El avión desciende al caer la tarde sobre la ciudad de San Francisco como una paloma herida.

*San Francisco.*

San Francisco tiene el Golden Gate, un puente de oro que surge

en medio de la obscuridad y que une los dos extremos de la ciudad. San Francisco tiene rascacielos, pero unos rascacielos más minúsculos y más monos que los de Nueva York. Hay una línea de tranvías —la del Cable Car—, vieja como el mundo, que arrastra unas antiguas máquinas apolilladas e inconcebibles que recorren la ciudad de un extremo a otro. El día que alguien quiso terminar con el viejo servicio tranviario, casi le asesinan. Los habitantes de San Francisco juraron que se tenderían sobre la línea y se dejarían matar antes de que se los pusiera fuera de combate y dejaran inútiles a esas viejas máquinas amarillas donde los pobres pasajeros van de pie y con paraguas en la mano cuando comienza a llover.

*El Barrio Chino.*

Pero San Francisco tiene además a los chinos. Al final de estas páginas andariegas volveremos a hablar de los chinos. De los chinos, esos pequeños objetos de marfil que hablan en idioma incomprensible y que viven entre ídolos y sombrillas devorando té verde y comiendo aletas de tiburón. El Barrio Chino de San Francisco tiene dieciséis manzanas. Comienza con un enorme arco y unos faroles típicamente orientales encendidos al crepúsculo para conducir, de América del Norte al Asia, en un suspiro. En el diario chino trabajan unos periodistas amarillos en mangas de camisa, tecleando en unas máquinas endemoniadas y colocando los tipos como pequeñas hormigas que patinan sobre el papel. Yo me compré una insolente camisa en una tienda, me robé un gorrito de terciopelo en un inmenso local de una manzana custodiado por un solo chino que leía a Confucio en vez de vigilar a la clientela. Entré en unos templos donde unos chinos gordos y filosóficos sonreían en medio de nubes de incienso, vi a unas chinitas con pantalones trotar rápidas por unas callejuelas inclinadas que subían y bajaban en medio de un ambiente netamente norteamericano, pero que tiene el sombrío colorido del Oriente.

No sé por qué los chinos de Estados Unidos son más misteriosos que los chinos de China. Los chinos en su país se quedan, están ahí, son unos seres perfectamente vivos y humanos. Los chinos del Barrio Chino son hermanos de la luz de Bengala y de los fuegos artificiales. Existen un segundo y desaparecen en medio de la obscuridad sin dar ni las buenas noches en chino.

Pero hagamos lo mismo que los chinos, desaparezcamos. Desaparezcamos, no sin antes tomarnos un trago de cerveza en el Barrio Latino de San Francisco, que es una sola serie de bares y de cantinas donde los habitantes de la ciudad se emborrachan desde las siete de la tarde hasta las dos de la madrugada cantando en un castellano chapurreado e incomprensible.

*Los Angeles.*

Con un millonario judío, gordo como un Buda, que podría figurar en un templo chino, partimos en auto hacia Los Angeles. Me carga citar estadísticas, pero es indispensable decir que en Los Angeles hay un auto por cada habitante y medio y que la única persona que caminaba a pie, un día de mayo de 1958, era yo. Todo el mundo me miraba espantado, indignado ante la falta de cultura mecánica que yo exhibía y del hecho de que, en vez de neumáticos, usara las piernas. Los Angeles comienza antes de Los Angeles y termina después de Los Angeles. Las calles están llenas de los automóviles más veloces y más elegantes de Estados Unidos. Surgen las carreteras aéreas, las autostradas, los caminos asfaltados donde toda la ciudad se moviliza día y noche estratégicamente sobre cuatro ruedas. Cuando llega la primavera a Los Angeles, no se pone el aire tibio y perfumado como en otras partes, sino que aumenta el olor a bencina y a petróleo quemados. Lo mejor de Los Angeles son dos cosas: Hollywood y Disneylandia.

*Hollywood.*

En Hollywood me enamoré al momento de Lana Turner, que tiene un pelo tan fino que parece oro líquido; le di la mano a Jeff Chandler y me quedé en la calle por haberme atrevido a comerme un *sandwich* en un *drug-store.* Me invitaron a la Paramount y a la Metro y tuve que vestirme de profeta en una calle de Jerusalén —perfectamente judía y de cartón— y de caballero de la corte de Luis XIII en un palacio asimismo de cartón y de greda.

En Hollywood todo lo que existe no existe. Los ríos son de papel; los buques de guerra, de cartulina; los puentes, de alambre; los castillos, de plasticina; los trenes —los trenes inmensos que se caen con estrépito en los ríos— miden veinte centímetros desde la locomotora hasta el último carro. Los rascacielos parecen cajas de zapatos —y lo son—, y por último, las niñas de Hollywood, las formidables estrellas, tienen el pelo artificial, los ojos falsos, la sonrisa de crema dental, los cuerpos ceñidos por una serie de fajas, y todo en ellas es tan falso como la manera de hablar.

Estuve en la Metro-Goldwyn-Mayer, en una selva africana de diez metros de fondo, en un palacio francés de cincuenta centímetros de alto, a bordo de un buque de juguete y viendo un incendio espantoso en un San Francisco que cabía en una caja de fósforos.

*Disneylandia.*

Pero Hollywood no es nada al lado de Disneylandia.

Amigo lector, póngase pantalón corto, colóquese un chupete en la

boca, ensúciese previamente las manos y recuerde su remota infancia. Vamos a entrar en el país del niño. En la capital de la infancia. Todo lo que usted aprendió en los libros de cuentos está aquí. Las hadas, los enanos, los gigantes, los silfos, los gnomos, los dragones, los pájaros que hablan y los árboles que dan el pan y la leche en la legendaria selva del Amazonas, se han dado cita en este punto.

Por cincuenta dólares usted podrá viajar en un trencito minúsculo a través de las llanuras americanas. Verá a los indios a caballo surgir a las orillas del tren, armados de arcos y de flechas. Correrá bajo el agua en un submarino como en las páginas de Julio Verne. Bogará en un inmenso lanchón a través de la selva africana y verá cómo el guía le dispara un tiro a un cocodrilo y lo tumba a su vera. Aunque le parezca mentira, sentirá las salpicaduras de agua bajo una cascada perfectamente natural y perfectamente artificial. Una cinta magnética le entregará todo el salvaje rumor de la selva africana grabado por Walt Disney en el Africa misma. Verá la más espantosa película de Valentino de hace cuarenta años, en un cine en que se dan cinco films a un tiempo. Verá las boticas de hace ciento cincuenta años, los caminos del Oeste, las plazas provincianas, los cañones de la guerra del Norte contra el Sur, los antiguos carromatos llamados los "veleros del desierto", los fuertes con murallas de madera terminadas en punta del Wild West, los senderos donde se cruzaron los tiros y las flechas de los siux y de los "rostros pálidos", y verá asomar sobre las arenas de Sacramento y Santa Fe cadáveres y más cadáveres. Definitiva y técnicamente cadáveres.

Irá a la luna en un instante, sin moverse de su asiento y viendo cómo se van dejando atrás Los Angeles, California, Estados Unidos, América y el mundo mismo. . ., sin moverse ni un milímetro del pequeño banquillo de metal en que está sentado.

Estados Unidos es un país que se aburre. Se aburre de ser tan perfecto y, como necesita sueños, ha inventado el cine y Disneylandia.

*El cementerio.*

Pero eso no es nada. Hay un cementerio en Hollywood en que los muertos están felices de haberse muerto y donde —¡palabra de honor!— hay un letrero que dice: "Por sólo treinta dólares usted será más feliz muerto que vivo", y donde una música suave y dulce acompaña a los pobres cadáveres hasta la eternidad entre unos jardines donde no se nota en lo más mínimo que reina la muerte.

*Entre los fantasmas.*

Cerca de Los Angeles queda Disneylandia. Y cerca de Disneylandia está el País de los Fantasmas. Como le llaman los norteamericanos,

Gost-Land. Una casa teóricamente para los niños y en la práctica hecha para los grandes. O para los yanquis grandes que son en realidad chicos. ¿Usted se acuerda, amigo lector, de "Fantomas"? ¿Y de "La Casa del Odio"? ¿Y de "El Gato y el Canario"? ¿Y de Lon Chaney? ¿Y de los films de Peter Lorre? ¿Y de los terribles fantasmas de Gaston Leroux?...

Pues bien, esto es justamente. Es el terror y el miedo. Es la cinta que hace erizarse los cabellos al más calvo.

Usted entra y lo sale a recibir un esqueleto. Se sienta en una silla y la silla se hunde. Se trepa por una escalera que cruje y... arriba surge la verdosa mano de un cadáver que indica el camino... Hay un reloj que da las doce campanadas más escalofriantes del mundo. En las camas blancas y fantasmales duermen esqueletos, y vuelan en las viejas habitaciones los cuervos y las lechuzas...

Una criada vieja y *sin cara* atiende a la entrada y conduce hasta el comedor... No hay nadie en apariencia, pero basta que se escuche en lo alto una risa sardónica, para que la mesa se pueble de pequeños seres sin cabeza y que huelen efectivamente a muerto...

Es más terrible que la peor cinta de Boris Karloff. Es más terrorífico que Frankestein, más espantoso que la peor creación de Drácula. Pero así y todo sirve para que buenos e ingenuos habitantes de esta tierra se sientan de diez años y vivan de nuevo su remota infancia...

Y nosotros también...

*Rótulos.*

Pero no podríamos dejar Estados Unidos sin recordar la pequeña lista de rótulos y letreros que anoté en el bus mismo que me transportó desde el Pacífico al Atlántico. Vi un gran aviso luminoso que decía: "Aquí sí que está Cristo. El del otro lado del río es falso". "Escuche a Dios hablando en perfecto inglés todos los domingos de 10 a 11 en la capilla del Reverendo Padre Smith. Ocurren los mejores milagros de Estados Unidos." "No hay ciego que acuda y siga siendo ciego después de haber hablado con el Reverendo Padre Stones." "Es bueno leer la Biblia, pero es mejor leerla con acompañamiento musical." "La única misa entretenida es la del Padre Jones, que no sólo cuenta la venida de nuestro Señor, sino que además la ameniza con los mejores y más sabrosos chistes políticos de actualidad." Por eso, amigo lector, no quiero aburrirle con Estados Unidos. No quiero contarle todos los infinitos litros de agua que caen de las cataratas del Niágara, ni mostrarle los inmensos árboles perforados en la base para que pasen cómodamente los autos, ni las grandes llanuras donde galopan aún los fantasmas de los apaches, los comanches y los siux. Ni hablarle de los cinco minutos que me aburrí en Filadelfia, la ciudad más snob

del mundo. ("Fili" para sus íntimos...) Ni de los vientos huracanados de Chicago. Ni del inmenso batallón de autos de Detroit, donde hay más automóviles que norteamericanos leyendo la Biblia, ni..., porque Estados Unidos es el país de los "ni". Tendría que repetir infinidad de estadísticas y hacer bostezar al lector con montañas de datos numéricos para explicarle la potencia del gran país del norte. Pero una sensación de ingenuidad y de infantilismo dejan estos hombres y mujeres que pueblan el país más progresista del mundo, en que todo llega tan perfecto que hay que trabajar sin parar de lunes a viernes, para aburrirse el sábado y el domingo. El avión vuelve a emprender el vuelo en el aeródromo Fiorello La Guardia de Nueva York. Comienza a crecer la noche en los bordes de la isla de Manhattan. Abajo, esa señora gorda y de metal alza su antorcha y su llama inaugurando y cerrando el país llamado de la libertad, corre el río de autos sobre Broadway y el cielo está incendiado de luces. Al frente queda la noche. La noche implacable del Atlántico, sin nubes, sin claros, sin nada, color betún y petróleo. Y ahora, definitivamente mecidos como en una cuna, avanzamos hacia el Africa, que nos espera al otro lado del mar.

## DAKAR: CALOR... CALOR... CALOR...

ES EL PRIMER punto de Africa que toca el avión. Hace un calor endemoniado. Terrible. Bajamos en medio de un aire espeso, pegajoso, como de trapo. La máquina aérea es un *frigidaire* al lado de este punto avanzado del imperio colonial francés. Negros altos y delgados como si fueran de ébano venden ídolos de madera tallados iguales a ellos. Hay sólo un hotelito en el cual los transpirados pasajeros toman un poco de whisky con trocitos de hielo, o se entretienen en dejarse tomar el pelo por los negros sedientos de todo, que venden alfombras, miniaturas, cojines y *puffes.* Todo se vende. Si pudiera, el negro se vendería él mismo.

De las manos blancas saltan las liras, los francos, los dólares, las pesetas. Todas las monedas del mundo que van a enriquecer los bolsillos del negro, que a esa hora incierta del amanecer toma un macabro color ceniza. Esto sí que es el Africa. Se percibe la palpitación lejana de la selva detrás de las casas de cal con ventanas moriscas. Los oficiales llevan pantalón corto de brin y usan casco de corcho como los exploradores, y cada uno de ellos parece un pequeño Stanley que se hubiera extraviado por estos caminos de arena. El aire es pegajoso, inmóvil, fijo. Da la sensación de que se pudiera cortar con tijeras. Los afiches de turismo alegran un poco las murallas blancas, y a los cinco minutos estamos transpirando como si viniéramos saliendo del baño turco. Sudor africano, de pesadas y enormes gotas que abrillantan las caras y adelgazan los cuerpos, haciendo de cada soldado una especie de sudoroso guía con carabina. Los enormes ventiladores no consiguen mover el aire ni aligerarlo.

Dan las seis de la mañana, pero ya el sol arde como un tizón en el cielo. No hay nubes. El cielo es tan blanco como las calles cortadas sólo de vez en cuando por la silueta de los negros que pasan presurosos y que parecen biombos chinos a esa hora. Me doy tres duchas por falta de una, pero quedo igualmente empapado y no logro quitarme esa cara de somnolencia, ese pelo sucio y esas enormes ojeras que tienen todos los viajeros que han volado diez horas sin parar desde Estados Unidos.

Dakar es sólo un puntito africano, una especie de aperitivo del Continente Negro que nos da rápidamente la mano a la pasada y nos entrega un breve saludo en la mitad entre América y Europa. Pero a pesar de lo rápido sentimos, al pisar la losa del aeropuerto, un pedacito anticipado de Francia. Y esa bandera tricolor inmóvil en el cielo, esos oficiales de quepis y esos *shorts,* esas medias, esas botas y sobre todo esos negros estatuarios, de enormes pantalones inflados por el viento, tienen el tono de los afiches de los grandes carteles de lo que aún queda del imperio colonial de Francia.

Es sólo una hora escasa, pero basta para volver con otra imagen nueva de otra gente, de otras tierras y de otro mundo.

Comienzan a zumbar las hélices, los negros agitan profesional y maquinalmente el brazo y el pesado "Caravelle" se pone lentamente en movimiento.

# INGLATERRA: ENTRE LORES Y FANTASMAS

AL OTRO lado del pequeño Mar del Norte, detrás del Canal de la Mancha, están los sombríos acantilados de Dover. Y empieza Inglaterra.

La patrona de mi hotel en París me decía: "¿Para qué va a ir a Londres cuando es tan aburrido?"

No le hice caso y partí a Inglaterra.

Porque a una hora en avión de París se eleva una ciudad señorial y distinguida, solemne y triste como nadie, que se llama oficialmente Londres, y que es la capital del Imperio Británico. Para un latino, Londres es la lata, la somnolencia y la siesta. Pero nunca hubo jardines más perfectos y melancólicos como los de Buckingham Palace. Jamás hubo oradores más originales como los que atacan la bomba atómica en Hyde Park. Nunca hubo viejecitas más finas y quebradizas que las que están en todas las pensiones tejiendo eternamente los mismos *sweaters* y las mismas chaquetas junto a la chimenea. Londres es la capital de la novela policial. En Baker Street todavía se pasea el fantasma cuadriculado y con macfarlán de Sherlock Holmes. En Madame Tusseaud Exhibition están los crímenes más espeluznantes del mundo. En la Cámara de los Lores florecen las más aburridas pelucas de la historia. En la Abadía de Westminster están Disraeli, Peel y Gladstone, hechos en piedra como si vivieran ahora y uno les pudiera pedir un autógrafo a la salida.

Todo está floreciendo ahora. Esta ciudad tan vieja, tan inconcebiblemente vieja que parece que estuviera sepultada al otro lado de la historia, existe aún hoy, viva y al alcance de la mano. Nunca hubo vecinos más prudentes que los ingleses, ni señoras más antiguas, ni filatélicos más curiosos. El Puente de Waterloo, la Bolsa de Comercio, la Catedral de San Pablo, los jardines, los viejos teatros que vieron pasar a Shakespeare, todo tiene un aire de cosa perdida al fin de la historia. Y lo que es peor, al fin de la memoria. París es la luz surgiendo del fondo de las piedras, cayendo del cielo, saliendo del agua. Londres es la penumbra, el medio tono, el intermedio entre el día y la

noche. Si usted se quiere suicidar en confianza y en forma personalísima, visite Londres. Allí encontrará la calle justa, la esquina exacta, el policial barrio que lo estaba esperando.

No hay viejecitas más finas que las viejecitas inglesas que leen la Biblia y les dan pequeños sorbos de arsénico a sus pensionistas. En estas calles los caballeros más pobres y los carteros más puntuales se vuelven asesinos cuyas pisadas nadie descubre. En una casa de dos pisos de ladrillo color rosa, cerca del Puente de Westminster, monta guardia día y noche Scotland Yard. Los policías, sin pistola, vigilan en las esquinas la vida y la muerte de la ciudad.

En el Museo Británico las más viejas momias de los tiempos de Ramsés II están durmiendo bajo miles de envolturas y de afeites al pie de unas estatuas del siglo XVII. Niñas livianas y fáciles, con pantalones y *sweaters* verdes, llaman a los transeúntes cerca de Hyde Park. La Princesa Margarita sigue casada con su fotógrafo, y la Reina Isabel, con su cara de profesora de caligrafía, continúa dirigiendo los destinos de lo que fue un día el más grande de los imperios del mundo. Es fácil decir que Londres es la ciudad de la niebla. Lo que es la niebla es el espíritu inglés, atrabiliario, absurdo, pero lógico en el fondo, porque estos sillares, estos castillos, estas abadías, esta Cámara de los Comunes, este diario "Times", este "Daily Mirror", esta Torre de Londres, esta Armada que cruza elegantemente, como vestida de terciopelo, por el Támesis, estas pelucas, estas mujeres bonitas, estos borrachos, estos lores, estos coleccionistas de antigüedades y estas solteronas, forman el decorado de una de las ciudades más inolvidables del mundo.

Pero además quedan las tabernas del tiempo de Jorge III, los castillos de Escocia, los fantasmas meticulosos y puntuales que a las doce de la noche asustan a las buenas niñas inglesas. Queda todo un país, pequeño como un grano, como una pepa, como el hueso de una fruta, que fue capaz con cuatro malos barcos de dirigir los destinos del mundo. Los estudiantes de Eton, Oxford, Cambridge, con monóculo, asexuados —o lo que es mucho más grave, homosexuales de vez en cuando—, que con un leve movimiento del dedo meñique de la mano derecha hicieron una historia inolvidable.

En otro tiempo existieron el Africa, la India, Canadá y Australia. Ahora no queda nada. Los ingleses están recogidos en sus recuerdos, pero los administran con una minuciosidad y una inteligencia extraordinarias. La vieja frase "Britain rules the waves" ya no vale, pero en Oxford Street, en Piccadilly Circus, en el Soho, flota aún algo que tuvo y tiene un valor permanente.

Nunca me he sentido más extranjero que en Londres y sé que a cualquiera que pase por estas calles le va a ocurrir lo mismo. En París se es turista, en Madrid habitante, en Berlín viajero. En Londres

se es definitivamente extranjero. Todo lo que hay en estos negocios estilo Tudor, en estas tabernas barnizadas, en estos locales de anticuarios y en estos jardines vacíos, todo es enemigo y en contra. El que viaja a Madrid sabe que llega a su casa. El que llega a Londres sabe que llega a "otra" casa en la cual quedará siempre como fuera, como si perteneciera a otro sexo, a otra raza, a otro mundo.

Tenía razón la vieja patrona de mi hotel en París. Fui a Londres a buscar algo y ese algo no lo encontraría jamás.

Pero algo me gustó. Una sensación de respeto por su reina, su Parlamento y las alas baleadas de su RAF. De sus castillos del norte y de sus acantilados del sur. De sus viejecitas maniáticas y sus estudiantes irónicos. Saber que había estado en un país en que algunas palabras solitarias —honor, patria, imperio, ley, tradición, costumbres, parlamento y reina— tienen un valor permanente.

Eso es Inglaterra.

*La casa de Sherlock Holmes.*

"Los únicos seres reales son aquellos que nunca han existido"... La frase naturalmente es de Oscar Wilde.

Y la razón la da de inmediato esta casita modesta que queda en Baker Street cerca del Museo de los Horrores. Es una casa que no existió sino en la imaginación de Sir Arthur Conan Doyle y en la cual vivieron teóricamente Sherlock Holmes y su amigo Watson.

Y sin embargo la casa existe y se puede entrar en ella. Y ver el violín, las pesadas guías de teléfonos y los manuales sobre venenos y cenizas, y la babucha llena de tabaco rubio y, colgada en una percha, la célebre bata roja de seda. Y sobre ella el abrigo de grandes cuadros y el pintoresco sombrerito en punta que descubrió el misterio del perro de Baskerville.

Unicamente un inglés podía haber inventado al detective y a su fiel e ingenuo amigo. Y sólo otro inglés podía haber montado esta casa inexistente, para mostrársela a los demás ingleses...

Y todo el mundo está convencido de que cuando cae la tarde y desciende la niebla, se escuchan las notas de un melancólico violín que toca, absorto, un gringo alto y flaco. Y que lo escucha embebido un gordito, serio y grave, que tiene la piel curtida por las lejanas campañas de la India.

Y estoy seguro de que más de un criminal auténtico (y pariente lejano de Jack el Destripador...) tiembla al pasar ante sus murallas de ladrillo rojo.

Y que en las altas noches se oye la típica frase: "Elemental, my dear Watson... Elemental..."

*El "Cristo" de Dalí.*

Una vez que estábamos en Escocia nos tocó ser invitados a una exposición de pieles de Glasgow. ¿Se da cuenta usted? Una hora por lo menos entre pellejos de animales que se gastaban una piel más o menos femenina y que servían más tarde para hacer guantes, sacos, chaquetas y valijas. En una palabra, una lata. Una lata que culminaba más tarde en un breve almuerzo a la manera escocesa, lleno de discursos (naturalmente sobre los valores y ventajas del uso de la piel...), que era para hacer bostezar a cualquiera.

Por pura casualidad le pregunté al joven escocés que nos servía de guía:

—¿Y qué es ese edificio grande y de color rosa que hay al frente?

—La Academia de Arte, pero no tiene mayor importancia.

A mí me gusta la piel, pero en general prefiero la pintura. Entre un par de guantes de cabritilla y un cuadro de Turner, me quedo de todas maneras con el segundo.

Pregunté:

—¿Y a qué hora es el almuerzo?

—A la una en punto.

—¿Qué hora es?

—Las once de la mañana.

"Tenemos tiempo de sobra", me dije, y partí a la Academia. No sabía lo que hallaría dentro. Seguramente se trataría de un museo provinciano a base de algunas acuarelitas modestas de los pintores de la región, pero en todo caso era mejor que ver vacas y cabras embalsamadas dentro de una vitrina.

Subí lentamente los escalones. Nada de particular. Unos manchones de color inferiores por supuesto a los de la National Gallery y de la Galería Tate. Unos pinitos, unos señores medievales, unos crepúsculos, unas bahías estrictamente escocesas, etc.

Pero de pronto me llamó la atención una flecha, y luego otra, y y otra, y una cuarta. Con una política de perfecto suspenso se llevaba de la mano al espectador hacia el piso alto... Y allí llegué por fin, crucé una puerta y vi... justo uno de los pocos cuadros que había buscado incansablemente a través del mundo. Porque allí estaba, en medio de un charco de luz, el célebre "Cristo" de Dalí, mirado desde arriba. O sea como Dios Padre vio la agonía y muerte de su Hijo.

Allí estaba esa maravilla fotográfica y abstracta al mismo tiempo. Allí estaban la cabeza derrotada y rota, el cuerpo que se pierde en las sombras, el mar al fondo y el cielo huracanado que lo rodea.

Tuve que caminar muchos kilómetros para encontrar en Washington a su hermano gemelo, la célebre "Cena" de la cual hablaré en unos momentos más.

Quedé roto por la emoción. No había la más mínima pose. Yo no entiendo nada de pintura, pero sé, por lo menos, lo que es bueno y lo que es malo. Esto era sencillamente genial. Pensé en Miguel Angel, en Rafael, en el Greco, en Goya. Pensé en los grandes oasis de la pintura universal...

Y pensé en el error —en el terrible error— que había cometido el Papa anterior al prohibirle a Dalí que pintara en la Capilla Sixtina a la usanza de los grandes maestros del Renacimiento.

Se me olvidaron la piel, el almuerzo, la exposición y Escocia misma, y me quedé como un pescador más de los que figuran en la tela, con los ojos clavados en la carne herida y lunar del Gran Crucificado.

Fue lo mejor del viaje.

*En el "Times" de Londres.*

El "Times" es el diario más serio de Inglaterra y posiblemente del mundo. Le basta escribir un par de líneas para echar abajo un gabinete o hacer temblar a la Corona.

El "Times" es tan inglés que debía usar bombín y paraguas. Y haber sido coronel en la India. Y salir a tomar sol a Hyde Park los escasos días de buen tiempo.

Yo estuve en el "Times" una hora exacta. Nos citaron a las ocho de la noche y a las nueve justas —ni un minuto más, ni un minuto menos— salíamos después de haberlo revisado entero.

Lo más impresionante, aparte de la puntualidad británica, que se siente y se palpa en el diario inglés, es la colección de los primeros "Times". El diario nació antes de la Revolución Francesa. Veo un ejemplar amarillento que dice: "Ayer unas turbas se tomaron la Bastilla. Se cree que el hecho no tendrá mayor importancia..." Otro: "Según los últimos comunicados de nuestro corresponsal, el tirano Napoleón habría sido vencido en el campo de batalla de Waterloo..." Un tercero: "Será coronada esta tarde Reina de Inglaterra y Emperatriz de la India su gentil majestad Victoria..."

Y luego las noticias de la guerra de los bóers, las amenazas del Kaiser, el incidente de Fachoda, los últimos intentos para detener la guerra, la invasión de Bélgica por los cascos puntiagudos de los alemanes, etc.

Toda la historia de Gran Bretaña está en estos viejos archivos y bajo estas cubiertas de cristal llenas de polvo. Y hasta los teléfonos del periódico son conservadores. Son unos viejos teléfonos que parecen sacados de una comisaría de aldea. Unos teléfonos grandes y pesados que comunican nada menos que con Roma, con Nueva York, con Ma-

drid, con Hongkong, con Calcuta, con los cuatro rincones más remotos del mundo.

Y unos caballeros que más parecen lores que periodistas, hablan a la distancia como si lo hicieran con el monóculo puesto y tomando el puntual té de las inflexibles cinco de la tarde.

*Gran Bretaña a vuelo de pájaro.*

De Londres saltamos hacia el norte. Hacia el terrible norte en invierno y vamos a viajar a través de la islita de Inglaterra.

En todos los pueblecitos nos saluda una vieja hostería del siglo XVI, o una vieja muralla romana que vio pasar las legiones de César hace veinte siglos...

En Manchester vemos la guerra. La verdadera guerra, sin maquillaje ni arreglo. La guerra como fue. La que volveremos a encontrar en Alemania y en Italia. Los huecos de las bombas y las plazas, que son plazas porque quedó el impacto y hubo que ponerle un poco de verde para disimular.

Manchester es la ciudad de la industria por definición. No se ve el cielo por el batallón de chimeneas. Es la ciudad del humo. La capital de la obscuridad sin remedio... Unicamente el Ayuntamiento es maravilloso. Y nos recibe un alcalde lleno de medallas que se acaba de salir de un cuadro y de sacarse la golilla y el chambergo... Las casas son grises. De un gris inglés, en que participan por partes iguales el hollín, el carbón y la pátina.

*Reading.*

Y el tren —el pequeño tren inglés, puntual como un corredor de la City— sigue corriendo a través del campo británico escrupulosamente bien peinado. Casi a la gomina. Y surge en una estación un nombre que tiene historia: Reading y su cárcel. Y sus recuerdos de Oscar Wilde, que entró allí lleno de chalecos, de fantasía y de flores en el ojal, y salió viejo y cansado en busca de la tumba, que lo esperaba en un hotelito modesto de Rue de Beaux Arts de París, el Hôtel Alsace.

Aquí está la cárcel silenciosa y huraña como todas las cárceles del mundo. Y uno tiene que echar a caminar la memoria hacia atrás. Y a pensar en "El Retrato de Dorian Gray" y en "El Abanico de Lady Windermere".

Y el tren sigue hacia el norte.

Esta es la tierra en que asaltaba diligencias Dick Turpin en los tiempos de Jorge III. Y las viejas posadas llenas de antiguos galopes e inmensos pistolones.

*Escocia.*

Por fin asoma Escocia.

Escocia es María Estuardo y Sir Walter Scott. En Glasgow ya nos recibe la primera de la larga serie de estatuas del autor de "Ivanhoe" que hallaremos en el camino. Escocia es el frío, la nieve y el whisky.

En un castillo de Edimburgo nos sumergimos en los recuerdos de la Reina Mártir. Y vemos su lecho al pie del cual asesinaron a su favorito el italiano Rizzio, que le tocaba el laúd y le deslizaba conspiraciones al oído.

Casi me pierdo definitivamente al intentar seguir por mi cuenta los vericuetos de unos fosos que tienen veinte metros de profundidad. Y por fin salgo a ese aire quemante de puro helado y a ese viento que corta y que es privilegio de esta gente que camina en invierno con unos breves y coquetos *quilts* como si tal cosa y sin sufrir el menor resfrío, y que se pasa tocando la gaita a la sombra de los antepasados que combatieron siglos de siglos en los famosos *clans,* armados sólo de una boina, un escudo y una espada.

Y al final del viaje nos espera el Mar de Irlanda, que pela como una navaja recién afilada y que es de color plomo. Un plomo especial para corsarios en vacaciones o de piratas que tienen con los siglos que llegar a caballeros de la corte de Isabel la Grande.

Y tenemos que volver a la niebla de Londres que nos estaba esperando amarrada a los puntuales punteros del reloj de la Torre de Westminster, que sabe de antemano que nació para tarjeta postal y recuerdo de viaje...

*Oxford.*

Y al día siguiente, antes de dejar las aguas del Támesis, partimos a Oxford y a Cambridge, que, con el Colegio de Eton, son las tres fábricas de donde sale esa extraña mercadería que se llama oficialmente "los ingleses"...

Corredores fríos. Prados breves que nacieron para ser descritos por el viejo André Maurois. Comedores medievales. Pequeños departamentos en que los alumnos grandes educan a los alumnos chicos en lo más genial que tiene la vieja Gran Bretaña: la disciplina y la obediencia, con sus breves gotas de ironía y de paradoja, y algunos golpes de vez en cuando.

Un alumno que parece conservador resulta que es laborista, y uno que parece laborista, con el pelo revuelto y un libro de Gaistkell bajo el brazo, resulta más conservador y más *tory* que Mister Eden...

Una sensación de cosa vieja pero viva queda de este par de ciudades gemelas que han sido el esqueleto de la historia de Inglaterra

y de donde salieron los oficiales de la conquista de la India, los coroneles que lucharon contra los bóers, y los Primeros Ministros del imperio.

*Vejez.*

Las posadas de estudiantes tienen diez siglos; las capillas eran ya viejas en tiempos de Drake; los bancos de clases conservan aún las aristocráticas huellas de los codos de Byron y de Keats...

No. Es mucha historia. Es excesiva historia. Ya nos conocemos a los estudiantes de hongo y de pantalones grises. A los corredores de la City de chistera y de levita. A las viejas sufragistas que parecen enhiestas cachas de paraguas, a los oradores de Hyde Park, a los *bobbies* que son los guardaespaldas de la noche y de la niebla... Y, finalmente, hemos divisado la sonrisa de Margarita perdida en un auto más grande que el buque insignia de la Home Fleet.

Creo que ha llegado el momento de hacer un balance rápido del viaje a la pequeña y genial isla que cierra el mundo hacia el norte.

*La capital de la paradoja.*

Gran Bretaña, y antes que nada Londres, tiene cosas geniales. Downing Street 10, el sitio más famoso de la historia diplomática de Inglaterra, es uno de los más dignos y modestos. Y la oficina del orgulloso Premier tiene apenas tres habitaciones.

En el país de la Monarquía Hereditaria se ha elevado junto a la Cámara de los Comunes —rehecha en parte después que la guerra casi se llevó la mitad de las pelucas—... y cerca de la estatua de Ricardo Corazón de León y de la reciente de Jorge V, un gran monumento a Cromwell, el inflexible jefe de los "Cabezas Redondas", que dio la orden de cortarle el cuello a Carlos I.

En la normanda Torre de Londres (1078) palpitan los brillos de las joyas de la Corona y vuelan siniestramente los cuervos sagrados que tienen grado militar y cuyas muertes tienen que ser reparadas rápidamente. Hay cuervos generales, coroneles y hasta capitanes. Cuando hace siglos moría alguno, había que mandar un propio a caballo para sustituirlo. Hasta hace poco se hacía en moto. Hoy se hace en helicóptero, sin rozar siquiera la sensible epidermis de la tradición británica.

Lo que importa en Londres no es la majestad externa, sino la pequeña e íntima vida secreta, el barcito aristocrático, el club en que estornudar es pecado, el hotel en que nadie respira para no romper el silencio. Y donde me dijeron, suave y diplomáticamente, que debía volver a mi habitación porque había bajado con la barba ligeramente crecida y con zapatillas de levantarse en vez de zapatos. Es la ciudad

en que dominan los bombos del Salvation Army, los caballos estáticos de la Home Guard, los enormes morriones negros y peludos de la Guardia Imperial, y antes que nada esos tipos de bombín y paraguas, serios e imperturbables, que esperan su bus leyendo el "Times" y que no se atreven a alterar el orden de la cola, no porque la ley o los reglamentos se lo prohíban, sino porque la tradición los está tirando de la chaqueta, desde un remoto fondo de siglos, castillos y fantasmas.

¡Ah, Londres!...

¡Cómo olvidar tus enormes barrios con todas las casas iguales, del mismo ladrillo rojo y las mismas columnas blancas, en que basta equivocarse de noche en un milímetro para que se arme un escándalo sensacional!...

¡Cómo no recordar tu enorme Banco de Inglaterra, la monumental billetera de lo que fue hasta hace poco el primer imperio de la tierra; tu estatua a Disraeli, que los jóvenes conservadores cubren de flores todos los años; tu pequeña reina Victoria dirigiendo el tráfico de morriones y turistas frente a Buckingham Palace! O el pequeño Drury Lane Theater lleno de duquesas de Wilde y de los últimos estrenos sensacionales. O tu perro con pipa que monta guardia junto al Museo de la Marina. O el Arco de la Home Fleet. O la falta de gusto de la Abadía de Westminster, en que no caben las tumbas de tantos lores, príncipes, conquistadores y poetas juntos y que se han subido —con la más perfecta falta de respeto— unos encima de otros.

O mi calle —la calle de los periodistas—, Fleet Street, que es tan perfecta que las noticias se saben antes de que ocurran... No. Londres antes que nada, antes que capital o que ciudad, es una atmósfera, un clima, un rincón nebuloso del mundo en que se está más solo que en parte alguna, más insobornablemente separado del resto del globo. Y en primera fila, de los *gentlemen* británicos, por una invisible cortina de niebla. Que es más dura e implacable que la propia Cortina de Hierro.

*Los castillos.*

Para castillos, Inglaterra. Cualquier parte de Gran Bretaña.

Desde el Palacio de Buckingham, en que se asoma la Reina Isabel y saluda igual a De Gaulle, agitando los brazos en forma de "V", hasta Balmoral, donde la familia real va a veranear y a pensar si se le dará a Tony Armstrong una Kodak último modelo o un nuevo título nobiliario. O Windsor. O los terribles y sombríos castillos de Escocia, donde conspiraba María Estuardo contra Isabel.

Los castillos ingleses son únicamente ingleses. No son huraños y militares como los alemanes. Ni graciosos y ligeros como los franceses.

Los castillos del Loira se habrían sentido mal junto a estos cielos obscuros, a estos páramos silenciosos y a esta humedad policial. Chantilly emigra si le toca vivir parado en una colina cerca de Edimburgo. El Castillo Negro de Heidelberg es Alemania con peto y con coraza, y no habría entendido jamás a los *gentlemen* de chistera... ¡Y para qué hablar de esos castillos de España, mezcla de fortaleza y de convento, que asoman en las colinas de Castilla la Vieja y a los que lo único que les falta es la barba del Cid y las cargas de los moros llenos de medias lunas y de cimitarras...

No. Para ser castillo hay que ser inglés. Fundamentalmente británico.

Hampton Court, el castillo de Enrique VIII, tiene aún hoy la apariencia justa del adulterio y de las reinas marchando hacia el patíbulo. Su Sala del Trono está llena de las terribles risas renacentistas del hombre que separó Gran Bretaña de la potestad del Santo Padre. Sus hornos inmensos nacieron para asar animales enteros y luego comérselos entre intrigas políticas, citas de amor y órdenes de prisión.

Y por eso resulta Hampton Court el más inglés de los castillos de la vieja Albión. Se le ve anglicano y tradicional. Experto en banquetes monstruosos y cabezas cortadas.

Me acuerdo que el día que fui desde Londres, con un sol débil y pobre —un buen sol tropical para la isla—, y atravesé los campos tan bien cuidados y trepé finalmente por las escalinatas de madera para llegar a las grandes habitaciones vacías y a los salones desolados, sentí que efectivamente había puesto por primera vez los pies en la verdadera Inglaterra.

*Cementerios británicos.*

No hay cementerios más serios que los ingleses. Hasta los muertos tienen miedo de meter ruido y se deslizan británicamente bajo tierra para no molestar a nadie.

Las tumbas asoman apenas de la tierra. No dan ganas de llorar ni de evocar, sino de pasearse lentamente por estos caminos de tierra entre las flores y las lápidas. Es un cementerio para estudiar, para leer cartas de amor, para recordar, para viajar con la imaginación. Son los enemigos del lujo y de la muerte. Son los cementerios menos cementerios que he visto jamás. Y sus rivales más concretos son los camposantos españoles, en que la muerte parece que nos está esperando a la entrada para ir a dejarnos a la salida. O quedarse con nosotros sencillamente.

Un cementerio que vi en Escocia era un paisaje de Turner que alguien había descolgado de la pared. La misma luz, la misma melancolía, la misma elegancia. Y la misma falta de muerte. Hasta dan

ganas de morirse de puro gusto para que lo entierren en una cosa así..., tan poco fúnebre.

*La célebre Torre.*

La Torre de Londres es normanda. Domina el ladrillo y la impresión de lejos y de cerca es gris, triste y húmeda. Es la patria de los cuervos, de los recuerdos, de los reyes, de la huella de los crímenes y de las joyas de la Corona...

Montan guardia unos soldados vestidos a la usanza de los tiempos de Isabel la Grande, que se cuadran como nadie en el mundo y parecen los antepasados de los juguetes mecánicos. Viven para eso: para dejar con la boca abierta a los ingenuos viajeros y les hacen competencia a los soldaditos de plomo que hacen el cambio de guardia en Buckingham.

Puentes levadizos, pasillos estrechos, corredores de piedra, patiezuelos, y montamos una escalera de caracol para llegar a la célebre custodia de las joyas de la Corona.

Es increíble la paciencia de estos buenos británicos para traerse por pura nostalgia y tierno agradecimiento lo mejor que tenían las colonias en el Africa y el Asia...

Hay diamantes que pesan más que una Biblia de hierro; topacios, rubíes, perlas monstruosas, zafiros, ópalos, aguas marinas, etc.

Una vigilancia especial anota la ficha de entrada de cada visitante, pero no debemos olvidar que estamos en la patria de Jack el Destripador y de las novelas de Conan Doyle...

La corona de la reina —y hay media docena por lo menos— es un casco de oro que brilla por toda una batería de luz eléctrica de cien mil bujías; el cetro, las diademas, todo en una palabra, está calculado para que esta nación de clase media monárquica que se llama Inglaterra se quede sobrecogida. Y salga a la calle a aplaudir a sus reyes...

Pero a mí, que vengo de lejanos y obscuros territorios republicanos, me dejó perfectamente frío...

*Despedida.*

Y ya viene la despedida, la terrible despedida final al país de los castillos y la niebla.

En el aeródromo de Croydon está Mister Eves, un simpático gringo del Foreign Office que es igualito a Mister Eden y que tiene la colección de chalecos de gamuza más impresionante del imperio...

Echo un vistazo hacia atrás. Diviso a lo lejos la cúpula de San Pablo, que se salvó de las bombas por milagro; la Torre de Westminster, el viejo Towerbridge, etc.

Es Inglaterra que se va suave y lentamente entre los dedos y que pasa ahora a ser recuerdo.

Hasta para despedirse Inglaterra es discreta y sobria. Nada de pañuelos ni de sollozos. Un breve apretón de manos... y ya estamos trepando la escalerilla del avión...

Una nube oculta Londres, surgen unos campos de un verde intenso y luego los dientes blancos de los acantilados de Dover. Comienza a brillar el Canal de la Mancha y ya asoma la Normandía del día "D"...

# PARIS: LA CIUDAD DE LAS CIUDADES

EL VIEJO Mundo no es viejo. A ratos es mucho más joven que América. La primera vez que estuve en Europa fue en 1952. Volé desde Chile en avión, disfrazado de diplomático. Nadie me creyó lo de diplomático porque andaba con una cara de periodista que no me la podía yo mismo. Había volado treinta y dos horas y estaba feliz porque iba a llegar por primera vez a París.

No llegué a París. Había tanta niebla que el avión se equivocó y fue a dar a Bruselas. Allí casi perdí el equipaje porque tuve que montar velozmente en tren en medio de un frío feroz, indignado y sin abrigo. En el trencito conocí por primera vez los viejos campos en que se había desarrollado la última guerra. O mejor dicho, todas las guerras de los últimos años. Atravesé unos pueblos hundidos bajo la nieve cuyo nombre recordaban casi todas las batallas entre franceses y alemanes, las luchas napoleónicas, los combates de la Revolución Francesa, las guerras del 70, del 14, del 39. Durante veinte minutos el tren estuvo detenido en la más pintoresca y curiosa de las estaciones en que haya estado jamás. Un aduanero, vestido como un príncipe de opereta o duque de zarzuela, subió a pedirnos los pasaportes. Estábamos en Luxemburgo, uno de los sitios más chicos y más formales del mundo. Era lo mismo que estar por un momento cantando "La Viuda Alegre" en el escenario. Y por fin llegamos a Francia después de haber pasado Bélgica y de haber atravesado ese pequeño jirón de tierras minúsculas y absurdas que se llama Luxemburgo.

*París.*

Después de dos horas a través de ríos, molinos, canales, pueblos, ciudades, aldeas, villorrios, se escucha la gran palabra: "PARIS". Y en francés.

París tiene el defecto de ser mucho más lindo de lo que lo han pintado. París es igual a París, pero mejor. Tiene un color verdoso, a piedra gastada, a pátina llovida.

Con los ojos cuadrados de emoción crucé el Sena. Vi por primera vez la Opera, los Campos Elíseos, la tumba de Napoleón, el Arco de

Triunfo. Para darme pisto y aparecer como persona culta, iba recitando en medio del silencio del bus, y ante la irónica estupefacción de los demás viajeros, los nombres de los sitios conocidos a través de las postales y del cine.

A las dos de la tarde llegué a París. A las dos y media le había dejado un ramo de flores al Gran Corso en los Inválidos. A las tres estaba en un hotel frente a la Sorbonne, que pagué por una noche y en el cual me quedé veinte meses. Era el Hotel Saint-Michel, construido hace doscientos años y en el cual, antes que yo, estuvieron Murger, autor de "Escenas de la Vida Bohemia"; Balzac, Victor Hugo, etc. Tenía y tiene setenta piezas habitadas por negros, indochinos, uruguayos, violinistas, escritores y músicos. A mi lado vivía Nicolás Guillén, autor de los geniales "Sones" cubanos. En la habitación que seguía, una solterona histérica que estaba enamorada de París y de un violinista que vivía en la habitación contigua.

*Notre-Dame.*

Salí por primera vez a las calles de esa ciudad inolvidable, bajo la nieve y camino a Notre-Dame. Notre-Dame es la iglesia más impresionante del mundo, aunque se enojen la Catedral de Toledo y la de Santiago de Compostela. Allí fue coronado Napoleón. Allí dijo la famosa frase: "¡Si nos hubiera visto nuestro padre!" Allí se celebró la misa de gracias después del Armisticio de la Primera Guerra Europea, bajo un bosque de banderas desgarradas. Allí me arrodillé en la penumbra y gasté cincuenta francos en un delgado e inmenso cirio para dar las gracias a Dios por haberme permitido llegar a París.

Después vinieron la Rue de Rivoli, el Museo Carnavalet, el Jeu de Paume, el Museo del Hombre, la Tour Eiffel, etc. Durante un año y seis meses gasté cuatro pares de zapatos recorriendo meticulosamente todas las calles de la capital de Francia. Nadie sabe francés hasta que no ha estado en París. Los franceses ladran, los franceses cantan y todo lo que uno ha aprendido en el colegio y lo que ha devorado en los libros se derrumba apenas se cruza la primera palabra con un francés auténtico.

Me levantaba a las ocho de la mañana y me iba a pie, caminando junto al Sena, después de tomarme un café cargado y una copita de coñac bajo la nieve. Hacía 10 grados bajo cero y se me caían literalmente las orejas. Llegaba a la Explanada de los Inválidos; entraba de vez en cuando a ver el Museo Militar, con todas las batallas en miniatura; trabajaba hasta las dos de la tarde escribiendo a máquina unas aburridas crónicas para Chile; almorzaba todos los días sin excepción el mismo plato, porque no había aprendido aún el nombre de los demás, y en las tardes me recorría palmo a palmo esa ciudad de cinco

millones de habitantes, indescriptible e inaprehensible al mismo tiempo.

Voy a cometer la ingenuidad de tratar de describir París, después que lo han hecho más o menos unos cien mil escritores y unos tres millones de periodistas.

*Las dos Orillas.*

París se divide en dos partes: la Orilla Izquierda y la Orilla Derecha (Rive Gauche y Rive Droite). En medio, está el Sena. Dentro del Sena están los Bateaux Mouches, dentro de los Bateaux Mouches están los turistas, y de cada turista cuelgan una máquina fotográfica y un abrigo a cuadros. La Orilla Derecha es la elegancia, el lujo, las grandes tiendas, las avenidas maravillosas, los grandes bulevares, los *carrefours,* los palacios del tiempo de Luis XIV. La Orilla Izquierda es la bohemia, la barba crecida, los *colliers,* el mal olor, la falta de higiene, el exceso de genio, las galerías de arte, los anticuarios, las tiendas pequeñas, las pensiones baratas, los hotelitos en que por trescientos francos al día se puede amanecer en los brazos de una francesita.

Por supuesto que yo viví en la Orilla Izquierda.

*La Orilla Izquierda.*

En la Orilla Izquierda están el Luxemburgo, Montparnasse, el Boulevard Saint-Michel; la Sorbonne, la universidad más vieja del mundo, que ya era vieja hace trescientos años; el Panteón, la colina de Santa Genoveva, los barrios estudiantiles, el Duome, la Coupole, el Select; los pintores abstractos, los existencialistas, las niñas con pantalones que no pintan, pero hablan de los cuadros que van a pintar algún día; los *clochards,* que son los tipos más pobres de la tierra y que viven bajo los puentes del Sena, y antes que nada, la plaza más linda del mundo.

Porque al pie de Saint-Germain-des-Prés y cerca de la Rue Bonaparte está la Plaza de Fuerstenberg, donde vivió Delacroix, y donde se alzan dramáticamente unos árboles fantasmales, y donde, en pleno París, se siente uno como en provincia. En el bosque de Luxemburgo se juntaban los mosqueteros hace tres siglos. Ahora se pasean los estudiantes y los niños de los buenos burgueses franceses. Pequeños veleros de juguete flotan sobre las aguas del estanque, y las estatuas de todas las reinas de Francia surgen en medio de la floresta. Al fondo está el Observatorio, y en el otro extremo, el Senado de Francia. A un lado se trepa hacia el Panteón, donde están guardadas las cenizas de los hombres ilustres de todas las épocas, desde Voltaire a Gambetta. A un lado, en la Sorbonne, estudian tres mil universitarios, como en

los días de la Edad Media. Descendiendo por una callejuela inclinada se llega a la Plaza Viviani. Al frente está Notre-Dame. A ambos lados del Sena se alinean los *bouquinistes,* que venden los libros más viejos y los grabados más audaces. Cerca están el Mercado de las Flores, lleno de perfumes, y el Mercado de los Pájaros, lleno de cantos. El puente más viejo se llama Puente Nuevo, y al fondo surge, como una especie de claridad increíble, la gran luz de la Plaza de la Concordia, la más perfecta, la más armoniosa y la más aérea del mundo. A un lado está el Louvre y al otro lado se alzan unas casas muy históricas, en que por lo menos en cada una de ellas han muerto un gran escritor francés, dos pintores y media docena de escultores. En la Rue de la Seine y en la Rue Bonaparte viven los anticuarios y se descubren de repente unas boîtes tan famosas como el Tabú, una vieja cueva construida en una antigua taberna, adornada con enormes pies de yeso y terribles calaveras especiales para que se entretengan y se emborrachen científicamente los turistas norteamericanos.

*El amor en París.*

En los cafecitos, los estudiantes discuten hasta las cuatro de la mañana sobre la existencia de Dios y sobre la existencia del general De Gaulle. Las parejas se besan en las mesitas tomando cerveza barata sin importarles para nada si en la silla del lado hay un caballero muy serio leyendo el "Figaro". El amor es desesperado en París. Desesperado y bonito. En el metro, en la calle, en los parques, en las plazas, en los buses, en los bares, en los cines, donde sea, siempre hay una pareja besándose como si el mundo se fuera a acabar. A nadie le importa nada que le vean. Y hay que haber vivido en París y haberse enamorado de una francesa para saber lo que significan las expresiones: "Chéri", "Mon chou", "Mon petit lapin". No hay mujer más suave, más coqueta y más irremediablemente femenina que una estudiante del "Boul-Miche". Es la amiga libre por completo en materia amorosa, pero en el fondo de la cual vive una burguesita metódica y económica que discute mano a mano con los camareros las cuentas del café y que remienda escrupulosamente los calcetines del pobre estudiante de provincia.

La Orilla Izquierda, amigo lector, es la juventud de París. Es la juventud del mundo. Los viejos de ochenta parecen muchachos de veinte y todos se sienten con el pelo negro, la barba crecida, la pipa colgando, un tomo de versos bajo el brazo y con un terrible cariño por las declaraciones más cursis y las lunas más lejanas.

Pero vamos a ponernos serios y a cruzar los leones dorados del puente de Alejandro III sobre las aguas del Sena, y vamos a entrar a la Orilla Derecha.

*La Orilla Derecha.*

Aquí están el Louvre, el Boulevard Sebastopol, el Teatro Sarah Bernhardt, la Torre de Saint-Jacques, la Plaza de la Concordia, la Opera, los grandes bulevares, el Café de la Paix, el Casino de París, la columna de la Vendôme, los grandes joyeros, los perfumistas famosos, la Madeleine, las mujeres bonitas, los mejores modistas, el lujo y el ocio.

Aquí se despliegan los restaurantes caros y las boîtes enormes que dejan con la boca abierta a los turistas. Aquí están el Museo Grevin y sus muñecos de cera. Aquí deambulan los burgueses que parecen salidos de las páginas de Balzac.

Aquí tenían que estar la Bolsa y la Place de la Victoire, que luce la estatua de Luis XIV, pero que recuerda a Napoleón en sus tiempos de amoríos con Josefina.

Y no sé por qué cada vez que camino por la Orilla Derecha y llego a tomarme un café hirviente en una mesita del Café de la Paix, me acuerdo de la guerra del 14, de la ofensiva en taxi sobre el Marne y de las páginas de "Los Cuatro Jinetes de la Apocalipsis".

Todo tiene algo de zuavo y de infantería, de guerrera azul y de pantalón rojo.

Y estoy seguro de que a los viejos parisienses les pasa lo mismo. Y hasta divisan de vez en cuando los bigotes de Clemenceau y la perita impecable y académica de Poincaré.

*Montmartre.*

Pero además en la Orilla Derecha está Montmartre. Montmartre es una colina que cierra el paisaje de París. Sube al aire, al viento, al cielo y en lo alto sostiene una iglesia blanca y fantasmal que se llama el Sacré-Coeur. Allí está la plaza más linda de Francia: la Place du Tertre. Hay unas mesitas donde los poetas se entretienen en hacer versos y donde los pintores con inmensas barbas pintan estampas inolvidables. Se venden papas fritas, salchichas y una carne tierna y dulce, aliñada de la manera más extraordinaria y aventurera del mundo. En esta plaza unas niñas con pantalones estudian equilibrismo y unos caballeros muy serios escriben cosas definitivas.

Allí están el Lapin Agile, Patachou, el Lapin Joyeux, el Consulat, y las calles en que vivieran Utrillo, Van Gogh y Cézanne. Montmartre flota sobre París como una balsa iluminada.

Aparte de Montmartre, la Orilla Derecha son estas capillas antiguas y toda esa infinita arquitectura clásica que fue el esqueleto de la antigua Francia. Habría que describir meticulosamente todos los cafecitos, todas las calles donde unas viejas muy antipáticas y sumamente

vestidas de negro mantienen la tradición francesa de que hay que ser desagradable para ser perfectamente parisiense.

*Los bulevares.*

En los Campos Elíseos corre el mejor río de autos del mundo; el Arco se eleva en medio de la niebla, y en la Plaza de la Concordia el Obelisco del siglo XII antes de Cristo trata inútilmente de sostener el cielo como si fuera una carpa de circo. La Madeleine con sus líneas clásicas, muy justas y exactas, crece hacia la obscuridad frente a unos bulevares donde caminan las mujeres más elegantes y más distinguidas de Europa. A tres cuadras está el Café de la Paix, donde se sentaban Byron y Oscar Wilde a beber unos cafés muy rápidos y de donde salían después los más bellos poemas y las mejores novelas.

Pero no nos quedemos tanto en estas calles de París y sigamos.

En el Museo Grevin está toda la historia de Francia, en las "Nues" de Clichy y Pigalle bailan unas tristes ancianas desnudas que los turistas creen que son muchachas nuevas y frescas y que se desvisten sólo para uso de los extranjeros de paso. Todo tiene aire de irse y quedarse al mismo tiempo. París en otoño, con árboles que se despojan de sus mejores hojas, y en primavera, encendido por los mejores aires que llegan de la costa, es siempre París, una ciudad donde cada cual encuentra lo que anda buscando en la vida. Maravilloso, solemne y deslumbrante cuando quiere serlo. Triste y sombrío cuando le da la gana. Porque esas casas de ocho pisos, con chimeneas humeantes color verde oliva, gastadas y viejas, son uno de los pocos encantos que aún quedan en el mundo y donde dan ganas de echar a caminar sin rumbo fijo. Hay una palabra en francés que lo dice. La palabra es *flaner*, que quiere decir vagar. Vagar es ir sin ruta ni objetivo de ninguna especie. Vagar porque sí. Caminar por las calles sin objeto determinado para ver a la gente y a las cosas de París.

Esta selva de anticuarios, de bares y de cafés conoció a Balzac, a Victor Hugo y a Chateaubriand, y vio pasar, hace quinientos años, el gorro puntiagudo y el olor a cárcel de François Villon. Este cielo gastado y de plata fue sostenido un día por las puntas de las sombrillas de las mujeres más inolvidables de comienzos del siglo. Aquí viven y sueñan los poetas más brillantes de todas las partes del mundo y aquí los escultores más audaces trabajan con greda, piedra y mármol, tratando de realizar algunas hazañas inconcebibles. En estas calles viejas, junto a estos *concierges* más viejos aún que las calles; en este dédalo de callejuelas rotas, en estas piedras sombrías, y al pie de estos árboles sin hojas y sin flores, junto a estas estatuas griegas, con la nariz quebrada y sin ojos, se mantiene viva una flor inolvidable e inextinguible que se llama París.

*La historia.*

En las esquinas hay unas viejecitas que venden *muguets* y hay unas modistillas muy lindas, con las piernas más livianas del mundo, que trotan incansablemente por las calles y avenidas, llevando entre las manos la bandera de París. Aquí estuvo Juana de Arco, Richelieu, los Mosqueteros, la Revolución Francesa, el Imperio, la Liberación y tantas cosas más. Aquí estuvo el heroísmo secreto durante cinco años cuando los alemanes, escrupulosamente vestidos de nazis, ocupaban militarmente el territorio francés.

Todo esto pasó. Todo pasa en Francia sin pasar. Hay algo invisible en el aire, en los árboles, en las viejas plazas otoñales, en las avenidas solitarias, en las calles vacías, en los bancos abandonados, que se llama París.

*El aire.*

Sí. Ya sé que usted me va a hablar de Toledo, de Londres y de Chartres. No importa. Hable de lo que usted quiera, pero esta cosa impalpable, este aire invisible, esta atmósfera gastada, esta cosa vieja y eterna que se toca y se muerde en el aire, no se encuentra sino aquí. El Sena, que es una buena persona, está acostumbrado desde hace dos mil años a correr suavemente entre barrios gastados y viejos hoteles en que viven pequeños burócratas, veteranos de la última guerra y antiguas señoras vestidas de negro llenas de recuerdos, de medallas y de montepíos.

Esto es París. Esta atmósfera gris piedra, gris perla, gris otoño, esta agua detenida al fondo del Sena, estos árboles que parecen paraguas azotados por el viento, esto se llama París. No les crea usted a los turistas millonarios, ni a las señoras que van en busca de trapos a la capital de Francia. Créame a mí, únicamente a mí. Sólo se vive una vez. Sólo una vez se es joven. Sólo una vez se tiene el pelo negro y no se tienen arrugas. Esa etapa de la vida que no vuelve, aventurera y romántica, limitada al norte, al sur y al este por una mujer bonita, montada elegantemente sobre una moto, y que dice las más inolvidables palabras de amor, se llama París. ¡Qué importa que haya otras ciudades! Vicente Huidobro decía que la tragedia de París era que borraba las otras ciudades. Y así es. Desaparecen las murallas almenadas de la Torre de Londres, el recuerdo de la "Denkmalkirche" en Berlín y las calles que ascienden perezosas hacia el Alcázar de Toledo. Toda esta cosa sutil e impalpable sólo está aquí.

Don Juan Tenorio decía: "Reñir con los franceses y adorar a las francesas".

Es cierto. Esto se llama el amor.

Cae perezosamente la tarde sobre los restaurantes de Montparnasse, está vacío el Parque de Luxemburgo, transitan los fantasmas por el Boulevard Saint-Michel. No hay nadie en las mesitas estudiantiles de la Rue Cujas. Son las dos de la mañana y un Dios elegante y fino se pasea por el solitario y vacío escenario de novela que se llama París, recitando versículos de la Biblia en francés.

No, niña elegante, no venga sólo a comprar trajes a París. No, estudiante bohemio, no venga únicamente a trabajar su arcilla y sus gredas bajo este cielo de piedra. No, modistilla enamorada, no venga sólo a soñar entre estas casas solemnes y eternas. Ese fantasma que se pasea por la calle, sin ojos, nariz ni boca, se llama París, y hay que haberle estrechado alguna vez la mano —su verde mano— para saber lo que es esto definitivamente. Lyon, Burdeos, Marsella pueden tener su encanto, pero como esta zona del mundo, como este territorio inconcluso, como este dulce ramo de flores colocado por Dios a la diestra del hombre, no ha habido ni habrá jamás.

*Donde jamás falta una placa...*

París está lleno de recuerdos históricos. Cada casa tiene una placa que dice "Aquí nació...", "Aquí vivió...", "Aquí murió..." Siempre nació, vivió o murió alguien en París. En esta casita escribió Voltaire. Aquí vivió Balzac. En este sitio, por estas escaleras, trepó Napoleón Bonaparte.

Cerca de mi hotel estaba la infaltable placa: "Aquí vino al mundo la gran Sarah Bernhardt".

En el Quai Voltaire, junto al Sena, hay una placa que dice: "Aquí funcionó el Comité Secreto de la Resistencia que dirigía el Camarada Max".

Max fue fusilado por los nazis pocos días antes de la Liberación.

Pero, como si fuera poco, y como a la casa le sobra espacio para la historia de Francia, allí mismo soñó, peló, intrigó y escribió el viejito Voltaire en tiempos de Luis XV.

Cerca de los Campos Elíseos hay una casa sombría en que se lee, con los ojos desmesuradamente abiertos, esta frase: "Aquí fueron torturados por la Gestapo en tiempos de la Ocupación decenas de patriotas franceses".

Siempre en París, en cualquier calle o avenida, está la casa a punto con la famosa frase que comienza "Aquí..."

Y es lógico. Por París ha pasado toda la historia de la humanidad. Son dos mil años. Más aún, dos mil diez años desde que la isla de la Cité se volcó a ambos lados del Sena, y tiene arcos, gárgolas y capillas de más de mil años. Iglesias como Saint-Julien des Pauvres, que eran viejas y llenas de telas de arañas cuando Dante no había nacido

aún. Y menos caminado a través del Purgatorio, el Infierno y el Cielo.

Yo me conozco París por arriba y por abajo. Es decir, a pie, en bus, en metro, en auto, etc. Y en bote por las alcantarillas a través de un dédalo de subterráneos sombríos y policiales por los cuales bogaba El Persa en "El Fantasma de la Opera", de Gaston Leroux. O por donde escapaban los personajes de Victor Hugo después de cada tiroteo revolucionario en las páginas eternas de "Los Miserables".

He entrado a la Mosquée, naturalmente sin zapatos, y he tenido en mis manos el último mensaje, hecho con alfileres en un pobre pedazo de trapo, que escribiera antes de morir María Antonieta, en la Conciergerie.

No hay casa de París que no tenga la inscripción histórica respectiva. Lo grande sería colocar en una casa de París —en una sola— una inscripción que dijera.

"Aquí no ha nacido ninguna persona célebre". "No ha vivido ningún novelista famoso..." "No se ha planeado una sola conspiración".

Esta casa —si existiera— merecería recibir la roseta roja de la Legión de Honor.

Pero desgraciadamente no existe.

La última que había, virgen de placas, la echaron abajo por faltarle el respeto a la tradición de París...

*Caminando por el Louvre.*

Todo turista que llega a París "tiene" que ver el Louvre. No se trata de que le guste la pintura, sino sencillamente que no se puede haber estado junto al Sena sin tener que hacer, como una obligación social, la indispensable visita a la célebre galería que fuera en sus tiempos el novelesco palacio de los Luises, en que resonara la risa de Enrique IV, y en que Luis XIV se vestía y comía en presencia de sus cortesanos y del público, que tenía acceso a las habitaciones más íntimas...

Y naturalmente el Louvre no se ve en un día, ni en una semana, ni en un año, ni en una vida. Hay demasiados cuadros buenos, excesivas esculturas que tienen celebridad mundial, las joyas mejor trabajadas y la colección de bellezas más impresionante que haya juntado hasta la fecha el ser humano bajo el mismo techo.

Pero seamos modestos y veamos únicamente lo básico. Lo justo para una tarde. Detengámonos ante los mármoles quebrados de "La Victoria de Samotracia", que los franceses, que son tan hábiles, han destacado como en el aire. Como suspendida del vacío. Como si fuera a bogar como en los buenos tiempos de la lejana Grecia.

Luego recorramos con los ojos más castos del mundo, milímetro a

milímetro, la piel de mármol de la "Venus de Milo", que es la mujer más sólida y fina al mismo tiempo, más femenina y matrona que se haya esculpido jamás.

Y luego, después de ver galerías y galerías con telas que conocíamos en postales y libros de estudio, y de recorrer los clásicos que veremos más tarde en Roma y Florencia, lleguemos hasta la mujer con los ojos de novela policial, de intriga, de suspenso; la dama que parece guardar en la sonrisa una historia más apasionante que toda la "Série Noire" que puebla los quioscos de París.

Estamos ante la "Gioconda", y la "Gioconda" sonríe de una manera tan vaga que a ratos deja de ser mujer y se transforma en adolescente, y que es soltera y casada al mismo tiempo. Y amante y novia, y viuda y muchachita pura que viene de hacer la primera comunión.

La mujer, en una palabra, con la moral y el rostro en movimiento. Esto no está fijo ni muerto dentro de la tela. Esto camina y vive. Y si usted lo mira un rato, verá que le sonríe sólo a usted y nada más que a usted.

Y no sigamos porque saldremos mareados, y después de haber visto veinte mil cuadros y diez mil esculturas, no habremos visto uno solo bien.

Como hay que verlos...

*En el Museo Carnavalet.*

El Museo Carnavalet es la historia de la Revolución Francesa vívida y conservada al detalle. Tiene casi tres siglos. Fue la casa de Madame de Sevigné en los buenos tiempos de Luis XIV. Ahora la estatua del Rey Sol adorna el solitario jardín, el más lindo y perfecto que conozco en París. Se siente, se respira, se toca la atmósfera de la época del más grande de los reyes de Francia, pero basta entrar al museo mismo para darse cuenta de que ya estamos en los dominios de Robespierre y de Danton.

Vemos el cofre que usó Luis XVI para guardar los documentos que probaban que había traicionado a Francia y que le costaron la cabeza y el trono. Está la pequeña cama, la tierna cama de Madame Isabel, en la que durmió hasta que fueron asaltadas las Tullerías el 10 de agosto. Se puede ver el banco carpintero que usara el rey para pasar el tiempo en su calabozo del Temple. Tuve en mis manos la pistola de Saint-Just y la navaja que usaba Danton.

Pero eso no fue nada al ver, con los ojos ensanchados de emoción, un ejemplar de la Constitución del año 2 de la República, con las tapas encuadernadas con... ¡piel humana! Así, tal como suena. Ni más ni menos que en los campos de concentración de Dachau o de Auschwitz.

Al fondo de una sala está la sillita de ruedas de Couthon, en la cual llegó enfermo a votar la muerte del rey a la Convención. No es una silla. Es una especie de monumento rodante al odio...

Y naturalmente sobran los modelos en miniatura de la guillotina, los gorros frigios de los *sans-culottes,* los chalecos de Robespierre y las camisas con bordados de Vergniaud, las escarapelas para entrar a la barra de la Convención, los asignados, las bandas tricolores de los comisarios que marchaban a Lyon y a Marsella a ganar la revolución a sangre y fuego, contra la amenaza extranjera y la traición interna...

Y nos quedan el Directorio, el Consulado y el Imperio, los autógrafos de Bonaparte, y más tarde los "Nap" I, que será definitivamente la "N" cuando llega a ser Napoleón I, emperador de los franceses.

En una palabra, dar una vuelta rápida por el Carnavalet, cerca de la Plaza de la Bastilla y la de los Vosgos, es recorrer velozmente los diez años de sangre de la Gran Revolución.

*Más museos.*

Los impresionistas: el Jeu de Paume es la catedral de los impresionistas del mundo. Queda en el decorado más lindo de París, al lado de los jardines de las Tullerías, junto a la Concordia, frente al lugar en que cayeron las cabezas de Luis XVI y María Antonieta, y mirando hacia los Campos Elíseos.

Pero lo más lindo está adentro. Por primera vez uno se da cuenta de que el impresionismo tenía que nacer en Francia. Estos cielos vagos, estos campos borrosos, estos ríos apenas insinuados, están sólo por estos lados. Y naturalmente Manet, Monet, Pissarro, Degas y Cézanne no tuvieron más que mirar y sacar los pinceles.

Se camina entre las mujeres más geniales de la *belle époque,* entre las mulatas de Gauguin, los caballeros de chistera que eran amigos de Rimbaud y de Verlaine, entre las catedrales de Manet, que dan ganas de mascarlas por lo espesas y repletas de un color que sale a chorros de la tela. Y finalmente se llega a las bailarinas de Degas, que salen danzando de todos los espejos de hace cien años... En realidad es pequeña la casa y minúsculo el museo, pero tiene toda la belleza de una época desvanecida y encantadora.

*El Guimet.*

En cambio, para ver chinos, japoneses, indochinos, orientales, en una palabra, de sonrisa fija y de piel amarilla, no hay como anclar en el Guimet, que queda frente a la estatua ecuestre de Washington. Es el único museo en que se sale de la atmósfera de París y se viaja al Oriente con sólo pagar la entrada.

Ambiente de pagoda, de mandarín, de máscara de ballet infernal, de daga y de cuchillo, de abanico, de sombrilla y de palanquín.

Toda esta maravilla la han reunido los buenos y hábiles franceses para que los nostálgicos muchachos que viajan del Oriente no se sientan tan terriblemente solos en la ciudad más linda..., pero más lejana y distinta del mundo...

*El Rodin.*

Rodin tiene su gran museo en París, cerca de los Inválidos. Vista: la explanada que se extiende hasta el Sena y el dorado puente lleno de leones de Alejandro III.

Desde la calle se ven las gigantescas espaldas de "El Pensador". Este "Pensador" no tiene nada que ver con el de Miguel Angel en la tumba de los Borgia, en Florencia. Es un pensador racionalista y francés que mira hacia el futuro, desnudo y con la vista baja. No tiene delirios italianos y renacentistas, sino claras y lúcidas ideas que nacen sólo bajo la luz de París.

Además está la vasta selva de los proyectos de obras tal como los talló el autor en las primeras gredas, en la época de los ensayos y balbuceos. Es un Rodin en borrador, quizás más fuerte y vital que el definitivo. Su "Balzac", por ejemplo, fue planeado totalmente desnudo y saliendo de una nebulosa. La nebulosa era París y el clima de su época. Es un "Balzac" de una fuerza feroz, arrolladora, de la cual podía salir fácilmente todo el enjambre de "La Comedia Humana". El "Balzac" definitivo, que queda a la entrada de Montparnasse, es mucho menos concluyente y desbordante de potencial humano.

Sus "Comerciantes de Calais" y su "Puerta del Infierno" tienen una potencia que marea. Son gente que ama, odia, vive y muere. O mata cuando llega la ocasión. Son gente sacada de la carne y de la sangre. No son de arcilla, bronce o mármol. Están vivos como en los días que los fijó para siempre el genial creador de "El Pensador", que, entre paréntesis, lo lanzó una chilena a la circulación y a la fama: la señora Lynch de Morla, madre de Carlos Morla.

*El mundo de los teatros.*

Y algo hay que decir de los teatros de París.

Los teatros de París son únicos. Tienen olor y color especiales.

Basta entrar a la Comedia Francesa, a la Opera, o donde sea, para darse cuenta de que el país de Molière tenía que poseer salas de un estilo único.

La Opera, que levantara Garnier, es excesiva. Es imponente. Es la *prima donna* de las Operas del globo. Respira grandeza y terciope-

lo. Uno se pierde entre tantas escaleras de mármol, tanto espejo, tanto dios griego y tanto gobelino.

¡Cómo se habrá sentido de asustado el buen fantasma de Gaston Leroux en estos pasillos obscuros, bajo estos candelabros de plata, entre estos angelotes y estas lucernas que se bambolean pesadamente en el aire listas para matar *concierges* que se han conseguido por casualidad una entrada gratis. . .

La Opera es para los do de pecho, para los grandes duelos a espada, para los incendios en barcas de papel y de cartón, para los volcanes de fuegos artificiales. Siendo tan exquisitamente francesa, la Opera merecía ser alemana. Hecha para las grandes obras de Wagner con cabalgatas de valquirias sudorosas y viquingos en transpiradas mallas.

En cambio, la Opera Cómica es íntima, minúscula, coquetona. Está hecha para ir con la amiguita a uno de esos palquitos que se esconden en la penumbra, no a ver cómo agoniza Jouvet, sino a darle a ella un mordisco en la oreja, sin que se entere el marido que está al lado. . .

El Lido no es teatro. Es un cabaret. Es el cabaret por definición para millonarios americanos, príncipes en el exilio y petroleros que hacen restallar los rollos de billetes entre los dedos. Todo es excesivamente rico. Excesivamente exacto. Excesivamente igual. Basta con una noche para pasar años contándoles la nocturna hazaña a los nietos.

El Folies Bergère, en cambio, tiene la gracia de París. Es ligero, rápido, improvisado, con mujeres más graciosas que bonitas, y caballeros en primera fila menos calvos que los de la salida de la Opera por la Rue de Scribe, que esperan a las *petits rats*.

El Casino es la *belle époque*. Yo creo que deben de haber sacado de cuando en cuando el techo para que pudieran entrar esos sombreros con plumas de nuestras geniales abuelas. Todo tiene tono a folletín, a intriga para echar abajo a Clemenceau, a prensa sensacionalista, a cancán, a champaña helado. . .

En cambio, la Comédie Française —tanto la de Luxemburgo como la del Palais Royal— es la Francia definitiva. Tiene el gris de los grandes días y de las grandes matanzas con guillotina y todo.

No se puede ver a Molière ni a Corneille más que en estas salas pesadas y solemnes, con grandes columnas y butacas rojas en que hasta las pequeñas palabras que cruzan los espectadores tienen que ser dichas en verso. Y en verso clásico. Y ojalá en latín.

*Los metros a través del mundo.*

Cada ciudad tiene su metro y su estilo personal de caminar bajo tierra.

El de París, la patria de la libertad, la igualdad y la fraternidad,

tiene dos clases perfectamente definidas, y ¡guay que se pase de la una a la otra! Lo dejan para siempre en la Santé a falta de la Bastilla, que ya no existe.

En Madrid, que tiene un régimen dictatorial, el metro cuenta con una sola clase, y así vuelan como sardinas bajo tierra los sufridos madrileños de un punto a otro de su encantadora ciudad.

Moscú, clave y eje del mundo comunista, tiene el metro más elegante del globo. El de París, a su lado, parece una chocita de mala muerte. Sobran el mármol, las decoraciones y frisos hasta el infinito, que hacen la delicia de los camaradas y de los turistas.

Londres, naturalmente, tiene un metro inglés. Un metro puntual y simple, donde los buenos y exigentes *gentlemen* no le dan jamás el asiento a una señora y fuman como guardianes terceros durante todo el viaje. Es más rápido, pero más nebuloso que el de París.

El de Nueva York, que se llama orgullosamente *subway,* es lo más rápido que he visto en mi vida. Es hermano del avión a chorro y de los modernos Mercury que insisten los yanquis en lanzar al cielo desde Cabo Cañaveral... Corta la ciudad en un segundo y vibra por los cuatro costados. No camina por la línea. Vuela por el cielo, salta entre los rascacielos, juega rugby con las esquinas y las calles. Sale cada dos minutos y hay que ser un héroe y además campeón aficionado de box y de lucha libre para poder montar a través, por debajo y por encima del público que ya está arriba y que se defiende mejor que la más fogueada banda de *gangsters* en los suburbios de Chicago...

El de Buenos Aires es encantador. No es ni muy rápido ni muy lento. Ni muy aristocrático ni muy pobretón. Es sencillamente un metro útil que lleva en la madrugada a los primeros emigrantes que han llegado de Polonia el día antes, y en la noche a los últimos cantantes de tango que vienen de las boîtes de la calle Corrientes.

*Los terribles guías.*

En un rápido libro de viajes no pueden faltar dos líneas sobre el personaje más típico que topamos en el camino: los guías. Es decir, esos extraños personajes de uniforme que muestran maquinalmente cada cuadro, cada estatua, cada lienzo y cada ruina, recitando un párrafo aprendido de memoria veinte años atrás y al cual no le cambian una coma.

Y así tenemos que pelear con los guías de los Inválidos en París, que insisten en mostrarnos un Napoleón de barro y de cartón, que jamás podía haber ganado en Austerlitz ni haber hecho el Código.

O en el Vaticano nos indican lo único que "no" importa de las sombrías bellezas de la Capilla Sixtina poblada de Vírgenes y de ange-

lotes. O en la Galería Tate de Londres, los únicos cuadros que realmente no tienen ningún interés.

De esto se salvan sólo los guías españoles. ¿Y por qué? Porque son españoles sencillamente y les encanta hablar fuera de libreto y nos dan una imagen viva y húmeda de la realidad más allá del parrafito aprendido de memoria.

No.

Las ciudades y las naciones hay que verlas sin guía. Hay que caminar solo y por su cuenta por los pasillos de los museos, y a través de los caminos llenos de lava por donde pasó un día la Historia.

*París de noche.*

Sí, ya sé lo que usted, amigo lector, está pensando: "¿Y por qué este señor no me dice algo del París de noche, que tiene fama mundial, y me habla tanto de cuadros y de historia al detalle?"

Bien. Lo vamos a complacer con todo gusto.

No hay nadie más amigo de la noche que yo. Y concretamente de la noche de París.

Porque si la capital del Sena es maravillosa de día, es infinitamente más parisiense, más *parissard,* de noche...

Y yo lo llevaré de la mano a una colina que cierra el cielo de París y que se llama Montmartre. Pero antes de remontar la Rue Lepic, lo voy a asomar para que se desilusione definitivamente del célebre Moulin Rouge, tan caro a Toulouse-Lautrec y a los inmensos sombreros de las damas de 1900.

Ya no están ni la hermosa Goulu ni la bella Avril. Ni Bruand, el de la capa negra de los mejores afiches de fines de siglo.

Y no es ni la sombra. Ni la sombra de la sombra. Es apenas un cabaret de mal gusto, enorme como un galpón, en que se mueven aburridamente unos aburridos personajes que no tienen nada que ver con los apaches y las *cocottes* del célebre enano. Y mucho menos con el Deshuesado y sus alegres compañeras.

Pero quedan en el Boulevard Clichy, en cambio, Les Deux Annes y Le Chat Noir, que conservan perfectamente el color de la gran época en que nacieron. Y doblando esa esquina, ahí, casi a la vuelta, está Madame Arthur, que tiene los homosexuales más desagradables y más ancianos de la tierra. Y trepando la colina llegamos fácilmente al Consulat, donde se sentaba a escribir Emile Zola. Y dos cuadras más allá se abre la Place du Tertre. Y cuelgan las pipas de los pintores y las cámaras de los turistas. Y está La Mère Catherine, y a la vuelta, frente a la sombra blanca del Sacré-Cœur, están Patachou y el Lapin Agile, en que se cena como en ninguna parte del globo. Y haciendo un pequeño recodo en la próxima esquina llegamos a la casa en que

pintaba Utrillo. Y después de comernos unas *frites* y tomarnos un Beaujolais tibio, entramos en la penumbra del Tirbuchon, en que no se ven los dedos ni los besos... Y divisemos de paso el Moulin de la Gallete. Y descendamos hacia las "Nues" de Place Clichy antes de llegar a Place Blanche, y veremos los cuerpos de las mujeres más bonitas, y pagaremos los tragos más caros y dejaremos las propinas más impresionantes.

Y luego, rápidamente, en auto, vamos a comer algo a Fouquet, en los Campos Elíseos, y lleguemos, por la Rue Colisée, al Carrousel, donde hasta hace poco la célebre Coccinelle demostraba que se puede ser tan linda como Marilyn Monroe y haber nacido más hombre y más ronco que el viejo Adán. Y lleguemos, en la pequeña Rue de Saints-Pères, a la Grenouille, a comer, por supuesto, rana. Y sentir cómo se sientan tranquilamente en las rodillas nuestras las gentiles camareras..., y cómo el dueño acaricia con entera impunidad a nuestras compañeras nocturnas, de acuerdo con la tradición de la casa.

Y luego enfilemos hasta el viejo Montparnasse para ver lo que queda de una época que se llevó la última bomba de la Primera Guerra Mundial. Y entremos a la Coupole, al Duome, al Jockey, al Select, a la Boule Blanche y a tantos otros lugares en que la noche se estira como una vulgar goma de mascar.

Ya no está Foujita. Ni Picasso. Ni Mac Orlan. Ni Apollinaire. Ahora los pintores y escritores que toman ajenjo en las mesitas de mármol no son célebres aún, pero están trabajando día y noche para llegar a serlo en una fecha no muy lejana.

Y aprovechando que la noche está joven y de pantalón corto aún, entremos al Deux Magots y al Café de Flore, en Saint-Germain; tomemos un breve café en el Mabillon, una cerveza helada en La Martiniquoise o en el Royal, y entremos un rato al Bonaparte, que merecería haber sido fundado —a juzgar por lo que vemos— por Safo en persona, en la isla de Lesbos...

Y eso que nos queda aún entrar a La Discotèque y escuchar a los Frères Jacques en la Rose Rouge...

Terminemos la noche, o mejor dicho, las primeras y vacilantes luces del alba, en la Patte de Mouton, en Les Halles, mientras el sol que se asoma por las ventanas es color sangre. Y la fresca sangre de los mataderos es color amanecer, y chorrea alegremente sobre las piedras...

Y ahora paguemos —sin olvidar el terrible *pourboire* —y vámonos castamente a la camita... Como farra nocturna y en París, creo que basta...

*Los gatos.*

No se entiende a Francia sin los gatos. Ni menos París. París son los gatos, como Londres son los perros bulldogs, iguales a Churchill. Como Roma es la loba, la delicada loba que aúlla día y noche en el Campidoglio. Como España son los toros.

París es una ciudad femenina, pérfida y coqueta. Una ciudad para las mujeres. El gato es el símbolo de eso. El gato, y en especial la gata, es profesionalmente culebreante, hipócrita, sutil y elegante. La gata no tiene la fidelidad del perro ni la nobleza del caballo. La gata no tiene un gato, sino varios gatos. La gata tiene amantes. La gata araña, besa bajo la luna y coquetea en los tejados.

Pues bien, el gato es el símbolo de París. No hay vieja solterona, ni viuda de la guerra del 14, ni madre de un héroe que murió en el barro de la batalla de Verdún, ni *concierge,* ni señora vestida de negro, con un enorme bolsón, que vive de un montepío o una jubilación, que no tenga un gato.

El gato es la solución de la soledad. A falta del hijo muerto, del marido que cayó de soldado, del abuelo que cargó contra los prusianos en Saint-Privat o en Sedán, tienen un amigo minúsculo, elegante y fino, que se llama gato.

El perro inglés tiene la sombría resolución de los viejos lores. La loba nació para aullar entre imperios que se derrumbaban y repúblicas que nacían. El toro es grande y solemne y bufa y patea, como bufan y patean los españoles. El lento oso alemán tiene la misma mentalidad nebulosa y la misma eficacia de los alemanes.

En cambio, el gato, el polvoriento gato parisiense que vive entre solteronas, entre faldas apolilladas y sombreros con plumas de la *belle époque,* que ronronea y duerme la siesta y es vago y ocioso por definición, es el complemento lógico de la vida de París.

Una ciudad de dos mil años necesita un gato de siete vidas que se entretiene inventándole una vida familiar a la solterona. Una intimidad que no tuvo. El gato es el padre ausente, el hijo muerto, el nieto que no nació. Por eso, mientras el toro español se juega y pierde la vida en el ruedo, el perro británico ladra desde lo alto de su solitaria isla, el oso germano es amigo de los niños y los lleva de la mano al circo, y la loba italiana aúlla entre ruinas y condesas descalzas, el gato francés —y específicamente parisiense— nació para no hacer nada, en una ciudad en que se ha hecho todo.

¿Y Nueva York?

¡Ah! Nueva York tiene el animal más resumido y abreviado del mundo. Un animal jugoso y con mostaza. Nueva York tiene el "perro caliente", el *hot-dog,* el bocadillo que exige la feroz presión de la vida ultrarrápida, el ex perro devorado velozmente en un *drug-store*

entre un bistec sin grasa, sin gusto a nada, y un vaso de leche malteada que no viene de una vaca, sino directamente de una máquina.

Por eso el gato es Europa, una Europa distraída y elegante. Y el *hot-dog* es una necesidad premiosa disfrazada de alimento y de animal.

*La Torre Eiffel.*

No me venga con el cuento del obligatorio viaje a la Tour Eiffel, previo pago de doscientos francos para llegar a la segunda terraza y morirse de frío con el viento desatado de la tercera.

Eso está bueno sólo para turistas y nada más que para turistas.

La torre, inaugurada en 1898, pertenece al estilo de la Tercera República, radical y burguesa (en el peor sentido de la palabra), de los días de la Exposición.

Se dijo que era un pájaro de metal que algún día emprendería el vuelo. Fue criticada acerbamente en su época, pero a través de los años ha llegado a incorporarse definitivamente al paisaje de París. Y el día que falte se romperá el encanto de la ciudad. No es ni fea ni bonita. Está ahí.

Ya estamos —a pesar mío— en el ascensor que sube a la torre. Que sube al cielo. Que se remonta hacia las nubes color azufre de París al atardecer. Abajo, el Sena deja de ser un río para transformarse en una espada de luz, en una larga herida que se extiende entre caserones grises y viejos color ceniza que se van empequeñeciendo cada vez más. A un lado, la Ecole Militaire, en que estudiara el joven cadete Bonaparte. Abajo, el Campo de Marte, en que Robespierre proclamara a la Diosa Razón y los principios inmortales de la Revolución. Al pie, el Palais Chaillot y las pequeñas estatuas del viejo Foch y del viejo Joffre, en cada extremo y frente a frente.

Al fondo brilla una sortija nocturna que se llama Versalles y que está sólo a media hora de París, en auto o en tren.

La ciudad se borra lentamente. Se pierde entre las nubes. La hace desaparecer una goma invisible.

Estamos en el cielo. Es el cielo del turismo, con telescopios para descubrir las casas de los amigos y los crímenes pasionales, con fotógrafos ambulantes, restaurantes en que baila dramáticamente la sopa y puestos de correos para mandarles cartas a las más lejanas tías con un orgulloso timbre que diga "Tour Eiffel".

Pero lo malo en París es salirse de París. Elevarse sobre París. Traicionar a París.

Y regresamos rápidamente —antes de pecar—, en el mismo ascensor, hasta la pequeña fila de hormigas que nos espera abajo haciendo cola. . .

Arriba la torre es sólo un fantasma, un caballero feudal, de ar-

madura de cobre que se pierde en el cielo dirigiendo, como un *flic* cualquiera, el paso de los aviones nocturnos.

*A la busca del tiempo perdido.*

VERSALLES. —Nosotros somos Versalles —dice un cortesano del tiempo de Luis XIV, en el film "Si Versailles m'était conté", de Sacha Guitry.

Y eran Versalles.

Eran Versalles el Rey Sol, Fénélon, Condé, La Fontaine, Mansard, etc.

Eran Francia. Eran la perfección geométrica de Francia en los momentos que el más grande e ilustre de los Luises gobernaba, sabia y exactamente, el país en el siglo XVII. Aún no habían nacido Luis XV y sus queridas, ni había asomado —sobriamente vestida de negro— la silueta del Estado Llano.

Versalles era eso. Y así fue concebido en una colina cerca de París por Luis XIII cuando su hijo —el más tarde Luis XIV— era sólo un niño.

Jardines perfectos, colinas, mármol, bronce, parques y estanques. Cisnes y halcones. Eso era Versalles. Y así asoma hoy en lo alto del paisaje cuando se llega en tren, en auto o en autobús desde la capital.

París es la ciudad, la confusión, el humo. París es la capital, la política, los ministerios, los diputados, la intriga turbia, la zancadilla y la jugada sucia.

Versalles trató de ser la pausa que refresca, el jardín amable, el alma en vacaciones.

El agua de París es turbia y mezquina. La de Versalles es laguna, estanque, riachuelo y surtidor, gracioso y femenino... Todo tiene algo de íntimo y de cita de amor. De beso robado bajo la luna y de dios Eros perdido en la floresta.

Aquí intervinieron las maravillosas queridas de Luis XIV. Aquí escribió sus admirables cartas Madame de Sevigné. Aquí engañó la Pompadour. Aquí alzó coquetamente sus faldas de terciopelo Madame du Barry. Aquí estuvo el equívoco caballero d'Eon. De aquí salió, entre los gritos de los lobos, el cadáver purulento de Luis XI. Aquí la Revolución aulló "La Marsellesa". Aquí La Fayette condujo de la mano, y ante los ojos llenos de tiros y de bayonetas de los *sans-culottes,* a la delicada y orgullosa María Antonieta.

Aquí, en el Salón de los Espejos, se proclamó en 1871 el victorioso Primer Reich, lleno de cascos, de bigotes y de barbas imperiales...

Desde aquí disparó y masacró el pequeño burgués Thiers a los agitadores y a las petroleras de la Commune.

Versalles está como pensativo. Como elegante y lejanamente pen-

sativo. Parece un recodo de la historia, un jardín húmedo y en penumbra, en que hasta el cielo debe estar pintado serenamente por Poussin o por Watteau.

Las nubes bogan en el cielo. Los cisnes —tan elegantes como los más elegantes cortesanos de la época de Luis XIV— bogan en los estanques.

En el Petit Trianon vaga aún, vestida de campesina, la orgullosa hija de María Teresa de Austria. Aquí la besó —detrás de ese pino— el alto y aburrido Fersen, mientras Luis XVI dormía plácidamente la siesta.

Todo tiene algo de evocación y de pasado. Todo usa, aún hoy, en el Versalles actual, tacón Luis XV, peluca empolvada e impertinentes de diamantes.

Por eso. . ., sin saber por qué, se sale un poco perfumado de estas avenidas silenciosas y de estos pinos estrictamente vestidos de *smoking*.

LA MALMAISON. La Malmaison es pequeña, femenina, íntima. Es la *garçonnière* de la Revolución. Tiene olor a *soutien* y a liga.

Hoy, aún, se siente que allí el cónsul Napoleone Buonaparte —no todavía Napoleón I— enamoró y coqueteó escandalosamente con Josefina.

Allí están los libros anotados al margen, el comedor para ellos solos, el dormitorio lleno de amor y de asaltos nocturnos, repleto de besos y de mordiscos.

Allí se amaron. Allí murió Josefina llena de joyas, de cuentas del modista y de recuerdos. Allí Napoleón, desolado al regreso de la pérdida de la batalla de Leipzig, estuvo veinticuatro horas mudo junto al lecho de la que había sido su mujer y su amante.

De allí, por la parte posterior, salió a caballo en busca de Elba y de los cañones de Waterloo.

La casita tiene sólo dos pisos y queda a quince minutos de la capilla en que está enterrada Josefina. Antes tenía un enorme parque. Ahora sólo la rodean un pequeño jardín, los cisnes y lejanos galopes de caballería.

Allí, en el segundo piso, está guardado lo mejor de Napoleón, y antes que nada, sus emocionantes recuerdos de Santa Elena.

Están la última camisa que usó la noche de su muerte y sus libros de consulta con las páginas amarillas y las enormes "N" grabadas en el lomo, y sus minuciosas cuentas en que se lee, con el corazón en un puño:

| | |
|---|---|
| Camisas . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 6 |
| Calzoncillos . . . . . . . . . . . . . . . . . | 6 |
| Calcetines . . . . . . . . . . . . . . . . . . | 15 pares |

| | | |
|---|---|---|
| Medias | ...................... | 6 pares |
| Pañuelos | ...................... | 20 |

Allí está el pequeño, el minúsculo camastro de hierro, en que agonizó la noche del 5 de mayo de 1821, en una remota isla perdida en medio del mar.

De allí salió la última frase: "Tête d'Armée"...

Todo está ahí. Napoleón se pasea aún por los jardines, escribe cartas, prepara batallas, camina con la mano hundida en el chaleco y se alisa el mechón rebelde sobre la frente.

Y por allí también vaga la morena muchacha nacida en la Martinica que, después de haber estado bajo el filo de la guillotina en la penumbra de la Conciergerie, fue coronada emperatriz de los franceses en 1804, a la sombra de las torres de Notre-Dame.

Malmaison tiene algo de mármol invisible. De gamuza que llega al alma.

Y cuando se abandonan estos corredores solitarios y se monta en auto para volver a París, hay que sacarse una pelusa muy sutil que queda prendida en las solapas...

Esa pelusa se llama la Historia. Con mayúscula.

FONTAINEBLEAU. Lo más importante de Fontainebleau es la Escalinata del Adiós, en la cual Napoleón se despidió de los *grognards* de la Vieja Guardia después de la Batalla de las Naciones, y antes de los decisivos Cien Días.

Esto se nota a la entrada. Porque hay que trepar por la célebre escalinata en puntillas. Y ojalá con el sombrero y con la cabeza en la mano...

Y cuando uno sube la escalera y llega a las pequeñas estancias en que está el baño de Napoleón, en que ahora apenas cabría un niño. O la Sala del Trono con sus veinte butacas de terciopelo rojo alineadas junto a esas cuatro tablas en que se sentara el Gran Corso a presidir los Consejos de Gabinete. O el dormitorio donde Napoleón dormía con María Luisa, pero soñaba con Josefina. O la colección de gobelinos y de porcelanas que el guía —con una mentalidad de cursi impagable— insiste en mostrarles a los aturdidos millonarios americanos o a los sorprendidos pequeños burgueses franceses muertos de envidia, republicanos en la forma, pero terriblemente monárquicos en el fondo, indicándoles exactamente cuánto valen en resonantes francos. O los cuadros de las grandes batallas. O el comedor donde Napoleón comía apenas una presa de pollo y bebía una copa de coñac en menos de veinte minutos y de donde salió la mitad de la historia, no de Francia sino de Europa... Entonces y sólo entonces usted comprende que

éste es uno de los palacios o castillos más importantes del mundo, a pesar de que la apariencia no le diga nada.

Un coto de caza. Un parque hecho para ciervos y para halcones. Unos caminos solitarios. Unas estatuas de mal gusto. Guías y más guías. Placas y más placas. . ., pero antes que nada, una sombra que vaga por los pasillos, trepa nuevamente por la Escalinata del Adiós y besa por última vez la bandera tricolor que había quedado hecha jirones en Austerlitz y en Marengo: eso es Fontainebleau.

Y no le diremos quién es la sombra.

Usted se la conoce de sobra.

Con mechón y todo.

*Por la ruta de Napoleón.*

Pero vamos a caminar más de la mano de Napoleón.

Yo le tenía y le tengo una simpatía fanática al Pequeño Gran Corso, al "Cabito", al "Gato con botas" que cambió la historia del mundo con un capote gris, un mechón de pelo sobre la frente y la mano hundida en el chaleco.

Y lo primero que hice en París fue ir a ver su tumba de granito rojo en los Inválidos, y escuchar las aburridas y maquinales explicaciones del guía.

Pero más tarde me dediqué a buscar su recuerdo en cada callejuela, en cada pensión barata y en cada esquina borrosa de París. . .

Napoleón tiene el valor y el defecto de ser la leyenda misma. La leyenda con botas y a caballo. El mismo dijo: "¡Qué novela ha sido mi vida!" Y lo es. O lo fue, que es lo mismo.

En Cannes encontré el lugar exacto en que tocó tierra después de regresar de Elba y de despedirse lacónicamente de Leticia Ramolino, su madre. . .

Seguí la llamada "Ruta de Napoleón" por el valle del Ródano, estuve en Grenoble cerca del cual el emperador se abrió el capote ante los fusiles del Quinto Regimiento de Infantería, diciendo la famosa frase: "El que quiera matar a su emperador, que lo haga", y llegué finalmente hasta lo que queda de las Tullerías después de la Comuna del 70. Atravesé el Arco del Carrousel, y luego me detuve en medio de París, en medio de Francia y en medio de la noche, bajo las estrellas que montan guardia junto al Arco de Triunfo, que él planeó, pero que no alcanzó a ver, y frente al harapo tricolor de la llama del Soldado Desconocido, bajo un bosque de nombres eternos, que recuerdan las sesenta batallas que ganó en todos los frentes de Europa.

Me senté en la butaca rota en que él se sentaba en Santa Elena a ver morir el sol, y tuve entre mis manos su transpirada y manchada camisa con la que recibió la muerte en medio de un temporal desata-

do allá por mayo de 1821, en una isla húmeda y criminal, y en el destierro más cruel y despiadado de la historia...

Hojeé sus libros de artillería anotados rápidamente y a mano, con lápiz, en la Ecole Militaire, en sus lejanos días de cadete y cuando vino el Sitio de Tolón.

Estuve en la pequeña Rue de la Huchette, cerca de la calle del Gato que Pesca, donde el pequeño y enclenque teniente de artillería se preparaba para arrasar la historia y galopar a través de la leyenda durante veinte inolvidables años...

Tuve en mis manos el bicornio de Austerlitz y la espada de Marengo. Caminé por la Rue Bonaparte, y dejé caer dos estrictas y puntuales lágrimas en la Escalinata del Adiós en Fontainebleau, con el libro de Hilaire Belloc en la mano, y donde dijo:

"Adiós, hijos míos. Me voy para no encender la llama de la guerra civil. Me dedicaré a escribir la historia de las grandes cosas que hemos hecho juntos... Y como no los puedo besar a todos, permitid, al menos, que bese vuestra gloriosa bandera..."

Y finalmente volvía a entrar, solitario a las seis de la tarde, en plena penumbra de París, a los Inválidos, entre las tumbas de sus mariscales y el ataúd de su hijo (devuelto a Francia por Hitler), a meditar un poco lo que había sido el pequeño y amarillento teniente de artillería en la historia de Francia y del mundo.

Sí, amigo lector...

Francia es la recia campesina Juana de Arco, el noble y despectivo Richelieu, el sombrío Comité de Salut Publique, y son, antes que nada, las botas de Napoleón.

Por eso seguí su ruta, al detalle. Para tocar esa fina y delicada vena inolvidable que se llama justamente Francia.

Y la sentí palpitar bajo los dedos...

*El Museo de Policía.*

Sólo los jueves de cada semana se puede ver el Museo de Policía de París, que queda junto a la Conciergerie. Pero vale la pena. Es más impresionante que lo más macabro que tienen en la materia los ingleses.

Tuve en mis manos el puñal con que mató Ravaillac a Enrique IV, la daga de Carlota Corday, la pistola que usaron los conspiradores contra Napoleón, las sillitas de suplicio erizadas de puntas de hierro que se usaron en la Edad Media, las lanzas que se clavaron a los prisioneros en la época de Juana de Arco y de François Villon, los postes de tortura, etc.

Y antes que nada los recuerdos de la Resistencia y de la Liberación con París erizado de tanques y de cañones. Vi las fotos de la lu-

cha en las calles entre los *maquis* que bajaban de la montaña a la ciudad y les hacían frente a los nazis. Vi la Opera rodeada de alambradas de púa; los grandes bulevares solitarios; el Hotel Maurice salpicado de balas; el Hotel Crillon, en la Concorde, con la svástica al viento; la lucha en el Boulevard Saint-Michel y los resistentes avanzando a gatas junto a los *quais* del Sena; los francotiradores disparando sobre De Gaulle y Bidault el día de la entrada a París y de la misa de gala en Notre-Dame, cuando los últimos alemanes se refugiaron en las torres de la Catedral. Pero antes que nada vi, en un cuartito privado y que no se le enseña a nadie, las postales eróticas de la Revolución Francesa que se lanzaban para desprestigiar a María Antonieta y a la corte; y la extraña maquinita de placer (indescriptible, aun para mayores de ochenta años) inventada por un sutil degenerado y que producía placer y dolor al mismo tiempo. Era una especie de bicicleta que provocaba todos los estallidos sexuales con sólo accionar los pedales, mientras la verdadera víctima contemplaba la escena maniatado frente a la máquina. Basta decir que tiene puntas de acero para herir la frente y una palanca de hierro que tiene el más inconfesable de los fines...

¡Cómo sería de terrible que su dueño no se atrevió a reclamarla de la policía francesa y huyó espantado fuera del país!

Y además están las maniquíes de cera que usaban los masoquistas, unas damas desnudas, con medias negras, portaligas y antifaz, que llevan una fusta en la mano; los cerebros de los cocainómanos y opiómanos devorados y divididos en pequeñas y fúnebres celdillas, etc.

En una palabra, ni el Marqués de Sade ni Baudelaire en sus peores delirios se habrían atrevido a soñar con una cosa así.

Dos horas en el Museo de Policía, que da junto al Sena y que queda cerca del despacho de Danton cuando fue Ministro de Justicia en los días de la Revolución, es más terrible e impresionante que las más espantosas páginas de "El Jardín de los Suplicios", de Mirbeau.

Debía estar en Londres, pero está en pleno París.

*En las oficinas de "Paris-Match".*

"Paris-Match" es la revista más grande y más chica del mundo. Su oficina central queda en la Rue Pierre Charrons, en pleno centro de París..., pero basta llegar a ella para creer que uno se ha equivocado medio a medio.

La revista tira cerca de los dos millones de ejemplares por semana y tiene el "Ruban Bleu" ganado en buena lid. Es decir que, en proporción, es la revista más grande, no sólo de Francia, sino del mundo entero.

Cuesta —fíjese el lector— un franco nuevo, o sea, fracción de un

dólar, y nadie le piensa aumentar el precio. ¿Para qué, cuando se agota número a número y no hallan qué hacer con la publicación?

Pues bien, este monstruo periodístico que tiene diez fotógrafos permanentes en Argel (haya revuelta o no), cinco en Moscú, ocho en Nueva York, varios caminando en elefante por la India o en camello por el desierto, posee una de las redacciones más modestas del mundo. Y ni siquiera cuenta con imprenta propia. La imprimen a velocidad record en uno de los suburbios de la capital.

De allí salen los vagones y vagones repletos del millón ochocientos mil ejemplares que tira por semana.

Se sube por una escalera estrecha de pensión estudiantil. Hay un rótulo de cartón que dice "Paris-Match". Se ven tres redactores en total y un franciscano teléfono. No hay gerentes de enormes puros, secretarias tipo actriz de cine, ni legiones de empleados inclinados sobre las máquinas de escribir...

No. No hay nada...

¿Por qué?... Sencillamente porque esta revista mundial se hace, se escribe, se fotografía, se dibuja y se piensa no en París ni en Francia, sino en el vasto despacho del mundo mismo.

En efecto, esta gente que vemos fumando aburridamente, aquí recibe sólo el material, la selva impresa de material que llega del Polo, de la China, del Africa, de la Antártida. Son miles de fotos, cientos de miles de cables, de carillas escritas velozmente bajo la lluvia, la niebla y la nieve, y que vienen de los cuatro puntos cardinales en los aviones más rápidos y por los teléfonos más directos. Aquí se cocina únicamente, se pone al fogón, se titula y se manda en camiones especiales al taller que queda a media hora en auto...

La revista tiene aviones, barcos, líneas especiales de telégrafo, corresponsales en cada pueblo de la tierra, escritores geniales, dibujantes célebres, etc.

Y todo entra y sale hacia el mundo desde esta capillita provinciana del periodismo que equivale un poco a la Basílica de San Pedro de la prensa internacional.

No me negarán que el estilo no puede ser más francés.

*El bar del Ritz.*

He estado en algunos sitios elegantes del mundo, pero no hay ninguno como éste. O por lo menos más exigente y exclusivo. Y no sé cómo me dejaron entrar a mí que era únicamente un corresponsal de paso que vivía en un hotelito modesto de la Rive Gauche.

Toda la historia sentimental, diplomática, política y financiera de París en los últimos años se ha hecho en estas mesitas y junto a la barra de este bar.

Aquí vienen la *cocotte* de moda, la artista de cine, el embajador recién llegado, el espía que vende armas y el general que conspira...

Nunca he visto trajes de mujeres como estos que vienen saliendo de Cristian Dior con la firma pegada aún al ruedo. Y caballeros más imponentes y con más cara de gerentes de banco que manejan millones de dólares y que deben viajar por el mundo en una flota de aviones propios.

Y *maîtres* como los del Ritz, y camareros más sabios que se conocen de memoria quién es cada cual y que jamás abren los labios a pesar de que son verdaderos archivos humanos que se podrían hacer millonarios escribiendo, en sus ratos de ocio, sus Memorias...

Sí, amigo lector. Aunque le cueste un ojo de la cara —o los dos al mismo tiempo—, tómese una copita de coñac bajo estas lámparas gloriosas y dése el lujo de caminar por estos alfombrados pasillos, únicos en el vasto globo.

Vale la pena.

*Los amarillos de Van Gogh.*

Lo más genial que vi en mi último rápido viaje a París fue la exposición de más de cien Van Gogh. Pocas veces había visto junta tanta maravilla en que se explotara de una manera tan estupenda el amarillo.

Si Picasso es el azul y Gauguin podría ser el verde, Van Gogh sin duda es toda la gradación del amarillo. Salta ágilmente del oro al color azufre, y le da una entonación dramática que se desconocía en la pintura. El amarillo es un color único. Tiene una callada y casi sorda fuerza dramática. Respira tragedia, pero no llega a las exaltaciones baratas y fáciles del negro o del rojo. No habla de luto ni de sangre. Habla indirectamente de dramas íntimos mucho más personales y profundos.

No hay necesidad de que se hable del amor y de la muerte. No. Es el mismo amor y la misma muerte, pero a la sordina, no en primer plano, sino como detrás de la tela. El amarillo es el color policial de la paleta.

Todo eso estaba en la última exposición que me tocó ver en París, después de hacer una larga cola en una galería de la Rue Saint-Honoré.

Hacía frío en la calle y la gente caminaba envuelta en una ligera y vaporosa nube de niebla. Por eso mismo, cuando entré a la sala noté la feroz potencia del pintor. Sus amarillos arañaban la vista y encendían una fogata en cada tela. Allí sentí toda la terrible potencialidad de la pintura. La misma que se siente ante el "Cristo" de Dalí, mirado desde arriba. Lo que se experimenta frente a los charcos de agua y luz de Gauguin en sus cuadros de Tahití. La misma desolada

tristeza de los pierrots y arlequines de Picasso en la época azul. Este amarillo quemante de Van Gogh hace salir de la realidad y entender los cielos y el campo. Sus surcos, sus labradores, sus ríos, sus puestas de sol, hacen penetrar en la magia del paisaje y comprender de otra manera el decorado en que vivimos.

Sí. Afuera hacía frío y había niebla. Afuera estaba París maravillosamente bien vestido. Pero dentro de la sala, calefaccionada desesperadamente, se sentía toda la belleza salvaje y despiadada del campo lejano.

Van Gogh lo había hallado de nuevo. Lo había descubierto por primera vez. Ya no eran los campos tristones y ligeramente cursis de Millet, llenos de campanitas a la hora de la oración. Era el campo. CAMPO con mayúsculas y sin arreglos ni afeites de ninguna especie.

Como los grandes ingleses descubrieron el mar (que en poesía iban a encontrar para siempre el chileno Neruda y el francés Valéry), Van Gogh había buceado bajo tierra y había encontrado el verdadero color de los campos europeos.

Y su sol, su dramático y trágico sol color azufre, me acompañó a la calle e incendió las solitarias y tristes *rues* de París.

*El Café de la Paix.*

El Café de la Paix es la gran esquina de París. O del mundo. Está junto a la Opera y en los grandes bulevares. No hay extranjero de paso que no se queme los labios con un café cargado que es servido por unos turcos de pega que llevan fez, babuchas y pantalones inflados al viento.

Están la millonaria, la turista, el escritor célebre, la modistilla, la empleada que trabaja en las Galerías Lafayette, la buscona, etc.

Va cambiando de pelo y de clase a través del día. En la mañana es casto. En la noche es pornográfico. La buscona francesa trabaja a medias con una amiga. Para hacer una diablura hay que salir con ambas. Están conectadas al chofer de taxi, al camarero, a la dueña del hotel, al bar y al cabaret. Es un negocio subterráneo que da millones al día...

Y el Café de la Paix es uno de los cuarteles generales del placer en la ciudad del placer por definición.

Haber ido a París y no haberse sentado una tarde cualquiera en el Café de la Paix es prácticamente haber perdido el viaje. Allí soñó Wilde. Allí se sentó Clemenceau. Allí escribió rápidamente cuartillas inolvidables Balzac, etc. Todo el mundo tiene que haberse sentado alguna vez en sus mesitas enanas bajo la nieve en invierno o cociéndose de calor en verano.

*La Conciergerie.*

La Conciergerie queda junto al Sena y cerca del Pont Saint-Michel. Vista de lejos parece un castillo de la época de Juana de Arco. De cerca tiene la belleza sombría de la época de los Luises y de la Revolución.

Allí está el calabozo de María Antonieta, que es visitado especialmente por las mujeres de todo el mundo, para echar una lágrima. La reina era tan altiva que, para humillarla, le achicaron la puerta de la celda a fin de que se viera obligada a bajar la cabeza. María Antonieta prefería golpearse en la frente al entrar que inclinarse ante el pueblo.

Tiene dos metros escasos por tres, y una ventanilla por donde un sol triste y enfermo iluminaba la pobre estancia. Manos amigas y aficionadas a la historia han colocado unos lagrimones ponceados en la muralla. Así lloran las paredes y llora el público.

Por extraña paradoja, al lado está el calabozo en que pasó su última noche Robespierre, que había votado la muerte de la reina. Es más chico aún que el de la mujer de Luis XVI. Junto a él queda el de los girondinos. El mismo que pinta Lamartine y donde pasaron la última noche perorando, comiendo, bebiendo y cantando "La Marsellesa".

Como nota curiosa, en una vitrina está colocado un cartel de la época de la Commune con la estampa de Clemenceau y en que se ofrece a la población de París una fuerte recompensa en metálico al que lo entregue vivo o muerto...

Finalmente, está la célebre fuente donde los aristócratas en los días del Terror lavaban su ropa y pensaban en la muerte que caminaba ya sobre las piedras de París en las fúnebres carretas.

Entramos por la puerta en que lo hizo el mariscal Ney y más tarde Napoleón III. Salimos por la pesada y vieja por la que pasaron los cinco mil guillotinados de la Revolución, y partimos con historia hasta en el chaleco.

*El Museo de Cera.*

El Museo Grevin es el Museo de Cera de París. El señor que está apoyado en la barandilla a la entrada no es un señor cualquiera. Es de cera y ha sido colocado para tomarle el pelo al público.

La señora que lee el "Figaro" no existe. Está allí desde hace años leyendo el mismo diario y sin cambiar de página ni de posición. El ujier que está junto al ascensor también es de cera y sirve para que se equivoque el público desde hace cerca de un siglo.

Está el auténtico baño de Marat con salpicaduras de sangre aún del día en que lo mató Carlota Corday. Se ven la agonía y muerte de Na-

poleón en Santa Elena, la entrevista a través de una ventanilla de Luis XVI con el Delfín, el proceso de María Antonieta con la reina enfrentando al Tribunal Revolucionario, la familia real escuchando apaciblemente música en Versalles en los días anteriores al estallido revolucionario, etc.

Esta es la parte emocionante e histórica del museo. La parte moderna es fea y de mal gusto. Se ve a De Gaulle, a Stalin, a Nikita, a Kennedy, etc., colocados en las posiciones más artificiales y forzadas que usted pueda imaginarse. A ratos parece la vulgar vitrina de una tienda de cuarta mano.

Son de cera..., y se les nota el frío material de que están hechos...

Pero así y todo, tiene más gracia y es más latino y más parisiense que su colega de Madame Tusseaud en Londres. Y como no le podía faltar la nota parisiense, se han colocado estos maniquíes de pega para "pitarse" alegremente al público.

Y claro que usted le golpea el hombro a un tipo que No es de cera y está media hora diciéndole piropos a una muchacha encantadora que ES precisamente una vulgar maniquí y que no le lleva ni de apunte...

*El Hôtel de Ville.*

El Hôtel de Ville es el Ayuntamiento de la ciudad. Queda cerca de Notre-Dame y es uno de los sitios más impresionantes y más elegantes del mundo. Esto sí que es Francia. La Francia tal como uno se la imagina. Ha sido incendiado y bombardeado hasta el cansancio. Periódicamente —cada vez que hay guerra o revolución— hay que hacerlo prácticamente de nuevo, conservando la vieja línea.

Al frente estaba la Plaza de la Grève, donde cayeron las cabezas más famosas de Francia en los días de la Edad Media. El Hôtel fue el foco de la Revolución. Allí se disparó el tiro Robespierre y agonizó tendido en una mesa para salir solamente en dirección a la guillotina. Allí se proclamó al rey de los franceses, y no de Francia, al gordo y burgués Luis Felipe. Allí Gambetta proclamó la Tercera República después del fracaso de Sedán. Allí llegó De Gaulle en agosto del 44, cuando aún quedaban los últimos nazis en París, que le lanzaron una andanada de balas, escondidos detrás de las viejas gárgolas.

Como muestra típica del estilo de la Francia, de la gran época, tiene casi la misma importancia simbólica que el Escorial de España.

*Los lugares dudosos.*

En París están naturalmente los lugares más equívocos del mundo. Antes fue Berlín. Ahora es la capital del Sena. En la Alemania anterior

a Hitler había cabarets completos en que las camareras eran... camareros...

En París damos una vuelta rápida por Le Monocle, que queda en Montparnasse. Mujeres preciosas, peinadas como hombre, con corbata y zapatos bajos, bailan felices... con otras mujeres. Los clientes masculinos no las pueden sacar a bailar. En cambio, ellas coquetean escandalosamente con las turistas norteamericanas, que no se asustan de nada...

En Madame Arthur la cosa cambia. Las muchachas que danzan, las coquetas camareras, la *vedette* que canta y baila desnuda, la chica que atiende el guardarropa, todas las damas en una palabra que pueblan el local que queda cerca de Pigalle, son tan hombres como cualquier ciudadano corriente. Claro que ligeramente pasados al enemigo...

Por último, la catedral de los sitios dudosos de París es el Carrousel, en la Rue Colisée, cerca del Fouquet, a media cuadra de los Campos Elíseos, que regentaba la célebre Coccinelle. A la Coccinelle, que fue amante nada menos que de un ministro de Estado que le regaló un visón que valía dos millones de francos, no la dejaron entrar a España. ¿Por qué? Sencillamente porque es hombre y uno de los homosexuales más célebres del mundo. Más tarde se operó y se casó como una mujer perfectamente normal.

Yo la... o lo vi de cerca y puedo certificar que parece cualquier cosa menos un hombre. Tiene casi tan buena facha como Marilyn Monroe, y las mismas curvas...

Y basta con los tres sitios indicados para la gente que busca sensaciones raras en París...

*La Catedral de Chartres.*

Chartres queda a dos horas de París en auto. Surge de repente en medio del dulce campo de Francia con las dos flechas de sus torres.

Porque lo único que importa del pueblo es naturalmente la Catedral. Las puede haber más grandes y solemnes. O más llenas de historia y de leyenda, pero más tierna y dulce no hay ninguna.

Es el catolicismo francés perfecto. Nada de gritos inútiles ni de golpes desesperados en el pecho. Ni persecuciones religiosas, ni Inquisición.

Es la cultura, el refinamiento; la tolerancia, la suavidad y la fe alimentadas por la razón y la lógica.

Sus *vitraux* son los más lindos de Francia. A determinada hora de cierto día del año cae un manchón de luz especial en el mismo sitio que tiene prestigio ya de milagro.

En la parte inferior está la cripta, que parece una miniatura ro-

mana o un cuadro de Rouault. La luz es vacilante y tímida. Tiene algo de muerte, pero de muerte distinta a la que se percibe en el "Pudridero" del Escorial. Es una muerte tamizada, dulce, a media luz. No evoca el negro ni el luto, sino el paso a la otra vida hecho con alegría y casi voluntariamente.

La Catedral tiene las torres desiguales y todo respira una ternura que no tendrán jamás las catedrales españolas, ni menos las alemanas.

No sé por qué me da la sensación de que fuera una iglesia que debió ser pintada sólo por los pinceles de Millet.

*Chantilly.*

Chantilly es el castillo francés por definición. Es más chico que Versalles, pero me resulta mucho más típico de Francia. Parece un castillo de taco alto y de peluca empolvada.

Sus murallas blancas, sus fosos, sus cisnes, el parque, las estatuitas, los cuadros, los grandes salones, los pasillos barnizados, las chimeneas, el puente levadizo, todo tiene una gracia etérea tal como la pedía Luis XIV y la practicaba Luis XV.

Los jardines han sido hechos para el amor y para los besos detrás de los pinos. Yo veo los billetes de amor de las amigas de los reyes, corriendo misteriosamente a través de la penumbra en manos de favoritos y de cómplices.

Aquí tiene que haberse amado como nunca. Y conspirado. Y hecho una política que iba a costar más de una cabeza.

Parece un *boudoir,* la *garçonnière* de una querida, el pisito de una amiga. Todo tiene un sello, al lado del cual los castillos ingleses dan la sensación de ser iglesias anglicanas para que oraran unos reyes de piedra con amiguitas de hierro.

*Sobre los campos franceses.*

Claro que estuve en otras partes de Francia. Y entré en la Turena, que había sido el Cuartel General Aliado de la Primera Guerra Mundial, con la infaltable placa. Y caminé por Burdeos, color plata vieja, lleno aún con los recuerdos de los girondinos del año II de la República y que fueron a la guillotina cantando "La Marsellesa" listos para que los enfocara la imaginativa cámara de Monsieur Lamartine.

Estuve en la enorme Lyon, una ciudad a la que se le nota desde la primera esquina que tuvo durante treinta años un alcalde radical-socialista —Monsieur Herriot—, con doble papada y todo... Y, finalmente, recorrí la Cannabière, en Marsella, la más novelesca de las ciudades de Francia, con barquitos a vela, yates, pescadores y unos mariscos húmedos y brillantes, llenos de espinas, espuma y poesía...

Por supuesto que Francia es admirable, pero antes que nada lo son sus pueblecitos chicos y grises con el infaltable monumento al Soldado del año 14 que carga a la bayoneta sobre su pequeño pedestal, sus casas silenciosas y sus vecinos que toman una copa de coñac al atardecer.

O el elegante cortejo de sus castillos del Loira, llenos de Luises y de pelucas. Pero antes que nada por sus campos.

¡Ah el campo francés!...

Si el inglés es de un verde rico y profundo, el verde del peinado campo de Francia tiene el brillo y la fuerza de los tubos de pintura. Es de un verde pastoso y casi comestible. Se nota que cientos de silenciosas generaciones se han inclinado sobre estos surcos abiertos y sobre estas mieses que brillan en la obscuridad.

Nunca he sentido en forma más neta la claridad cartesiana de Francia, su lógica implacable y su estilo ceñido y justo, que corriendo en auto por estas carreteras, entre los verdes campos a la hora del crepúsculo.

Todo está pensado con la cabeza. Todo está ordenado por el cerebro. Todo obedece a las viejas aguas de Descartes, de los Enciclopedistas, de la Revolución y del Código de Napoleón.

El campo francés no es la aventura, la improvisación y el salto al vacío. No. Es la lógica de los personajes de Balzac y de Stendhal. Y de la tradición familiar con tías, sobrinas, testamentos y dotes, salpicada de barro y de gotas saliendo del agua desde el fondo de la tierra.

Sólo un paisaje así —tan de Manet— pudo absorber la guerra, devorar las trincheras, comerse a los muertos, borrar los esqueletos y los cascos de *poilus* y *boches* entre una y otra primavera.

Y volver, con las primeras flores, a su clásico e imperturbable rostro de siempre, de cuadro del Jeu de Paume, al que no le hace falta sino una cosa: el marco.

### *Hacia el país de los relojes.*

Salí de París en dirección a Suiza, pero antes estuve en un pedacito de Alemania. Este pedacito se llama Sarrebruck, una ciudad que estuvo en litigio después de la Primera Guerra Mundial y que la ganó Hitler después de las elecciones escrupulosamente democráticas con las cuales conquistó la rica cuenca del Sarre.

Sarrebruck nos recibió con lluvia a las diez de la noche. Y nos recibió en alemán. Las calles eran grises, pero se habían puesto negras. La melancólica camarera del bar en que nos detuvimos me habló en una lengua erizada de almenas, de torres militares, de signos góticos que no los entiende ni Goethe, y que es la lengua alemana.

*En una esquina de Alemania.*

Sí, amigo lector. Estuve una temporada muy breve en Alemania. Los verdes y cuidados campos de Francia habían terminado. Del equilibrio, la armonía, la suavidad de la "Dulce Francia" se saltaba a otro país, a otra escritura y a otra mentalidad. De la claridad cartesiana de los amigos franceses habíamos pasado a la metafísica y a la nebulosa germanas. El silogismo, la nitidez, la precisión daban paso a la niebla, a la vaguedad, a los sueños.

En medio de la lluvia que caía del cielo desesperadamente, atravesando las carreteras aéreas de Alemania, llegando a pueblecitos que parecían dibujados por Grimm o por Andersen, me di cuenta de que mi sangre alemana no respondía y que mis abuelos me habían dejado solo en medio del camino, con un paraguas en la mano. Yo era latino. Quisiera o no quisiera, era latino de todas maneras. Mi apellito Mundt, con esa terrible "DT" que cierra como un pórtico medieval la palabra, con puentes levadizos y viejas bigornias gastadas, no tenía nada que hacer entre el Santiago que venía del Apóstol, y el Fierro que venía de España.

*La sangre.*

Pero eso fue sólo al comienzo. A medida que iba entrando en Alemania, sentía lentamente cómo resonaba al fondo la voz de la sangre. Esos castillos sombríos, esas catedrales góticas, esos cuarteles abandonados, esas aldeítas con dibujos pintados en las murallas, esos palacios de Luis II de Baviera, esos charcos de agua en medio de los pinos, y sobre todo esa luz verdosa al fondo de las lagunas y los ríos, me hablaban con una voz que yo conocía muy bien.

Eran los abuelos que habían partido de Alemania hacía cien años, era el Colegio Alemán de Santiago de Chile, era el Deutsche Sport Verein, eran las excursiones a la cordillera, eran los *Kuchen* del sur y el jamón crudo de los lejanos paseos de la infancia, era el *Rucksack* a la espalda, era el rumor de antiguas marchas que me resonaban en el oído.

En una palabra, era la patria de los abuelos que me entraba en la sangre y se ponía a latir desesperadamente como un viejo tambor desvanecido. No. No podía negar que unos lejanos antepasados míos habían salido de estas tierras.

En el Rin sentí a Wagner, en Dusseldorf a Beethoven, y en medio del viento escuché el ritmo remoto de Bach.

Pero no era sólo la música. Era algo vago, militar y guerrero al mismo tiempo, obscuro como una leyenda, sin lógica, pero fascinante, trágico y doloroso. Algo que me iba explicando, a medida que volaba

sobre estas tierras deshechas, lo que es el romanticismo alemán tan vivo hoy como en los tiempos de Werther.

Y me expliqué muchas cosas de mi propio carácter al pie de estas selvas silenciosas y hurañas. Supe entonces por qué era explosivamente alegre a ratos, y sombrío y triste a veces. Y por qué yo era una especie de contradicción permanente que vivía siempre con la imagen de la muerte al frente, pero viviendo impetuosamente.

Eso fue lo primero que me entregó Alemania, y se lo agradezco como explicación personal.

*Heidelberg.*

Al día siguiente llegamos a Heidelberg, la medieval ciudad universitaria alemana con su río Neckar, su Castillo Negro, su Buey Rojo, sus pensiones de estudiantes, sus duelos a sable, sus jóvenes tajeados, y sus dulces y aburridas niñas, que —como si fuera poco— se aburren en alemán. El cielo es de un gris obscuro y solemne. Es un cielo gótico que no podrán entender nunca los franceses. Mirando este sol, tan excesivamente de hierro, uno comprende las viejas guerras y los antiguos odios entre Francia y Alemania. Los estudiantes beben enormes schops de rubia cerveza en la taberna del Buey Rojo, que es tan conocida en el mundo entero que bastó escribir una carta hace doscientos años, y poner en el sobre "Roter Ochs" Deutschland, para que la carta llegara puntualmente. Y está clavada con un puñal en la muralla de pino de la vieja taberna universitaria. Los estudiantes usan un gorrito blanco, azul y verde, y agitan al aire las antiguas espadas. En el techo hay clavada una selva de sables que datan de mil ochocientos y tantos, y que fueron testigos de las luchas de Blücher contra Napoleón. Arriba, en una colina, están el Castillo Negro y su inmenso tonel de treinta metros de alto en cuya tapa pueden bailar perfectamente treinta parejas y donde se bebe el vino blanco más dulce de Alemania. Heidelberg se salvó de la guerra por casualidad, porque los aliados y los alemanes estuvieron de acuerdo en salvar esta pequeña joya irreemplazable de la Edad Media, y las bombas —las estúpidas bombas de la última guerra— quedaron chapoteando inútilmente en las aguas del río Neckar.

Y eso fue el único trozo de Alemania que conocí esa vez. Andando los años iba a tener ocasión de pasear de nuevo por sus caminos polvorientos y de recorrer sus ciudades arrasadas por las bombas.

Pero antes nos esperaban unos bosques, unas montañas y unas casas de techo puntiagudo que se llaman oficialmente Suiza.

# SUIZA: ¿UN AFICHE O UN PAIS?

*Puntualidad.*

Salimos al día siguiente por las *Autobahn* que conducen a Suiza. Amigo lector: estamos justo en los lagos más decorativos del mundo, al pie de las nieves más tonificantes y sanas del globo, entre los carteros, las vacas y los relojes más puntuales. Estamos en el país del chocolate, la crema batida y las calles excesivamente limpias, donde no hay pitillos tirados ni papeles sobre la acera. Aquí nadie se equivoca nunca. Aquí los relojes —todos los relojes al mismo tiempo— dan la misma hora. Aquí no hay gente pobre, gente sucia, ni gente impuntual. Aquí todo es perfecto, con una perfección de relojería que produce, primero, una sensación de respeto y después un inevitable bostezo. El que no admira a Suiza es un inculto. El que se entretiene en Suiza es un héroe. Yo sé que se ha dicho la frase que Suiza es una sucesión de tarjetas postales. Desde la Aduana de la ciudad de Lausana, desde Ginebra a Berna, desde Zurich a los pies del San Gotardo, desde los lagos a la nieve, desde los turistas quemados por el sol a los suizos que caminan ordenadamente por sus calles limpias como la patena, todo es igual. De uno a otro extremo las buenas señoras que toman café con leche en las cafeterías, los caballeros que discuten en las tabernas y los estudiantes que cantan melodiosa y aburridamente ordenados, todo tiene un ambiente de paz y de calma indefinible. Suiza es el ideal del turista rico, de la reina de belleza y del revolucionario en vacaciones.

Y sobre todo es el ideal de los suizos.

*Revoluciones.*

Para los suizos no hay nada mejor que Suiza. Claro que los suizos conocen sólo Suiza. Todo aquí es tan dulce, tan conventual, está tan perfectamente planeado, que no puede haber un error jamás. Yo creo que nunca un tren ha llegado tarde y nunca un reloj suizo ha dado la una y diez en vez de la una. Pero, sin embargo, Suiza tiene una paradoja. Su pequeña paradoja. En el país que nunca ha tenido una guerra, todos

los habitantes están armados y los campos llenos de defensas contra los tanques. En el país de la higiene absoluta, se hace campaña pública contra las chinches, las pulgas y otros bichos desagradables. Del país donde nunca pasa nada, han salido las revoluciones más sangrientas de la historia. Y si no, que lo digan Jean-Jacques Rousseau y Lenin. Porque de aquí salieron unos lloriqueos quejumbrosos y románticos que iban a levantar la guillotina de la Revolución Francesa. Y desde aquí caminó, bajo una peluca colorina, el ciudadano Wladimir Ilich Ulianov, en un tren precintado alemán, y de acuerdo con el Estado Mayor de Ludendorff, a hacer nada menos que la Revolución Rusa.

Hasta los lagos suizos, comenzando por el lago Leman, al pie del cual se eleva lo que fue un día la fracasada Sociedad de Naciones, hasta los altos picachos del San Gotardo, todo respira una vida controlada al segundo, como un perfecto reloj de precisión.

*Torta de novios.*

Comprendo a las parejas de enamorados que se besan en los crepúsculos a las orillas del agua verdosa de los lagos y que se lanzan en esquí a cien kilómetros por hora desde lo alto de los *slaloms,* pero también comprendí y comprendo a algunos espíritus inquietos e imaginativos que no vacilan en suicidarse en medio de tanta perfección. ¡Qué lejos están el salvaje dramatismo de los Andes, la soledad de la Pampa, el Amazonas corriendo entre bichos y culebras asesinas! ¡Qué lejos los rascacielos de Nueva York trepando como rayos hacia el cielo! ¡Qué lejos quedan las sombrías catedrales de España y los castillos llenos de intrigas y de gracia de Francia! ¡Qué lejos, en una palabra, está el mundo, el resto del mundo, que se detiene respetuosamente en las aduanas de toda esta perfección de torta de novios y que no sigue más allá, salvo para comprar unos sellos, un reloj perfecto o una barra de chocolate!

*País de juguete.*

Los suizos son los tipos más inteligentes y más prácticos del mundo. Como saben que en el avión van media docena de periodistas, cambian la ruta y nos muestran todos los aspectos del país para que lo contemos a la vuelta.

Esto no es broma, sino la pura y santa verdad.

El avión de la Suiss-Air cambia de ruta y se demora cuarenta y cinco minutos más, sólo para que veamos Suiza al detalle. Y Suiza es de juguete. Y de chocolate. Y dan ganas de darle cuerda o pasarle la punta de la lengua. Los Alpes parecen helados de fresa y los charcos de nieve tienen cara de natillas. Los trenes trepan rezongando hacia los picachos más altos. Y pasan junto a unas vaquitas de cartu-

lina con las manchas de color de la piel recién pintadas por los buenos niños suizos. Nunca he visto un paisaje que se preste más para la tarjeta postal y el afiche colocable en la rápida oficina turística llena de maletas y de rumor de aviones. Esto no es tópico ni una frase con los codos gastados por el uso. No. Es la verdad escueta y simple. Suiza está hecha así. A mano. Con paleta y pincel. Con regla y tiralíneas. Y me atrevería a decir que con una gran caja de lápices de colores. Los Alpes son, efectivamente, de algodón, de bicarbonato o de azúcar. Las vacas son realmente de chocolate. Los ríos, de mostacilla. Los prados, de retazos de mesa de billar. Todo tiene un aspecto angelical y fatalmente bien hecho.

Estoy seguro de que Dios, el último día de la Creación, quiso construir un retablo para el Niño Jesús y planeó, dibujó y edificó este gran juguete con olor a queso con hoyitos que se llama Suiza...

Pero ya llegamos a Berna y a un aeródromo de juguete en el que hay que andar de perfil para moverse, y nos reciben unas vaquitas que —juro por lo más sagrado— me dieron la bienvenida en alemán...

*La maravillosa Berna.*

Nos comunicamos por teléfono en diez idiomas con la Embajada de China. No nos entendió nadie. Gastamos diez fichas mientras nos espera el bus. Por fin, un chino más viajado se da cuenta de que somos los huéspedes tan largamente esperados... y a los que no les esperaba nadie.

Nos hacen hasta venias y reverencias orientales a través del fono. Por fin se aclara todo y partimos en el inquieto autobús.

Primera impresión de Berna. Una ciudad colgada de los Alpes. Hasta se le nota el hilito amarrado a los picachos más lejanos. Todo es limpio. Escrupulosamente limpio. No hay un papel, un bache, una verja rota. Todo parece justificar los afiches de turismo. No hay nada más parecido a la Suiza de que hablan los suizos en sus folletos que Suiza misma.

Es un país para la meditación, los últimos años de la vida, las novelas mejor escritas, el refugio de los personajes famosos, los romances reales, las tuberculosis más espectaculares y más incurables.

Está llena de carteros solemnes, de ciclistas, de niños uniformados, de curas protestantes, de unos soldados que "no" parecen soldados, y de unos *boy scouts* que "son" *boy scouts.*

Los tranvías corren entre las flores, los cafés brillan como baterías de cocina. La Torre del Reloj da la hora con una puntualidad que espanta.

Se habla alemán, francés italiano, inglés, español, ruso, chino, etc. En el Zoo están los osos más tiernos y encantadores del mundo, que

están felices de ser osos y de ser suizos, y de hacer las delicias de los niños que les llevan chocolates y caramelos.

En todas las ventanas hay flores. Esto es Jauja. Esta es la capital de la felicidad. Es la ciudad ideal para el viaje de novios, para la luna de miel o para preparar una revolución sensacional. Pero todo queda pálido cuando avanzamos hacia una plaza y nos perfora los ojos la vista sobre el río.

Imagínese, amigo lector, clave el acelerador de la imaginación, y tome nota.

*El paisaje.*

Abajo el río. Arriba las montañas. Al fondo cientos de pueblos minúsculos que se escalonan hasta el infinito. Pinos dulces y civilizados cubren el paisaje y trepan hasta los puentes de la misma Berna. No hay una sola nube. El cielo forma parte naturalmente de este cuadro impresionante que tenemos frente a nosotros. El aire es de una dulzura de primer día de la Creación. Todo está tan exactamente colocado, tan bien dispuesto, como si un genial escenógrafo hubiera distribuido los papeles. Esto es más que la belleza al alcance del viajero de paso. Esta es la razón, la suprema razón de por qué los suizos —país sin guerras ni revueltas, sin estatuas de generales, sin nombres de batallas, comiendo chocolates, coleccionando sellos, con la cabeza inclinada sobre la esfera de un reloj, o montando con pantalores de cuero en sus montañas— son tan felices. Oigalo bien y hágase un nudo en el pañuelo para que no se le olvide. Yo puedo haber hecho unos chistes malos y baratos sobre los suizos, pero nunca he encontrado, a través de treinta naciones y veinte años de periodismo, una ciudad que dé más la sensación de la felicidad total que Berna. Parece que no hubiera enfermos. Parece que no hubiera pobres. Parece que no existieran los mendigos, los tristes, los resentidos ni los amargados. Todo lo suizo es de porcelana y funciona con cuerda como una maravillosa e inolvidable cajita de música.

Y por eso nos ponemos de inmediato tan felices como ellos.

Y tres días en Berna nos dejaron con cara de esquiadores y con un color tostado que pedía a gritos una foto en colores. Todo funcionaba bien. Todo salía al justo. Hasta el sol, para ponerse sobre los Alpes, esperaba que el viejo reloj de la Torre diera las siete de la tarde. Y salía al día siguiente con o sin nubes, después de averiguarlo personalmente en el Observatorio de Berna. Y si le decían que sí, se izaba como un volantín sobre Berna. Si no, no.

# ALEMANIA: PETOS, CASCOS Y CORAZAS

DURANTE un mes, en un avión de Lufthansa, invitado especialmente por los rubios alemanes, viajé a través de todo el territorio que se extiende más allá del Rin. Antes había estado en Heidelberg y en Dusseldorf, pero esta vez salté de París a Francfort en una hora, y de allí, con un sombrerito tirolés y una pipa de barro en los labios, recorrí toda la vasta tierra alemana.

*Color.*

Alemania es gris, de un gris verde oliváceo, pariente directo de las piedras de las catedrales y las almenas de los castillos. La Selva Negra no debía llamarse Negra, sino Verdinegra. Uno se siente muy romántico por haber estado en Italia, pero sólo se comienzan a comprender las primeras letras de la palabra romanticismo cuando se pisa por primera vez la húmeda tierra alemana. Los campos melancólicos, los bosques tristes, los castillos fantasmales, las iglesias que parecen vivir del recuerdo, la tierra misma tiene una humedad obscura que respira versos y baladas. El alemán parece alegre y canta, baila, bebe y grita como si lo fuera, pero en el fondo es un incurable Werther que le tiene más simpatía a la muerte que a la vida.

*Otra Alemania.*

No conocí la Alemania de antes de la guerra. No conocí la Alemania desafiante de los tiempos de Hitler ni tuve que caminar como un autómata bajo una selva de banderas. Conozco sólo esta Alemania salida de las ruinas de la última contienda, sin soldados, sin cascos, sin marchas ni tambores. Una Alemania técnica, industrial y pacifista, que se escuda detrás de las arrugas de Adenauer y de las inmensas papadas del gordo y sonriente Erhard.

*Francfort.*

En Francfort me salió al paso la primera estampa de la guerra: el hueco de una bomba que había estallado junto al hotel. Más tarde

encontré cien. Ancianos conducidos por un perro que hacía de lazarillo, estudiantes sin piernas, muchachas con mandíbulas de metal, gente sin brazos, sin ojos, casi sin cuerpo, avanzaban como fantasmas a través de una ciudad recién hecha que había sido barrida literalmente por las bombas en la última guerra y que parecían no entender el mundo en que les había tocado nacer. En esas calles demasiado limpias, en esos edificios demasiado modernos, en esos hoteles de cristal y acero, en esos jardines recién hechos sobre la huella de las ruinas y las cenizas, se sentían mal. Francfort tiene el defecto de estar recién colocada en el mapa, como si nunca hubiera existido antes. Sus avenidas, sus tranvías, sus autos rapidísimos, sus buses llenos de turistas, sus inmensas fábricas, sus tiendas repletas de todo, tienen una huella de cosa recién inaugurada.

De día los ilumina un sol débil y pobre y se nota cierta alegría, pero cuando cae la noche y sobre todo cuando se extiende esa zona intermedia y agónica de las siete de la tarde y comienzan a parpadear las primeras luces de los focos, la ciudad saca un tono de muerte que para un latino que acaba de llegar de París resulta sombrío y macabro. Se siente la ausencia de la gente que no está, de los que se fueron para siempre, y, lo que es mucho más grave, de los que guardan meticulosamente sus huesos bajo tierra. No sacamos nada con beber cerveza rubia, ir a un cabaret, entrar a un café servido por jóvenes camareras, ir al cine, vagar por los museos, buscar los recuerdos de la época romántica, entrar a la casa donde el pequeño Goethe escribiera sus primeras líneas inmortales, que alza con una especie de misticismo sus blancas paredes cubiertas por la hiedra. No. Todo tiene un ambiente de tristeza insondable e invisible.

*Dusseldorf.*

Casi con alegría seguimos hacia Dusseldorf. Esta tiene el mismo tono. Es una ciudad perfecta para la mentalidad de arquitectos ultramodernos. Niemayer y Lecorbusier se sentirían felices en estas calles escrupulosamente limpias, en estos bloques cuadrados y salpicados de ventanas, en este mundo en que dominan el acero, el cristal y el hierro. Las avenidas y las calles apuntan como flechas; las plazas y los parques surgen como milagro. Todo tiene ese mismo tono barnizado que lucen las tapas de las revistas europeas. Parece una sucesión de quioscos en que asomaran las blancas sonrisas de las tostadas muchachas alemanas, de los Alpes cubiertos de nieve, de los autos último modelo, rápidos y fulminantes como cohetes. Las pequeñas capillitas góticas, las casas de techos puntiagudos y tejas grises de la Edad Media, los últimos jardines románticos, las cervecerías de otro tiempo, los cafés en penumbra, con taburetes de nogal, las mesas de pino, los

enormes schops de porcelana y greda que formaban el decorado típico de la antigua Alemania, están como arrinconados, como solitarios, como asustados en medio de este desborde de dínamos, de máquinas y tornillos. Esta no es la Alemania que yo me imaginaba, y sólo comienzo a encontrarla cuando, después de pasar una noche en un hotel fabuloso a orillas del Rin en el que había una alfombra tan espesa que tuve que comprarme un periscopio para que no me pisaran los camareros, caminé por primera vez por las calles de Bonn.

*Bonn.*

Bonn es la capital política de Alemania y tiene un tono de ciudad perfecta que sólo había encontrado antes en Washington y en Berna. Bonn es la ciudad elegida para ser capital. Es la capital de la serenidad, del equilibrio y la justeza. Su Universidad, sus hospitales, su Palacio de Gobierno, sus oficinas públicas, su Biblioteca, sus salones de conferencias, todo tiene un tono rígido, suave, dulce, de persona estudiosa que vive entre viejos libros y a la luz vacilante de un velón. Aquí no hay fábricas, no hay chimeneas, no hay humo, y el cielo es de una pureza que llega a molestar. Todo tiene un tono de preparación, de lugar estudiado, de organización sistemática. No hay soldados a la puerta del Palacio de Gobierno, salvo dos escasos cascos de acero que parecen sobrevivientes de la última guerra y que custodian, sin la menor rigidez, las puertas detrás de las cuales Adenauer dirige los destinos de Alemania. Esta no es una ciudad para huelgas, estallidos revolucionarios ni discusiones de café. Más que una ciudad, parece un fichero automático, una máquina registradora, el hall sombrío y duro de un Banco.

*El Rin.*

Pero al frente está el Rin. El Rin es la poesía alemana que viene corriendo a través de los siglos con sus baladas y sus *lieder,* sus rocas llenas de valquirias y sus bosques repletos de mitos y de dioses. Aquí sí que están Wagner, Beethoven, Schiller, Schopenhauer, Schumann, Nietzsche y todo el pensamiento alemán. Esta agua verdosa, estas olas agresivas, estas filas interminables de pinos que suben rectos como lanzas al cielo, esta agua helada, estos pueblecitos de leyenda que surgen en las márgenes del río, estos techos barnizados, estas muchachas en bicicleta, estas señoras gordas y rollizas, estos campesinos de rostro curtido, estas callecitas que se pierden trepando perezosamente por las laderas de las colinas circundantes, estas capillas de piedra, y antes que nada, este despliegue infinito de castillos que van surgiendo en las riberas, todo esto sí que responde a la idea de la Alemania tal

como me la había imaginado. El Heidelberg que yo visité hace cinco años era sólo un breve aperitivo.

*En yate.*

Amigo lector, yo viajé en yate por el Rin. Navegué en un yate blanco, como un vulgar nieto del Kaiser bebiendo cerveza y tarareando a media voz los primeros compases de la Quinta Sinfonía. Fui un alemán más entre miles de alemanes, y ¡palabra de honor! que mi corazón latino sintió toda la emoción de las partidas, del amor desesperado, de los besos robados en la penumbra, de los ojos empapados de lágrimas, de la muerte misma al pie de estas montañas inolvidables y navegando sobre el agua que se abría románticamente ante la quilla del barco. Al frente, Colonia disparaba las maravillosas flechas de sus dos bombardeadas torres góticas. Maguncia mostraba los últimos recuerdos de lo que fue la época de los refugiados franceses de la Revolución conspirando perpetuamente contra la Convención. Por aquí pasaron como una tromba las tropas de Napoleón, en este mismo punto —aquí, donde indico con la mano— el Quinto Ejército del general Patton atravesó el Rin y cayó sobre Alemania para darle el golpe final.

Guerra en alemán se dice *Krieg,* una palabra seca y cortante como un cuchillo que está viva al pie de estas obscuras selvas en que en otro tiempo galopaban los dioses germanos, las valquirias, las brujas, los gnomos y los enanitos de los cuentos infantiles. Todo esto tiene un tono de balada, de recuerdo, de reminiscencia, de época perdida, de sendero apenas dibujado en medio de la maleza e insinuado dulcemente a través de la espesura.

Y después de esta lección de romanticismo, volvamos hacia el puerto más blanco y deslumbrante del mundo: Hamburgo.

*Hamburgo.*

Hamburgo es el puerto de la novela. Es el puerto para Pierre Mac Orlan. El agua del Elba, el color de sus casas, sus inmensas avenidas, sus cabarets dudosos, sus casas de prostitutas, inmensas como fábricas, como enormes usinas de placer; sus boîtes de mujeres encantadoras que resultan ser tan hombres como usted y yo, su comercio y sus tiendas no tienen nada que ver con el resto de Alemania. Hay que partir de la base que esta ciudad fue pulverizada por las bombas de fósforo y desapareció el ochenta y tantos por ciento de ella. De Hamburgo no quedó ni la "H", salvo su enorme y sombría estatua a Bismarck, que aún preside la vida del puerto. Los obscuros y alfombrados pasilios de su Rathaus, las agujas de su Catedral, todos los

recuerdos góticos de otra época, han tenido que ser rehechos de acuerdo con los viejos moldes. Todo es nuevo, brillante, de una luz cegadora que parece salir de las ventanas, del asfalto, del lomo metálico de los autos. Y antes que nada, esa verdadera floresta, ese húmedo jardín ambulante que son los veleros de Hamburgo, esas místicas palomas, esas monjitas navieras, de amplios hábitos inflados por el viento, que cruzan sus aguas, entran a su río Elba y se detienen ante su dársena. Este es un puerto que no tiene el encanto novelesco de Marsella o de Valparaíso. Ni el enjambre de callejuelas de Nápoles. Ni la mirada verde de Génova. Este es un puerto de ángulos, de esquinas, de cuadrados y rectángulos. Es una ciudad limpiamente trazada con regla, compás y tiralíneas y en medio de ella nos está esperando la calle más inolvidable que yo haya recorrido nunca, la fabulosa Herbertstrasse, que sólo tiene una cuadra, unos pobres ciento veinticinco metros donde unas mujeres en trajes de baile esperan detrás de unas vitrinas de cristal que el marinero que viene del otro lado del mundo les compre el amor por unos cuantos marcos, y que se exhiben igual que un par de zapatos, un sombrero o un paraguas. Este es el amor con tarifa. Es la prostitución organizada técnicamente. Son las alegres "compañeras de la noche" reducidas al vulgar papel de mercancía que se alquila por una hora como un auto o una bicicleta. O la dulce Grete, una muchachita maravillosa con la que tomé una copa de coñac y que resultó que ni era maravillosa, ni era muchachita, ni se llamaba Grete, sino que era un ex mecánico cuyo nombre era Otto. Y con la cual crucé el siguiente diálogo textual:

—No te engañes...

—¿Por qué?. . .

—Por que yo no soy mujer.

Desmayo y transpiración fría de mi parte...

—¿Y qué eres entonces?... ¿Hombre?

—No... Soy las dos cosas. *Ich bin beides.* Estoy para todos los gustos...

Y se quedó tan campante.

O sus infinitos Saint Paulis llenos de alemanes inflados. O el Barcelona, donde unas ancianas bigotudas, llenas de maquillaje, coqueteaban escandalosamente cuando ya habían pasado de los cuarenta y cinco y habían peleado como simples soldados en la última guerra. Esto es Hamburgo. Un puerto en el mejor sentido de la palabra. Un puerto sacado de las cenizas, alzado sobre la muerte junto a las aguas del Mar del Norte.

Y después de despedirnos de su blanca mancha parpadeante a través de la ventanilla del avión, cortamos por un momento la Cortina de Hierro y caemos sobre Berlín.

*Berlín Occidental.*

Berlín fue y será. Ahora apenas es. En Tempelkof, el inmenso puerto aéreo de Berlín, nos sale a recibir de nuevo la guerra. Tempelkof fue semidestruido por las bombas. Era el orgullo de Hitler y tenía el record de lanzar más aviones que ningún otro puerto del mundo. A la salida encontramos el monumento al Puente Aéreo.

Unos mármoles quebrados que indican que allí llegaron los aviones cuando se estableció el puente de víveres y medicinas entre la población sitiada y el mundo occidental.

Pero después, querido amigo, cuando usted sale a la calle, cuando toma la primera avenida en auto, cuando ve cuarenta cuadras en las cuales no hay un milímetro que no conserve la huella de una bala, cuando ve en las lagunas esa agua —esa agüita apacible y bucólica de estanque extendida sobre lo que fue el impacto de una bomba—, cuando usted divisa colinas cubiertas de hierba y de flores que no son sino montones de ruinas, de colinas que usted supone que estaban allí desde la fundación de Berlín y que no son sino montañas y montañas de ruinas, de cascotes, de casas arrasadas, de edificios de departamentos que fueron pulverizados desde el aire y a las cuales los buenos berlineses las maquillaron y les pusieron caras de amables cerritos y de sonrientes parques, entonces y sólo entonces se da cuenta de lo que fue la última contienda. Cuando ve la llamada Capilla del Recuerdo con sus brazos quebrados, su torre rota, su reloj detenido, y luego cuando transita por la Kurfürsterdam y llega a la orilla del río Spree, entre un enjambre de estatuas rotas, de palacios volados, de escalinatas quebradas, de generales que galopan sobre caballos sin patas y sin cabeza, y sobre todo cuando se llega a ese gran rectángulo solitario, cubierto por la hierba y sobre el cual se destaca la silueta del Bunker, el último reducto de lo que fue la Cancillería de Hitler, entonces se da cuenta usted de que está caminando por la capital de la derrota. Ruinas, ruinas y más ruinas. Plazas sombrías, sin gente, sin árboles, sin niños, sin estatuas, sin nadie. La inmensa Avenida Unter den Linden llega hasta el Arco de Brandeburgo, en el cual termina oficialmente el Berlín Occidental y comienza el Berlín Oriental. A un lado la cúpula calcinada del Parlamento alemán, los tanques rusos colocados sobre pedestales y que apuntan desafiantes con sus cañones hacia el cielo de la Alemania de 1960, como en los días terribles de 1945. Y luego esos fines de calles, a un lado de las cuales se está en la Alemania democrática occidental, y al otro lado de la esquina comienza el Berlín comunista. Barrios enteros que ya no existen a pesar de todo lo que se ha trabajado, solares, barriadas de latas rotas y chozas minúsculas en que se agitan tristemente unas cortinas hechas de vulgar tela de saco, enormes huecos donde antes se levantó orgullo-

samente un hotel, y ese espectacular desfile de lo que fueron las murallas de las Embajadas y Legaciones más orgullosas de Europa. Todo, en una palabra, a pesar de lo que se ha trabajado en tres turnos de ocho horas por día, sin descansar ni aflojar un minuto, derrumbándose casi de cansancio sobre las dínamos y los motores y haciendo humear infatigablemente las chimeneas de las fábricas levantadas del polvo, todo se resume en una sola frase: "Por aquí pasó la guerra".

*Balance positivo.*

Claro que se ha hecho mucho. La Avenida Kurfürsterdam tiene de nuevo la vitalidad de los días anteriores a la guerra. Están las tiendas de lujo, se construyen cines, se abren cabarets, los autos se producen a una velocidad record, se trabaja como nunca se trabajó antes y surgen edificios de departamentos, blancos y alegres, donde antes sólo había polvo, cenizas y ruinas. El alemán comienza de nuevo a sonreírse, a ir al cine, a asistir a exposiciones de pintura, a desmayarse románticamente en la penumbra de las salas de concierto. Vuelven los niños a ir a la escuela —otros niños nacidos después de las últimas bombas— y nunca se ha construido mayor número de autos, neveras, lavadoras, camiones, motos, carreteras, barcos, etc. Y por eso yo me di el lujo de reírme a gritos en el enorme Circo Krone (el más grande del mundo) con los chistes de los *tonies* que le toman el pelo a la posguerra, y subí alegremente a la Rundfunk, que es la torre de Eiffel de Berlín y que no cayó por milagro en los días de la guerra. Y el propio Presidente Heuss me mostró las telas más audaces de los pintores surrealistas, existencialistas y cubistas alemanes. Y fui al teatro, al cine, a los cabarets. Y a las seis de la mañana, bajo una luz lechosa, de trapo sucio que cae sobre la ciudad, caminé entre los últimos ebrios que se dirigían a sus casas y los primeros niños frescos y sanos que marchaban a la escuela. Pero Berlín, el Berlín de 1960, sigue siendo hosco, ceñudo y duro. ¡Qué lejos están los días del Kaiser! ¡Qué lejos los discursos de Hitler! ¡Qué lejos los desfiles desafiantes y las marchas triunfales! ¡Qué lejos los tambores azotados violentamente por los palillos, los enormes bombos, los cascos de acero, la selva de banderas flameando al viento!

Ahora las calles están solas, las estatuas derribadas, los dioses expulsados del templo, y aún, a pesar de los autos que pasan silbando y del metro que estremece las calles, se nota en cada rincón, en cada esquina, que por aquí pasaron las embarradas botas de la guerra.

*Siempre la guerra.*

Una larga avenida que tardamos más de media hora en recorrer no tiene una sola muralla en pie. Y pasan las casas destrozadas, las

puertas hechas pedazos, las habitaciones que muestran sus tripas sin el menor pudor.

Necesitamos llegar hasta una iglesia..., igualmente destruida, para ver otra cosa.

Estamos ante la ruina número 1, por definición. La que han dejado en pie, deliberadamente, los alemanes para que la guerra no sea olvidada jamás. O la lección que dejó la última contienda. Se trata de la "iglesia del Recuerdo", o para decirlo en alemán, la "Gedächtnis Denkmal Kirche". Una iglesita que era una maravilla, y en la cual queda únicamente la pequeña y graciosa torre. Y el reloj, que marca la misma hora, como la terrible noche cuando cayó la última oleada de bombas sobre la ciudad.

*La Avenida número 1.*

Frente a nosotros tenemos los Campos Elíseos de Berlín: la célebre Kurfürsterdam, que en los días del Kaiser Guillermo I, el de las grandes patillas y el inevitable casco puntiagudo, sostenía el agitado cielo de los días del 70. La avenida de los tiempos del Kaiser Guillermo II, que vio pasar tantas veces su caballo blanco y escuchó la frase "Somos la sal de la tierra"... La misma que inundaban los cabarets más audaces de Europa en los días bucólicos de esa época de respiro que hubo entre las dos guerras. La avenida del lujo por definición, repleta de mesitas a la calle, de muchachas incurablemente rubias como la rubia cerveza que brillaba en los enormes schops. Esta fue la avenida en que se veían desfiles del "tercer sexo" en los días anteriores a Hitler, y en que, según los nazis, había un judío y medio por persona. La de los cines de mármol, de las enormes tiendas, de los teatros fabulosos, de las cafeterías de diez pisos. La que estaba al día con el último grito de la moda..., que salía, naturalmente, de París.

*Cómo varía la ciudad.*

Claro que no es la misma, porque aquí sí que Berlín cambia. Ya no es la ciudad rota y en el suelo. Aquí se ha trabajado en tiempo record. Día y noche. A jornadas de veinticuatro horas. Aquí hubo una huelga para trabajar... más. Y volvieron las tiendas elegantes. Y del polvo de la guerra salieron los cines que exhiben en estos momentos los últimos films. Y regresaron las muchachas bonitas y los calvos caballeros de doble papada. Y se volvió a beber, a amar, a cantar hasta que se encienden las últimas estrellas y llega en puntillas la noche fragante.

Aquí ya no se nota la guerra. Se ven cientos de obreros traba-

jando bajo el sol, y la ciudad vuelve a vivir como en sus buenos tiempos. Y se encienden los avisos luminosos. Y estallan los rótulos de neón de los cabarets.

Y, naturalmente, cantan las muchachas ligeras de ropa. Y corren el dinero y el champaña. Y, sobre todo, el olvido. Porque esto es lo básico. Yo definiría el Berlín actual, ocupado, destruido, bombardeado y levantado velozmente, con una sola palabra: olvidar. Olvidar la muerte y lo que pasó. Echar una paletada de tierra sobre el fantasma que recorrió el mundo durante cinco terribles años. "Vergessen", es la gran consigna. Olvidar la guerra. Olvidar los muertos. Olvidar al novio que murió en Stalingrado. Al marido que se pudre en Francia. Al hermano que cayó para siempre en Polonia.

Y se nota en la calle que la gente olvida rápidamente. Con la vista clavada en el vacío, los labios sellados, los puños implacablemente cerrados; pero olvida...

*En el Zoo.*

Berlín tenía fama de contar, antes de la guerra, con el Zoo más grande del mundo. Unicamente el de Hamburgo le hacía competencia. Cuando cayó la primera bomba, los animales miraron inquietos el cielo. A la segunda se escapó un león y sembró el terror. A la tercera hubo que hacer lo más dramático para un buen alemán: matar a todos los animales.

Con la paz han vuelto y allí están felices: los leones paseándose como en plena selva, las focas brincando en el agua, y las jirafas, que parecen los animales más filosóficos de la Creación, moviendo cómicamente sus enormes cuellos. Y sus ojitos saltones.

*En un cabaret existencialista.*

Una casita pequeña y vulgar nos recibe guiñando el pequeño ojo rojo de un farol. Es la Eierschale (Cáscara de Huevo), uno de los cabarets más célebres del mundo. Brincan al mismo ritmo dos mil muchachos, que dejan perdidos a los pobres e ingenuos existencialistas de Saint-Germain-des-Prés. Ellas llevan melena larga, cara de muerte, ojeras de tuberculosa y falda suelta. Ellos *blue-jeans* y enormes camisones sucios y viejos. La mitad, por lo menos, está descalza. Los zapatos son, para estos muchachitos producto de la última guerra, un prejuicio burgués. Apenas se puede caminar a través de la cortina de humo y de olor a sudor... Beben, cantan, bailan, gritan, pintan, se hacen el amor, relatan cuentos trágicos y dan la sensación de que la vida no existiera más allá de estas murallas. Como sus hermanitos de París y de Londres, se aburren. Y como se aburren, bailan y aúllan has-

ta que llega la madrugada. Entonces salen cabizbajos, con la cara amarilla, en busca de una cama o del suicidio.

*El nuevo Berlín.*

Pero Berlín Occidental no es la manada de muchachos ebrios e histéricos. Ni los millonarios (que pintara maravillosamente Gross) que se ahogan en champaña falsificado. Ni los viejos melancólicos que caminan a través de las ruinas llenas de recuerdos. Ni las viejas enlutadas. Ni las chabolas de los barrios obreros. Ni las "compañeras de la noche" que galopan miserablemente a través de las calles nocturnas.

No. Berlín es la falta de uniforme. Es la matematicidad para dirigir el tránsito; son los batallones de obreros que trabajan de sol a sol. Son los nuevos barrios que nacen en veinticuatro horas, los nuevos edificios públicos, las nuevas estatuas, las exposiciones con los cuadros más audaces del mundo; los bosques de muchachos que repletan las escuelas, las máquinas que trabajan día y noche. El nuevo Berlín, en una palabra, que no tiene nada que ver con el pasado...

*Cuatro zonas.*

Berlín está fraccionado. Y cerrado por todos lados. Por el agua y por la tierra. Unicamente por aire se puede llegar hasta él sin que lo detenga en la calle el desafiante fusil de un policía o de un miliciano. Porque ésta es la ciudad más rara del mundo. Fue siempre alemana. Ahora es rusa, inglesa, francesa y norteamericana. Los escasos uniformes que se ven son extranjeros. Pasan los cascos blancos de la P. M. estadounidense. O los quepis franceses. O la alta y espigada estampa de los ex alumnos de Oxford y de Cambridge. O el lento taconeo de los soldados soviéticos con la estrella roja.

En un lago hay una lancha con una bandera especial que indica que ahí comienza la zona rusa. Al final de una callejuela se inician el Berlín oriental y la Cortina de Hierro. Una casa es occidental y otra oriental. Una plaza está dividida en dos. Un lado de la línea del tren tiene control occidental, y en el lado opuesto camina un *schupo* comunista.

*Un metro trágico.*

El metro de Berlín tiene una sangrienta y macabra historia. En los días del asedio a la ciudad sirvió de refugio antiaéreo. Estaba lleno de soldados, de heridos, de hombres, de mujeres y de ancianos. Afuera caían las bombas. Abajo se rezaba a media voz.

Llegaron los rusos y lo inundaron. Corrió el agua y corrió la muerte. ¿Cuántos murieron ahogados? Nunca se sabrá. Ahora sirve

para que los berlineses occidentales vayan a veces a hablar con sus parientes de la zona oriental. Y para algo más positivo y más sensacional: para huir.

Porque todos los días, a pesar de los piquetes, de la amenaza de muerte, de los puestos de control, a pesar de todo, se pasan de una zona a otra más de dos mil personas al día, entre hombres y mujeres.

*Las dos caras.*

Esta es la cara de Berlín. La rota de las avenidas barridas por metralla y que aún no se ha levantado, porque catorce años es muy poco para meses y meses de bombardeos y más bombardeos. El Berlín que tiene encendida una llama que se apagará únicamente el día que la ciudad vuelva a ser una sola. La que exhibe los muñones quemados del Reichstag, que, según dicen, hizo arder el propio Hitler hace ya remotos treinta años para echarles la culpa a los comunistas. El que tiene en la zona occidental (tome nota el lector) un monumento al soldado ruso, que exhibe, junto a un porche de mal gusto, dos tanques auténticos con los cañones apuntando hacia el cielo y donde hay, permanentemente, cuatro soldados rusos, que se dan vuelta de espaldas cuando se les quiere tomar fotos y que dicen, seca e insolentemente:

—*Niet*...

*El pasaporte de la libertad.*

Este es uno de los edificios más impresionantes en que yo haya estado jamás.

Se trata de un bloque de casas sombrías que hay en el llamado Berlín Occidental para alojar a los alemanes que se escapan de la zona comunista. De lejos parece una casa de las que pintaban Dostoiewsky y Chejov. Una "casa de los muertos" o un "sepulcro de los vivos"...

Todos los días, según la estadística oficial (fácilmente discutible), huyen cientos de alemanes de una zona a la otra... ¿Cómo lo hacen? De la manera más sencilla del mundo. Montan el metro que corre entre las dos zonas y se bajan en la parte en la cual, según ellos, van a encontrar la libertad. No tienen papeles ni pasaportes, suben a un bus y llegan hasta la casita en que entramos nosotros en estos mismos momentos...

Nada recuerda más a los campos de concentración que los pasillos grises y los cobertizos en que se pasean estos seres humanos con cara de presos y de cadáveres en vida. La guerra los partió en dos. Se sintieron al borde del sepulcro y han logrado huir porque Dios es grande...

Se les dan casa y comida y duermen en limpios pero pobres jergones. Su reglamento diario es el mismo de un cuartel o de una cárcel. Se mueven con pitos y campanillas. Tienen que numerarse diariamente y usan una especie de caricatura de uniforme... Es la gente más pobre y sola del mundo.

Tienen que probar que no mataron a nadie. Que no fueron nazis ni criminales de guerra. Que actuaron presionados por el medio y las circunstancias y que ahora desean trabajar honestamente, siempre que alguien responda por ellos.

Nunca falta un pariente o un amigo que lo hace, y llega la documentación hasta las oficinas del cuartel y comienzan las comprobaciones y el chequeo.

Una vez que todos los papeles están en regla y se demuestra que el ciudadano en cuestión no ha matado a nadie, ni ha vestido la camisa negra de los S. S., ni ha usado la siniestra gorra con las calaveras y las tibias, se le llama con mucha solemnidad y se le sigue un rápido juicio para demostrar públicamente que puede volver a la libertad como ciudadano honesto y respetable.

Yo los he visto llorar como niños al recibir el pasaporte. Los he visto colgarse del cuello de los jueces al saber que podían volver a la vida. Los he visto empaparle las manos de lágrimas al presidente del Tribunal al saber que de nuevo tendrían nombre y dirección conocida y que podrían marchar con la frente en alto por las calles de Alemania.

Y los he visto salir por último con una pequeña maleta en la mano y besar silenciosamente a una pobre viejecita que los esperaba a la salida.

Como espectáculo es desgarrador. Y se deja de ser periodista por unos momentos para ser sólo un ser humano que ve resucitar a otro ser humano después de años y años de infierno puro.

Claro que los alemanes del Berlín comunista sostienen exactamente todo lo contrario. O sea, que la ola de refugiados que huye todos los días de la zona occidental es mucho mayor que la que escapa de la oriental.

*Un lugar siniestro.*

Moabit era un viejo barrio comunista alemán. Los 1.º de mayo y el 7 de noviembre de antes de la guerra flameaban en todas las ventanas las banderas rojas. Los comunistas eran los dueños de todo este vasto sector industrial de Berlín y los nazis tuvieron que entrar a sangre y fuego para poder conquistarlo. Una estela de muertos quedó en el camino. Muertos nazis y comunistas. Con camisa parda o con pañuelo rojo. Aquí mataron a Horst Wessel, el muchacho cuyo nombre dio origen al himno oficial de los hombres de Hitler.

Aquí corrió la sangre como agua antes de la guerra, y durante la guerra misma.

Ahora Moabit es un campo de ruinas que comienza a levantarse lentamente. Sus casitas, de construcción ligera, grises y tristes, en que vive gente pobre y desilusionada con la feroz imagen de la contienda en los ojos.

Y aquí nos llevan de la mano a ver uno de los lugares más siniestros que yo haya visitado jamás. Es una especie de viejo cuartel en el cual fueron pasados por las armas en tiempos de Hitler, y colgados de ganchos como vulgares reses empapadas en sangre, socialistas, comunistas, judíos y liberales. Fue durante la guerra misma y cuando comenzaba la deserción en las filas del ejército, especialmente entre los coroneles y generales que le debían todo a Hitler, y se iniciaba la traición en masa.

El dictador no se anduvo con chicas: limpió la retaguardia con mano de hierro, y en este mismo cuartel donde yo estoy en este momento con el alma en vilo, colgaron los cuerpos de los fusilados *ipso facto* por orden superior.

Hay una placa que indica la fecha, el motivo y la larga lista de los nombres, pero que parece una gota de agua —o una minúscula gota de sangre— en medio del torrente que se desencadenó durante cinco años sobre el país.

Sitios como éste he visto por miles en todos los puntos de Alemania. Son los lugares donde cayeron frente a un pelotón de fusilamiento los enemigos externos, los espías, los saboteadores y los presuntos traidores a Hitler.

Alemania es eso. Un solo batallón de cadáveres que desfilaron un día al son de los himnos marciales y que hoy día dormitan anónimamente bajo tierra. Por eso Alemania es color gris, color humo, color polvo. O color sangre seca y devorada para siempre por la tierra.

*Lo que queda del Reichstag.*

Al final de Unter den Linden se alza la calcinada estampa del Reichstag alemán. Fue quemado en 1933 por el holandés Marius van der Lubbe. Los comunistas les echaron la culpa a los nazis. Los nazis a los comunistas. Hasta hoy es un misterio saber el nombre de quién fue el cerebro político que ordenó el incendio. A Hitler le sirvió para asegurarse en el poder.

Y los comunistas desfilaron hacia la cárcel. Van der Lubbe fue ejecutado por los nazis mientras gritaba: "Soy culpable".

El Reichstag está en estos momentos igual como quedó la siniestra noche de 1933 cuando ardió por las cuatro puntas. La cúpula tiene los vidrios quebrados. Las murallas están negras. Las columnas rotas.

La sala de sesiones hecha pedazos. Las oficinas son unas montañas de escombros, pero Adenauer quiere reconstruirlo rápidamente para inaugurarlo tal como fue edificado el siglo pasado, siguiendo el mismo estilo y la misma línea[1].

Durante dieciséis años los soldados rusos, norteamericanos, franceses e ingleses han inscrito sus nombres en las viejas columnas. No hay un sitio vacío, y yo también pongo el mío garabateado con tiza en un trozo de mármol lamido por las llamas.

Diez millones de dólares costará dejarlo exactamente igual que como lo vio Bismarck y como lo recorrieron tres generaciones de alemanes que creían en el parlamentarismo.

Su estampa, rota y negra, se alza en medio de la noche alemana. De esa noche que está dividida por una raya invisible que se llama la Cortina de Hierro.

Es el último testigo importante que dejó la guerra.

*La Puerta de Berlín.*

Antes de salir de Berlín usted se encuentra con un letrero que dice: *"ACHTUNG. Sie verlassenjetz West Berlin"*, y que quiere decir: "Atención. Usted abandona ahora el Berlín Occidental". Está escrito en cuatro idiomas. O sea, en alemán, inglés, francés y ruso, para que no quepa ninguna duda. Se termina el Berlín teóricamente democrático y se pasa al Berlín concretamente comunista. Un policía es occidental. El del frente está ya bajo la hoz y el martillo. Es uno de los lugares más impresionantes del mundo y en el que nos revisan veinte veces los pasaportes y los papeles.

Un amigo mío que venía de Chile se baja presuroso del bus sin mayores explicaciones. Después averiguo que diez años atrás fue Tropa de Asalto y que le andan siguiendo la pista. Tiene miedo de que lo tomen preso o que lo maten a pesar de que ha vivido diez años en Santiago, tranquilo y sin que le pase nada.

Al frente está el destruido y quemado Arco de Brandeburgo con el carro romano en lo alto donde ondeó el día que llegaron los rusos a Berlín la bandera roja. Antes había flameado allí la svástica durante doce años. Llegaron los rusos y cambió todo.

Los alrededores son un solo campo de ruinas. Murallas derruidas, paredes quemadas, palacios bombardeados... Por aquí no sólo pasó la guerra, sino la más feroz contienda de todos los tiempos. Berlín fue campo de batalla durante ocho alucinantes meses. Fue destruido el 90% de los edificios públicos. Aún hoy, hay miles de cadáveres ocultos bajo las ruinas, que nadie ha podido rescatar. La avenida es ancha

[1] Una vez terminado este libro supe que el Reichstag había sido reconstruido totalmente e inaugurado en forma oficial.

y silenciosa, pero antes que nada es siniestra. Se ven piquetes rusos, franceses, ingleses y norteamericanos. Y además piquetes comunistas alemanes con camisa azul y casco de *schupo.*

Y ahora al autobús. Después de haber sido revisado minuciosamente para saber si llevamos algún contrabando político o alguna bombita de recuerdo, pone el motor en marcha y cruza en silencio la Cortina de Hierro.

*Berlín Oriental.*

La Puerta de Brandeburgo está trizada, rota por las balas. Una bomba se llevó el carro que dominaba desde lo alto. Nos recibió un policía comunista vestido de verde, seco, tan seco o más seco que un *Junker.* Lo único que le falta es el monóculo.

No, amigo lector. Ciertos alemanes no cambian vestidos de oficiales del Kaiser, de nazis, de estudiantes o de pastores, de paisanos o de soldados. Son y serán siempre los mismos. Simpáticos, amables y dulces, pero terminados fatalmente en un casco puntiagudo. Y en un águila imperial.

*Lo que resta de la Cancillería.*

Al frente la Avenida Unter den Linden es sólo campo de ruinas. De la Embajada inglesa, de la francesa, de la española, de la noruega, de todas, no quedan sino las murallas horadadas y que se mantienen en pie sólo por milagro. Aquí la guerra fue mucho más salvaje que en el otro extremo de Berlín. Por aquí entraron los tanques rusos. Aquí cayó la ducha más intensa de bombas. Esto fue la "tierra de nadie", cortada sólo por las alambradas, por las bocaminas, por los *Bunker,* por los refugios antiaéreos. Aquí se combatió durante seis meses en forma despiadada sin dar ni pedir cuartel. Aquí se vio avanzar como un sonámbulo, con una mano ya inmóvil, el pelo gris, la vista extraviada y un rostro de ochenta años, al que había sido en otro tiempo el orgulloso Führer de la Alemania nazi. Y se le vio revistar a los últimos combatientes, unos muchachitos de catorce años llamados los *Wolf* que apenas se podían el casco y el fusil y que murieron como ratas, pero como ratas heroicas. Aquí está el Cementerio al Soldado Ruso, el más extraño y curioso que yo haya visto jamás, sin cruces, sin lápidas, sin inscripciones y sin fechas. Aquí están enterrados los huesos de siete mil soldados soviéticos que cayeron peleando por la toma de Berlín. Los enterraron a todos juntos y los alinearon bajo la tierra. Y allí están sus mandíbulas rotas, sus huesos quebrados, sus últimos mechones de pelo revueltos con la tierra y con las cuencas vacías mirando al cielo gris de Berlín. Al fondo se alza la enorme

estatua de un gigantesco soldado soviético quebrando una svástica con los pies. La única svástica que queda de la Alemania nazi...

*Soledad.*

Sin embargo, lo importante es la sensación de soledad, de paz absoluta, pero al mismo tiempo sombría, que se respira en estos rectángulos de hierba y piedra que parecen como un punto aparte, como una zona distinta, como una islita en medio de la ciudad pulverizada.

Y luego comenzamos a ver los batallones de la Juventud Comunista desfilando con camisa azul, con pañuelos rojos, cantando "La Internacional", rígidos y secos como autómatas, pero con el mismo tono y el mismo estilo que lo hacían los jóvenes nazis.

Casi me fusilan por haber querido tomar una foto de un camión lleno de muchachos uniformados. Está prohibido terminantemente usar la cámara en la Stalinallee.

Esta última tiene un tono asiático y concretamente georgiano, y fue planeada, según dicen, por el propio Stalin como una burla feroz, de bofetada última a lo que había sido el III Reich.

*Los dos Berlines.*

No. No es alegre Berlín. Por lo menos el Berlín que yo conocí. Ni el occidental ni el oriental. Ni el que crean los norteamericanos, ni el que levantan los rusos. Parece que sus cabarets fueran demasiado pesados, sus ruinas demasiado elocuentes y su pueblo demasiado preocupado de trabajar, lo que les impide sonreír con confianza. Es cierto que tiene lagos maravillosos, pero hasta allí mismo llega el drama de la guerra y de la ocupación. Porque una lanchita ágil como una ardilla corre veloz si algún despreocupado bote pasa sin fijarse de una zona a otra. Son impresionantes los caminos que rodean la capital alemana, pero de pronto se alza una alambrada y una ametralladora surge automáticamente de la obscuridad. Porque sigue la misma historia: un lado es occidental y el otro lado es oriental. Y esta modesta valla es nada menos que un segmento de la Cortina de Hierro que también pasa por aquí. Claro que sería idiota pedirle a la ciudad más bombardeada de toda la guerra, a la capital del sitio y del coraje por antonomasia, a esta selva de edificios destripados y palacios heridos, a esto que fue un día un solo lago de sangre y que fue martillada día y noche por todos los cañones aliados y rociada durante ocho meses por los más modernos e implacables aviones de bombardeo, es idiota —repito— pedirle que tenga una sonrisa fresca y un ademán amable.

No, Berlín no es amable. No lo fue nunca. Ni en los orgullosos tiempos del Kaiser ni en los días de la cruz svástica. No lo fue ni con

triunfos militares ni con autómatas y rígidos desfiles por la Avenida Unter den Linden. Era demasiado gris. Tenía demasiado aspecto de cuartel, se le notaba la garita del centinela, la cuadrada frente al teniente, el taconeo frente al general. Tenía el rostro demasiado almenado, y nunca pudo tener ese aspecto despreocupado de Viena, ni el romántico y gitano al mismo tiempo de Bucarest. Ni mucho menos la sonrisa permanente (aunque sea internacional) de París.

Nunca he sentido, ni en los escasos restos de guerra que quedan en Italia, ni en China, ni en Rusia, ni en las ruinas que rodean la Catedral de San Pablo en Londres, una impresión más perfecta de guerra que la que me dejó Berlín. Entré triste y salí triste y no saqué nada en limpio. El sol que arranca chispas a los autos, a las ventanas, al Rundfunk y a los dientes de las muchachas berlinesas, tiene de todos modos un tono meláncolico.

No sé por qué encontré que Berlín tenía cara de impermeable, de paraguas mojado, de piedra llovida. Por eso salté feliz al avión que me conducía al sur, a uno de los puntos más sonrientes de Alemania: Munich.

*Munich.*

Los Alpes. Bosques verdes. Nubes eternas. Casitas blancas de techos rojos. Casitas rojas de techos blancos con dibujos en las paredes. Callejuelas encontradas, pequeñas plazas. Estatuas. Recuerdos de la guerra. Cervecerías. Camareras gordas que se sientan en las rodillas de los clientes. Eso es Munich: son las salchichas enormes como zepelines. Los inmensos bocks de cerveza rubia. Las casitas de techos puntiagudos que recuerdan lo mejor de la Edad Media. Los grandes museos, los diarios modernos, los parques suaves y casi londinenses y, antes que nada, un estilo muy propio de allí, muy de Baviera y, me atrevería a decir, muy latino. Aquí el mapa de Alemania se está acabando y ya comienza a surgir Austria, con su "Danubio Azul" y sus príncipes de opereta. Pero no hay que olvidar que Munich fue la ciudad en la que nació el nazismo y se dio el *putsch* de 1923. Aquí fue herido Goering. Aquí atravesó apoyado en un débil bastón el mariscal Ludendorff. Aquí quedaron dieciséis muertos. Aquí un pequeño Hitler con gabardina fue el primero en pedir la entrada de Alemania en la guerra del 14 y de ello se conserva una borrosa foto en que aparece al pie de la Catedral. Aquí estuvo la Casa Parda. Desde aquí brotó, como un río rojo, el bosque de las svásticas que iban a inundar toda Alemania. Aquí se cantó el "Horst Wessel". Esta ciudad estuvo un día llena de tambores, de camisas pardas, de botas, de correajes, de gorros tiroleses. Aquí está la famosa cervecería donde Hitler se alzara por primera vez, entre un batallón de enormes jarros de greda llenos

de cerveza, a decir las primeras palabras de lo que iba a ser el nacionalsocialismo alemán. Todo esto se conserva. Yo estuve sentado en un taburete en el mismo sitio que hablara por primera vez Adolf Hitler, y no sé por qué me imaginé que estaban flotando en el aire un poco los pelos solitarios de su chaplinesco bigote.

Sí, de Berlín salí triste, pero de Munich salí alegre. Muy alegre. Y nunca he comido mayor número de salchichas con mostaza ni he tomado más cerveza agria y espumosa.

*Oberammergau.*

Y cerca de Munich está uno de los lugares más místicos de Alemania: Oberammergau, donde me probé un casco de centurión, un peto de soldado romano, la túnica de un apóstol y estuve a punto de volver a Chile con una aureola puesta en la cabeza. Allí, en un teatro con capacidad para mil doscientas personas, se celebra cada diez años, durante Semana Santa, la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Por las calles avanza Jesús sosteniendo una enorme cruz (maciza y no hueca) que haría doblarse a un campeón de box. Y allí lo detiene la Verónica para enjugar su ensangrentado rostro. Pero como estábamos en 1958, disculpe el católico lector, que le diga que el actual Cristo es el dueño del mejor hotel de Oberammergau y atiende a los clientes con la misma mística cabellera y las lluviosas barbas nazarenas con que actúa en la ceremonia de la Pasión Judía.

Y eso no fue nada: Judas estaba en el cine viendo una cinta francesa "aprobada sólo para mayores de cuarenta años", por lo menos, y supe que la Virgen María estaba de novia...

*Balance.*

Munich es el punto final de Alemania y ahora vale la pena hacer un breve balance de la nación que dejamos a la espalda mientras montamos al avión.

He visto la Alemania de 1958, la Alemania que ahora nó habla de la guerra ni piensa en conquistas militares. Una Alemania técnica y trabajadora que se ha levantado en tiempo récord de sus ruinas.

He presenciado el "milagro alemán" de Erhard en las fábricas Krupp y en la Volkswagen. Frente a mis ojos he visto llegar en la punta de una cinta un modesto par de ruedas, y he visto surgir por la otra, veinte minutos más tarde, la máquina lista para salir a la calle y con la pintura todavía fresca. He visto los barrios alzados en dos semanas de entre las ruinas. He estado en las fábricas más modernas del mundo y con la arquitectura más audaz. Barrios enteros borrados por las bombas han vuelto a surgir de cristal y de acero en el mismo sitio, pero con una expresión distinta.

*La muerte.*

Los cementerios están repletos de cruces que sólo tienen quince años de existencia. Y eso que faltan las plazas que fueron antes sólo montones de ruinas y las lagunas que se fabricaron aprisa en los inmensos huecos que dejaron las bombas.

Sin embargo, se ve claramente una cosa: Alemania —como Italia— perdió la guerra, pero ganó la paz...

No hubo necesidad de consignas ni de una voz superior. Espontáneamente este pueblo admirable se puso a trabajar al día siguiente "como peón". No hizo declaraciones románticas ni tuvo estallidos histéricos. Curó las heridas, borró las huellas de las balas, levantó los sillares rotos y barridos por las bombas y comenzó eso que se llama oficialmente el "milagro alemán"...

¿Milagro? No creo. Alemania es un milagro permanente. Y siempre lo fue. Liquidada por Napoleón en veinte batallas, ganó la última junto a los ingleses. Barrida desde el 14 al 18, se levantó rápidamente y llegó a ser potencia mundial en menos de quince años...

Ahora es lo mismo.

Quisieron ponerla de rodillas y hacerla levantar bandera blanca... Y a los quince años está como en sus mejores tiempos y encima prestándoles plata a España, a Inglaterra y a Francia... Y no está lejano el día que salgan los marcos alemanes en dirección a Estados Unidos a tonificar la economía norteamericana...

*La lección.*

Ahora los alemanes aún están sombríos y se ríen poco. Ya no desfilan como en tiempos de Hitler y no juegan a la guerra. Están silenciosos, pero con los nervios en tensión y los labios apretados... Saben que a la vuelta de diez años serán de nuevo la gran Alemania de antaño... ¿La misma? No creo. La lección ha sido demasiado dura y supongo que nadie la habrá olvidado.

Los alemanes vuelven a correr en auto, a trepar a los Alpes, a nadar como rayos en el mar y en los lagos. Surgen unos cubos de metal salpicados de ventanas que habrían hecho las delicias del arquitecto Reight de EE. UU. Crece el batallón de turistas, a pesar de que aún se toman fotos de *Bunker* bombardeados y de aldeas arrasadas, pero ya el cine alemán vuelve a los tiempos de la UFA, y la mitad de las cámaras fotográficas y de las radios que andan por el mundo son alemanas...

*Aufwiedersehen.*

Y con esa sensación de un país torrencialmente en marcha —el

único victorioso en una guerra perdida— saltamos al otro lado de Europa. Porque sólo a cuatro horas de avión hay unos montes muy altos, un pequeño río, algunas nieves eternas y detrás de ellos me están esperando mis antepasados.

Todo eso se llama España...

*Color de las ciudades.*

Las ciudades tienen color. Esto no es una frase, sino una idea que la puede subscribir cualquiera que haya montado en un avión o haya trepado a un barco cargado de maletas dispuesto a saber lo que está más allá del horizonte. Londres tiene color hollín. Está hecho para la novela policial y para el relato de crímenes. No tiene esquinas, sino trampas para que nos asalten en medio del *fog*. París es un color pizarra que se hace impresionante los días de lluvia. Roma es rosa. Se le cambia una letra al nombre de la ciudad y queda el matiz exacto. Ni los dos mil monumentos, angelotes, dioses, etc., que la adornan, la hacen más blanca. Con lluvia en la tarde, adquiere un tono especial de arcilla que hacía temblar la boina de don Pío en "César o nada". Nueva York es color metal, o vidrio, o acero, o cobre. Da lo mismo. Lo básico es que se le nota que el material de que está hecha es implacablemente antihumano. Para el hombre, pero contra el hombre. Por eso la soledad de Nueva York es única en el mundo. Y los pobres yanquis se curan como guardianes terceros en los bares a media luz al sentirse tan terriblemente solos y con una ciudad en contra.

Berlín tiene tono militar. Es la única ciudad del mundo que debía usar uniforme. Y hasta casco y monóculo, si fuera necesario. En Ginebra, a la orilla de esos laguitos que hacen los suizos en sus momentos de ocio (o sea, cuando no fabrican relojes...), me pareció de un verde excesivamente brillante que se da sólo en las buenas postales que se le mandan a la mujer ausente.

La Habana es insolentemente blanca. De un blanco de pantalón de lino o de blusa de muchacha. Argel le gana por escasos puntos. Claro que Argel se recibió de morisca hace unos cuantos siglos y sabe que tiene que ser blanca para justificar su tradición islámica.

*Madrid.*

Pues bien: Madrid tiene un color atardecer, suave, que se pasea

por todas las gradaciones del gris. No es el gris de los poetas que se suicidaban entre verso y verso. No. Es un gris amable que acerca, que hace que el pobre e incurable solitario como yo se sienta de inmediato entre murallas amigas. Es gris blanco en primavera, y de un gris verdoso, y hasta pizarra, en estos días, que nos hemos bajado velozmente a los ocho grados sobre cero. Cuando la vemos a la llegada, al primer golpe de vista, con esa mirada virgen aún, se nota de un gris que invita a quedarse refugiado por estos lados.

*Sin tiempo y sin hora.*

Este es el país fundamentalmente sin hora y sin sentido del reloj. Un detalle divertido: Madrid, que tiene fama de tan católico como Roma, no tiene relojes en las torres de sus iglesias como ocurre generalmente en Chile. Para ver la hora hay que llegar a Correos o preguntarla por teléfono al 093.

Y es que el tiempo para los españoles no tiene ni mucho menos el sentido que tiene para otros pueblos. La puntualidad inglesa es legendaria. Llegar atrasado un minuto en Londres es una falta de educación y basta para quedar descalificado toda la vida. Los minutos en Estados Unidos son vitales. Ya sabemos la frase *Time is money.*

En España el tiempo no es *money* ni nada que se le parezca. El *time* es sencillamente... *time.* Hora repleta de minutos y de segundos que hay que gustar en forma intensa. No se trata de que el tiempo pase, sino de aprovecharlo al máximo. La mayoría de los españoles no usa reloj, no por economía o por pobreza, sino porque les carga la tiranía de la esfera y de las lancetas de metal. Es corriente la frase de los niños (y únicamente de ellos) en la calle: "¿Me podría decir más o menos qué hora es?" No se trata de "qué hora es", sino de qué hora es "más o menos".

Una cita a las diez se puede hacer igualmente llegando a las diez y media. Ya sabemos que se almuerza a las tres de la tarde y se cena a las once de la noche. Los teatros en la función nocturna entran a las once y media. En primavera y verano las calles están llenas de niños hasta las tres de la mañana. Naturalmente son los mismos niños que al día siguiente tienen que estar a primera hora en el colegio; pero yo no tengo idea, después de conocer un poco este país, cuál es la famosa "primera hora".

Ya nos encontramos en otoño y está comenzando a correr la primera brisa helada que viene del Guadarrama, y las mesitas están llenas de gente que no hace nada. ¿Nada? No, señor. Mucho y más que mucho. Porque la gente que está en la calle conversa. Y conversa entre chatos, cigalas, gambas, mejillones, percebes, ensaladillas, patatas fritas, etc.

*El fantasma del Palacio de Oriente.*

Es una de las partes más lindas que tiene Madrid. Está frente a la vieja Opera, que mandó hacer Isabel II y que hasta la fecha no está (y nunca estará) terminada. Lo enfrenta la Casa de Campo, y desde sus ventanas se ve la mancha parda de Castilla como de ningún otro sitio. El Palacio de Oriente es la monarquía. Es el poder de la Corona. Es el pasado. Son un poco los viejos guardias de la reina, los caballeros de barba blanca anteriores a la República y todo un pretérito que huele ligeramente a polilla.

En el Palacio de Oriente está el trono. Un solo sillón. El último que lo usó fue Alfonso XIII, que iba a morir poco más tarde en Italia. En la actualidad no lo ocupa nadie. Franco se coloca frente a él, entre los leones, pero no se sienta.

Esto es muy importante para la gente susceptiblemente monarquista. Franco es el Jefe del país, pero no entibia el peluche granate del trono. Se sitúa delante y desde allí tiende la mano a embajadores y ministros.

En el Palacio hay huellas de la guerra civil. ¡Y cómo no! Durante los tres años que duró el sitio de Madrid, los republicanos estaban en la Casa de Campo con la puntería fija en la fantasmal construcción que surgía en medio de la fronda, como en los mejores cuadros de Goya.

Los fusiles republicanos apuntaban hacia las ventanas, y no hay cuadro, gobelino ni miniatura célebre que no estén horadados por las balas. En el salón del trono, que naturalmente hace arriscar la nariz de orgullo a algunas sudamericanas cursis, hambrientas de títulos, el *plafond* está sembrado de balas. Una cortina que vio niño a Carlos III tiene más balas que los restos del Cuartel de la Montaña. En las viejas porcelanas que nacieron en Toledo y que están atornilladas en estas paredes históricas, sobran los huecos que llevan la trágica cifra: 1936.

El Palacio de Oriente no es Versalles, pero tiene una prosapia única. No hay necesidad de andar mostrando el carnet político para admirar los cuadros, trepar las escalinatas de piedra, desfilar bajo viejos candelabros, cruzar ante gobelinos que tienen la fina y delicada manufactura de la mano de obra netamente española, sentarse en algunos de los sillones del comedor —que es de una grandeza impresionante—, detenerse un poco a mirar cómo caminan los cincuenta y seis relojes que funcionan hoy con la misma aburrida y suiza fidelidad que lo hicieran antaño, y, finalmente, asomarse a las ventanas que dan hacia la genial e imperial Castilla, que extiende su mejor cuero de toro ante los balcones posteriores.

Y más tarde —aburridísimos con las explicaciones maquinales del guía— salir al sol, a la luz cegadora del otoño, cruzar el patio, que

tiene más sol que toda la deslumbradora pintura española, pisar la arena suave y muelle, y salir por último a la calle, con la sensación exacta de haber estado con un fantasma.

Un gran fantasma. Un fantasma lleno de historia. Un fantasma de buen gusto que habla de cosas oídas y vistas con la tremenda voz de la tradición. Un fantasma que nada tiene que envidiarles a los mejores palacios de los ingleses, franceses o alemanes, pero que tiene, al mismo tiempo —como Aranjuez y la Granja—, un encanto familiar y más íntimo, más como uno, más de abuela al alcance de la mano, que tienen todas las construcciones de la monarquía española.

Esto está enterrado. Definitivamente enterrado, pero enterrado con buen gusto. Con gusto de caballero español que no perdió la solera, el orgullo, ni la soledad irremediable.

En una palabra, llegar hasta el Palacio de Oriente es como montar por el antiguo camino polvoriento al final del cual está la vieja y apolillada casa de los abuelos.

Unos abuelos que ahora resultan extraños y fuera de foco, pero que en su tiempo supieron ser eso: caballeros españoles.

Y no sé por qué encuentro a estas piedras grises que brillan al sol un poco parientes del caballero de la mano en el pecho, que se aburre hidalgamente en la penumbra del Museo del Prado...

*Las tertulias.*

Lo más típico de España es la tertulia. O la "peña". O como se llame. Fue célebre la que frecuentaba don Ramón del Valle Inclán y en la cual pelaba a medio mundo. O la de don Pío, que la presidía silenciosamente con su boina, que le regaló al morir a Hemingway. O la de Azorín, hasta que podía salir solo a la calle. O tantas más.

El español necesita conversar, hablar, dialogar, y, antes que nada, gastar bien el tiempo. Gastarlo bien para un norteamericano puede ser ganar más y más dólares. Para un español es sacarle el jugo a la vida a través de la charla. Con un chato de manzanilla, o de tinto, o de blanco, y un par de "tapas" para picar está en la gloria. Y entonces habla y mira. Los españoles son el pueblo más mirón del mundo. Sabe que los ojos se han hecho para mirar y los usa en gran escala. A toda hora. En el café, en la terraza o en la calle. Una mujer que pasa por Alcalá sabe que tiene encima diez mil pares de ojos que la están analizando al detalle. Y las mujeres también miran. Y miran a las demás mujeres para ver el detalle del traje, o divisar a la posible competidora. Una mujer con pantalones en Madrid produce más revuelo que una pequeña guerra civil. En Pamplona habría "toros". Y en Avila se desmayan las viejas murallas.

Pero volvamos a la tertulia, que es el tema de hoy y de siempre. La guerra civil acabó prácticamente con las últimas. La picota se llevó al viejo Café Varela, que alcancé a conocer y gustar a mi llegada a Madrid. El Varela era genial. En la muralla estaban pintados todos los pintores, cuentistas, novelistas, autores de teatro y poetas, buenos y malos, que había en Madrid. Una a la semana era la tertulia oficial. Un poeta recitaba y el resto lo escuchaba... y lo pelaba. Una señora gorda cantaba y nunca faltaba el gitano que hacía hablar a la guitarra con unos flamencos. Un día avanzó excesivamente el progreso y se llevó al Varela. Por lo demás, ya la mitad de los clientes habituales (que ahora son calle o avenida) estaban hacía tiempo bajo tierra. El Café León mantiene aún en el subterráneo su "ballena alegre" abierta los días martes a las once de la noche.

El Levante tiene únicamente comerciantes de ganado que hablan de reses y de toros mansos. El Lion d'Or, que es típico de la *belle époque,* con su peluche, sus cortinas granates y sus mesitas de mármol, mantiene aún cierta prosapia y no falta a veces el nombre famoso que ancla a hechar una copita o a comerse un par de picatostes. El Gijón mantiene intacta su actualidad. Prácticamente es el único que queda. Allí se puede ver, de una a una y media, de la tarde o de la noche, a Castillo Puche, Sánchez Ferloso, Calvo Sotelo, a Dicenta, Closas, Ontañón, etc., conversando hasta que se apagan las últimas estrellas y se acaban las últimas "gambas".

Pero la tertulia se va. Se va definitivamente con la rapidez que se vive... incluso en España. Sólo los viejos muy viejos se reúnen en Bellas Artes o en el Casino. Ahora se impone la tasca de paso, la boîte elegante o el restaurante barato...

Unicamente el Sésamo mantiene un poco la tradición de la vieja peña del Madrid de comienzos del siglo, pero con estilo Mabillon de París, en que se bebe la antigua manzanilla... a la sombra de los últimos retratos de Cocteau o de Françoise Sagan.

*El terrible mundo de Gutiérrez Solana.*

Tengo un amigo que fue amigo, a su vez, de Gutiérrez Solana, el gran pintor que, según cuentan, murió loco. El me ha hablado del maestro y me ha contado cómo era. Tenía alma de bohemio y le gustaba la peña, pero no le agradaba hablar. Pasaba horas de horas silencioso. Unicamente con los ojos clavados en el vacío y buscando motivos. Motivo era todo. Una procesión llena de viejas macabras; una misa con curas gordos y bien alimentados; una callejuela de pueblo chico; una visita de pésame; un velorio, una boda, un bautizo. Todo lo que tuviera sabor auténtico de España auténtica. No de la oficial, que está en los cromos y en las tarjetas postales. No la que les

gusta a los yanquis y los malos directores de cine. La terrible España negra que habla de la muerte y reza a media voz; la España de la Semana Santa en Sevilla cuando se escuchan sólo los rezos, los maitines y el paso tímido y silencioso de las beatas.

La España que gustaba de la muerte, del morado y del negro. La de los grandes santos lacrimosos hechos de cera casi agónica. La España que pone la piel de gallina y que hizo decir a Ramón Gómez de la Serna que el "Pudridero" del Escorial era el sitio más español de España.

La España que está más en la calle que en los versos. La que yo vi rezar en la capilla ardiente de Agustín de Foxá, y la que está en cada rincón de Avila o de Santiago de Compostela. La de los cucuruchos de las procesiones, que dejan una estela de sangre auténtica en la calle por la que pasan descalzos y con un fúnebre cirio encendido.

Eso es lo que está en los escasos cuadros de Gutiérrez Solana que he visto en el Museo de Arte Moderno en la Castellana y en algunas casas particulares. Su "Visita del señor Obispo", que le habría gustado tanto a Goya. O en el terrible "Cristo de la Muerte", que pasa lentamente en hombros sobre una masa de campesinos de traje negro y boina color sangre seca. O esa tertulia del Pombo, en que se ve al pintor, a Bergamín, a Ramón y a tantos más que hablan bajo la batuta del autor de las "greguerías" y que se nota que lo hacen con humor macabro, único humor que les va bien a los españoles.

Si la España callejera está en Baroja, y la campesina, en los admirables cuentos y artículos de Azorín, y la aventurera, en don Ramón del Valle Inclán, la otra España que viene en línea recta del Greco y de Goya está indudablemente en estos claroscuros y esas penumbras siniestras que destilaba el pincel de Gutiérrez Solana.

Nadie ha visto el negro oficial de este país tan bien como este pintor tan genialmente sombrío.

*La pintoresca calle Serrano.*

Alcalá y la Gran Vía son los ejes comerciales de Madrid. La Puerta del Sol equivale a Los Gobelinos de Santiago. Es la esquina de las citas. Serrano es la parte elegante y *high* de la capital de la corte. Entre el Arco de Carlos III y la calle Lista tiene la más perfecta colección de muchachas bonitas que se gasta actualmente Madrid. Los domingos a las doce equivale un poco a lo que fue el paseo de la calle Ahumada hace tiempo a la salida de la Catedral y lo que era hace unos treinta años la Alameda frente al Torres.

Son cinco cuadras en total, con los negocios caros repletos entre doce y dos de la tarde. Las mesitas están en la calle, lo que recuerda

vagamente el París de los Campos Elíseos a toda hora. O las proximidades de la Opera con el Café de la Paix y todo.

El que contó que la madrileña no es tan bonita como la francesa o la chilena tiene fallas graves en la vista. La muchacha de dieciocho a veinticinco años que vemos en Serrano es sencillamente preciosa. Y viste con los últimos modelos de París. No se ven sombreros, y las jóvenes llevan chaquetilla de antílope o blusa suelta que les da un tono semejante a las norteamericanas. Una cosa notable: no se ven muchachas con pantalones, salvo las turistas, que no sospechan las costumbres "derechistas" en materia de traje que tienen las madrileñas. Los muchachos están parados en las esquinas igual que en Chile y les lanzan toneladas de piropos. Naturalmente, no tienen la gracia ni la sal de los andaluces, pero se defienden como pueden. La mayoría de los muchachos ("señoritos") no lleva la insignia de la Falange, sino una cruz roja con la "J" de don Juan y una corona real. Hay negocios únicos. Anotamos a la pasada el Roma, el Balmoral, el Regny, etc. El material humano pertenece a esa fauna noble y aristocrática cargada de títulos que nos hace sonreír a nosotros los chilenos, que hemos bebido desde críos la mejor leche democrática. Pero el espectáculo tiene su interés. Después de ver las últimas chabolas que quedan aún cerca del Viaducto y a orillas del Manzanares, y de sabernos de memoria la mitad de la pintura mundial en los diarios paseos por la penumbra inolvidable del Prado, hay que echar también una mirada por estos lados.

Hasta los hoteles del centro tienen clase y estilo. El Palace y el Ritz son para gente rica de provincia que viene a pasar unos millonarios días a Madrid. Más aún, en el Palace se ve la *demimondaine,* que se viste como Dios y que tiene una carrocería de primera. Al Castellana Hilton van el turista norteamericano y la artista de cine. En el Plaza dominan la niña bien y la vieja y apolillada marquesa. Pero es Serrano la que da la tónica. Serrano es ala derecha de la vida diaria de Madrid. Por eso había que presentarla brevemente a ustedes, para que conocieran la totalidad del rostro de esta inolvidable ciudad.

*Bajo los árboles del Retiro.*

La primera imagen de día es de primavera. Me voy al Retiro, como caballero viejo que quiere recordar viejos amores. El Retiro parece hecho para los Alvarez Quintero. No tiene nada que ver con la majestad del Bois de Boulogne ni la frialdad de Hyde Park. Es más íntimo y familiar. El Bois tiene una gracia, detrás de la cual está la mano de Napoleón III y de Eugenia de Montijo. El de Londres está hecho para los predicadores que hablan sobre Irlanda libre, la bomba atómica o la próxima invasión de Inglaterra. Hyde Park necesita la

niebla, los *bobbies* y un poco a los laboristas. Es un bosque suave y pelado en que la mano del hombre ha barrido con todos los rincones de la aventura y los bosquecillos hechos para el amor. Tiene una frialdad británica a lo largo de la cual el sol se tiende asustado tres veces al año sobre las cabezas de algunas *misses* flacas como paraguas y algunos niños inaguantablemente rubios. El Bois de París fue hecho para la cita rápida entre dos viejos coches o dos autos. Tiene cascadas romanticonas y restaurantes de lujo. Siempre da la sensación de que no hubiera nadie. O de cuadro impresionista. El Retiro no. Hasta el nombre lo dice: Retiro del mundanal ruido y del bullicio infernal de la ciudad. Aquí la gente se retira a descansar los nervios, a charlar en voz baja y a pasear los niños. Hasta las estatuas no tienen la más mínima agresividad militar. Son estatuas amables que invitan a poner los críos a su sombra. Los viejecitos que se detienen de vez en cuando frente a la laguna son viejecitos de hace ochenta años que viven del pasado y que pasan en un perpetuo retiro. No es un parque para escritores en busca de tema. Ni para turistas y fotos. Ni para la pareja que chorrea amor. Es más bien familiar, de segundo patio, de vida íntima, al calor del fogón.

Y hasta el hecho que se le cierre con llave en la noche le da más patente, precisamente, de retiro. Bajo la luna se "retira" en forma definitiva de la vida de Madrid. Me recuerda un poco el Parque Cousiño, de Santiago de Chile, y a los viejos parques mexicanos a la sombra del Ixtaccihuatl.

*Aprendiendo a torear.*

Antonio Sánchez es pintor y tabernero, y fue uno de los mejores toreadores que ha tenido España hasta la fecha. Se cortó la coleta hace veinte años y desde entonces cambió la montera por los pinceles.

Tiene una vieja taberna en la calle Mesón de Paredes, cerca de la Plaza Progreso, en pleno barrio de Atocha, y en uno de los rincones más "cañí" y más castizos que tiene la villa. Allí se bebe el mejor Moriles y se gustan las mejores gambas. Es íntimo amigo de Mao Rojas (uno de los chilenos N.º 1 que tenemos en España) y con él llegamos una noche a estirar la charla hasta la madrugada y a hablar de los viejos tiempos.

Antonio Sánchez tiene cara de cuadro. Bastaría tomarlo tal como es, con su traje impecablemente negro, su cabello blanco, su sombrero cordobés, la chaquetilla corta y la camisa con bordados, y ponerlo dentro de un marco. Quedaría bien. Tendría el empaque de un apunte de época y no faltaría el millonario norteamericano que querría comprarlo. Era amigo del alma de Zuloaga, que venía noche a noche

a un rincón de la vieja taberna (que tiene holgadamente setenta años), y un día le dijo:

—Oye, Antonio, ¿por qué no te dedicas a la pintura ahora que no manejas la capa?

Antonio Sánchez meditó. Meditó un rato únicamente. Al día siguiente estaba frente a una tela. Y así le nació una nueva carrera a los cuarenta años de edad.

Bebimos y charlamos hasta que una noche primaveral se cuelga de la ventana y nos vamos por esas calles de Dios, con los nombres del Lagartijo, el Gallito y Manolete entre los labios.

Al día siguiente me muestra sus cuadros, en un estudio que ha abierto en pleno Barrio Salamanca. Entre frutas y botellas está la paleta, y en las paredes asoman los cuadros. Desde apuntes de toreo hasta retratos en que asoma una fuerte garra de pintor auténtico. Claro que no puede perder la costumbre de hablar en torero. Y en "matador"... Y entre frase y frase, y aceituna verde y aceituna verde matizada con un buen blanco, me dice:

—Y usted que parece tan andaluz para hablar rápido, ¿por qué no aprende el noble arte de los toros?

Casi me caigo sentado.

Pero reacciono rápidamente y me sale un "sí" que hace temblar la fina epidermis de mi *wife.*

Y aquí me tienen ustedes tecleando a la máquina en la mañana, recorriendo Madrid después de mediodía y aprendiendo los primeros pases de toreo en las tardes ante un bicho de juguete que será el antecesor del otro de carne y hueso que conoceré en breve en una placita que queda cerca de Madrid.

Yo me había imaginado todo al venirme a España. Todo, menos que un día tendría al hijo de un Miura auténtico frente a frente.

Si sobrevivo a la aventura, les contaré el final del cuento.

*El histórico Ateneo.*

El Ateneo es una de las casas más gloriosas que tiene Madrid. Y tal vez España. Naturalmente no llega aún a los ciento veinte años, pero la importancia que ha tenido en la vida política, literaria, científica y espiritual del país es mayúscula.

De esta casa de la calle Prado 21 salió la República. En estas viejas butacas de peluche rojo (¡cuándo no!...) se sentaron Manuel Azaña, Gregorio Marañón y José Ortega y Gasset, los hombres que "trajeron la República" el 31.

Por estos pasillos caminaron la boina de Pío Baroja, el traje impecable de Azorín y los quevedos de don Ramón del Valle Inclán. En la salita llamada "del Piano" (porque guarda un viejo piano

Steinway que es una joya) estuvo toda la muchachada que actualmente tiene más de cincuenta años, en los buenos tiempos que se discutía hasta las seis de la mañana sobre si Alcalá Zamora era mejor que Azaña, o viceversa.

En este hemiciclo tan de mediados del siglo pasado, en que se siente y se respira aún el olor a polilla, anduvieron varios jóvenes que más tarde iban a saltar a las páginas de la historia y de ella a los rótulos de las calles y a la estatua respectiva.

Aquí recitaron los mejores poetas modernos y se dieron las primeras bofetadas entre la gente de derecha y de izquierda.

En el fondo, aquí se echó abajo a la vieja Monarquía y se trajo de la mano a la República que nacía...

No hay novelista que comenzaba que no haya leído vacilante sus primeros trabajos bajo estos tiernos faroles a gas, sobre estos cuadros tan viejos y tan feos, como los que tenía el viejo Salón de Honor de nuestra Universidad de Chile.

Esto tiene olor a sala de actos, a paraninfo, a repartición de premios de colegio de curas, a pretérito, en una palabra.

Y ahora, con sus cuatro mil socios perfectamente al día, una biblioteca de primera y una actividad que se inicia a las nueve de la mañana y termina a las cinco del día siguiente, mantiene el verdadero pulso de la vida española.

Claro que tiene un pero... Un terrible pero. Un pero del porte del Escorial... Ahora en esta casa en que se hizo la vida política del país... no se habla ni una palabra de política, por lo menos públicamente.

*El Museo Romántico.*

Queda en la apacible calle San Mateo N.º 13. Es uno de los lugares más típicos y menos conocidos de Madrid. La gente llega y salta al Prado, o llega hasta el Museo de Arte Contemporáneo, y, finalmente, recaía en el viejo Museo Militar, pero no conoce este islote maravilloso que queda cerca de la Plazuela Alonso Martínez. Es decir, en un Madrid viejo, pero no tan viejo que exhiba la pátina de la Plaza de la Villa, la Mayor o la calle Toledo.

No. Esto es pleno siglo XIX. Se nota la época de Prim, de Zumalacárregui, Isabel II, las Guerras Carlistas y las primeras boinas rojas de los requetés... Se siente a lo lejos una voz que canta:

*¡Viva la santa tradición!...*

O los versos célebres:

*¿Dónde vas, Alfonso XII?*
*¿Dónde vas, triste de ti?*
*Voy en busca de Mercedes,*
*que ayer tarde no la vi.*

Todo esto se nota en los pasillos silenciosos del Museo, que tiene dos pisos y una veintena de piezas por las cuales vagan los fantasmas. Fue fundado hace ochenta años por un viejo marqués enamorado de la historia, de la polilla, de los recuerdos y de los largos coleros de su época.

Y quiso prolongarla a través de pianos viejos, antiguos relojes que funcionan aún, de cuadros célebres, de escritorios de caoba, camas con dosel, faroles a gas, lámparas de largas y tristes lágrimas, que parecen llorar aún por los tiempos idos, etc.

Hay dos Grecos auténticos y un Velázquez. Los demás son cuadros de época deliciosos, que dan la sensación de los buenos tiempos en que Isabel discutía con Cánovas. O le entregaba la banda a Alfonso en París. O las luchas en las sierras entre sus partidarios y los de don Carlos. O los últimos ecos de la lucha contra los franceses en los días de la Independencia.

El espejo que hay en la salita es ahumado y viejo y está cansado de reproducir a tanta muchacha de dieciocho años... que hace años que está ya bajo tierra. Y de tanto caballero que tomaba manzanilla en el difunto Café Varela.

Sí, es bueno saltar hacia atrás. Y no muy lejos. Nada de la época de la Reconquista. O de los buenos tiempos de don Carlos, que reposa en el Escorial. No. Más cerca. A la buena época en que nuestras abuelas suspiraban bailando lanceros. O lanzaban sonrisas quemantes detrás de un buen abanico de marfil.

Por eso, cuando salí a la luz después de una gira de dos horas, tuve que sacarme la vieja chistera y colgarla románticamente de la percha.

*En busca del viejo Azorín.*

El admirable viejito Azorín está prácticamente fuera de combate. Ya pasó fácil los ochenta años y ya no sale de su casa. Vive en Zorrilla N.º 21, segundo piso, y la última vez que salió a la calle fue hace un año, cuando los poetas le rindieron público homenaje. El viejo lloró. Lloró con lágrimas vivas y agradeció a media voz. En las calles la gente lo ovacionó y casi lo van a dejar en andas a la casa. El homenaje lo prepararon Rosales y Souvirón. Lo único que decía Azorín era:

—Gracias... Muchas gracias... Yo no olvidaré jamás esto...

En la actualidad apenas escribe. No puede. Se dedica a leer infatigablemente lo que le mandan amigos y admiradores de todo el mundo.

El sereno de la calle —que se llama, lógicamente, García— me dice:

—El señor, que es una gloria del barrio..., ¡qué digo!, de España, ya no sale. Está tan viejito...

Sí, está viejito, pero bien al día sobre todo lo que se dice y se habla en España y en el mundo. Tenía fama de elegante desde joven y nunca le faltaba el traje impecablemente obscuro y la corbata gris. Ahora, anciano y todo, mantiene una línea de viejo Brummel español que haría la envidia de un joven. La última vez que salió a la calle, se destacaban el rostro pálido y los cabellos deslumbrantemente blancos sobre la capa obscura. Se sabe que no prepara novelas ni nada. Vive con su esposa (más vieja que él) y una hermana. Igual a Baroja, menos la esposa, ya que jamás don Pío pasó por las Horcas Caudinas del matrimonio...

En las tardes se asoma románticamente a mirar por la ventana. Madrid le entrega sus mejores crepúsculos y sus más maravillosas nubes. Estoy seguro de que hasta el sol que admira el padre de "Por la Ruta de don Quijote" se pone de una manera especial para él. Nunca ha estado más linda Castilla que estos días de vacilante primavera, para que se alegren los ojos del viejo genial que enseñó a escribir a una generación entera y a buscar debajo de la piel del lenguaje las maravillas y tesoros que ocultaba...

Pero ya no sale y no puedo verlo. Me limito sólo a esperar una hora frente a la casa para divisar su larga y fina silueta asomada nostálgicamente en la ventana.

Pero cae la noche, se enciende la primera estrella y la larga e inolvidable silueta del único sobreviviente de la generación del 98 se esfuma entre los visillos.

*Una bohardilla de París... en Madrid.*

No es para sacarle pica a nadie. Ni para que nadie se indigne ni crea que estoy hinchando inútilmente el pecho, pero me gustaría contar cómo es una casa en Madrid. O un departamento que queda cerca del cielo. Está en la calle Velázquez 103, en el sexto piso, que aquí se llama "ático". Hay un ascensor viejo y asmático que trepa alegando hasta el final. Y por supuesto no llega. No puede llegar. Le falta fuerza o potencia. O ganas, quizás. Tiene un viejo carácter español y le carga dar explicaciones. Sencillamente trepa hasta el quinto, y allí se queda.

El departamento tiene a la entrada una bandera chilena, unos monitos de Segovia y unos cacharros de Toledo. Si usted los mira

bien, se dará cuenta de que reflejan a ratos el agua del Tajo y hasta algunos atardeceres. A la derecha hay una salita de estar en que dan ganas justamente de estar. De estar para siempre. En las paredes hay banderines de cuarenta ciudades de España y de algunas de América. También hay fotos de Roma, de Florencia, de Nápoles, de París, de los viejos barrios en que cantan los organillos y las muchachas hablan dulces lenguas lejanas. La ventana da a una terraza en que se ve Madrid con su océano de tejados y su piel de Castilla al fondo. En las ventanas hay vecinas que merecían trabajar en las novelas de Pío Baroja o en los cuentos de Azorín. Hay viejas de manto negro que le rezan a la Pilarica y que tuvieron hijos que quedaron para siempre enterrados en el barro del Ebro o de Brunete. Desde aquí no se ve el Retiro ni el Manzanares. No importa. Se ve España al atardecer y de la calle suben los cantos de los niños, el olor a aceite y el rumor de los pinos. Hay un comedor en que la única loza que existe viajó desde el lejano Chile. Los cuchillos cortaron pan tibio junto al Bío-Bío y las cucharas son expertas en reflejar los últimos destellos de la cordillera. En el dormitorio, la doble cama tiene ese viejo encanto de los lechos de nuestros abuelos, con fotos ingenuas en las paredes. En la cocina arden los leños y en las tardes una mujer colorina se inclina sobre las camisas que viajaron en Iberia desde el remoto Santiago de la Nueva Extremadura. El vino que se bebe es Valdepeñas y tiene un color tan tibio que dan ganas de envasarlo para mandárselo a esos escasos cuatro amigos que uno tiene en la vida.

En las mesas y las sillas hay libros y revistas, se desmoronan los diarios y chorrean las cartas escritas por manos que están lejos. Hay también una máquina vieja y asmática que suena de la mañana a la noche y de ella salen crónica, cuentos, novelas y libros de viaje. O cartas, sencillamente, que más de alguien espera. Una cámara fotográfica aguarda colgada a la bandolera de una lamparilla de noche. Una cámara que ya ha sabido tomar el sol de veinticuatro naciones y que no se asusta de captar la Giralda, la torre inclinada de Pisa o esa mancha azul y deslumbrante que brilla en Capri.

En la casa, antes que nada, hay cordialidad y nunca falta el amigo que trepa los doce escalones que le separan de la calle y los cinco pisos que le brinda el ascensor. En las noches a veces suena una radio en el escritorio y en el departamento vecino contesta la voz de un niño. La brisa que llega por la ventana viene de la sierra del Guadarrama, donde ya hay nieve; mueve ligeramente los pliegues de la bandera y juega con la estrella. Adentro suena la máquina de escribir. Y los platos y los vasos. Y la vida, en una palabra.

Es bonita la casa de la calle Velázquez 103, sexto piso, izquierda. Parece un trozo de París en Madrid. O un retazo de Santiago, cortado con tijeras y pegado con goma en España.

Es mi casa. O era, más bien dicho, hasta hace poco tiempo.

Y para que no cupiera la más ligera duda, había un rótulo que decía: "Aquí es... Adelante".

*Manolete, hace doce años.*

Escribo en un aniversario solemne de la historia de este país. Hoy hace justamente doce años que cayó para siempre Manolete. Manuel Rodríguez fue el mejor torero que haya habido jamás en España. Era superior al Lagartijo, a Bombita, al Gallito, etc. Los actuales no le llegan al talón. No tenía mayor virtuosismo para actuar, ni trataba de lucirse. Era un andaluz que prefería hacer la gracia en la plaza que hablar de ella. Hablaba apenas. No hay media docena de frases ni de anécdotas de él. Cuando murió, costó hacer la biografía. Unicamente un amigo poeta le hizo unos versos que están ahora en su tumba en Córdoba.

Se ve al matador tendido en la arena con la cabeza definitivamente derrotada, como lo dejó la muerte. La muerte que fue, como la de Ignacio Sánchez Mejías, a las cinco de la tarde. "A las terribles cinco en punto de la tarde", de que habla García Lorca. Claro que Sánchez Mejías era el torero intelectual, que decía frases y provocaba versos. Manolete no. Nunca dijo una estrofa ni una frase brillante. Le bastaba con actuar —como lo hacía sólo él— en la plaza y frente al bicho. Un toro de Miura que se llamaba "Islero" lo mató en la placita de Linares, que es una plaza de cuarta clase que tiene mala suerte. Yo fui solo, hace tiempo, a dejarle una corona. Había mujeres enlutadas y la arena no se veía bajo las flores. Un cura recitaba en voz baja. Había sobrinos y parientes silenciosos. El cielo estaba huracanado. Había llovido y a lo lejos cantaba una campana. La eterna campanita mística y triste que dobla a muerto. Españolamente dobla a muerte. Y a muerte española.

Manolete no dejó grandes amigos. No era hombre de "peña" ni de tertulia. No tenía nada que ver con los "mataores" de la calle Victoria, que se pasean hablando horas de horas de los grandes espadas de otro tiempo. Manolete no bebía manzanilla ni fumaba enormes habanos. Era la sobriedad en persona. Sólo era grande en la plaza. Físicamente tenía cara de personaje del Greco. Habría estado bien en la muralla de una capilla de Toledo, cerca del Conde de Orgaz. La gente lo admiraba con fanatismo, pero no lo quería como a otros matadores aficionados a trabajar para el público. Nunca nadie ha sufrido más que Manolete cuando le tocaba un bicho malo. Se descomponía y esa piel amarilla o verdosa que Dios le había dado se le ponía más verde aún. Parecía hecho para Gutiérrez Solana y para sus colores mortuo-

rios. Tenía cara de santo, de conquistador, de cualquier cosa, menos de torero de cine.

La gente aullaba cuando toreaba con menos gracia que otras veces. Le decía de todo. Le lanzaba "tacos". Lo insultaba. Le sacaba a la madre y al padre. Lo ponía cruelmente contra la pared. Contra la pared de la plaza. O sea, contra la barrera.

Manolete no se inmutaba. Sabía que era el precio de la gloria y se acercaba al toro como nadie lo ha hecho hasta la fecha. Con un valor salvaje y suicida. El público estallaba en los tendidos de sol y de sombra.

Unicamente alguien no sonreía. Ni hacía un gesto. Se iba silencioso y huraño, distante de todos, a decirle unas oraciones a la Pilarica.

Era Manolete.

Así cayó para siempre en la arena ya definitivamente granate de su Linares...

Y desde entonces todos los toros de lidia odian a "Islero", el bicho asesino.

*Tomando un trago en Jerez.*

Jerez queda en plena Andalucía. O sea, en la región más linda de España. La clásica Andalucía con las casitas blancas que brillan de noche como diamantes y con gitanos de García Lorca a la vuelta de cada una de las esquinas. No es por hacerle propaganda al folklore, pero las guitarras florecen realmente en todas las manos, y en las noches de luna llena crecen los guardias civiles en todos los rincones del cielo.

Pues bien, a Jerez fuimos la otra tarde a probar los ricos caldos de las bodegas de González Byas, que, con los innumerables hermanos Domecq, han creado los mejores vinos que se paladean en España. Yo había tomado antes champaña en la Champaña, vino borgoña en la Borgoña francesa y legítimos *scotch* en la helada y maravillosa Escocia. Y, naturalmente, había visto doble después de divisar los toneles y bodegas de los Undurraga, en Santa Ana, cerca de Santiago de Chile.

Ahora la invitación tenía el mismo estilo. Había que probar y probar jerez de oro legítimo en medio de la penumbra de la ciudad que lleva el mismo nombre, cerca de Santa María del Mar... y del cielo.

Porque, así como hay un cielo amable y buena persona, aburrido y puntual para la gente correcta que se acuesta a las ocho de la noche, y que se llama Suiza, hay otro cielo mucho más entretenido para la gente que le gusta estirar la noche y sacarle el jugo a la vida, que se llama Andalucía. Y dentro de Andalucía, Jerez mismo.

Llegamos a las diez. Nos recibieron con coñac, entre lauchitas (de la casa), que sirven para que uno se acuerde del amigo Edgar Allan Poe y del film "Días sin Huella". Seguimos con los primeros jereces de cosechas corrientes, nos obligaron a tomar un vinito alegre como unas castañuelas, que brillaba en vasitos de plata, y a las doce del día se nos dijo oficialmente que comenzáramos "a tomar". Es decir, que tuvimos que olvidarnos de nuestros amigos Fuenzalida y Valdés Alfonso, del Naturista de Santiago, y hacer los honores del caso al hecho de haber nacido en un país que produce los mejores caldos de América.

A las doce y media nos "llevaron" hasta Santa María del Mar, previo regalo de cuatro botellitas de propaganda y de nuevos aperitivos y "saludes", y llegamos más o menos a la una a la vista de la costa más azul y más deslumbrante que tiene el Mediterráneo. No recuerdo gran cosa. Me dijeron que era bonita y que tenía la gracia de esos decorados fantasmales de "La Casa de Bernarda Alba" y de "Bodas de Sangre". Recuerdo en forma vaga que una ola hasta con dedicatoria se tendió románticamente a mis pies en la playa, y que había un sol tan metálico, que hacía bajar la vista. Siesta, un nuevo tentempié, unos bocadillos, un café... y partimos de vuelta a Sevilla con la sensación de que habíamos estado efectivamente en el salón de honor del amigo Baco.

Ya veo, al terminar estas líneas, al caballero serio y grave como una guía de teléfonos que se indigna por la manera excesivamente francota con que me he referido a la visita a Jerez, pero yo no tengo la culpa. Jerez no es el Escorial, ni el Valle de los Caídos. Jerez es la tierra del vino más rico y más embriagador que se haya inventado. Conmigo están los mejores ingenios de la lengua española que cantaron sus virtudes. Y hasta Lope y Quevedo me dan la razón, aparte del esquelético amigo don Alonso Quijano el Bueno, más conocido por Don Quijote, que suscribe igualmente estas líneas. En el supuesto que pueda hacerlo, y no las vea dobles... ¡Salud!

*Entre piropo y piropo.*

España es la tierra del piropo por definición. ¡Cómo se deben aburrir las españolas en una calle de Nueva York o en una plaza de Estocolmo, al recordar lo que se dice y, sobre todo, cómo se dice en Madrid! Porque el español, y especialmente el sevillano y el madrileño, es piropeador profesional, que ha hecho una verdadera técnica del arte de hablarles a la pasada a las mujeres.

Los españoles fundaron el noble arte de decirles cosas bonitas a las mujeres. Los franceses siguen en la calle y dicen cosas con la mirada. Los ingleses miran flemáticamente pasar a sus rubias y frías

compatriotas y reaccionan con la noble indiferencia del pueblo británico, que no se inmuta por una guerra, ni por una bomba atómica más o menos.

El español arde. Y habla. Y dice cosas que únicamente las mujeres pueden aquilatar en lo que valen. Es célebre la frase: "No cierres los ojos, niña, que van a creer que es de noche". Y la otra: "Préstame tus pestañas, morena mía, para perderme en la selva". No. Ni tanto ni tan poco. Lo que pasa es que el español guarda celosamente la tradición caballeresca de otros tiempos, y la aplica en la actualidad, a pesar de los viajes a la Luna y de los aviones Comet que llegan en treinta horas a la lejana América. El piropo exige el ingenio. Una frase barata y tontona la dice cualquiera. Pero lo notable es que los siglos han hecho su labor, y las muchachas de la calle Serrano, de Puerta de Hierro y de la Gran Vía exigen que se les piropee bien. No toleran al tonto galante, pero falto de una frase oportuna. Quieren que les digan que son bonitas, pero que se lo digan con la frase saliendo del corazón, pero pasando por la cabeza. Y ahí está la diferencia entre el gamberro, vulgo fresco amatonado, que carga sobre una chica como lo haría un Miura en la plaza, y la frase quemante, pero llena de diablura, que deja caer un sevillano, y que tiene tanto salero como la mejor página de los Alvarez Quintero.

*Viajando con Colón.*

La última semana me he dedicado a Colón. Desde luego, en Barcelona encontré la estatua más grande que tiene en España la "Santa María", en el puerto, y en Madrid, su Diario del Descubrimiento de América.

La "Santa María" no es más grande que un micro santiaguino. Un micro acuático. Como quien dice, una góndola de Venecia, con la diferencia de que esta nave en miniatura, ridículamente chica, bastó para ensanchar el mundo hace más de cinco siglos, y para darles a Isabel y Fernando la más grandiosa de las coronas.

Está en el Museo Naval de Barcelona y se mece en el mar como la mañana inolvidable del 12 de octubre de 1492. Por supuesto que no es la misma, sino una reproducción matemáticamente exacta que sirve para darse cuenta de cómo fue la hazaña.

Porque éste no es un buque. Ni un galeón. Ni una galera. Ni una lancha. Casi es un bote grande y con velas cuadradas que se destacan sobre el juego quemante del mar. Salto sobre la borda y entro a la cámara del almirante. Tiene apenas tres metros y fue aquí donde Colón suspiró, creyó y desesperó hasta que sonó la palabra más corta y más grande del mundo: "¡Tierra!"

Y en Madrid tuve en mis manos, en la Biblioteca Nacional, el

grueso volumen, hecho naturalmente a mano, del Diario Naval del Gran Almirante. Con letra apretada y de estudiante minucioso, Colón anota textualmente: "12 de octubre. En estos momentos avistan tierra. Daré las órdenes del caso para anclar. ¡Loado sea Dios!"

Esa frase obliga a guardar algo más que un minuto de silencio. Son apenas dieciocho palabras que valen por cerros de libros. La letra clara y neta del almirante indica la fecha más grande que tiene la humanidad. Y con los ojos asombrados veo esa letra pequeña y pareja que indica el paso de una época a otra. De la Edad Media a los Tiempos Modernos.

Y detrás de ella asoma el rostro de cien millones de futuros americanos.

Pero fue más lejos, en la Rábida, cerca de Huelva, donde estuve en la celda que ocupara una noche llena de relámpagos y de presagios el célebre don Cristóbal. Y a la salida, sobre el agua deslumbrante que lleva al puerto de Palos, donde se alza una nueva estatua que indica el sitio exacto en que partió la pequeña flotilla.

Y, finalmente, en la Catedral de Sevilla, donde se alza la estatua del almirante. Una tumba única en el mundo que sostienen, en el aire casi, cuatro mozos, y de la cual se copió la de Foch en los Inválidos de París.

En la penumbra de la catedral más linda y más fina del mundo termina mi peregrinaje en torno a la figura más deslumbrante de toda una época. Y al mirarle entre beatas de manto y caballeros de negro, me siento un poco como un remoto nieto que hubiera venido a darle un respetuoso vistazo al fabuloso abuelo.

*En el mundo de la tasca.*

El chileno tiene la fuente de soda; el argentino, el café, y el francés, el *bistro,* para echar a caminar la charla. El español tiene la tasca. La tasca es más que el café y menos que el bar. O es lo mismo, pero sumado. La tasca es la continuación de la casa y la antesala de la sobremesa hogareña. La tasca tiene todos los requisitos para gastar el tiempo inteligentemente.

No me vengan a mí con cuentos de que la vida hay que vivirla saltando de la oficina al taxi y de allí a la casa. O vivir con la vista clavada en la marcha de los minuteros del reloj. O que *time is money.* O que hay que comer para vivir y no vivir para comer. Ya se ha hablado a través de miles de ensayos geniales sobre las virtudes del ocio. Del ocio bien empleado, naturalmente, que es una manera inteligente de ganar y no perder el tiempo. Un español en su tasca es más español que en su casa frente a la familia. Es tan español, tan castizo y tan "cañí" como en un tendido de sol el día de corrida.

Porque la tasca es un pretexto para charlar entre chato y chato y gamba y gamba. Porque el buen madrileño va a la tasca a beber el tiempo a sorbos y a pasar horas de horas hablando de todos los temas imaginables. En el mesón de la tasca hay gambas, mejillones, langostinos, pulpos, tortillas, empanadillas gallegas y catalanas, cigalas, patatas fritas, ensaladillas, etc. Y, claro, bocadillos y queso manchego en aceite para picar. En una palabra, toda la magnífica y sabrosa cocina española, asomada en resumen y a la vista del cliente para tentarlo. Y el cliente pica. Y pica hasta que va en el chato N.º 24 y se dicen ceremoniosamente las vacilantes "¡Buenas noches! . . ."

Pero la tasca atrapa por igual al extranjero. Y a mí me pescó apenas bajé de Barajas, hace nueve meses. Y me he pasado la mitad de mi estada en los Madriles entre las tascas y las peñas de los cafés. El café tiene más prosapia y destaca más la diferencia de clase. Al café asiste el literato consagrado que va para genio y que necesita contar la novela que va a escribir o el ensayo que está a punto de publicar. Cafés célebres son el Levante, el Gijón, el Lion d'Or, La Ballena Alegre, etc. Tascas célebres son las de la calle Echegaray, en que se hace la clásica "corrida", pasando a probar, en una sola tarde, veinte o más clases de vinitos típicos, que van desde el áspero manchego de Tomelloso hasta el rico jerez que crece, metálico como el oro, en las bodegas de González Byas. La tasca es fundamentalmente democrática. España puede tener el régimen político que quiera, pero la tasca es la mejor propaganda a la democracia efectiva. En la vida y no en el papel.

A la tasca va la marquesa ligeramente ajamonada que le da la mano a un torero joven e inexperto. Y la muchacha que se gana la vida en la fábrica, obteniendo ochocientas pesetas al mes. Y el aficionado. Y el periodista que quiere olvidar un rato el tecleo de la máquina de escribir. Y el viejo jubilado que apenas camina. Y el obrero que viene de bajarse del andamio. Y todos, en una palabra, para quienes no hay comida ni cena sin la indispensable picada de unas gambas y media docena de chatos de Valdepeñas.

A falta de Cámara de Diputados, de libertad de prensa y de reunión, el español habla y pela a medio mundo aprovechando la inolvidable penumbra de la típica tasca madrileña con olor a vinagre, cebolla, vino y aceite de soja.

*Partió el papá de "Platero" . . .*

Lo conocí hace diez años en Buenos Aires.

Era uno de esos viejecitos a los que se les notaba que habían escrito "Platero y Yo". Tenía la misma suavidad, la misma cosa de felpa que lucía su autor . . .

Y hablando con él, uno sentía que el fino, el elegante, el plateado "Platero", atravesaba invisible la charla.

Cada palabra que decía Juan Ramón Jiménez, en el muelle de la Dársena Norte de Buenos Aires, tenía algo de aéreo. Me recordaba cada verso que le había leído y cada página de papel japón de sus libros.

No hablaba. Dejaba caer elegantemente un par de adjetivos aislados, pero certeros. Nunca he oído hablar mejor del agua, del viento, del sol y de los otoños. Tenía una especie de stock de rosas y de jazmines propios. Se le notaba que había estado en los viejos pueblecitos de diamante y de harina de la admirable Castilla. Se sentía la presencia de torreones desvanecidos y de las iglesias semienterradas en la lenta tierra española.

Ahora ha muerto lejos de España. De SU España.

Yo, que soy chileno, y que he estado varias veces en la maravillosa Península, la quiero tanto como a mi madre. Tiene su mismo encanto y su misma ternura contenida. Es recia y fina al mismo tiempo. Y por eso me doy cuenta de cómo le habrá faltado a un poeta de la talla de don Juan Ramón su vieja tierra.

Murió lejos de ella, pero mientras existan el Duero, el Tajo y el Guadalquivir, los pausados ríos españoles correrán y cantarán su nombre...

Sí..., el pobre "Platero", hecho de hilachas de finura y de la mejor seda del mundo, se ha quedado sin amo.

*En pleno siglo XVI.*

En la noche es cuando se conoce una ciudad. Yo, cada vez que llego a París, al viejo Hotel Saint-Michel, en el "Boul Miche", frente a la Sorbonne, tengo que caminar por la Rue de l'Université bajo las estrellas y ver cómo está Saint-Germain, y de paso darle una miradita al Luxemburgo.

Con Madrid me pasó lo mismo. Me gusta recorrer esas calles tranquilas que arrancan de la Plaza de las Cortes. Y luego llegar al convento, en cuyo jardín está lo último que nos dejó el papá de Don Quijote, es refrescante. En la noche, con las estrellas más claras, esto llama a gritos a que lo pinten, lo dibujen, lo canten. Que no lo dejen tranquilo.

Yo se lo dije hace dos años a una muchacha que era dibujante y que ahora está en Florencia. Se fue con un block y un par de pinceles: se quedó extasiada trabajando un par de horas. Y gracias a eso, precisamente, está ahora en Florencia.

Luego el camino lógico es la calle del León, pasando, naturalmente, frente a la casa de Quevedo y caer sobre la Puerta del Sol.

Claro que es de noche. Camina sólo uno que otro ocioso. Y hay que doblar hasta la Plaza de Santa Ana con el Malena y el Villa Rosa que arden en medio de la obscuridad.

El español es un tipo único para beber. El inglés es solitario y toma a solas, con la vista elevada en el vacío. El español tiene que hacerlo en compañía. No le gusta divertirse hacia adentro, sino hacia afuera. Sabe que detrás de la segunda copa se abren un poco algunas compuertas profundas, y aprovecha el dato. Las tascas y los bares tienen una vitalidad que no he visto en ningún país del mundo. Unicamente en los bares de mi tierra se notan este crepitar de la charla, estos saludos a gritos, estas confidencias que casi vuelan el techo. Y todo se habla largamente. Demasiado largamente. Estos buenos ciudadanos que están en el Malena, por ejemplo, no tienen el menor sentido del ahorro en materia de saliva. Lo que se puede decir en veinte palabras se dice en doscientas. Hay que dar más detalles y mostrar nuevos matices. Convencer, en una palabra, hasta el último punto para que no quede la más ligera duda.

Y aquí viene lo malo. Comienza el *match* por saber quién es el que dice la última palabra. Nadie quiere cerrar la conversación ni ponerle punto final. Hay que hablar más, mucho más, hasta que llegue la otra botella de manzanilla. Y la madrugada se asome por la ventana.

Claro que en esto hay que hacer una aclaración. Yo creía que los españoles eran los reyes del discurso y de la charla de sobremesa. Y que los alemanes eran callados como tumbas.

El año pasado estuve en Hamburgo, y en una recepción oficial tuve que tragarme como veinte discursos y brindis y pasarme tres horas clavado en la silla de un restaurante de lujo oyendo todos los matices del arte de Demóstenes.

¡Y en alemán!

*La emocionante casa de Lope de Vega.*

En la calle Cervantes está la casa de Lope de Vega. Y en la calle Lope de Vega está enterrado Cervantes. Todo al revés, como puede ver el lector. A media cuadra vivió el autor de "Don Quijote" y a cien metros vivía Quevedo. Como quien dice, la "manzana de España" de que hablaba hace años, en Santiago, Gómez de la Serna. Una manzana para la fama, ya que a escasos metros vivió igualmente, en la época de oro, Góngora y Argote. Pero vamos a lo nuestro. En el número 12 de la calle Cervantes está la casita de Lope de Vega. El guía me dice:

—La mayoría de la gente que viene a verla es de América. Los menos son los propios españoles.

Y es la verdad. La mañana que estuve no entró nadie. ¿Y por qué? Sencillamente porque casi nadie sabe que aquí, a dos cuadras del Palace, está una de las casas más emocionantes del Madrid viejo. Tiene dos pisos. En el primero, el jardín con la célebre puerta por la cual huyó la hija del poeta. Los manzanos están en flor y me siento emocionado en una mesita bajo un parrón, en la cual el poeta tenía su tertulia.

En el segundo piso están el escritorio, la capilla y el dormitorio. Lope poseía una cocina que no tiene nada que envidiarle a la de hoy. En el horno cabía fácilmente un buey entero. En la capilla hay un Nacimiento que es una maravilla barroca. Santos, santos y santos por todas partes. El poeta más vividor con que contó la vieja España tuvo buen cuidado de reconciliarse al fin de su vida con Dios y terminó en un convento... En la biblioteca hay viejos manuscritos que huelen a moho. Vemos algunas fechas: 1567, 1589, etc. En la mesa descansa aún la pluma que usaba el poeta hasta su muerte. Una pluma y un apolillado tintero de los que salieron más de mil obras de teatro, poemas, ensayos, novelas, etc.

En el dormitorio, la cama con dosel en que murió. A través de una ventanita se ve la capilla para que Lope oyera misa hasta los últimos días de su vida. En el comedor, los viejos taburetes.

La casa emociona. Pone la piel de gallina. Obliga a echar una melancólica y nostálgica mirada hacia atrás. A la época genial que le tocó vivir. En la iglesia de las Trinitarias, en la misma calle, hay un rótulo en el mármol que dice escuetamente: "Aquí reposan, por su propia voluntad, los restos de don Miguel de Cervantes y Saavedra"... Buscamos la tumba. No se sabe dónde está. Se "calcula" que tiene que estar en el jardín. Se sabe que los célebres huesos quedaron bajo la tierra, pero se ignora exactamente dónde... En la esquina hay una nueva casa (moderna) donde hace tres siglos viviera el padre de Don Quijote y Sancho. Sólo una placa y nada más. En una placita vecina, la estatua de don Miguel... Y nada más.

El barrio tiene historia. Le sobran recuerdos, y los poetas jóvenes vienen una vez al año a dar una vuelta por estos lados, leer unos versos, hacer discursos y dejar caer unas flores...

¿Y los turistas?... Los turistas, que son tan superficiales e incultos como en todas partes, pasan de largo ante estas piedras eternas...

*Por la ruta de Don Quijote.*

Nunca se imaginó el pobre don Miguel de Cervantes y Saavedra que si él hizo galopar a Don Quijote en el buen "Rocinante" por los campos de la Mancha, yo iba a hacer lo mismo tres siglos más tarde, pero en... Cadillac último modelo.

Efectivamente, ayer salimos a las dos de la tarde de Madrid, y una hora y media después ya estábamos a la vista del primer molino. Claro que hay menos de los que suponen la gente y los directores de cine yanquis, pero con los pocos que hay en Criptana, basta y sobra.

¿El ambiente? No hay necesidad de hacer pajaritas de papel como don Miguel de Unamuno, ni escribir mucho peor que el viejito Azorín, para darse cuenta de que el ambiente que eligió Cervantes era el mejor para ubicar a su pareja célebre. Ocaña, con su penal y su terrible cara de invierno, nos recuerda, bajo la lluvia, que aquí está enterrado en un convento (¿qué diría él?) don Alonso de Ercilla y Zúñiga, y que aquí mismo nació la inspiración a don Jorge Manrique para escribir sus célebres "Elegías", que aún hoy nos hacen llorar como niños chicos.

En Tomelloso nos espera ya el primer pueblecito, blanco como harina, el mismo sol que se permite asomarse breves instantes para justificar el hecho que el calendario dice que oficialmente estamos en primavera. Una vieja (¿nieta de Dulcinea?) nos pide que le tomemos una foto de manto. Es la vieja típica que está en todos los cuadros y que debe estar contratada por la Dirección General de Turismo para aumentar la llegada de pedantes y de snobs como yo.

Naturalmente, hay viejos de Zuloaga y de Zurbarán. Viejos de madera tallada o de piedra que no tienen edad. Para qué les vamos a preguntar cuándo nacieron en la Mancha, si basta mirarlos para darse cuenta de que estaban antes que tomaran preso a Cervantes en Argamansilla, el célebre "lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme. . ."

En Criptana, los molinos salen al paso, montan sobre los cerros, mueven sus aspas sobre el genial cielo de Castilla; juegan con el aire, que aquí es joven y recién nacido; tienden una sombra morada sobre los trigales.

Comemos en Manzanares y partimos hacia Herencia y Ciudad Real. Se nota que por aquí pasó don Alonso Quijano el Bueno, sobre los esqueléticos flancos de "Rocinante". Cerca está Sierra Morena cargada con la sombra de los bandidos de otros tiempos, y en cada callejuela de piedra parece asomar un licenciado, un curita gordo o un mozo de cordel. Basta hacer caminar la imaginación más o menos rápido para ver a Sancho sobre el "Rucio" y a Dulcinea asomada a una de estas ventanas talladas en la piedra misma, bajo el sol implacable que cuece a la buena Castilla. Parece no haber caminado el tiempo desde los gigantes, del manteo de Sancho y de las graves reflexiones a la luz de la luna de miel de la Mancha.

Y no es cuento. Pero les doy mi palabra de honor que a la vuelta, cuando regresábamos a más de ciento ochenta kilómetros por hora, vimos dibujarse sobre la piel del paisaje a un caballero largo y flaco

que avanzaba lentamente en un jamelgo de mala muerte. Y detrás de él, cargado de buen juicio y de sentido común, a Sancho espoleando las raleadas carnes del pobre "Rucio".

*Avila, la santa de piedra.*

Antes de llegar, yo conocía únicamente cinco cosas de Avila:

1) Una película mediocre en que actuaban Cary Grant y un cañón que corría por toda España.

2) Un montón de fotos.

3) Un cartel que daba una impresión de soledad y de grandeza que estremecía la piel.

4) Los versos de San Juan de la Cruz.

5) Y la simpatía tan castiza de la Santa de más carne y hueso que haya existido: Santa Teresa.

Con estos datos llegué una mañana de febrero hasta las murallas de la ciudad que se eleva a una hora escasa en auto de Madrid.

Día nublado. Cielo gris. Frío. O sea, el decorado justo para entender Avila. Así como el Escorial hay que verlo con sol que le saque brillo a la piedra amarilla, a Avila hay que verla con un cielo huracanado.

Ya hemos pasado el Alto de los Leones y nos han contado la mitad de la guerra civil. Nos ha caído una nieve fina que tiene temor de echar a perder el paisaje. Nos ha hecho un frío de sálvese quien pueda y hemos echado hasta una siestecita en el autocar.

No llevamos más que unos cuantos conocimientos superficiales de la ciudad. Y queremos verla tal como es, sin impresiones previas. En su salsa.

Pero ¡cómo nos atrevemos a hablar de salsa! Esta es la ciudad menos indicada para hablar de cosas triviales y ligeras.

Cuando asoma al final del paisaje, ya sobrecoge. Se piensa en los cuentos, en la Historia, en los cuadros y en los gobelinos. Porque Avila tiene cara de gobelino viejo visto en la penumbra de un castillo o de un museo. Está tan nítida sobre el horizonte que corta el paisaje. Lo hace tiras. Divide y quiebra la lejanía. La mayoría de las ciudades terminan de a poco, se van concluyendo a través de calles extraviadas y de barrios que mueren lentamente. Avila no. Es cortante como una espada. Da un tajo y se acaba la ciudad y comienza el campo.

Pienso en el argentino Larreta, que escribió una novela admirable y se vino a pasar años al pie de estas murallas. Tenía toda la razón del mundo. Avila corta el resuello y se explican los cuadros y los afiches. Los versos y las novelas. Esta ciudad no es para recorrerla, sino para cantarla en duras estrofas. Tiene una personalidad tan bárbara

que Toledo tuvo que trabajar rápidamente a medias con el Greco para hacerle la competencia.

*Murallas y almenas.*

Desde luego, las murallas. ¿Las murallas? No. La muralla. La muralla por definición. Las noventa y nueve torres que muerden el cielo con sus almenas, que vieron huir a los moros y vieron pasar a Santa Teresa charlando alegremente con San Juan de la Cruz. Y la poterna, la Ermita que se asoma sobre el campo, la primera callejuela y la cara de la Catedral asomando al final, que es más Catedral y más feudal que todo lo que hemos visto hasta la fecha.

Nos agrupamos, nos numeramos y entramos. Pasa, naturalmente, un burrito. ¿Que harían los paisajistas españoles sin esos pollinos lentos que pasan sobre el paisaje justo en el momento que el pincel toca la tela?... Forman parte de cada apunte que se hace de Castilla o de Andalucía. Pero aquí son menos alegres que en Sevilla y Córdoba. Tienen una personalidad filosófica y callada. No son burros de exportación para tarjetas postales, sino esbozos rápidos que España se pone sobre la piel para que se note que es España. Y sobre ellos, el campesino sentado de lado, con la boina y las arrugas que heredó, sin duda, de un cuadro.

Dejamos de paso al burro y entramos a la Catedral, montamos a las murallas, fuimos a la plaza, compramos una bota, nos perdimos, recobramos la caravana y, por fin, dejamos que llegara oficialmente la tarde para echar un parrafito y hacer un balance de lo que habíamos visto.

Y nos indignamos. ¿Qué vio el salvaje del director norteamericano que hizo la espantosa película de Avila? ¿Qué vio Cary Grant? ¿Qué entendió de lo que esta ciudad significa más allá de unas murallas de cartón y de unos españoles arrendados en el barrio portorriqueño de Hollywood?...

Nada. Sencillamente nada. Lo que siento es no ser poeta y dedicarle unos versos a la tarde que estuve allí. A esas mozas que salían del cine y que atravesaban, bajo un bosque de piropos, la plaza bajo la vista de sus mamás. O a los soldados que se tomaron toda la manzanilla de la tasca mayor en la plaza, igualmente Mayor.

Y el recuerdo de Santa Teresa en cada piedra y en cada rincón. Y sus Fundaciones, que sobrepasan lejos a los Campamentos modernos, y la grandeza un poco agónica de la Catedral. Y antes que nada, un pequeño detalle (¡pero qué detalle!), que es el confesionario de la Santa, con la sillita en que con gran minuciosidad recitaba sus pecadillos fatalmente veniales... Todo esto nos asalta en dos minutos escasos. Hemos salido de un Madrid que se está pintando los labios para

recibir la primavera, que se descolgará oficialmente el 1.º de abril, y hemos llegado a esta ciudad que se quedó detenida hace ocho siglos.

Sólo en una plaza como ésta, que tiene más piedra que una cantera regularona, con parejas de novios mustios y románticos, tomados de la mano como en el mejor grabado de los tiempos del viejo Lamartine, "suena" Avila. Y es lo que es.

Y es precisamente eso. Una ciudad mística, de Semana Santa. O de misa de tres padres. O de una docena. Una ciudad con olor a incienso y a mirra, hecha para la lucha sin cuartel, o para la mejor novena. Ciudad para batallas y entierros. Para conquistas y asedios. Con moros de casco en punta y de caballeros cristianos aburridos de dar clases de valentía frente a sus fosos. ¡Cómo le habrá gustado al Cid! ¡Cómo habrá estremecido a Isabel la Católica! ¡Cómo habrá hecho la delicia de Felipe II! Porque esta ciudad callada, sin avisos luminosos, sin autos, con burros y campesinos silenciosos, tiene toda la grandeza que les gusta a los españoles y que nos gusta a nosotros los americanos de los españoles. ¡Qué lejos están la Gran Vía, el metro, el Castellana Hilton, los rascacielos, la Telefónica, etc.! ¡Qué lejos está la ciudad moderna, que llega a ser aburrida de puro perfecta y al día! ¡Qué lejos está esto de la máquina y de los adelantos modernos! Esto se quedó, pero supo quedarse...

*En las murallas de Sagunto.*

En Madrid hace fácilmente 33 grados a la sombra. En Getafe, 36; en Barajas, 38; en Sevilla, 40, y en Córdoba, 44.

En una palabra, hay que huir aprisa. Y huimos con mi mujer a celebrar los dos años de matrimonio. El primero fue en el Nuria, de Santiago de Chile. El segundo, lo hacemos nada menos que en... Sagunto.

Santiago tiene cuatrocientos veintidós años de vida. Sagunto, a una hora escasa de Valencia, tiene, por la parte baja, dos mil quinientos años. Era viejo cuando Roma no conocía ni de vista a César ni a los cristianos. Resistió un asedio de cerca de ocho meses y sucumbieron hasta el último hombre, la última mujer y el último caballejo. Mientras en Valencia las calles humean bajo el sol, aquí hace relativamente fresco. Montamos hasta las ruinas de un teatro, que tiene unos veinticinco siglos. El escenario se mantiene casi, casi, tan flamante como el del Infanta Isabel. En lo alto, las torres se queman al sol con la flema de una turista inglesa en la Costa Azul. El Castillo, que cierra el ala derecha, tiene más pátina que la "Roma Antica" del amigo Nerón. Los vericuetos, por los que caminamos tomados de la mano mi mujer y yo, respiran la callada y serena calma de los días anteriores a Aníbal y a la lucha contra los romanos. Creo ver aún

la marcha de los nerviosos caballos de los jinetes númidas, y casi diviso, a lo lejos, la lenta silueta de los elefantes de combate. El aire está lleno de flechas, agudas como ráfagas, y de enormes piedras que cruzan el viento y se van a estrellar contra las viejas murallas que conservan un amarillo anaranjado que tiene reflejos de oro viejo.

Es notable estar en el viejo Sagunto encendiendo las tradicionales dos velitas en la torta clásica y tomando una manzanilla que está incurablemente tibia...

Pero es así. Al fondo, brilla y late el mar. El viejo Mediterráneo y el Mare Nostrum de los romanos, como en los borrosos tiempos de las Guerras Púnicas.

Claro que no hay velas latinas. Ni guerra. Ni asedio. Ni combate. Ni muertos. Ni nada. Ni se arrastran las "lobas" (las "compañeras de la noche" de aquellos años...) por las callejuelas de esta ciudad fantasma.

Ni los que trepan las gradas del circo y se asoman a los templos usan los viejos cascos y sienten al costado el brillo y el golpe de los espadas saguntinos. No. Estamos en 1959. Lo que se ve al fondo son lentos yates de lujo; lo que camina abajo son autos último modelo, y esa especie de elefante de guerra que resopla trepando una cuesta es un vulgar autocar para volver a Valencia.

Pero nos sentimos lejos de esto. En otra época. Con un mar joven y recién nacido a la vista.

En una palabra, nos sentimos como un muchacho moreno, macizo, con los negros cabellos al viento, con una transpirada camisa a rayas, tendido románticamente en la arena de hace ochenta años, que decía a media voz:

—Cuando yo sea grande, novelista y famoso, evocaré en un gran libro lo que fue la gesta de estas piedras heroicas...

El muchacho se llamaba Vicente Blasco Ibáñez, y el libro que soñaba se llamó "Sónica, la Cortesana"...

Sí. Es bueno haber pasado una burguesa celebración de aniversario matrimonial entre las piedras más viejas del mundo y frente a un mar de azul quemante por el que navegó... y navega aún la civilización...

Y si en ese tiempo las mujeres defendieron y dirigieron la defensa de Sagunto para vengar a Numancia, ahora otra mujer —una gran muchacha— me lleva de la mano para demostrarme, prácticamente, que las mujeres siguen ganando todas las batallas...

PASARON los años y volví a España, pero esta vez desde Francia y a través de un boquete de los Pirineos. Había pasado el tiempo y ni España ni yo éramos los mismos.

La íbamos a ver de otra manera. Con la visión de Francia en los ojos y la última estampa de Europa al alcance de la mano.

Estábamos más viejos, más llenos de arrugas y de experiencia, pero la íbamos a ver al detalle desde el norte hasta Madrid. Y luego caminando hacia el sur.

Y la imagen de España, en esta segunda ocasión, fue así:

*La otra cara del país.*

Lo primero que hice al cruzar el Puente Internacional en Irún fue abrazar a un guardia civil y decirle:

—Le doy este abrazo porque es usted español.

Casi me lleva preso. Pero a los diez minutos estábamos comiendo el primer bocadillo de queso manchego y probando el primer trago de Valdepeñas.

*Los Pirineos.*

Los Pirineos son unos Alpes, pero doblados y traducidos al español, más ariscos, más hoscos, más varoniles, más para pastores montañeses que para turistas aficionados al esquí. Aquí el verde tiene un negro más profundo que las selvas alemanas y los bosques americanos. Unos campesinos recios que parece que tuvieran trescientos años, trabajan de la mañana a la noche, y en las puntas de los montes balan unos animales que sólo ha descrito en toda su grandeza el poeta Miguel Hernández. España es otra cosa. Me carga la frase de que "Africa comienza en los Pirineos". Lo que pasa es que España comienza en los Pirineos, y la "dulce Francia", sus campos excesivamente bien cuidados y sus ríos buenos para los pintores impresionistas, no tienen nada que ver con este paisaje salvaje en que la carne viva

asoma debajo del pellejo desgarrado. Aquí el sí es sí, el no es no, y cuando hay alguna duda estalla una guerra civil.

*Burgos.*

Burgos, donde reposan los restos del Mio Cid Campeador en la Catedral, nos muestra la primera estampa de lo que es la áspera arquitectura católica española. Ya no hay suavidad de Chartres ni melancólica nebulosidad de Colonia. Las torres son como los hombres y los hombres son como las torres. Esta es tierra de machos y de hembras tan definidos como Rodrigo Díaz de Vivar y doña Jimena. Como los hombres de negro y fina cintura de "Bodas de Sangre", de Federico García Lorca. Aquí tuvo que hacer Santa Teresa y coquetear con San Juan de la Cruz. En las colinas surgen unos castillos pobres, pero honestos, donde se masca la palabra honra. Estamos en la tierra del honor, de la guerra, de la conquista y de la sangre. Y qué lejos me parecen las calles de Viena, de París y de Londres al lado de estos senderos de piedras, estos pastores de cabras y estas viejas de negro. Parece que Dios se dedicó durante varios días, dentro de los seis de la Creación, a tallar a mano cada una de las arrugas que tienen los curtidos semblantes de los campesinos y las campiñas españoles. Los niños hablan como grandes, con unas afirmaciones contundentes y definitivas que harían estremecerse la delicada epidermis de las *nurses* inglesas. Pero en medio de esta brusquedad, en medio de esta manera de hablar tan dura y afilada como una piedra al fondo de agua que va golpeando entre rocas, uno encuentra una suavidad, una finura de vivir, una manera perfectamente caballeresca de tratar al hombre que viene de fuera. ¡Cómo se nota que los moros estuvieron aquí! Y que medio mundo estuvo aquí. Porque estuvieron los visigodos, los romanos, los fenicios, los vándalos, etc.

Y de Burgos a Madrid el paisaje va variando infinitamente, pero siempre surgen los inolvidables pueblos españoles, cada uno de los cuales casi parece una serie de polluelos agrupados en torno a la iglesita local.

*Madrid.*

Madrid está en el centro de España. Física y espiritualmente en el centro. Era una modesta villa hace tres siglos, hasta que los reyes decidieron cambiar la corte y abandonaron los imperiales castillos de Toledo. Y se explica la modestia de Madrid porque la capital de España es la más nueva de las grandes capitales de Europa. Le faltan ruinas y hasta su Plaza Mayor y su Madrid viejo parecen demasiado jóvenes. Le faltan las blancas calles y los senderitos bordeados de casas que se llaman Sevilla y Córdoba. El gran centro morisco quedó

en Jerez de la Frontera, y esas calles empinadas que surgen al atardecer en Toledo, Madrid no las tiene aún.

Madrid es el intermedio o el punto eje por el cual cruzan todas las regiones de España y cada cual va dejando lo más típico de ellas y uno puede sentir en la Plaza de la Villa, como en la calle de los Arcos en Sevilla y en las noches con luna llena en la Plaza Mayor, la misma grandeza que junto al Palacio de las Conchas en Salamanca o al bajar hacia la iglesia de Santo Tomé en Toledo. Pero lo importante de Madrid no es ni la Gran Vía, ni la calle de Alcalá, ni la Castellana, ni los Nuevos Ministerios, ni —perdón, amigos madrileños— la calle Echegaray y de la Victoria. Ni el internacional Palace, ni el inaguantable Castellana Hilton. Ni el Estadio Bernabeu, ni la Plaza Monumental de Toros. Yo creo que lo importante de Roma, casi más que los romanos, son las colinas rotas y los dioses destrozados. En Madrid, lo importante no son las casas, sino los habitantes de las casas. Madrid, más que una ciudad, es una manera de ser, un estilo despreocupado y alegre en el cual el tiempo no existe y el reloj está parado definitivamente y nadie le da cuerda. ¡Cómo se aburrirían los españoles en Suiza! ¡Cómo se sobresaltarían los suizos en Madrid!

El madrileño habla y habla hasta que se consume la última taza de café o toma el último "chato". En las tascas, en los bares, en Bellas Artes, en el Ateneo, en los entreactos de los teatros —esos teatros de olor a peluche que sólo tiene Madrid—, se practica un deporte exclusivamente de aquí: la charla que consiste en el chiste oportuno, la salida ingeniosa, el comentario de mala leche y una frase más aguda que una navaja y que queda temblando clavada en la mesa del bar.

*España moderna.*

Que nadie venga a buscar deliberadamente autos a España, ni aviones ultrarrápidos, fábricas último modelo, hoteles de sabor cosmopolita y estilo Costa Azul, ni trenes veloces y que lleguen a la hora. Ni bares norteamericanos, ni tiendas de cincuenta pisos, ni rascacielos, ni niñas con *rouge,* peinadas por los mejores peluqueros. Todo eso está, y está mucho más de lo que se imaginan esas pequeñas culebrillas internacionales que se pasan hablando mal de España. Todo eso hay y sobra en España, pero no es lo más importante de España. Y surgen los barrios residenciales, los edificios de departamentos, las represas, los diques, los pantanos desecados, las grandes carreteras, las inmensas plazas, los enormes parques y todo lo que puede dar la técnica. Pero eso no es España. Como tampoco es España el burrito junto a la noria, la vieja bisabuela que ora todas las tardes al crepúsculo, ni el curita gordo y socarrón. Tampoco es eso, pero también

es eso. A España hay que buscarla un poco en la plaza dorada de Salamanca, en la silenciosa casa que fue de don Miguel de Unamuno, en esa manera tan justa y exacta que tenía de describir "Castilla y sus Castillos" don José Ortega y Gasset, en algunos molinos que aún carraspean en la Mancha, en la dureza del Escorial y en los cadáveres de los reyes que están en el "Pudridero". Hay que encontrarla en la calle de la Pimienta en Sevilla, en la de los Arcos, en la Plaza de Doña Elvira y en los jardines de sombra y sueño de García Lorca. Está más en las tardes de Granada con su Patio de los Leones y sus chorros de agua que cantan en verso, que en las grandes Ramblas de Barcelona. Pero antes que nada está en los caminos perdidos de Castilla la Vieja, en los pueblos minúsculos pintados por Azorín, debajo de las boinas de los campesinos, dentro de los pantalones de recia y ordinaria pana, bajo los blusones negros y a la sombra de los mantones. Es cierto que está en el plateresco de los altares de ese infinito bosque de catedrales e iglesias, capillas y conventos que bajan en mística procesión desde los Pirineos a Gibraltar. Es cierto que arde en las joyas de las vírgenes en todos los altares mayores, pero también es cierto que frente a los pitones de un Miura, grande y pesado como una catedral, se desarrolla un drama de sangre cuyo único decorado posible es éste.

Yo comprendo a Maurice Barrès emocionado hasta las lágrimas en Toledo. Y a Victor Hugo, a Alejandro Dumas padre o a George Sand, viendo que habían encontrado aquí, entre estos ríos obscuros y estas montañas agrestes y escalando el cielo, lo que les faltaba en su propia tierra. Porque eso mismo me pasó a mí en el pueblo de Tembleque, en Santa María de los Caballeros, en las calles de Jerez, en el Barrio Judío de Córdoba. ¡Para qué describir el Alcázar, el olor a azahares que surge de los parques, la placita de Linares, eternamente inundada por la sangre de Manolete, las niñas asomadas a las ventanas oyendo canciones de amor en las calles de Andalucía. Ni las tientas y capeas en los pueblos chicos. Ni las duquesas que se enamoran de los toreros. Ni los cardenales que le hacen frente al Gobierno so pretexto de que protege a los moros y a los infieles, y levantan la bandera de la Guerra Santa.

*Barcelona.*

Barcelona es todo lo contrario de Madrid y del Escorial. Es lo contrario de todo. Barcelona, con sus ramblas, con su colina de Montjuich, su "Pueblo Español", su dinamismo, es simplemente Fenicia y el comercio universal que se asoma por España. El Escorial, en cambio, es la gran pausa de Carlos V. Es el plan del imperio dibujado rápidamente al pie de un mapamundi en la celda de un monje y bajo una campana conventual.

*Catalanes y españoles.*

Barcelona es la ciudad frente al mar y cerca de la frontera francesa. El catalán habla catalán y no cree en los madrileños ni en el resto de la Península. El catalán es puntual, directo y agresivo negociante. Todo en Barcelona tiene un tono distinto al resto del país. Madrid es la lentitud perezosa y la burla al tiempo exacto y a la puntualidad justa de reloj suizo. Es el prototipo del resto de España, pero en Barcelona se practica la exactitud inflexible. Cataluña, con su bandera de grandes barras amarillas y rojas, es el gran islote occidental metido dentro de España. Aquí dominan la industria, la chimenea y la fábrica. Las niñas andan con pantalones sin que nadie las mire en tono ofensivo e irónico. Los teléfonos funcionan con una inflexibilidad automática. En las ramblas reinan las flores, y en los ojos de los catalanes se balancea la sed de negocios y de dinero. En el Barrio Gótico, unas callejuelas ondulantes y que recuerdan un poco el Barrio Judío de Córdoba, arrastran algunas catedrales sombrías y silenciosas.

Pero frente a Cataluña arde el mar. No es el mar de Cádiz ni de Almería. Es un mar que evoca la llegada de los fenicios cargados de barras de oro, de madera fina, de especias y de manos frotadas avaramente. Y en Barcelona, y en Cataluña en general, se utiliza hasta lo último el más inverosímil metro de terreno. Se aprovecha la tierra dentro y al lado de la línea del ferrocarril para plantar las hortalizas, y todo tiene un tono de rapidez torrencial en busca de trabajo abrumador y angustioso.

*De norte a sur.*

Y al norte, en Vasconia, al pie del gran río Bidasoa, se escuchan las roncas canciones del amor. Desfilan las boinas rojas y los recios pantalones de pana. En Pamplona, una vez al año, los toros corren alegremente por la calle lanzando al aire, sin odio y sin crueldad, con amabilidad diplomática, a los buenos muchachos de alpargatas, camisas y pantalones blancos con pañuelo rojo cortándoles la garganta. Son los San Fermines de Hemingway en "Fiesta". En Vigo se abren las "rías" hacia el mar y corre un aire tibio y suave lleno de yodo y de poesía. Muy cerca de él está ese gran río vertical de piedra, lleno de portales, que se llama Santiago de Compostela, la más imperial de las ciudades de España después de Toledo. Aquí los ventanales, las cornisas, los ángeles, los púlpitos, los santos y las vírgenes son de una piedra obscura que llama incansablemente a la lluvia. Y la lluvia responde. Santiago de Compostela, la ciudad de "La Casa de la Troya", la ciudad estudiantil y mística, sacerdotal y conquistadora, es el contraste más abismal con las alegres y moriscas tierras que se dibujan al

sur de España, en la llamada con ese nombre tan de pañuelo femenino que es Andalucía. Sevilla es blanca, Córdoba es de un gris levantino y alegre que recuerda a Granados y a Falla. Granada es de un morado profundo que evoca los jardines silenciosos y los chorros de agua. Para gente seria, España. Para gente menos seria, Andalucía, con su río Guadalquivir, sus jardines, sus cuevas del Sacromonte, y su Giraldillo que tiene mentalidad de equilibrista del Circo Price que se está balanceando a todos los vientos en lo alto de la gran Catedral de Sevilla. Pero todavía nos queda dentro de este mosaico que se llama España, esa mancha seca y yerma denominada la Mancha. Mas aquí, entre Campo de Criptana y Tomelloso, entre Puerto Lápice y Argamasilla de Alba, crujen los molinos y se conserva fresca aún la huella de las herraduras de "Rocinante". Todo en España tiene un ambiente de quietud, de pausa, de calma conventual. La torrencial actividad de Barcelona no tiene nada que ver con el espíritu de bostezo de los pueblos manchegos. Ni las blancas alpargatas de los muchachos que juegan a los San Fermines en las calles de Pamplona guardan relación alguna con el espíritu que domina en los cafés y en las peñas de Madrid.

Eso es España, una selva inconclusa, por hacer eternamente, de catedrales viejas y pueblos sumergidos bajo las olas de calor o heridos por la minúscula taquigrafía de la lluvia. En estas tierras de caballeros domina el caballero. En esta tierra de labriegos están aún perfectamente vivos el gran señor y la antigua ama. Los Grecos cuelgan sus manchas de sangre en los pequeños pueblecitos como Illescas, y los Murillos, los Velázquez, los Zurbaranes y los Goyas están palpitando, vivos aún, como en sus mejores tiempos, en los museos y en las pequeñas colecciones particulares.

De Francia se puede salir con un melancólico y elegante deseo de volver. De España, por la Junquera, por Irún, por el mar, por el aire, por donde sea, se sale como si alguien nos hubiera rajado la piel y nos hubiera dejado debajo del pellejo una herida inolvidable. Sólo un remoto recuerdo de catedrales perdidas en medio del cielo, de castillos rotos, de piedras que ascienden mordiendo las nubes y de capillas silenciosas, se nos mete dentro de esa zona, entre la piel y el alma, en que habita la melancolía y que se llama el recuerdo.

# ...Y DE NUEVO ESPAÑA

Y SALÍ de España y volé por el ancho mundo. Y vi muchas cosas, pero el recuerdo de estas piedras eternas me quedó para siempre. Y apenas pude monté en avión y me descolgué sobre el mapa de la Península Ibérica...

Era la tercera vez que llegaba hasta la vieja casa de los abuelos en busca de la leche materna...

*Primer vistazo.*

El avión vacila sobre Barajas... Madrid de nuevo. Los trámites de la Aduana y los quinientos cuarenta y seis papeles que hay que mostrar. Los españoles son más rápidos y más prácticos que los franceses. Tres oficinas en total y ya estamos frente a la ciudad y ante la puerta del taxi listo para meternos en la noche. Naturalmente, montan las maletas y viene el saludo al amigo que —nadie sabe por qué— había averiguado que llegábamos del otro lado del mundo. Una avenida con las luces amarillas. Con ictericia en grado sumo. Una avenida que corta la noche como un río. Autos. Miles de autos. ¿Esta es la ciudad lenta de los burritos y las manolas?... El hotel y... ¡a la calle! La primera noche es siempre la básica. La ciudad se muestra como es: sin afeites. Nada de tratar de parecer bien al que llega, sino con el rostro vulgar de todos los días y de todas las noches...

*En el Gijón.*

Busco en el viejo Café Gijón (que tiene un hermano gemelo en cada ciudad del mundo...) los rostros de los viejos amigos. La clientela ha cambiado. Ya no está la pipa del escritor que conocí una noche, ni la barba en punta de un novelista que empezaba. Una manzanilla hace más pasable el frío. ¡La manzanilla española!... Tiene que haber cien poemas sobre ella, pero los madrileños no saben la estupenda amiga que encuentra un extraño al bajar de un avión en medio de la noche, después de cuarenta y ocho horas de vuelo a través del verano y el invierno, en el fondo de la breve copita. Es un

poco la amistad y el amor. El camarero que la sirve —y que, lógicamente, se llama Manolo— ignora, cuando me la ofrece, que tiene al frente a alguien que está haciendo el viaje al revés de como lo hicieron sus antepasados hace la miseria de cuatro siglos. Porque tiene que tener un abuelo que se fue un día de Castilla con un espadón y unos cuantos duros a buscar fortuna detrás del "Gran Charco"... Ahora viene un bisnieto de aquéllos a saber cómo son los viejos parientes... Bueno, la noche cae sin prisa. Una luna algo cursi se pone en el cielo, y de Correos caen lentas dos campanadas, que me recuerdan que llevamos, prácticamente, dos noches sin pegar los ojos.

*Los serenos.*

En la noche doy el primer brinco. La puerta del hotel está cerrada y hay que golpear las manos para que venga el sereno. Esto no está en otra parte. Esto es únicamente de aquí. Y a las dos de la madrugada, de vuelta de dar una mirada al Mesón del Segoviano, de nuevo hay que golpear como si se llamara a alguien a escena. Sé perfectamente a qué se debe, pero me choca. Me siento menos libre en una ciudad libre bajo los ojos de ese gordito bonachón que me da sonriente las buenas noches. Yo sé que los españoles están acostumbrados desde hace siglos a este rito, pero a los que venimos de fuera nos da un golpe de sorpresa.

A los cuatro días estamos más acostumbrados que el más viejo vecino de Atocha, y somos expertos en esto de golpear las manos para llamar a nuestro desconocido amigo nocturno.

*¿Quién se llevó las capas?*

¿Y dónde están las célebres capas?... Unicamente en la calle de Echegaray veo a un viejecito que la luce con un orgullo desvaído de otra época. En cada cinta mala de Hollywood los españoles tienen que llevar la clásica capa. Y la boina. Y el sombrero cordobés. Y la guitarra. Pero nada de eso es cierto. Esto es falseo deliberado de España. Y de la España de tarjeta postal para uso de turistas aficionados al lugar apolilladamente común. En tres semanas veo en total ocho capas: negras, moradas y hasta malvas. Los que las llevan son de otra época. Deben sentirse raros en el metro y bajo los avisos luminosos. Son gente lenta que camina por callejuelas viejas o antiguas capillas. Gente que no tiene nada que ver con el chorro de taxis que avanza por Alcalá. Sus capas son las últimas banderas de la época de Larra. Y se mueven tristes y vencidas en medio de la vida de hoy.

*Las dos caras de este dios Jano.*

—Pero ¿qué es lo que le ha gustado más a usted hasta la fecha?

—me dice el amigo que tengo en la mesa de al lado en el cafecito de la glorieta de Alonso Martínez.

—El haberme equivocado —le contesto—. Me habían pintado un Madrid que estaba bueno para tapa de "Blanco y Negro" de hace treinta años. O de la vieja "Ilustración Española" que coleccionaba mi abuela allá en Santiago de Chile en los días de la Guerra de Cuba. Un Madrid lento, solemne y fatalmente triste y apagado en que lo natural era el coche de posta y el farolillo a gas. Esta ciudad "pesca" de inmediato por su doble cara.

—¿Doble?. . .

—Doble. La vieja, que se descuelga del Palace hacia la Puerta del Sol, y la otra, que se extiende desde el Bloque Americano hasta las estribaciones de la Ciudad Universitaria. Uno puede caminar a través de los siglos con sólo tomar un buen taxi en la esquina. Yo me he quedado horas ante la Plaza Mayor.

Pero hablemos de ella al detalle.

*La genial Plaza Mayor.*

Yo no sé lo que piensan los buenos madrileños de esta plaza. La he visto de día y de noche. Con sol y con luna. Con niebla y sin ella. Y antes que nada, sin gente, con sólo el lejano eco de los pasos de tres paseantes solitarios.

¿Ustedes conocen la Vendôme, en París? Es clásica, militar y napoleónica. La de Trafalgar, con su Nelson (que nadie conoce en forma personal porque está prácticamente en el cielo), es rígida y anglicana. Sus palomas no pueden tener la gracia que tienen sus hermanas que trabajan en Venecia. La pequeña Place du Tertre, en París, tiene una simpatía y una intimidad únicas, que hablan de pintores que trabajan en la calle, de muchachas con la falda rajada, de escritores célebres y modelos que pasaron a la historia. Es un resumen rápido de Montmartre para uso de los incansables turistas.

La Plaza Mayor tiene bien puesto el nombre. Es la mayor de las Mayores. Tiene un tono militar que más tarde yo iba a encontrar en el Escorial y en las callejuelas de Toledo. Es una mezcla de fortín con iglesia. De plaza de toros vieja con recinto natural para que se junten los vecinos.

Claro que hay que hacer el turista. Y tomarse unos chatos en las Cuevas de Luis Candelas y descender románticamente por la Cava Baja a darle la mano a mi viejo amigo que trabaja en el Mesón del Segoviano. Pero me siento distinto. Esa plaza, tan seca, tan dura, tan poco amiga, vale más que diez tomos de historia sobre lo que fueron la Conquista y la guerra en Flandes. Lo bueno es que no concede nada; no trata de dar clase de urbanismo ni servirles de pretexto a los

pedantes con título para que hagan especulaciones. Cumple simplemente su papel de plaza con la misma sencillez que el guardia de la esquina.

*El ombligo de Madrid.*

La Puerta del Sol se presta para toda clase de equivocaciones y de chistes cuando se viene de afuera. ¿Dónde está la Puerta?... Esta pregunta se habrá hecho mil veces en ochenta lenguas distintas al llegar a ella. Y es natural. No hay puerta..., porque es la puerta natural de Madrid mismo. Nunca he visto más sensación de vida que frente a la calle Carretas y delante del Hotel París. La gente no camina: hierve, crepita, revienta en cada esquina y frente a la salida del metro. Y lo bueno es que no tiene árboles. Es seca y pelada. Urbana, en una palabra. Es el lugar para la cita de amor o para tratar velozmente de negocios o para no perderse en Madrid, que es lo más probable.

Además, no tiene necesidad de estatuas ni de generales con el sable en ristre equilibrando una nube. ¿Para qué?... Basta con saber que aquí mismo los chavales y chavalas de otro tiempo hicieron sonar al amigo Napoleón...

*El amor al luto.*

Al español le gusta el color negro. No hablo del buen Felipe II ni de los cuadros que se asoman en el Escorial ni de los "Caprichos" de Goya. No. Me refiero al tono general de los trajes que he visto fugazmente en Madrid. El negro es impersonal y no llama la atención. Pasa inadvertido y deja que la vista se clave, naturalmente, sobre el sujeto que lleva la prenda, más que sobre la prenda misma.

Y esto le gusta a la gente de esta ciudad. Madrid tiene la más perfecta colección de viejas impresionantes y de mantos negros que hay en el mundo. Las que venden cigarrillos y números de la lotería son únicas en el globo. Si se hubiera hecho un concurso, con un millón de pesetas de premio para elegir el "tipo" de la vieja definitiva que se empina sobre sus últimas arrugas para saltar a la muerte, no se habría encontrado nada mejor, más teatral, más español que esta viejecita que me vende un "Chester" en el Malena de la Plaza de Santa Ana.

Tiene más arrugas que nadie y habla con una voz que llega de la otra vida. No debía estar aquí, sino colgada en el Prado, al lado de los "Caprichos".

*La clave: los choferes de taxis.*

Los choferes de taxis dan un poco la medida de una ciudad. Y

de una manera de ser. En París, casi me matan hace dos años por no haber dado una buena propina. Me dijeron tantas cosas, "aprobadas sólo para mayores de quince años", por unos cuantos francos menos, que casi llamo a un *flic*. En Nueva York, los negritos que manejan los Cadillacs último modelo se han educado en la feroz lucha por la vida, que se inicia a empujones en el *subway*. Los choferes cubanos, que son tan sonrientes, nadie los baja del "tú", que impresiona en los primeros momentos.

Aquí, no. Yo he gastado la mitad de los escasos pesitos que traje de Chile en andar en taxi ante la maraña de la ciudad desconocida, y puedo dar fe. Se conocen la ciudad de memoria, y cuando uno pregunta una dirección, dejan la máquina abandonada en una esquina para llevarnos de la mano hasta el punto que le hemos dicho. Un chofer de taxi en Madrid, de paso en París y montado en el auto de un colega suyo del otro lado de los Pirineos, se muere, sencillamente, de espanto.

Y dejemos para mañana una visita rápida a un pedazo de Nueva York que tienen los madrileños, ahí no más, al alcance de la mano: el Bloque Americano.

*Entre los yanquis legítimos.*

La culpa fue de mi amigo Castillo Puche, que había conocido, hace meses, en Chile ante una tibia botella de Santa Carola en el Círculo de Periodistas de Santiago. El joven escritor vive en el Bloque Americano y está terminando una novela que se llamará "Paralelo 40", sobre este rincón flamante del nuevo Madrid. Cuando me junté con él en el Gijón para darle un vistazo a su casa, me dijo:

—Ahora nos vamos a Estados Unidos...

Y era la verdad. Hasta los rótulos están en inglés. Unos niñitos rubios que vienen directamente de las márgenes del Hudson aprenden a decir "Buenos días" en estas calles blancas y rectas que quedan al final de la Avenida del Generalísimo y cerca de donde se levantará en breve la estatua de Calvo Sotelo. Las muchachas son deportivas, sanas, gimnásticas. No caminan ni mueven dulcemente las caderas como las muchachas que acabamos de ver en la Castellana. Avanzan rectas, como flechas, como autos, como aviones, como "sputniks". Se ve que están acostumbradas a la lucha por la vida, con el brinco sobre el metro, bajo tierra, la salida a la Quinta Avenida, el tecleo de la máquina, el almuerzo rápido, a las doce y media, con un escaso vaso de leche, y el *rush* a las cinco.

Y hay negros. Negros de Harlem que están ahora por estos lados y que se aburren como lagartos mirando la televisión española, de la que no entienden una palabra. Los norteamericanos tienen sus co-

legios, sus bares, sus negocios de venta de neumáticos y de alimentos. Tienen sus *drug-stores* y hasta —nadie sabe por qué— un poco de su clima por estos lados. Desde la ventana del pisito de Castillo Puche se ve que este mundo es de otro mundo. Aquí no corre el Moriles ni el Jerez, sino las Coca-Colas y los albos y aburridos vasos de leche helada como nieve. Los niños que caminan por la calle tienen esos carrillos rojos de frío que usan en Oregón. Yo no sé lo que piensan, ni qué reacción tendrán frente a un Miura una tarde de corrida, pero se les nota felices de pasar los años inolvidables lejos de los rascacielos de su país.

Sí... La tarde que pasé en la casa de mi amigo de "América, de cabo a rabo", me sentí en cualquier parte menos cerca de la Cibeles.

*¿A quién le tiene miedo el Manzanares?*

Los ríos le dan carácter a una ciudad. El agua barrosa del río de la Plata (¡vaya nombrecito mal puesto!) da la sensación de que hemos llegado a la ventana de América y que entraremos en breve a "la tierra de todos", como la llamó Blasco Ibáñez. Es una sensación de libertad total, de balcón sin fin, de vida sin orillas. El pequeño Mapocho que corre por las calles de mi Santiago de la Nueva Extremadura es quitado de bulla, un poco tímido y corto de genio, al que le carga inflar el pecho y hacerse el farsante. El Rímac de Lima tiene un tono sensual, de amanecer después de una noche de amor, con gusto a sábanas y todo. El Támesis, al llegar a Londres, deja su estampa pueblerina porque sabe que tiene que portarse muy bien y muy histórico para poder reflejar la Torre de Westminster. El Manzanares también tiene una majestad quitada de bulla. Es chico y sabe que no tiene esperanzas de ser más grande. Acepta humildemente su papel de pretexto de algunos versos y de algunos cuadros regularones. Es un aprendiz de río que salió mal en los exámenes.

Sin embargo, se le toma simpatía. Y no hablemos de la historia, que siempre sirve de pretexto para decir algunas frases huecas... No. Es que es tan apacible, tan risueño, tan como de la casa, que nadie se imagina un Madrid, viejo o nuevo, que no esté cruzado por esas agüitas vacilantes, que reflejan malamente las torres del Palacio Real y los verdes de la Casa de Campo.

*Entre los infaltables melenudos.*

Los existencialistas franceses están muy contentos con el Deux Magots, el Mabillon, La Martiniquoise, el Royal, el Café de Flore, La Coupole. Los berlineses no hallan qué hacer con la Eierschale (la cáscara de huevo), que tiene más melenudos y más mal olor que to-

dos los cafetuchos de la Rive Gauche. Los norteamericanos tienen su Greenwich Village, con italianos de opereta, niñas tuberculosas y futuros genios con *collier*.

Madrid tiene también su "Boul Miche" en miniatura. En La Gran Tasca, La Tasquilla de Enfrente, Jimmy, Whisky a Gogó, etc. Hay un pequeño oasis de lo que viene del lado del Sena y que quiere probar el agua del Manzanares. En las noches hay que cortar el aire con cuchillo y recibirse oficialmente de equilibrista para llegar a una mesa. ¿Qué hay? De todo; pero antes de nada, un personaje que ya se ha hecho universal: la pálida muchachita de los cabellos largos que canta viejas canciones de la Greco a media voz. O el joven poeta que comienza a caminar entre las cosas de Cocteau. O el que ensaya una pieza de jazz ante el piano.

Pero antes que nada, una atmósfera de intimidad que no da el restaurante a toda luz de la vecina Gran Vía ni las tascas de cochinillos y jamón serrano a la vista y al portador.

No. Aquí hay la luz justa para que uno salga con la misma persona que entró. Esa media luz que dan los foquitos pequeños y vacilantes que invitan a la confidencia. Y a la declaración.

Aquí nadie se ruboriza de leer unos versos más malos que Judas y ensayar una canción con menos voz que una vieja vacilante de ochenta años. Todo se hace en la semiobscuridad en que hasta los pecados mortales parecen veniales.

Yo me he pasado horas mirando y tomando un poco. Esto es igual que en París y en Berlín, pero tiene una ligera nota española. Es otra España que bien poco tiene que ver con la que camina en la calle. Es una juventud que está estirándose rápidamente los pantalones y subiéndose la falda. No es la clásica peña donde se reúnen los escritores jóvenes a hablar de su eterna próxima novela. No. Aquí se ensaya una postura distinta y se camina por otra vía. Yo les diría a los turistas que se descuelgan año tras año por España que salieran un poco de las luces centrales, doblaran a la derecha y se internaran por estas callecitas laterales, con sus cafés y sus boîtes inolvidables.

Le conocerían otra cara a Madrid.

*Los mismos viajeros* standard.

Y ya que hablamos de turistas. Todos son iguales. Los que vienen de Alemania o de Francia. Las gringas flacas de Chicago y los "tanos" habladores de Roma. Tienen una cámara fotográfica, unos cuantos dólares, una chaqueta a rayas, una gorrita bastante ridícula, una guía y unas ganas terribles de ver "color local".

En España, el color local son los toros y los restaurantes típicos. Además, las cosas viejas. Mientras más viejas, mejor. En Madrid se

lanzan al asalto de Botín, de Villa Rosa, del Mesón de San Javier, de las Cuevas, de Luis Candelas y de los negocios chorreantes de color que salen de la Plaza Mayor.

Y allí quieren ver manolas, toreros con trajes de luces, cantaores de cante jondo y varias cositas más que traen aprendidas previamente desde su tierra.

No les interesan el olor fuerte de España, los cocimientos riquísimos que queman el estómago poco ensayado, los mostos que hacen balancearse después de la cuarta copa, ese gusto de esta gente por la comida bien sazonada y con una pericia que tiene siglos. No ven al viejecito que atiende y que tiene más grandeza para atender al extraño que todos los mozos de los hoteles de lujo, que son iguales en todas partes del mundo. No comen a la española, con vinos españoles y en ambiente español. Cometen un error de partida. Andan entre ellos, hablan su propia lengua y miran como cosa rara, curiosa y pintoresca lo que les presenta España espontáneamente y sin proponérselo.

Y ahí está lo malo. A un pueblo hay que verlo en su salsa, España, no la de "Sangre y Arena" ni de los novelones por entrega sobre Sevilla. Ni los carteles de la Semana Santa, con sus encapuchados. Eso "también" es, pero sólo una parte.

Para comer bien hay que entrar al viejo negocito sin mayor fama, con gente pobre que bebe silenciosamente. O en los cafés donde se habla a gritos. Y antes que nada, en la calle, donde está el verdadero Madrid. Y que, además, es totalmente gratis.

Por eso, cuando agarra un país, París es inolvidable sin un franco. Y Roma vale por sus bosques de cuadros y no por los cafés de Via Veneto.

Madrid es igual. Yo llevo quince días, y me he entretenido más con el camarero del Laurel de Baco, frente al Ministerio del Aire, que es amigo personal del actual Presidente de Venezuela; con una muchachita que vendía billetes de lotería en la calle y con algunos amigos de una noche en el Gijón, que con todos los guías oficiales y los restaurantes de los hoteles de lujo.

*Nostalgia del otro costado del mar.*

Y ahora veamos un poco lo que hace la gente del otro lado del Atlántico que viene a recalar en España para darle un vistazo a la madre patria. En el Puerto Rico, de José Antonio, se come arroz con frijolitos negros y se canta música, lógicamente, portorriqueña. Los argentinos llegan hasta el Rancho de Tranquilino, de la calle Jardines con Peligros, y los chilenos nos hemos tomado por asalto La Posada del Mar.

Allí se habla hasta que vuela la última peseta y se apaga definitivamente la palabra nostalgia.

Claro que las gentes que andan por la calle hablan la misma lengua, tienen abuelos comunes; pero falta esa ligera nota, ese aire especial, ese tonito que sólo descubre el de acá, que hace que los nietos sean parecidos, pero distintos a la abuela. Si usted quiere ver cómo son y qué hacen los americanos a esa hora de las nueve en Madrid, dése una rápida vuelta por los sitios que le indico y écheles un vistazo...

*Cigarrillos de a uno.*

Hay dos cosas que saltan a la vista apenas se llega a Madrid, y que seguramente no llaman la atención en lo más mínimo a los habitantes de la ciudad. Son los cigarrillos vendidos de a uno y el café con leche que se toma con fruición a toda hora.

Unicamente en Roma he visto a los viejos vendiendo los tabacos por unidad, y en Buenos Aires, a los porteños haciendo cola para tomar "Feca con chele". Uno está acostumbrado a que el paquete (o la "cajetilla", como decimos por otros lados) se venda íntegro. Ese cigarrillo solitario que se estira en la mano de madera vieja del anciano que lo ofrece en la esquina, es una solución bastante cómoda para el que no lleva los billetes justos en el bolsillo. Es el cigarrillo único para satisfacer el capricho del momento. En cuanto al café con leche, me parece una artimaña para quitarle al quemante líquido negro su ferocidad primitiva. En mi país lo tomamos al desayuno o en la tarde, a la hora de "las once", que es una especie de *five o'clock tea,* pero con menos estiramiento. Una taza de café solo, rápida, negra, tinta, es para pasar la soledad y matar un poco el tiempo. El café con leche, que me dejó con un palmo de narices la primera vez que salí a la calle, tiene una apariencia casi moralizante. Parece que quiere prolongar un poco el ambiente familiar y estirarlo hasta el negocio callejero. Y la primera vez que fumé ese cigarrillo solo como la campanada de la una, como dice el poeta, y me quemé la garganta con el café con leche, me di cuenta de que me había colado por otra de las puertas que tiene España para que la conozcan de a poco.

A pequeños sorbos, como el café mismo.

*Esto es único: la hora de comer.*

Que no se enojen los amigos de España, pero la cosa que más nos choca a la llegada es el horario de la comida. Allá, en América, se come a la una y se cena a las diez. Aquí se come a las tres de la tarde y se cena pasadas las once. Y hasta las doce, de vez en cuando.

Y, lógicamente, al estómago, por viajado que sea, no se le puede explicar que se está junto a los Pirineos y no junto a los Andes.

El primer día me invitaron a almorzar, como decimos allá, y llegué, naturalmente, a la una, creyendo que estaba atrasado. Tuve que esperar al dueño de casa, que arribó tan tranquilo a las dos y media de la tarde, y que quedó espantado al saber que lo aguardaba hacía una hora y media... Claro que a todo se acostumbra uno... Salvo a la comida china, que todavía no me entra...

Ahora recién sé que hay que hacer equilibrios y dibujos antes de las tres de la tarde y gastar zapatos caminando por la calle, hasta que den las dos en el reloj de Correos.

*Y la horita de trabajar.*

Y la comida tiene que ver con la oficina. He llamado veinte veces, por teléfono, a las nueve de la mañana... ¡Ingenuo!... No había llegado ni el portero. Y cuando logré atrapar al sujeto que necesitaba con urgencia eran más de las once. Allá saltamos de la cama a las ocho, y a las nueve ya estamos frente a la máquina. No hablo por supuesto de los periodistas, que somos pájaros nocturnos y que no tenemos hora para nada, sino de la gente corriente. Un día llegué a las tres a una oficina. Afuera llovía como en los buenos y bíblicos días del Diluvio. Tuve que esperar más de una hora y media en un café, devorando media docena de diarios, hasta que asomó mi amiguito.

¡En fin!... Vamos andando. En Estados Unidos tenía media hora justa para charlar con los amigos que trabajaban en el Consulado, mientras se comían en tiempo *record* unos espantosos *sandwiches* de jamón. Sólo a los veinte días de vivir a la sombra de los rascacielos me comenzaron a entrar las costumbres alimenticias de los sobrinos del Tío Sam...

Y con ello, las horas de oficina, que son más secas que en un cuartel, y la salida, que es más violenta y fulminante que un bombardeo nocturno.

Lo mismo sobre España se lo he oído cien veces a los franceses e ingleses que llegan por primera vez a estos lados. Les gusta todo, pero necesitan hacer un curso especial para ponerse a tono con la manera de comer y de trabajar de los españoles.

*"Vuelva mañana".*

Y una cosa más. O, más bien dicho, un palo amistoso más. La frasecita "vuelva mañana". Eso es también nuestro. Y de Buenos Aires, ¡para qué hablamos! El yanqui dice: "Mañana a tal hora exacta". Los ingleses no esperan jamás: máximo, cinco minutos. En España, como

en América, no hay prisa. ¿Para qué? . . . Lo que se hace ahora se puede hacer igual mañana, y mañana se transforma en un nuevo mañana, y así sucesivamente.

Para mí, que vengo de un país en que el mañana forma parte de la vida y de la manera misma de ser nacional, no me inquieta en lo más mínimo.

*Una guarnición . . . vegetal.*

El primer día que el camarero me dijo: "¿Con qué quiere el bistec? ¿Con guarnición o qué?", casi me caí sentado. Guarnición en América, en general, suena a cuartel, a fusil y a guardia. Tiene un tono seco, al que lo único que le falta es el uniforme. O en todo caso, nada que tenga que ver, ni de lejos ni de cerca, con la comida.

Pepe —que así se llama el viejecito que trabaja en el Segoviano— tuvo que darme una larga conferencia sobre el sentido alimenticio que tenía la famosa palabrita, que allá está pidiendo a gritos una diana y un par de taconazos.

*Hablando pan, pan, y vino, vino.*

Iba a hablar de la impresión que me dejó la placita que hay frente a la casa que fue del cardenal Cisneros y de la calle Mayor, la de las Bringas, la de Toledo y de los mil vericuetos del Madrid viejo, pero creo que es infinitamente más interesante que les hable un poco de cómo los encuentro a ustedes, a los habitantes de esta ciudad encantadora que se llama Madrid. Y que conste que no pienso lustrarles los botines ni decirles algunos piropos más gastados y viejos que el mundo.

Antes que nada son alegres. Este es el país más alegre que haya conocido, salvo los cubanos, que por algo son, más que nietos, hijos inmediatos de España. Los chilenos somos más reservados y más serios. Los argentinos, más protocolares. Los mexicanos, más o tan exaltados como los de acá. Los alemanes, más formales y detallistas. Los americanos del frente (o sea, del Norte) viven más de la cosa material que de lo que salta más allá del dólar. Un *frigidaire* nuevo o un nuevo tipo de Ford puede hacer temblar de gusto o de ansiedad a un yanqui y jamás alterará el ritmo general de la gente de estos lados. Una tienda de Nueva York en días de liquidación es una batalla campal peor que las que se ven en "Lo que el Viento se Llevó". Una conversación en un bar, en cambio, languidece a los cinco minutos, y generalmente el tema central es un negocio. Los buenos franceses que tenemos al lado tienen una seriedad externa, detrás de la cual existe una mente lúcida y en guardia que juega con las ideas como si fueran dados. Los ingleses tienen el sentido de la forma y del protocolo. Pue-

den cortarle la cabeza a un rey, pero con la más estricta buena educación.

*Carcajada y mueca.*

Y sin embargo, a pesar de la alegría que chorrea en plena calle, en los toros y los partidos de fútbol, son ustedes un pueblo trágico: terriblemente trágico y amigo de la muerte. Sólo aquí se podía haber inventado la frase "¡Viva la muerte!", que creo que es de la Legión. Y de los anarquistas y de la gente que se juega la vida por quítame allá estas pajas.

Esto se ve en la fiesta máxima que se gastan ustedes: el toreo. Esa especie de ballet de sangre entre el hombre y la bestia tenía que nacer aquí. Ese machismo y desprecio a la muerte no podían haber existido jamás en los Estados Unidos, donde dos boxeadores se matan en el *ring,* o en su partido de rugby, en que lo único que falta es que se fusile a la mitad de los jugadores por la otra mitad. Ni en la nebulosa Inglaterra, en que habría habido cien sociedades de señoras mayores de sesenta años que, paraguas en mano, habrían desfilado por Hyde Park pidiendo la cabeza de los "salvajes".

Ni en la Francia excesivamente académica y universitaria. No. Tenía que nacer en el país que tuvo la Conquista y le puso las peras a cuatro a Napoleón.

Y esto no es piropo. Conozco cien paisanos de mi continente que han salido con el estómago en la mano después de ver una mala corrida, en que el pobre bicho murió calladamente, como una beata de aldea. En México vi a un recio ganadero argentino que se conocía hasta la última pezuña de las reses de su estancia, que salió vomitando de una plaza al ver una humilde y despreciable gotita de sangre.

Mi caso es distinto. A mí me gusta el toreo y no me gusta el box. La lucha entre el bicho y el espada tiene una fuerza dramática que iba a recoger admirablemente el canoso Hemingway en "Muerte al Atardecer". La misma que la pintura ha estampado en manchones eternos.

Eso personalmente me gusta a mí como a otros les carga. Pero eso sirve de punto de referencia para entender la manera de ser y de vivir de un pueblo.

Cuando uno lee los relatos de la Guerra Civil Española, recién comienza a explicarse muchas cosas...

*El Prado.*

Y ahora, ¡sacarse el sombrero!, que vamos a entrar al Prado, que es la mejor pinacoteca del mundo, les guste o no al Louvre, a la

National Gallery, a la Tate Gallery de Londres, a los Uffizi de Florencia, al Vaticano o a la Melor Gallery de Washington.

El Prado es una pequeña casa roja y sencilla, de tres pisos, que está junto a los Jerónimos de Madrid y que va puntualmente a misa los domingos, a la iglesia en que se casó Alfonso XIII.

Antes que nada Goya, el padre de la pintura negra española que jugó con la muerte y con la vida con una facilidad única; Goya el de los "Caprichos", de los frailes glotones, de las beatas monstruosas, de las brujas, de las manolas sensuales y de los Cristos femeninos y transparentes; Goya el padre del negro, del sudario y de la muerte.

Y surge Velázquez con su *Meninas-party,* que es el mejor *cocktail* familiar de la pintura mundial. Y su selva de lanzas de Breda. Y su Felipe IV galopando en el caballo más insolente de la historia de la pintura.

Y entonces viene Murillo con su cortejo de vírgenes pálidas y dulces saltando de Judea al Cielo, como quien va a la esquina. Y Zurbarán y sus mendigos. Y Rubens, tan rosado y tierno como si fuera de mazapán. Y antes que nada, la esquelética imagen del Greco, que nos trae de la mano —una mano verdosa y con olor a cadáver— a todos los santos, los Cristos y los caballeros de golilla que hubo en España en el siglo XVII. El Greco que vuela hacia el Cielo a cada minuto y hace volar a sus personajes transparentes y exangües con sus venas llenas de sangre y no de pintura que pueblan el momento más español que haya vivido España.

Aquí en el Prado está la zona de los santos locos, los apóstoles enfermos, los Cristos fantasmales, los conquistadores sombríos, las reinas con amantes, los enanos, las damas de condición —como diría Benavente—, y antes que nada un batallón de rostros de vírgenes y madonas que no está hecho para ese pequeño rebaño, militarmente dirigido por un guía, que se llaman los turistas.

Si un día no quedara nada de Madrid, la humanidad buscaría con una linterna en la mano este pequeño territorio intocable y único que son las rojas paredes del Prado.

¡Y a sus habitantes!

*El Valle de los Caídos.*

Me carga hablar de política, pero voy a hablar del Valle de los Caídos, que queda a una hora escasa de Madrid, en plena Sierra. No sé si lo hicieron los presos políticos o los condenados a trabajos forzados. Lo importante es la impresión que produce.

Una cruz en medio del viento. Una cruz en que hay que subir en ascensor para ir a ver a Dios. Al pie hay cuatro evangelistas inmensos como pequeños gigantes de piedra.

Yo me fumé un pitillo tranquilamente sentado en una falange de la mano derecha de Isaías.

Y subí los treinta y tantos escalones para entrar a la Basílica.

Afuera el viento parecía de hierro y unas nubes pesadas y solemnes que llamaban a gritos al Greco. Frío. Viento. Niebla. Soledad.

Se entra a la iglesia tallada en la roca viva como quien baja al fondo de la tierra.

Cada cual es un pequeño Dante en miniatura.

Yo no sé si éste es el Infierno, el Cielo o el Purgatorio. Lo único que sé es que se entra en la penumbra entre inmensos ángeles de piedra con grandes espadas de bronce que vigilan la obscuridad.

Y se cruza en medio de la música. De graves notas religiosas que inundan como una especie de inmensa mancha líquida estas butacas vacías y estas naves solitarias.

Aquí están los muertos. Aquí están los caídos. Los caídos de ambos lados. Los huesos que se odiaron a muerte en vida y que ahora los reúne un común cielo de piedra. Muertos de derecha y de izquierda. Anarquistas y falangistas. Comunistas y monarquistas. Gente de camisa azul y de pañuelo rojo.

Si en el Escorial hay muertos reales con corona y todo, aquí hay muertos humildes que treparon desde el fondo de la tierra para llegar a la placa anónima y al humilde ramito de flores.

En el centro está José Antonio bajo una corona de hojas de robles que le acaban de colocar los ex combatientes de la Legión Cóndor.

Son unos alemanes que han venido de muy lejos a rendirle homenaje al sombrío y solitario jefe de la Falange.

Ellos no tienen Führer. Ellos buscan un Führer. El otro quedó enterrado para siempre en el lejano Bunker de Berlín.

Y han caminado muchos kilómetros para venir a dejar esta inmensa corona.

Un crucifijo increíblemente delgado y sencillo, de madera natural y sin engastes de plata o de oro, cuelga de la cúpula...

Hay unas beatas orando. Hay unos viejos llorando. Hay unos frailes cantando. Otros dirán la parte política de este Valle que recuerda las pirámides de Egipto y las construcciones de los faraones, que debían durar miles de años.

Yo me limito a decir lo que sentí en este "Pudridero" de la Guerra Civil Española con la muerte a los lados y al alcance de la mano. Una muerte española sin la golilla del Escorial, ni la mano en el pecho de don Juan de Austria, pero tan profunda y tan honda como la otra.

No. No se puede venir como turista a escuchar las notas solemnes de este órgano que sale de la Basílica, corre entre las piedras, brinca entre las rocas y se vuelca sobre el valle que nos espera, ceñudo y gris a la salida. Valía la pena tocar un poco la mano esquelética

de la muerte entre estos muros en que la sangre parece seca y coagulada.

Esto es más que la novela, la canción, el recuerdo y la fría estadística. Esto, más que a muerte, huele a España. A una España que en pleno siglo XX muestra el mismo perfil y la misma sombría decisión de los grandes días de la Conquista, de la Inquisición, de los reyes locos y los pintores geniales.

Necesitamos salir al aire.

Y afuera nos espera la Sierra cubierta de pinos, la enorme cruz metiéndose con el cielo y con los ángeles, los valles lejanos y al fondo la cicatriz ardiente de Madrid.

Y nos vamos un poco de luto, sin querer...

*Los azules de Sorolla.*

Sorolla tiene su museo en Madrid. Y no es para menos. Nadie ha tratado el mar como Sorolla. Me acuerdo de que cuando era chico iba a la Biblioteca Nacional de Santiago a ver unos muchachos pintados por él, que se tostaban junto al mar. Pocos pintores en el mundo han tenido mayor riqueza para captar el color. Y para verterlo a chorros en la tela. Tenía la misma pasta de Blasco Ibáñez para inundar el cuadro de una riqueza fabulosa, detrás de la cual latía el Mediterráneo. Si Rusiñol buscaba en el Retiro o en los jardines andaluces todos los matices del verde, Sorolla ha agotado todos los azules. ¡Qué pobres quedan a su lado algunos marinistas de fama mundial que he visto en los museos de Inglaterra o de Estados Unidos, o en cursísimas casas particulares!

Sorolla es el color, y DON COLOR. Se le nota la alegría de pintar y de vivir al mover los pinceles sobre la tela. Sus olas, su espuma, sus cielos, sus charcos de luz, tienen la misma fanática voluptuosidad de las descripciones del campo valenciano que nos hace don Vicente en "Cañas y Barro" y "Arroz y Tartana". Se nota la jocundia de mover la pintura y extenderla golosamente sobre el lienzo. Una pintura que casi parece alimento y que dan ganas de mascar. O de pasarle la lengua.

He visto, en la que fue su casa de la calle General Martínez Campos, sus muchachos junto al agua; sus atardeceres, sus caballos recién salidos del agua, sus rocas, sus bañistas, sus desnudos, y creo que por primera vez he visto y sentido el verdadero mar. El de Valéry en "Cementerio marino" y el de Neruda en "El fantasma del buque de carga".

No el mar manoseado y arreglado que viene saliendo de la peluquería, sino el chorreante y fuerte que viene saliendo de las manos de Dios. Porque no hablemos de la técnica de Sorolla, ni de si sus

cuadros tienen mensaje o no. O de si tiene algo que hacer en el mundo de Miró, de Dalí y de Picasso, para citar únicamente a españoles. O de Gutiérrez Solana, que le queda más cerca. No.

Yo quiero hablar únicamente de la sensación física que me dejó un par de horas en la penumbra de su museo hace poco tiempo.

Y hasta la palabra penumbra está de más. Porque la luz de Sorolla se sale de la tela e inunda la estancia en que se encuentran los cuadros. Por decirlo así, ilumina lo que toca. Es una especie de Rey Midas de la pintura. Nadie ha tratado esos azules alegres como él. El azul, por definición, es un color grave y casi metafísico. Es un color triste que habla del atardecer y de la soledad del mar. Azules son el cielo y el agua. Azul es la melancolía. Pero el azul del maestro es un azul distinto. Un azul suave, amable, dulce, amistoso. Un azul que habla de la vida y no de la lenta agonía.

Sorolla, al pintar sus muchachos pobres y desnudos, quiso gozar con el contraste entre la carne quemada, la espuma y el agua. Es decir, el ocre, el blanco y el azul. Y lo consiguió como nadie. Claro que es un pintor fácil, que pinta su cuadro y se va. No deja grandes discusiones detrás de sí, pero deja unos colores inolvidables. Eso es lo que se siente ante esos caballos tan felices, esos niños tan jubilosos, ese mar tan puro y tan de verano.

Porque eso es lo que pasa con Sorolla. Que no hay necesidad de llegar hasta la Sierra o a la Costa Brava para sentir el sol y tocar el agua. Se veranea sólo con mirar sus cuadros.

*La "esquina de la revolución".*

Cerca de la casa en que yo vivía, a una cuadra y media justa, está la "esquina de la revolución". Por lo menos yo la llamo así. Porque fue en Velázquez con Maldonado donde nació la Guerra Civil Española.

Allí vivía, hasta el trágico 13 de julio de 1936, José Calvo Sotelo, jefe de la derecha española y líder parlamentario de la oposición. Dos días antes, la derecha había despachado al teniente Castillo, de las tropas de asalto republicanas, y la sangre andaba en el aire. Se la sentía, se la palpaba, se la podía ver moverse casi bajo el cielo de Madrid. La guerra iba a venir de todas maneras. Los odios habían llegado por lado y lado al clímax justo. Faltaba, únicamente, la chispa. Hubo dos muertes: la de Castillo, primero, y la de Calvo Sotelo, después.

A los tres días ardía toda la Península. Es decir, que dos cadáveres —uno de cada lado— iban a traer un millón de muertos, cientos de miles de exilados, de heridos, de lisiados, de luto y sangre, a través de tres terribles años. Ahora hay allí una placa que dice: "De este recinto fue sacado la madrugada del 13 de julio..." Era en julio. Pleno

verano. Y verano en Madrid en que transpiran hasta las románticas palomas. Clima de fuego. Con la gente odiándose de la mañana a la noche. Con tiros en la calle. Con baladronadas sangrientas en las Cortes. Con entierros terminados a balazos. Con socialistas, comunistas y falangistas armados. Con la guerra civil en el aire. Con Franco conspirando. Con Sanjurjo preparando el golpe. Con José Antonio en la cárcel. Con Mola, Yagüe y Varela poniéndose la guerrera. Con cientos de pistolas engrasándose rápidamente. La Pasionaria había dicho en plenas Cortes, refiriéndose a Calvo Sotelo: "Ese hombre habla por última vez". Y habló por última vez. Lo llamaron a las dos de la mañana; se lo llevaron a través de las calles solitarias, y le pegaron un balazo en la nuca. A los tres días ardía España entera. Claro que fue únicamente la gota que rebasa el vaso.

Y vinieron la guerra y la hecatombe. Y el millón de muertos. Y las viejas de luto. Y el país arrasado.

Todo está escrito en los muros impasibles de la casa de tres pisos de la calle Velázquez con Maldonado, que tienen ahora una calma y una serenidad burocráticas, pero que una noche lejana fueron la esquina de la que salió, perfecta y trágicamente armada, la guerra civil más salvaje que ha tenido Europa.

*La selva de piedra de Gaudí.*

Gaudí tiene fama en la actualidad de ser uno de los arquitectos más geniales y más raros del mundo. Trabajó exclusivamente con la piedra y su telón de fondo fue Barcelona. En una rambla, encuentro una casa que marea. Da la sensación exacta de que fuera a caer a la calle. Pero no cae. Vacila y se mueve ante la vista del profano, pero se mantiene en pie. Es un juego de la fantasía y de la lógica. Y gana la fantasía. Gaudí era un poeta. Más que un poeta, un soñador. Quería crear una atmósfera de cuento y de novela. O entrar al mundo del sueño.

Y entró. Su "Sagrada Familia", la obra más definitiva que salió de sus manos, es la catedral más notable y original que hay en el mundo. Tiene la majestad de Notre-Dame, la gracia de Chartres y la fuerza de la de Colonia, pero es otra cosa. Definitivamente, otra cosa. Es un mundo que acaba de nacer. Que no está listo ni acabado. Que se mueve aún como la arcilla recién trabajada a la que se le nota la presión de las manos del autor.

En una palabra, no está hecha. Le falta algo que el espectador casi inventa por su cuenta. Esas torres gordas y lentas, esa piedra a medio trabajar, dan la sensación del mundo creado por Dios, pero no terminado por El. Es un poco el "Moisés" de Miguel Angel, antes de la palabra definitiva *"Parla!"*

Esto no "parla" aún. Está en tránsito. Mirarla es casi inventarle nuevas torres, nuevos huecos, masas que aún no están y que el autor se las dejó en los ojos y en las manos a la gente que la viera con los años y con los siglos.

Aquí la piedra gotea, está medio hecha, tiene la lentitud y la tibieza de lo que se deja un momento para terminarlo algún día...

Y el "algún día" no llegó. No llegará jamás. Está ahí en medio del cielo radiante de Barcelona, a medio camino, con la sensación del crío que aún no habla y que no sabe mamar todavía.

Gaudí desapareció hace más de veinte años. En su tiempo se le trató de loco. Niemayer, el padre del edificio de la NU y de la mayoría de las obras de Brasilia, la nueva capital carioca, lo ha llamado genial. Según Lecorbusier, es el UNICO gran arquitecto de los últimos tiempos. En estos momentos funciona una Sociedad de Amigos de Gaudí. Habrá un congreso internacional en breve en la misma Barcelona del arquitecto en que se estudiará línea a línea cada uno de sus planos. Los turistas se detienen sobrecogidos ante estas piedras que hablan. O que piensan. O que hacen pensar...

Para mí fue la revelación de las revelaciones. Esta arquitectura no es amable ni conciliadora. No entrega nada ni explica nada. No es fácil. Es única. Es sólo de Gaudí. Esas torres goteantes son hermanas de los "Caprichos" de Goya y de los desvaríos sonámbulos del Greco.

Son definitivamente españolas, en una palabra.

*"Pueblo Español".*

Yo había estado hace dos años, a la salida de Los Angeles, en Disneylandia.

Ahora me toca llegar al "Pueblo Español", que es una de las maravillas más grandes que tiene España.

¿Por qué será casi desconocida? De cien españoles, ochenta y cinco no han montado jamás a la colina que cierra el puerto de Barcelona y que contiene el mejor resumen que se haya visto hasta la fecha de la Península.

Porque no se trata de hacer una obra en miniatura más o menos a la yanqui para uso de los amigos turistas. No. Es la reproducción del mismo porte, exactamente igual de los lugares más típicos de España. Es como tener en Santiago la torre de San Francisco, el campanil de la Universidad de Concepción, la Plaza de Rancagua, un pedazo de cerro de Valparaíso, etc.

Aquí está toda España, y basta cruzar sus pesadas puertas y pagar diez pesetas para sentirse bajo una de las noventa y nueve torres de Avila, caminar por una calle de Toledo, estar en Sevilla en la callejuela de Arcos, escuchando cante jondo, llegar hasta una plaza de

Sigüenza, subir hacia Torremolinos, llegar a Granada, subir a Jerez, asomarse a Santiago de Compostela (con lluvia y todo) y terminar, finalmente, entrando a la Gran Vía, que está más parecida que la misma arteria de Madrid.

Todo está hecho con gusto único. La puerta de madera, que evoca los buenos tiempos de Carlos V, es de madera. La piedra de esa torre, de los buenos tiempos en que los moros andaban como locos por España, es de piedra. O por lo menos da la impresión de serlo. La calle de los Arcos de Sevilla, en el barrio de Santa Cruz, de un blanco que hace estallar los ojos, es exactamente la misma por la cual se culebrea para llegar a la Plaza de Doña Elvira, y casi asoma a lo lejos la fina torre de la Giralda que sostiene todo el paisaje de Andalucía. Además se trabaja como en los lugares auténticos. Se bordan con oro las espadas de Toledo, surgen las colinas de cacharros de greda, se amontonan los botijos, trabajan ágilmente las manos de las artesanas en los tejidos, surgen las maravillas de la alfarería y, por último, si usted tiene sed y quiere tomarse un buen Moriles seco, no tiene más que llegar hasta la tasca respectiva y pedírselo a la morena muchacha que atiende con más naturalidad que si lo hiciera en su pueblo.

Esto tiene más rango y más "solera" que Disneylandia. Tiene más historia. Y algo así como quince siglos más de tradición.

Entrar a "Pueblo Español" es viajar en dos horas de Gibraltar a los Pirineos. Y de Vigo a la Costa Brava. Y sólo por diez pesetas. No se puede negar que es una bicoca...

*Las Meninas... de Picasso.*

Lo único que le faltaba a Picasso, que actualmente trabaja en su casa de la Costa Azul, donde lo veremos en breve, era meterse con Velázquez. Dalí ya había pintado una "Ultima Cena", que es una maravilla tan grande como lo más grande del Renacimiento. Y la gente grave, que nunca falta, había puesto dramáticamente el grito en el cielo.

Ahora don Pablo, que acaba de legar su obra al Estado español, a pesar de que ya sabemos que sus simpatías políticas no están con Franco, sino con el P. C., acaba de pintar unas Meninas que han levantado temporal en tiempo *record*.

Y no es para menos. Picasso ha estudiado a fondo el gigantesco cuadro del Prado y ha llegado a la conclusión de que la maravilla de Velázquez fue tratarlo en profundidad y no en extensión. En una palabra, que interesa más el fondo que el primer plano. Y que el eje de la tela es el pintor mismo y no el visitante que está asomado por la puerta.

Y paleta en mano ha hecho la radiografía del cuadro. Es una

especie de geniales rayos X que iluminan a las Meninas con una luz distinta. Y, por lo tanto, está todo casi fotográficamente tratado, pero de "otro" modo. Un modo en que ha hecho la síntesis dramática de lo esencial de la tela, prescindiendo del detalle accesorio.

Las Meninas básicas de la tela de Picasso son únicamente los resúmenes de las muchachas. Y le basta un par de manchas para trazar sus imágenes rechonchas y casi caricaturescas ante la vista del espectador. No es una Menina de Velázquez. Es LA Menina de Velázquez, pero vista por el ojo de Picasso. El que ve la tela tiene la imagen instantánea de lo que trató de decir Velázquez, más de lo que dijo Picasso. Ha calado a fondo y ha encontrado la huella básica sin tomar en cuenta el desarrollo de la idea del pintor de Felipe IV, hasta llegar a la punta de los pinceles.

La técnica es totalmente distinta a Dalí, que hace pintura académica y fotográfica al servicio de una idea nueva. No. Aquí hay copia e interpretación al mismo tiempo, pero con técnica picassiana, en la cual lo que trató de decir Velázquez en el cuadro del Prado es sólo un punto de referencia sin mayor importancia.

En una palabra, lo que ha hecho don Pablo es decir lo siguiente: "Esto no son las Meninas clásicas tal como ustedes las ven en la penumbra del Prado, sino lo que un genio trató de decir, entendidas —y entendidas y sentidas para siempre— por otro genio".

*La única estatua al Diablo.*

He visto estatuas raras en mi vida. En México vi la dedicada al caballo, que fue el mejor aliado de la revolución. En Lima, cerca del Callao, la que se ha dedicado a los accidentes del automovilismo y que exhibe un auto auténtico con la amable invitación: "No maneje como un loco, o terminará en el cementerio". En Montevideo, la estatua a la carreta, que fue la mejor amiga en los días de la colonización. En Punta Arenas, un homenaje cálido y emocionante a la oveja, que fue la más fiel y leal amiga en la conquista de los campos yermos.

Finalmente, en Madrid he encontrado la única estatua que hay al Diablo en el mundo... ¿Qué me dice usted? En la España ultracatólica y llena de curas, de obispos y arzobispos, una estatua al Príncipe de las Tinieblas, que adorna una de las avenidas centrales del Retiro. Se ve al amigo Satanás, de pie, mirando indignado hacia arriba. O sea, hacia el Cielo y hacia Dios. La base de la pintoresca estatua está adornada de una serie de diablos pequeños y de menor cuantía. Como quien dice un diablo grande entre diablos chicos. La gente no conoce mucho el dato, y cuando el guía del infaltable autocar dice la frase: "Esta es la UNICA estatua al Diablo que hay en el mundo", los turistas se santiguan y se golpean católicamente el pecho.

Porque en realidad es notable que en la catoliquísima España de Franco, en pleno corazón de Madrid, rodeado de niños amables que juegan bajo el sol, con un telón de fondo de místicas torres de iglesia que sostienen el cielo de otoño, sea, precisamente, el Diablo la estatua más célebre del Retiro. Ya no se trata sólo del general Martínez Campos, de Alfonso XII, de Mesonero Romanos ni de los hermanos Alvarez Quintero, lo que forma el decorado de la mancha verde más estupenda de Madrid, sino de Satanás, el que mira crecer las rosas del Rosedal y ve deslizarse las piraguas y los botes de la laguna.

Si esto estuviera en Moscú, en Pekín o en otro punto, no tendría nada de extraño, pero en Madrid..., en el Madrid de las mil iglesias, en el catoliquísimo Madrid de la Semana Santa con penitentes que sangran al pasar con las imágenes sagradas, resulta bastante extraño.

Yo creo que este capítulo no estaba escrito. Nadie nunca, en ningún país del mundo, me había hablado de ello. Ripley no lo consiguió en su célebre sección "Increíble, pero cierto". Para mí fue una revelación. Y una revelación sensacional y única. Caminar por el Retiro en busca de un poco de calma en medio de una ciudad de más de dos millones de habitantes, y encontrarme, entre cuatro críos y dos *nurses,* nada menos que al Diablo, creo que no pasa todos los días.

*La luz del otoño.*

Ya me habían hablado de él. Para abril, Portugal o las márgenes del Sena. Para invierno, las calles de Nueva York bajo la luz de los rascacielos. Para otoños románticos, una sola ciudad en el mundo: Madrid.

Porque Madrid tiene "solera" hasta para el tiempo. El verano es tórrido, y los pobres periodistas empapamos varias camisas para mandar los despachos desde la capital de la corte. El invierno pela y, según reza la clásica frase, "mata a un cristiano, pero no apaga un candil". La primavera avanza con temor a través de las hojas del calendario y les sube brevemente las faldas a las chicas de la calle Serrano. Todas las estaciones, en una palabra, tienen una técnica un poco improvisada y poco segura. Se le ve la falta de entrenamiento y de ensayo. Unicamente el otoño sabe lo que hace.

Y cómo lo hace.

El otoño caminando por General Mola o por Velázquez, asomándose a la Ciudad Universitaria, echando una mirada desde el Edificio España, en la plaza del mismo nombre; caminando por las avenidas solitarias del Retiro, es único en el mundo. Aquí hacen falta Lamartine y el viejito Chateaubriand para cantarlo. O Neruda para que ponga sus terribles gotas de genio. O la paleta de Cézanne para que se empape en estos amarillos lentos y espesos que crecen sobre la piel de

Castilla. El otoño no es la estación agónica ni precursora de los blancos deslumbrantes del invierno. Es la estación clásica, lenta y bien trabajada. Se le ven el método y la elegancia. Es como París. Esto no se improvisa. Nace con las ciudades, los paisajes y los hombres.

Claro que a veces cae un chaparrón, pero no para justificar el paraguas ni el impermeable, sino para cambiar ligeramente de aires y nada más.

Hay estornudos, toses, comienzo de catarros, cuentas de médicos, etc., pero el tono general de la estación otoñal es de una dulzura prodigiosa. Las muchachas no sacan aún las pieles ni caminan bajo una chalina de vaho. Aún se les pueden ver las piernas ágiles y bonitas saltando por la Gran Vía, y aún las parejas se besan en los parques. Al atardecer, en la Castellana y Recoletos se ven gringas rezagadas del verano que se besan con unos jóvenes que parecen tapas de "Life" o propaganda a la Coca-Cola.

Los árboles del Retiro adquieren una pátina única y los cisnes se mueven con una desdeñosa elegancia que pide unos versos rápidos del viejito Campoamor. No sé por qué echo de menos, cuando camino cerca de la calle Alfonso XII, a la doble sombra amiga de los Alvarez Quintero, o a don Juan Valera.

El otoño es una estación literaria y bien escrita. No está hecha para gente apresurada y nerviosa como somos los periodistas.

Para hablar del otoño, y sobre todo en Madrid, hay que escribir con guantes, usar melena y llevar chambergo.

Los mismos que he descolgado de la percha para garabatear estas líneas sobre las cuales cae románticamente la primera hoja amarilla...

*Las "tunas" estudiantiles.*

Los estudiantes yanquis tienen la "C" de Columbia. Y la "Y" de Yale. Los italianos usan unos sombreros terminados en punta que recuerdan a Robin Hood en los lejanos bosques de Inglaterra.

Los nuestros cargan alegremente contra los carabineros, hablan de política o llenan el Estadio Nacional para ver el fútbol.

Aquí en España existen las "tunas". Las "tunas" es una vieja costumbre que arranca de los apolillados días de la Edad Media y que se mantiene hasta hoy. En París, los estudiantes del "Boul Miche" saben que tienen un día al año que pueden entrar a todos los bares elegantes sin pagar un centavo, consumir hasta que se les antoje, saltar sobre los clientes burgueses, hacerles el amor a las millonarias herederas norteamericanas... y salir a la calle como si tal cosa.

En España el asunto es más romántico. La "tuna" es la banda no en el sentido gangsteril de Nueva York ni en el *teddy boy* de Londres. Es la pandilla juvenil y sana que canta en la calle, pela la pava, toca

la guitarra, se pasea por Alcalá y la Gran Vía y llega a los barrios bajos a dar una serenata.

La "tuna" es la biznieta de los grupos que caminaban hace diez siglos por las callejuelas de Avila o de Toledo bajo un cielo perfectamente medieval en que los santos casi caminaban por la calle. Son los hermanos de los estudiantes que se ven en la penumbra de los cuadros primitivistas del Prado. Son una juventud que no usa la pistola ni el estilete y no asusta a los tranquilos paseantes, siguiendo la técnica de sus hermanitos del diablo de la ciudad de la niebla. O los *tricheurs* de París. No. Es pura, sana y deportiva.

Y antes que nada es optimista. Nada de dramas negros ni vida cruel. Nada de niñas esqueléticas con la mirada quemada por la fiebre y los largos ayunos. Ni muchachos de *sweaters* transpirados y largas charlas sobre Sartre o la "nueva ola". No. Es juventud eterna que sabe cantar y que usa la tenida clásica de las largas cintas de colores y la guitarra a la bandolera. Los he visto en la calle Mayor, al pie de balcones que vieron pasar a don Alvaro Bazán y al cardenal Cisneros. O en la Cava Baja. O la Cava Alta, cerca del Arco de Cuchilleros. Son muchachos que cantan como nadie y que repiten ahora, en las calles de Madrid, las gracias y diabluras de los inolvidables muchachos de "La Casa de la Troya", de Pérez Lugín, con la única diferencia que el techo no es el cielo lluvioso de Santiago de Compostela, sino el cielo quemante de Madrid que nos brinda galantemente 36 grados a la sombra.

Ojalá que no los agarre el pistolerismo, ni el snobismo idiota que domina bajo el *fog* de Londres. Que siga pura e ingenua como hasta la fecha.

Y que de los labios descoloridos de una muchacha de la calle Bringas caiga un vacilante "Sí" a los pies de un muchacho enamorado...

*El fantasma de Alfonso XII.*

Esta es la ciudad más sentimental del mundo. Casi romántica y nostálgica. Le gusta mirar hacia el pasado como la bíblica mujer de Lot. Aquí está la prueba. Torcuato Luca de Tena, viejo conocido de los chilenos, autor de "¿Dónde vas, Alfonso XII?", que fue el éxito de teatro y de cine, acaba de estrenar en el Goya la segunda parte, que se llama "¿Dónde vas, triste de ti?". Una explicación previa. La canción que cantaba la gente en la calle a la muerte de Merceditas, decía:

*¿Dónde vas, Alfonso XII?*
*¿Dónde vas, triste de ti?*

*Voy en busca de Mercedes,*
*que ayer tarde no la vi.*

En la primera obra, que llevó al cine el argentino Amadori, tuvo el más resonante de los éxitos. Político y teatral. Presentaba la historia de España en los últimos años del penúltimo de los monarcas españoles, que fue uno de los más queridos. Alfonso XII fue un poco el príncipe romántico de la historia española. Se casó por amor con Merceditas de Montpensier (nieta de Luis Felipe), que murió joven, y su marido se casó de nuevo con María Cristina para morir a su vez antes de los treinta años. Como quien dice la historia y la novela en vida.

Torcuato tiene sentido del teatro. Y de la política. Es monárquico y sabe que hay gente de derecha que suspira todos los días (y varias veces al día) por tener un rey.

Actualmente, el Príncipe Juan Carlos está estudiando en una academia militar, preparándose para ocupar algún día el trono vacante de España. La táctica inteligente aconseja preparar el ánimo para que la gente vaya acostumbrándose a un monarca joven y romántico. Como el otro. Y, naturalmente, Alfonso XII se presta de modo admirable para ello. Además, está muerto, y bien presentado, con habilidad teatral, es la mejor proclama política que se puede lanzar en estos momentos.

El hecho es que la obra de teatro obtuvo el más resonante de los éxitos. Y la segunda parte lo mismo. El Goya estaba prácticamente repleto y la crítica fue unánime. Desde el "ABC" (lo que era obvio) hasta "Pueblo", que le dedicó sus mejores adjetivos.

"¿Dónde vas, triste de ti?" es el "Martín Rivas" de España. Tiene la tónica política, la reconstitución de una época inolvidable, tipos que existieron, fauna popular, música, canciones, etc. Además, provoca llanto y risas por partes iguales. España se ve un poco en estos actores que pueblan la escena del Goya y que ascienden, tome nota el lector, a más de ochenta.

El hecho es que la temporada teatral se inicia con un golpe auténtico. De taquilla, de crítica y de prestigio. El día del estreno, la sala estaba llena. Los días siguientes había que hacer cola tres horas para conseguir una modesta entrada.

Y Torcuato, viejo monarquista y hombre de teatro de auténtica garra, se ha anotado dos victorias por falta de una. Ha puesto en marcha los viejos fantasmas del pasado con claras y hábiles alusiones a lo que pasa hoy. Y al mismo tiempo ha recibido de los mejores y más exigentes críticos de la ciudad de la corte la más unánime de las ovaciones.

Puede estar satisfecho.

*Los toros de San Isidro.*

Es genial el clima de Madrid ahora que asoma alegremente la primavera. Estamos ya en mayo y, según los cálculos más optimistas, debía haber un calor inaguantable. O flores, por lo menos. O muchachas con faldas al viento... Y escotes punzantes y piernas al aire. Nada de eso. En un día —ayer— tuvimos sol..., lluvia, viento, granizo, nieve, niebla y relámpagos de rayos y de truenos.

Claro que estamos en plena celebración de San Isidro, que es el patrono de la ciudad del oso y del madroño, y ya se sabe que el santo se gasta fama de bromista y de cambiante, pero esta vez se batió el *record.* A las diez de la mañana había niños en el Retiro. A las once, había paraguas. A las doce, estornudos. A la una asomó la niebla tan espesa como en Londres, o más aún. Impenetrable. De novela policial. De Inglaterra, en una palabra. No se veía a dos metros de distancia. A las tres asomó un sol que se lo habría querido cualquiera para junio, con 30 grados a la sombra. Montamos en un auto y marchamos al Escorial a darles una miradita a los reyes muertos que están colocados militarmente en el "Pudridero".

A la salida nos saludó la lluvia. A la llegada a la Sierra, silbaba el granizo. Al pasar frente a una dehesa en que se preparan toros de lidia para la próxima corrida de San Antonio, nos cayó un rayo espectacular. Un amigo que tiene fama de poeta no se perdió la ocasión de decir una frase y sentenció:

—Ese rayo es el cierre *éclair* del cielo...

Celebramos la frase y seguimos adelante a cien por hora. El Escorial queda a menos de una hora de Madrid. Antes de llegar al pueblo que se escalona junto al monasterio con la fidelidad perruna de un quiltro cualquiera, sentimos la primera caricia de la nieve. No estaba mal. Para ver a Carlos V y a Felipe II, la nieve venía al justo. Duró poco. Menos que poco. A la media hora teníamos sol nuevamente y nos estábamos quemando como si estuviéramos en febrero en El Tabo, allá en el lejano Chile...

Y lo genial es que a las seis era la corrida más importante de San Isidro... (once días en total con sesenta y seis corridas de lo mejorcito de la temporada...). La gente esperó con paraguas que cayera la última gota para entrar y justificar las cien pesetas que le había costado la entradita.

Pero por algo Dios es español y sabe hacer las cosas. Con la última gota, que cayó exactamente a las seis de la tarde, se cerraron los paraguas y el primer grupo de toreros de punta en blanco pisó la arena... Y la corrida se llevó a cabo tan puntualmente como de costumbre.

Pero el mal tiempo sigue. Y los cambios también. Y llueve en la

noche. Y espejea el cielo en la mañana y no se puede mirar una morena en la calle de Alcalá por el brillo feroz del sol. Pero nada. Los españoles no se inmutan:

—¡Qué quiere usté!... Estamos en plena primavera y San Isidro tiene que portarse como quien e...

Y se empapan en la mañana y transpiran en la tarde como si tal cosa...

*El humorismo español.*

Hace años, cuando aún andábamos de pantalón corto, leímos gratis en la Librería Salvat, de la calle Agustinas al llegar a Estado, la revista "Gutiérrez".

"Gutiérrez" fue la abuela natural de las revistas humorísticas de hoy. En ella escribían Tono, Mihura, Jardiel Poncela, y dibujaba y dirigía Ka-Hito.

Más tarde pasaron los años, y asomó en Chile "Topaze" (1931). "Topaze" fue una especie de hijo chileno, democrático y falto de respeto, de "Gutiérrez". Los Sanhueza (Jorge y Gabriel) habían mamado leche periodística de las páginas de la revista de Ka-Hito...

"Topaze" tuvo hijos a su vez y nacieron "La Familia Chilena", "Verdejo" y varios más. En el fondo estaba presente la enorme sombra de "Gutiérrez" y su tipo de chiste sin explicación, genial y poético al mismo tiempo.

En la Argentina nació "Rico Tipo". Un "Rico Tipo" inflado como galancete de la calle Corrientes o de Florida.

Pero "Rico Tipo" no era "Topaze". Era el humorismo bien educado, amable y buena persona que jamás sacaba los pies del plato. Y que hacía reír con el chiste fácil y con gusto a suegra y a calendario.

"Gutiérrez" había sido el amanecer poético del humorismo, y tenía bastante más genio que las graves páginas del "Punch" inglés y del "Simplicisimus" alemán, que había liquidado el amigo Hitler, para que la gente se riera —cuando tenía que reírse— militarmente.

Los rusos lanzaron "Cocodrilo", pero se metió la antipática política de por medio y nunca tuvo la frescura de la alegre publicación madrileña que para ser realmente como era —desafiante, ligera y liviana— tenía que respirar oxígeno democrático...

En Argentina llegó también el día que los humoristas se acordaron de que tenían que ser inteligentes y se fundó "La Tía Vicenta", que aparece actualmente y que es el mejor barómetro de la política en la otra banda.

Es el chiste porque sí, el disparate genial, la frase que a lo mejor no se entiende, pero que llega al alma. Sigue la vieja tradición de Tono, Mihura y el difunto Jardiel Poncela.

Pues bien, la España actual, con censura y todo, tiene una gran revista humorística. Se llama "La Codorniz" y la dirige Alvaro de la Iglesia, que tiene publicados, entre otros, los siguientes sugestivos volúmenes: "Todos los Ombligos son Redondos", "Sólo se Mueren los Tontos", "En el Cielo no hay Almejas".

Alvaro, que tiene su oficina en el piso 10 de la Gran Vía, en el llamado Palacio de la Prensa, es uno de los hombres más inteligentemente faltos de respeto que hay en España. Es joven, se ríe y sabe hacer reír a los demás. En más de una ocasión su revista ha pasado por las Horcas Caudinas de la censura y ha sido suspendida... No importa. El sigue adelante.

Y con la sonrisa en los labios. No se inmuta. No se enoja. No rezonga ni cotillea. Se limita a pasar dos semanas silencioso... y luego vuelve a la carga más quemante e insolente que nunca.

"La Codorniz" es eso. Un puerto de refugio del humorismo español.

Y yo me siento feliz de que me hayan aceptado "Seis falsas películas", con tomadas de pelo a Hollywood, en sus inquietas páginas...

Es una manera de reírse por escrito, que hace bien y hasta pone más joven.

Y ahora que tengo el ejemplar de "La Codorniz" con mis artículos en la mano, me siento diez años más joven... De veinticinco...

*Un estreno típico en Madrid.*

Hace treinta años, yo era un mocoso que no pensaba ser periodista, pero tenía fama de intruso y trataba de conocer el máximo de gente... Fue así como una noche Paco Morano me dijo, no naturalmente a mí, sino al grupo:

—Ustedes no saben lo que es una noche de estreno en Madrid, en uno de los viejos teatros que tienen auténtica "solera".

Más tarde me lo confirmaron Enrique de Rozas, Frontaura, Lucho Córdoba y muchos más. Porque un estreno en Madrid es una ceremonia especial, que exige cierta liturgia. Desde luego, así como existe el "tout Paris" y el "todo Santiago", existe lógicamente el "todo Madrid". El "todo Madrid" de noche de estreno es la larga gama de directores de teatro y de cine, las estrellas de moda, los terribles críticos, los actores viejos, los artistas en desuso, los que comienzan, etc. En una palabra, toda la gente que por motivos A, B o C está ligada a los telones y a las candilejas.

Un estreno en el Lara, en el Infanta Isabel o en el Español es una especie de fiesta nacional. O de día "D". Se habla del tema con un mes de anticipación, y los diarios movilizan a todo su personal para que esté en primera fila la noche de gala. Los autos hacen cola

y con la vieja "puntualidad" española se llega justo con media hora de atraso. El telón se levanta puntualmente a las once y media, cuando la función está anunciada para las once.

La gente va a ver y a verse. A lucir la última tenida y a poner la sonrisa más cautivadora ante las cámaras y las máquinas. Y, naturalmente, desfilan Malquery, de "ABC", y Torrente, de "Arriba", que son los críticos más temidos y que recuerdan un poco el temor que inspiraba don Natha en los buenos tiempos de la compañía de Flores en el Comedia.

Pero hay algo más. Los teatros de "solera" en Madrid son chicos. Parecen bomboneras. El Recoletos recuerda un poco los de cámara de Chile. El Lara tiene unos palcos de los buenos tiempos de Isabel II. El Infanta Isabel podría figurar fácilmente como museo. El Español es un poco el decorado lógico de las obras de Benavente..., dadas hace treinta años. Hay un olor especial y un color único de cada sala que un buen madrileño se conoce de memoria con sólo agitar ligeramente la nariz. Es algo como terciopelo, peluche y naftalina. Algo que trae a la memoria aquella maravillosa página de Proust que habla del lejano recuerdo que le producían los pasteles de su abuela y que le evocaban todo un pasado con sólo cerrar los ojos.

La otra noche Marsillach estrenó "Harvey" con éxito rotundo. Estaba invitada únicamente la gente de teatro y la ligada al teatro. Al final del último acto, hubo más de veinte "cortinas" que en Madrid suben y bajan con bastante más velocidad y frecuencia que en Santiago de Chile. Marsillach habló con lágrimas en los ojos y yo me di el lujo de entrevistarlo allí mismo para la radio, siguiendo la misma fulminante técnica chilena.

Pero era el público lo mejor de la obra. Un público entre elegante, bohemio y snob. Mujeres bonitas y caballeros calvos. Críticos de anteojos negros y señoras gordas y solemnes como sopranos jubiladas. Viejos periodistas que fueron famosos en tiempos de Alfonso XIII y que usan la clásica corbatita *papillon* que es la última pincelada de otros tiempos que queda en este Madrid que se empina a través de los veinticuatro pisos de la Torre que se acaba de terminar en estos momentos en plena Plaza España, y que ya contó su crío número 2.000.000.

Y no falta el cronista típicamente nocturno que trabaja en la noche y para la noche, y que capta segundo a segundo lo que hace ese otro Madrid que sale de un teatro, para caminar hacia la peña, "cotillear" hasta las cinco de la mañana y que entre manzanilla y manzanilla pela a medio mundo y le da color a la ciudad. Una mezcla de gente que va al Bosco, al Sao Paulo, al Haití, a La Bahía y al Nuria en Chile.

Fue eso lo que más me impresionó. Esa sensación que deja el estreno. La parte justa de emoción y de curiosidad. De interés por la

obra y por la "otra parte" del público, la discusión sobre cómo actuaron, qué tal se portó la primera actriz y cómo se desenvolvió el acto básico.

Es otro teatro, otra obra, otro estreno y otra noche de gala que tiene bastante más interés que la auténtica. Y antes que nada, esa sensación tan madrileña, un poco antigua y algo provinciana, familiar y de "petit comité" que es la nota más típica de esta ciudad.

Y es tan bueno el público, tiene tanto interés humano, "trabaja" con tanta habilidad, que debían pagarle un sueldo igual o más alto que a los mismos actores.

*El Madrid de Joaquín Edwards Bello.*

Claro que yo podría hacer lloriquear un poco al gran Joaquín Edwards Bello si le contara que su libro "Un Chileno en Madrid", escrito hace por lo menos treinta años, está en plena actualidad, a pesar de que la ciudad ha cambiado radicalmente.

Radicalmente no. Nunca una ciudad cambia en esencia, pero la superficie, el cutis y la piel sí que han cambiado en la villa del oso y del madroño.

Falta en la calle "El Liberal" o "El Sol" para leer los artículos de Ortega, de Unamuno o de Corpus Barga. Ya no camina por la calle la boina de don Pío, y Azorín está tan viejo que no lo dejan salir a la calle. No funciona la tertulia de Varela, porque se lo llevó la picota municipal. Poca gente llega al Café Comercial en la Glorieta de Quevedo a hablar de libros y de versos, y, naturalmente, en el Levante no se juntan los grandes viejos de antes, porque hace tiempo que están bajo tierra. Los picatostes y azucarillos no tienen el sabor (según los viejos) que tenían hace cuarenta años. Ni los toros la vieja potencia de los bravos miuras de hace ocho lustros. Ni es tan sabrosa la tertulia de los aficionados de la calle Echegaray y de la Victoria.

Hay más calles nuevas, se elevan dos rascacielos por falta de uno en la Plaza España; en la Ciudad Universitaria ha crecido un barrio entero que no existía antes de la guerra civil; surgen los chalets y los nuevos ricos; pasan miles de autos último modelo por la calle; hay más de cinco mil taxis; la ciudad se empina a la cifra de dos millones de habitantes; ya no funciona la vieja Plaza de Toros, y, en cambio, se llenan domingo a domingo la de Vista Alegre y la Monumental.

Ahora se habla más de fútbol que de bichos, y hay cientos de aparatos de TV en las casas; pero Madrid sigue siendo en el fondo el mismo de la época del autor de "EL Roto".

Las mismas tascas en todos los rincones de la ciudad, las mismas gambas al ajillo y los mismos chatos. Y, naturalmente, la misma manzanilla dorada en los vasos. Los mismos viejos con la piel de cuero

quebrajado y de boina en las esquinas, y los mismos campesinos que vienen de su tierra con los largos blusones negros y los pantalones de pana. Los tranvías suben con el mismo ronquido asmático por la Castellana, y unos niños iguales a los niños de la época de Joaquín juegan en el Retiro a la sombra de esos árboles que pintaba Rusiñol.

En las tardes se pone magistralmente militar y sola la Plaza Mayor, y los sábados una multitud sanguíneamente alegre repleta la Puerta del Sol.

Claro que falta la actividad en las Cortes, y los diarios no tienen el sabor solitario y libre de otros tiempos; pero el chocolate con churros es igualmente espeso y nunca le falta a la madrileña (que ahora camina con chaqueta de cuero y con peinado hueco) un piropo oportuno y lleno de picardía.

Sí... Madrid, en apariencia, no es el que le tocó a Joaquín, a Vicente Huidobro y a Augusto d'Halmar, pero, así y todo, está pidiendo a gritos una nueva novela que podría llamarse "Otro Chileno en Madrid"...

Ojalá la escriba alguien.

*El genial acueducto de Segovia.*

Hace dos mil años (o más...) que nos estaban esperando estas piedras del acueducto de Segovia, una ciudad que basta clavarle el acelerador al auto para llegar en menos de dos horas desde Madrid.

Y quedarse con la boca abierta.

Porque eso es lo que pasa. Sobre todo cuando se llega de noche y se alza la vista hacia el acueducto que fue levantado por los romanos hace la miseria de más de veinte siglos, para surtir de agua al pueblo.

Esto respira a ratos la grandeza de Roma, más que Roma misma. Tiene una sobriedad hermana del Coliseo y del Arco de Tito. Ahí están las piedras colocadas con una precisión matemática, sin usar la menor gota de mezcla ni de nada, basándose únicamente en la geometría, las matemáticas y la física. Y todo es cuestión de ángulos y de injertos que más parecen un milagro.

El acueducto tiene una belleza un poco melancólica a pesar de que la piedra luce el mismo brillo un poco de plata vieja o de ceniza que debió tener a la semana de su inauguración oficial... En el atardecer, cuando los buenos vecinos salen a estirar las piernas, el acueducto toma un tono de ternura, de delicadeza y de fuerza al mismo tiempo. No tiene enjalbegados ni estatuillas. Ni cornisas ni inscripciones. Ni fechas de más, ni la eterna frase en latín para que se desmayen los turistas.

No.

Precisamente en esta soledad sin remedio, en esta desnudez, en esta sobriedad tan varonil, está el secreto de su encanto. Está en el aire como si fuera la tierra misma que hubiera emprendido el vuelo y se hubiera lanzado audazmente hacia la altura. Parece un pájaro o miles de pájaros que hubieran puesto su nido de piedra junto a la ciudad...

Es aéreo y fuerte. Pesado y fino. Alegre y serio. Militar y elegante. Romano y español al mismo tiempo.

Y eso que no hemos hablado de Segovia misma. Y no hemos entrado a comer aún unos cochinillos y unas truchas divinas en la "Casa de Cándido". Ni menos les hemos echado una ojeada aún a los manchones sombríos y nocturnos del Museo Zuloaga, en que están las mandíbulas y los ojos quemantes de Belmonte y de los bravos caballeros del ruedo... Ni hemos mirado la ciudad desde la lejanía brillando como la melancólica colilla de un cigarrillo que se hubiera transformado ya en ceniza pura...

Pero con lo visto basta para partir un poco vestido de romano. Y leyendo las campañas de César a la luz de las antorchas de guerra en lejanos y perdidos campamentos...

*A bordo de la Feria de Sevilla.*

Ya sabía el dato desde Chile. La Feria de Sevilla y el Carnaval de Río son los espectáculos número uno del mundo. Claro que sí. Yo conozco ambos y puedo asegurarlo bajo palabra. En Río hace un sol de fuego y la gente marcha como loca por la calle. Se baila en las playas y junto al agua caliente del océano. Cada carioca es un solo atado de brazos y de piernas que brinca de la mañana a la noche.

En Sevilla la cosa cambia. Existe una especie de señorío y de alegría controlada que se derrama en las casetas con un estilo perfectamente peculiar. No es el desate sin fronteras, sino una cosa sana que se siente en el aire apenas uno se descuelga, rendido, en la estación de Córdoba, después de doce angustiosas y terribles horas de tren.

Claro que todo prepara para ello. Si el paisaje de Castilla es áspero y seco, al de Andalucía dan ganas de hacerle cariños con la mano por lo suave. En la noche misma surgen unos pueblecitos que estarían mejor en los poemas de García Lorca que en la geografía misma de España. Son pueblos infantiles que parecen de cartón y que brillan en la obscuridad como luciérnagas. Pueblos fosforescentes, en que aún duermen los buenos vecinos bajo unos ingenuos faroles a gas. Las calles están vacías y sólo monta guardia una luna de miel perfectamente mora, que a ratos parece un guardia civil nocturno lleno de charoles y pistolas.

COMIENZA EL BLANCO. Si Castilla es gris, aquí comienza el blanco deslumbrante que le gusta a la gente de turbante y de alfanje. Mirarlos de noche, cuando corre lentamente el tren pitando su eterno cigarrillo, es un placer de los ojos. Se nota que la zona bravía y seca cede el paso a otra en que la alegría de vivir, la sensualidad de un sol dulce y espeso dan la tónica todos los días...

Y surgen los pueblos y los primeros andaluces con trajes típicos. Estallan las primeras flores y comienza la ofensiva de macetas y de jardines. A la vera de la vía se alinean turistas y más turistas que han venido de los cuatro rincones de Europa a ver el espectáculo más típico de España..., con perdón de las "Fallas" de Valencia y de la Semana Santa que se gasta cada pueblecito de la Península...

EL SOL DE ESTOS LADOS. Sevilla nos espera con su mejor sol. Sobre esto se ha hablado mucho, pero conviene extremar la nota. El sol de Andalucía es único en el mundo. Unicamente en California y en Chile he visto este llamear en los cristales, en las chapas metálicas, en las gotas de rocío y en los ojos de las mujeres. Y, por supuesto, el cielo está militar y disciplinadamente limpio. Ni una nube para animarlo ni para romper la perspectiva.

Con un cielo así se les podían ganar batallas a los moros hace ocho siglos, y escribir los mejores versos. Es un sol que gusta de los patios con mosaicos y de los jardines perfumados hasta la exageración.

Porque todo lo andaluz tiene la marca de la exageración. Aquí no se anda con términos medios. O todo o nada. O la muerte con la sonrisa en los labios, o una semana entera de farra corrida, como diría un "che" argentino. Un buen inglés correcto, aburrido y sobrio, acostumbrado a la niebla y la monotonía de los clubes típicos, tiene que estallar ante esta gente que le gusta vivir a chorros, cantar de la mañana a la noche y tomarse todo el jerez que aún va quedando en el mundo. Se nota, apenas uno llega, la alegría fanática de estar en la tierra y poder divertirse a gusto. Aquí no domina la razón, sino el más desbocado y sano de los instintos. Yo creo personalmente que los andaluces, cuando parten de este pícaro mundo, se van en el fondo con una sola tristeza: no haberle sacado más jugo a la pulpa palpitante de la vida. Y que creen de buena fe que el buen Dios les tendrá toros y casetas en el cielo para que sea justamente eso: cielo.

UNA CIUDAD BAJO EL SOL. Sevilla arde el domingo por las cuatro puntas. La Giralda brilla como si fuera de diamante puro y la gente galopa por la calle de las Sierpes como si el mundo se fuera a acabar. Es tan grande la fuerza de la Feria, que hace de cada gringa triste y flaca que viene de Oregón una sevillana casi perfecta. Vi a un periodista norteamericano que, antes de adquirir una guía y de tomarse

el primer chato de manzanilla, se compró el mejor traje negro, con la faja más ceñida y el sombrero más "cañí". Con la cámara fotográfica en bandolera, estaba convencido, de perfecta buena fe, de que se la pegaba a los sevillanos. Y allí iba con ojos sajones, su mechón de pelo *made in U. S. A.* y su cachimba colgando de los labios como si se llamara Manolo o Pepe.

Ava Gardner, esa preciosura que está enamorada de España, tenía lista su perfecta tenida de sevillana típica para salir en la noche del lunes. Unos franceses viejos y de mal genio que a veces se aburren con el cielo gris de París habían comprado sombreros cordobeses y castañuelas. Una inglesa, prudente y protocolar como un balance comercial, lucía una clásica peineta sobre unos cabellos insolentemente rubios. Una alemana seria, que había nacido para ver correr sólo el agua del Rin, estaba allí, lejos de las salchichas y del chucrut, sentada en una caseta con su respectiva copita de jerez en la mano, diciendo unos "olés" que resultaban una mezcla perfecta de alemán puro con español de la escuela.

Porque eso tiene la Feria: une a la gente más diversa, la pone en fila y da la orden militar: divertirse. Y se divierten como malos de la cabeza. Cantan, bailan, beben, saltan, se ríen, se abrazan, se besan, etc. Es decir, que en menos tiempo del que tardo yo en escribir estas líneas han pasado por todos los matices de la palabra alegría.

Y esto se inyecta al que viene de afuera apenas toca con el pie la primera callejuela del Barrio de Santa Cruz o se aspira el viento perfumado que viene del Parque de María Luisa.

¡ALEGRÍA A CHORRO! Pero esto merece capítulo especial. Sevilla no sólo tiene la Feria. Ni el Barrio de Triana. Ni el agua del Guadalquivir. Ni el verde quemante de los campos vecinos. Ni el cielo de tarjeta postal sin la más ligera nube de contrabando. Antes que nada tiene las callejuelas de cuento del Barrio de Santa Cruz. Con primavera. Con flores. Con mujeres y muchachos felices. Con castañuelas. Con Giralda brillando al sol. Y encima, con miles de parejas que caminan simultáneamente bailando y cantando del brazo por la calle.

Es excesivo. No cabe ni en una foto. Y menos en una crónica hecha al correr de la máquina, con la imagen fresca y pura aún de lo que fueron cinco días de gloria en medio del estallido de la Feria misma.

Yo comprendo a los buenos turistas, que caminan en barco, avión o tren a través de medio mundo para llegar a tiempo y ver toda la Feria, desde el domingo hasta la tibia madrugada del viernes. En el fondo es una liberación deliberadamente buscada para olvidarse un poco de la monotonía que llevan de otras partes, junto a unos cerros lejanos y unos laguitos buenos para un afiche. El viejo Freud sin du-

da explicaría científicamente el fenómeno. Gente aburrida de países fríos viene a calentar la imaginación, a barrer el batallón de complejos, a ser feliz por unos cinco días bajo un sol que lo único que pide es divertirse, porque la vida no es una cuenta de Banco, ni una minuta comercial, sino un aire liviano, una mujer a caballo vestida de amazona, unos toros que mueren como si fueran de mármol histórico y unas casetas en que las caderas parecen castañuelas. Y las castañuelas, caderas...

Y ahora entremos a la Feria misma.

LA OTRA VEZ Y ESTA. Antes que nada, contemos toda la historia. Esta es la tercera vez que llego a España y la segunda que arribo a Sevilla. La otra vine en Semana Santa y me pasé tres días entre encapuchados y saetas. Vi corridas de toros de primera, y me enamoré, naturalmente, en una callejuela del Barrio de Santa Cruz. Era la primavera que estallaba con la fuerza de un cohete norteamericano lanzado en Cabo Cañaveral.

Me quedó el recuerdo imborrable del entierro del cardenal Segura y de unos cantos nocturnos escuchados en medio de la penumbra del Parque de María Luisa, junto a un ciego que cantaba como Dios unas canciones viejas e inolvidables.

Viajaba sin prisa, como turista, y tenía una semana entera para entrar a la Giralda, bajar hasta el Guadalquivir y conocer la verdadera cara de la Andalucía de la que sabía a través de tanta novela, de tanto cuadro y de tanta nota periodística.

Un amigo me había dicho, al salir de América:

—Cuando llegues a Sevilla abraza al primer Pepe que encuentres en la calle.

Cumplí el encargo apenas llegué a la ciudad del Barrio de Triana. Me miró asustado y, por supuesto, me dijo que no se llamaba Pepe...

No importa. El hecho era el mismo. Y tiene su explicación. Andalucía recuerda a América más que cualquier zona de España. El campo es igualito al de nuestra tierra y da la sensación de que de esas casas blancas que están asomadas junto al camino va a salir un gaucho, un huaso o un charro a galope tendido. El aire está hecho de un material suave y amable. El verde que decora el paisaje recuerda la frase de Vicente Huidobro, escrita hace años en España misma: "Cuidado con los prados... Están recién pintados..."

Y, naturalmente, uno se siente en su casa. Una casa un poco lejana, para llegar a la cual hay que caminar sus buenos catorce mil kilómetros, pero la casa al fin.

Eso fue antes.

Ahora venía como periodista, con un plazo preciso de cuatro días, con hotel fijado de antemano y una labor específica para cumplir.

CUESTA PINTAR ESTO. Pero ¿cómo hacerlo? No cuesta nada entrar en una catedral y describir cada piedra histórica. Llegar a una ciudad lejana, charlar con el alcalde y preguntar qué cosa notable tiene el pueblo. Arribar a un puerto lejano y describir cada ola que revienta en la bahía.

Aquí, no. No se trata de una ciudad, sino de un ambiente, y antes que nada, de una sensación. José Ortega dijo que "el paisaje era un estado de ánimo". Vale. La frase es exacta. Sevilla en feria es justamente eso: un estado de ánimo que está más allá de las palabras. Hay que meterse en ella como quien se mete en el mar, y alejarse, absorber y comer un poco por la sal del agua.

Y eso fue lo que hice. Llegué a una pensión de la calle Alma de Dios, me di una ducha, me cambié de camisa y salté a la calle. En el primer café, una tacita para espantar el sueño, que lo tenía clavado en los ojos después de las doce horas de tren. En la primera esquina vi la primera calesa. Una muchacha con sombrero ladeado sobre el ojo me dejó con un par de versos en los labios. Es increíble lo poeta que se pone la gente al ver a las muchachas sevillanas a caballo con esos ojitos que Dios les dio. Pasa una pareja en la misma jaca. El viste a la usanza típica y lleva su compañera al anca. Lo hace en forma majestuosa. Como en los mejores cuadros. El caballo, consciente de su papel, caracolea lentamente y hace toda clase de gracias para dejar constancia expresa de que aquí se cabalga de otra manera y que la elegancia se da tanto en los seres humanos como en los bichos de cuatro patas...

SEVILLA EN MOVIMIENTO. Pero la ciudad camina... ¡Palabra! Las demás ciudades son estáticas y no se mueven. Sevilla camina, se agita, se desliza y tiembla como una sola serpiente que tiene un solo objetivo: la Feria. Los niños de diez años, con trajes típicos, que cantan en la Plaza de Doña Elvira, marchan hacia la Feria. Los tranvías repletos de gente desfilan hacia la Feria. Los ingenuos choferes de taxis, llenos de gringos más ingenuos aún, van en busca de la Feria. Todo tiende hacia ese montón de polvo de oro que arde a la distancia.

Y yo marcho con ellos. Me pisotean, me empujan y, finalmente, me "colocan" en la Feria. Camino a través de cientos de casetas en que la manzanilla se masca, el jerez se devora y el Moriles corre con bastante más rapidez que el Guadalquivir... Los caballistas, en sus jacas, pasan majestuosos entre bocinazos, gritos, piropos, etc. La gente es alegre. Más que alegre. Fanáticamente feliz. Saben que tienen por

delante cinco días de liberación total y le sacan el jugo hasta el último segundo.

Nunca las cigalas, las gambas, las quisquillas, los bígaros, el jamón serrano, el queso manchego, el tocino, han resultado más sanos y fuertes que en estas casetas, en que hay que hablar a gritos para darse a entender...

NO EXISTE EL TIEMPO. En la Feria de Muestras me tomo un jerez más viejo que un cardenal y que brilla como oro de 48 quilates. No es el jerez de la tasca de los días de trabajo. No. Es el jerez que tomaba a veces Juan Gallardo en "Sangre y Arena" después de una buena corrida. Es el jerez que tiene que haber quemado los labios de Ignacio Sánchez Mejías. Un jerez que tiene todos los tonos del limón, de la naranja y de las flores. Hay que tomárselo con el sombrero en la mano.

Y el tiempo corre sin sentirlo. Ni pensar en comer en el hotel a la hora de costumbre. Aquí no hay horas, y todos los relojes, por suizos que sean, están en huelga. El tiempo dura apenas para echarse un bocadillo a la pasada y marchar a ver los toros. Cuatro corridas en cuatro días, veinticuatro toros en total que se desangran y mueren con la sonrisa en los labios ante los estallidos de los tendidos de sol y sombra de la Maestranza. En la tarde, cuando el último bicho parte al cielo de los miuras, el sol se pone elegantemente en medio de una dulzura única en el mundo. Hay más gente que nunca. En las esquinas los enredos de autos hacen de cada guardia un héroe anónimo. Todo el mundo grita y canta. Surgen de los dedos de las muchachas de trajes rojos y blancos unas castañuelas recién nacidas que funcionarán sin parar durante cien horas. A través de las rejas labradas que nunca han podido imitar ni de lejos los productores de films norteamericanos, pasan parejas tomadas de las manos y con los ojos húmedos de amor. Esto no tiene nada de afiche ni de tópico para uso de buenos extranjeros hambrientos de "color local". Esto no lo pintó nadie en suaves gobelinos, ni lo imprimió en relucientes tarjetas postales. Para que existiera esta sensación de vida totalmente vivida tuvieron que trabajar los moros, los españoles, el sol y el clima.

Ya es bastante, ¿no?

TARDES DE ALLA Y DE ACA. He visto tardes eternas en otras partes del mundo y he estado enamorado de la manera que tiene de ponerse el sol en Roma o en Nápoles.

Esto le gana. Le gana por K. O. técnico en el primer round. El sol que ha estallado durante todo el día, que ha salido a actuar en el cielo a primera hora, que está cansado de hacer brillar el correaje de las jacas y el pelaje de los toros, se cansa y desfallece suavemente sobre el paisaje, rendido de tanta acción. Brillan las ventanas en la

calle de los Venerables Sacerdotes y el patio de los naranjos de la Giralda se hace una pasta polvorienta que duele en los ojos. Y llega la noche como de contrabando a través de la única nube morisca que acaba de surgir detrás de una ventana...

Y ahora sí que Sevilla nos prepara la verdadera Feria bajo una andanada de una invasión nocturna, de una avalancha de miles de foquitos amarillos que se derraman como torrente sobre las casetas...

BAJO LOS OJOS DE LA NOCHE. Esta sí que es noche, y el resto, cuento. Además, ¿dónde están la noche y la obscuridad? Porque la pobre noche sale derrotada en la lucha con la luz que surge enloquecida de los focos.

Yo he visto una exposición en Nueva York que hacía arder los ojos. Pero era la luz fría de unas lámparas demasiados técnicas y mecánicas. En Alemania desfilé ante máquinas y más máquinas a las cuales les sacaba brillo un frío batallón de bombillas eléctricas. Esta luz amarilla de Sevilla es distinta. Aleja el cielo y derrota la noche. Inventa el día cuando ya el buen sol se ha ido a su casa. Son focos y más focos en largas ringleras que parten hacia los cuatro puntos cardinales a través de las avenidas que brillan como joyas. Y que le dan calor y luz a la Feria. Porque el aire está de mascarlo. Es un aire para bailar y para cantar. Y nacen amigos de todas partes.

Antes de llegar a Sevilla apenas conocía de saludo a la Giralda, y de vista al Barrio de Triana. Aquí, a la media hora, tenía más amigos que todos los que me saludan en Chile los domingos.

ES QUE SON ASI. El sevillano es extravertido y quiere inyectarle su alegría a todo el mundo. Y en especial al que viene de afuera. Las invitaciones a beberse un chato menudean como granizo. Aquí el que se mantiene honestamente en pie después de dos horas de feria merecería trabajar de equilibrista en un circo. Y hay que escuchar cantes y más cantes, ver bailes y más bailes, oír palmoteos y más palmoteos. A ratos recuerda otros tipos de alegría de naciones lejanas, pero con un matiz distinto. El flamenco adquiere aquí un estilo único que para entenderlo hay que hacer rápidamente un viaje mental a las fuentes de Granada o la mezquita de Córdoba. Surge al galope el recuerdo de los árabes, que estuvieron tantos siglos sobre esta tierra y dejaron desde la arquitectura hasta la melancolía de los largos cantos que brotan como chorros de agua.

*Aranjuez: Manchón verde de Castilla.*

Lo malo fue que yo había estado antes en el Palacio de Oriente. Y antes en Versalles, en Fontainebleau, en Malmaison, en Windsor,

en el Palacio de los Dux y en otros sitios. Y, lógicamente, Aranjuez me pareció más pobre y más chico. O más bien dicho, más sobrio. Menos dorados, menos angelotes y menos estatuas. Tiene la "pinta" clásica de los palacios españoles de hace unos siglos, cuando la línea indicaba la sencillez más absoluta. Los franceses resultaban algo femeninos con tanta elegancia y tanta curva. Un Luis XV se habría aburrido como ostra en Aranjuez, pero estaba bien para la gente que ya tenía el Escorial y para el misticismo negro de Felipe II.

Porque el palacio, rodeado de jardines maravillosos y de lagos y lagunas de cuento, es sobrio hasta la "d" de la palabra sobriedad. La misma escalera principal parece una escalinata más. Los peldaños son de mármol, pero se nota la falta de alfombras, de guardias, de candelabros, de estatuas y de lámparas.

Adentro es íntimo y casi familiar. Parece la casa grande de una familia a la que le gustaba jugar tresillo en las tardes y sentarse ante la chimenea a contar pelambrillos de la corte. Los salones (más de veinte) tienen la misma sonrisa un poco burguesa que luce en general Madrid. Nada de la riqueza del Palacio de Oriente, que huele de lejos a reyes y a duques. Aquí no. Aquí veo a la tremenda Isabel II lanzando "tacos" contra Espartero. Y veo a Alfonso XII enamorando a Mercedes de Orleáns, como un cadete en vacaciones.

Respira una felicidad de familia a la hora de la cena. Su salón chino, la salita de los fumadores, el despacho real, los inmensos dormitorios del rey y de la reina, tienen un tono de vida privada al margen de la majestad de una corte europea.

Los mismos pasillos tienen una nota un poco sombría que sirve admirablemente para echar a correr la imaginación y ver el palacio en otras épocas, cuando estaba lleno de cortesanos y de grandes de España cuadrados ante Su Majestad o besando la mano de la reina.

*Los jardines.*

Pero si el palacio es más bien sencillo —me atrevería a decir como de todos los días—, los jardines y lagunas que lo rodean tienen una belleza impresionante. Ahora que la primavera pinta de un azul quemante el cielo, están de un verde que marea. Y de un perfume que entra a raudales a través de los grandes ventanales y cruza los viejos puentes de piedra.

No son jardines para turistas, sino para enamorados. Comprendo a Alfonso XII, a los veintidós años, tomándole la mano a Mercedes y besándola detrás de cada mata de rosas. Me imagino a Carlos IV retando indignado a Fernando VII. Veo a María Luisa dejándole esquelas de amor a Godoy, el "Príncipe de la Paz", que tuvo un lío amoroso con ella que costó un trono. Diviso a lo lejos al marido de

Isabel, al rey consorte, que tenía fama de afeminado para su hombruna esposa, poniendo los ojos en blanco ante las cargas de caballería que le lanzaba la reina, que tenía fama de tan castiza, que había que ponerse algodón en los oídos para poder escucharla.

Sí. Tienen historia. Debajo de estos árboles, junto a estas aguas que son del buen Tajo, en estas lagunas llenas de nenúfares, al pie de estas fuentes que cantan en español desde hace varios siglos, ha corrido lo mejor y lo peor de la historia de este gran país.

*Contrastes.*

El palacio de Madrid es imponente. Está hecho para las coronaciones y para las declaraciones de guerra. Este no. Es chico y simpaticón. Tiene gracia y donaire. Le sobra salero, mezclado con melancolía que habla de tiempos que se fueron. En vez de declaraciones de guerra contra una potencia enemiga, aquí —entre estas estatuas y en medio de estos jardines penumbrosos— se deben haber escuchado tiernas y románticas declaraciones de amor.

Por eso a Aranjuez —a sus jardines y palacios de verano— se le toma simpatía desde la entrada. Parece amigo de uno de toda la vida.

*El Escorial.*

DE ESCORIA AL ESCORIAL. Esta es una tumba. Aquí están Carlos V y Felipe II. Abajo está el "Pudridero". Bueno, con eso basta para darnos cuenta en qué parte del mundo estamos.

Nos conocemos de memoria más de una docena de tumbas célebres. Hemos estado en el Vaticano, al borde de la tumba de San Pedro. Y en una lejana ciudad de los Estados Unidos donde reposa Lincoln. En una iglesia de Florencia hemos visto la de Marco Polo. En París, el cementerio de Picpus, donde reposan los huesos de los aristócratas liquidados por la Revolución y donde tiene que estar lo que quedó de la cabeza cortada de María Antonieta.

Somos expertos en esto de ver fechas casi descoloridas, pero no nos impresionan mayormente. Total, el camino del cementerio es un poco el camino de la casa. De la última.

Pero aquí, ante la palabra Escorial y ante la palabra "Pudridero", uno se da cuenta de que esto se da sólo aquí y nada más que aquí.

Yo llegué al pueblecito que se tiende a los pies del Escorial con la frase en una punta de la memoria. Pero el paisaje se presta poco para pensar en el más allá. Hay un sol de tarjeta postal, unas muchachas rubias que toman café en un hotelito vecino; el aire está liviano y joven. Es decir, que llegamos llenos de vida y con la sangre corriendo a cien kilómetros por hora por las venas. La mañana se presta. Hemos salido hace una hora escasa de Madrid. Andamos vestidos de

turistas. Llevamos la inevitable maquinita colgada en bandolera. Hemos tomado todas esas fotos que se toman en los viajes (malas, por supuesto...) y nos hemos bebido un traguito quemante para hacerle la guerra al frío liviano y puro que flota en el aire...

Y SURGE EL ESCORIAL. Al fondo, la cantera amarillenta, tirando a rosa, que juega con el sol de la mañana. Son las diez. El guía nos da una explicación animada y periodística. Aquí, Felipe II quiso dedicarle un monumento único en el mundo a la memoria de su padre. Creo que don Gregorio Marañón habló algo del complejo del hijo sombrío y meticuloso frente al padre conquistador e imperial.

Y antes que nada, Felipe II quería que esto fuera para siempre. Y se buscó la mejor piedra, para trabajarla con ternura de monje, y dejarla viva a través de los siglos. Hubo dos arquitectos. El primero no resultó. Le faltaba nada menos que imaginación, y no entendió la idea del rey. El segundo fue definitivo. Y el monumento fue creciendo bajo la mano del rey seco y pelado. Nada de adornos ni de molduritas. Seco, como Castilla. Y seco, como él.

Me imagino a Felipe vestido de negro, mirando los lentos trabajos y dando instrucciones metálicas, como aldabonazos.

—Nada de adornos. Quiero que la gente se dé cuenta de que aquí están los huesos de mi padre...

Y así salió. Mondo y lirondo. Como si unos dientes invisibles hubieran mordido la pulpa de la piedra hasta dejarla pelada. Como la quería el rey.

UNA PREGUNTITA. Y ahora sí que entramos al Escorial. Una muchacha hace la pregunta de rigor:

—¿Y hay algo que ver aquí, en el famoso Escorial?

El guía casi se desmaya y, por cortesía, contesta con una sonrisa:

—Sí, algunas cositas... Ya las verán.

La muchacha se corta y no cambia de cara en el resto del viaje. ¡Menos mal!...

El patio es lo primero que impresiona por lo sobrio. Lo que he leído de Azorín y de Baroja está aquí. Parece que la soledad de Castilla, esa cosa sin nadie, se ha colado por la puerta. Efectivamente, no hay nada... y hay todo. Pero me carga hacer el ensayista de pantalón corto, y prefiero echar a correr una vieja amiga que nunca me falla: la imaginación, "la loca de la casa", como la llama Pirandello en el genial prólogo de los "Seis Personajes en Busca de Autor".

Veo a Felipe II en todo su apogeo, los frailes cantando, los inquisidores, los nobles de negro, las damas de la corte. Veo a Quevedo asomando la nariz, y a Goya tomando apuntes. A los reyes de la decadencia, que conservan las piedras, pero que apenas las entienden.

A los miles de viajeros llegados de los cuatro puntos cardinales, con sus eternas discusiones bajo las estrellas. Y la vista no se puede dejar clavada en ninguna parte, porque no hay dónde apoyarse. Eso es lo que quería el rey. Que fuera la impresión de soledad la que llevara hacia la basílica que se abre al centro.

Claro que alguien me dice al oído:

—Trataron de copiar a San Pedro de Roma . . .

Puede, pero no importa nada. Lo básico es que esto salió así. Y así está.

SELVA DE RECUERDOS. Por una puertecita oía misa Felipe II. Aquí está su cama, su pobre cama. Su cama de rey pobre que gobernaba todo el mundo conocido. La salita en la que trabajaba Carlos V, la biblioteca que tiene la colección de libros más rica del mundo, los planos llenos de figuras que representan millones de seres y de laguitos que eran mares que tenían que ir a bautizar Colón y sus bravos capitanes. Da gusto mirar estas páginas trabajadas por los frailes a través de años y de años. Cada letra es un mes de trabajo. Cada página significa una etapa de la vida. El libro entero, treinta a cuarenta años. La vista corre asustada y tímida por esas líneas perfectas, llenas de monitos dorados y de laureles de metal. El oro y la plata brillan en la obscuridad.

Camino por unos pasillos en medio de paredes de dos metros de ancho. Doy vuelta por unos corredores sombríos en que no hay más que frío y soledad. Subo trabajosamente por unas maderas que aúllan en forma dolorosa. Me asomo a través de una ventana que da hacia uno de los paisajes más encantadores del mundo y que habría inspirado cien cuadros de los primitivistas italianos, si hubieran andado por aquí.

¿QUE REPRESENTA ESTO? Pero falta lo básico. Más allá de los retratos de Carlos V y de Felipe, por encima de los bosques de libros, está el sentido del Escorial.

Y ese sentido del Escorial está en el mausoleo interior y en el "Pudridero".

Vistámonos de negro, a la usanza de Felipe; dejemos la cámara fotográfica, que es excesivamente de estos tiempos, y bajemos a este sitio de muerte. De muerte definitiva. De la que se da en los viejos cuadros obscurecidos por la mano del tiempo. Y de los "Caprichos" que hemos visto el día anterior en el Prado.

FRENTE A LAS TUMBAS. Cientos de tumbas blancas. Reyes, infantes, nobles, hermanas y hermanos de reyes. Una dama que tiene tan bien tallado el manto, que oculta su rostro ya devorado por la enfermedad

sin remedio, que dan ganas de darle el pésame a la estatua que está a su lado...

Hay infantes que vivieron dos meses. Y viejos primos a los que les llegó la muerte a los setenta años. Uno se imagina cómo fue esta gente que está ahora bajo tierra y bajo mármol. Y cómo fueron en vida. Las veo llenas de golillas, de alamares y de armaduras. Piedra y plata por todas partes. Y ahora, huesos y cal únicamente.

Pero hay una estatua que levanta en vilo. Es don Juan de Austria.

Una muchacha grita:

—Pero ¡si es el tipo más guapo que he visto en mi vida!

Si la oye don Juan le manda una sola andanada de algunos de los barquitos con que peleó en Lepanto. Una gringa toma la indispensable foto que mandará a sus aburridos parientes de California. Un caballero viejo cree que es el momento de discutir con el guía. Una pareja de novios se toman nerviosamente de la mano. Y no falta el tontito que tiene un acceso de celos terribles al darse cuenta de que, después de tres siglos, todavía don Juan de Austria le hace la competencia al otro don Juan. Y la verdad es que impresiona la fidelidad de la estatua yacente. Se le ve la garra de gran capitán capaz de vencer a los turcos y de ganar veinte batallas. Se le nota que tenía más clase que la mayoría de los reyes que equilibraron más tarde la corona. Esa mano blanca de mármol que tiene apretada la empuñadura de la espada no es una mano dulce y femenina que daba órdenes verbales para asaltar una galera. Es una mano de macho que la sabe usar para gritar: "¡Al abordaje!", al asaltar una nave enemiga...

Y no repitamos aquello de buena vecina de barrio:

—Si parece que estuviera dormido...

¡Qué dormido ni qué ocho cuartos! Está vivo y viva está la mano. El capitán de la batalla en que anduvo metido don Miguel con la imagen de Don Quijote a cuestas tiene una vitalidad salvaje en el mármol. Ha pasado inútilmente el tiempo. Esto sí que no lo calculó Felipe. Ni sus descendientes. Ni nadie. Que su medio hermano le iba a ganar la batalla de la simpatía sobre unos pobres mármoles tallados a mano.

OLOR A MUERTO... DE HACE CINCUENTA AÑOS. Pero queda la parte final. Y bajamos por una escalera que huele. Yo sentí olor a muerto, a muerte, más bien dicho, a toda la muerte española, cuando me asomé por el "Pudridero".

Son sólo las tres de la tarde, y un sol vivo, sano, está colgado puntualmente del cielo y nos devuelve al aire puro, a la naturaleza desatada, al rumor del río, a los labios de la muchacha del *sweater* azul, a los ojos de los vecinos que pasan con boinas sobre las calles.

Sí... El Escorial nos dio la otra imagen de España. La que ca-

minaba empinada y de negro, musitando una oración. Y la que conquistaba mundos como quien se cambia de golilla.

*Toledo.*

Toledo tiene nombre de hombre; Avila de mujer. El Escorial tiene nombre de cosa; Madrid tiene nombre de Madrid. Lima es femenina, como Santiago de Chile es terriblemente masculino. Cada ciudad tiene sexo, diga lo que diga la Real Academia de la Lengua. Pues bien, me bastó ver Toledo la primera vez para darme cuenta de que, en efecto, pertenecía al equipo de los machos.

Tiene cara de macho. Y sabe ser macho desde la primera de sus piedras hasta la última. Ya llegará un señor muy grave que me dirá que éstos son cuentos de periodistas. Pero yo lo invitaría a darse una vuelta una tarde por la llamada pomposamente Ciudad Imperial de España. Y que me dijera después qué le pareció. París tiene un tono incurable... y maravillosamente femenino. Se nota la mujer mirando el Sena. Como a Londres también se le nota que por allí la gente anduvo cortándoles cabezas a los reyes como quien corta jamón serrano. El que diga que Nueva York tiene cara y gestos de mujer, miente como un buen espía. Nueva York —que para algo tiene unos edificios tan largos que nadie sabe dónde termina la última ventana y comienza la primera estrella— sabe que tiene cara de aventurero que pelea hasta el último centavo en la feroz lucha por la vida.

Pues bien: Toledo pertenece a la estirpe de las ciudades en que la piel no es cutis, sino cuero. En que la sonrisa no es amable, sino mueca. Y rictus, si cabe la frase.

Así como así, llegué a Toledo hace una semana, para saber humildemente cómo era.

Y me encontré con el río Tajo.

UN RIO CON ALMA DE RIO. Piense el lector un rato en la palabrita: Tajo. Los tajos los dan las espadas. Y de mandoble. Tajo no es cortadura, sino golpe final. De muerte. El que da tajos gana las batallas como el Cid y levanta una victoria tan grande y pura como una estatua de mármol. Pues bien: el Tajo, el tremendo espejo con brillo de espada, como diría un mal poeta que es mi amigo, está a los pies de Toledo. Lo rodea y le da carácter. Es un tajo de agua verdosa que en las tardes juega con las nubes y obliga al sol a ponerse con unos crepúsculos que ya se los quisiera Rafael para un fresco de gloria.

O sea, para llegar a Toledo hay que entender... y atravesar las aguas marmóreas del Tajo.

Y ahora hagamos el periodista y entremos en Toledo. Clavemos la vista en la Historia y veamos qué hay en los viejos legajos. Yo

pego un brinco cuando me dicen que fue fundado ciento noventa y dos años antes de Cristo. Y que era relativamente viejo —como cualquier capital actual de Sudamérica— cuando Cristo andaba revolucionando pescadores en los mares de Judea. Hace más de veinte siglos. Para ser exactos, veintidós siglos. En esos tiempos, César no existía, y Augusto no sabía qué mamá le iba a tocar. Nerón no había pulsado la lira, y los leones del circo romano se lamían de gusto pensando en los cristianos que se iban a comer. En ese tiempo, amigo lector, ya Toledo levantaba sus primeras piedras y el Tajo corría como un Dios, reflejando los mejores atardeceres.

Por eso me da respeto o miedo —o las dos cosas— llegar en un vulgar autocar hasta sus viejas murallas. Pero hagamos de tripas corazón, saludemos amablemente al Tajo y entremos en la ciudad. Una calle, una plaza, un mercado, unas ruinas, un diario, una iglesia. . . y al final, sobre el cielo, el Alcázar.

Aquí se derrochó un valor que no tenía parangón. Y cuando trepo las gibas de la calle y paso frente al Hotel Carlos V y llego hasta la plazoleta del Alcázar, tengo que pensar en Moscardo y sus mil y tantos soldados, que se batieron como leones más de dos meses. Y cuando veo el infantil y tierno museo de la planta baja, la moto, la bandera, los viejos fusiles, la ametralladora, los candiles de grasa de caballo, las fotos de los muertos, los camastros en el subterráneo, la ingenua e improvisada camilla de operaciones —la mayoría con navaja y nada más—, tengo que pensar con el sombrero en la mano.

La gente que atacaba era brava. La gente que aquí pasó ochenta días también era brava, terriblemente brava. Y se jugaba el pellejo y los hijos cuando llegaba el momento.

UN SALTO HACIA ATRAS. Me tomo una foto con el teléfono del general Moscardo en la mano; un teléfono viejo como el mundo, y que tiene más historia y más *pedigree* que un bosque de banderas de museo, y pienso en lo que fue el diálogo que ahora está en veinte idiomas distintos. Y miro la cruz que se levanta en el sitio que fue fusilado el hijo. Y, naturalmente, el alma da un salto que está más allá del carnet político que se lleva en la chaqueta.

Unos viejos —que eran jóvenes hace veinte años— nos llevan de punta a punta. Miramos la estatua de Carlos V, tan grande como el Marco Aurelio del Campidoglio de Roma, y nos cuentan que una bala le pegó en el pecho y cayó de pie.

Tenía que caer así. Si cae de otra manera, Felipe II, desde ultratumba, le echa del Escorial. Aquí, hace veintitrés años, llegó Varela con su gente y oyó la frase: "Sin novedad en el Alcázar".

Sí, aquí fue. Y aquí me tomo una foto para la historia —o para la familia lejana— con el mejor sol a la espalda.

MAZAPAN Y ESPADAS. Los toledanos son los genios del mundo para vender mazapán y espadas. Los dulces y empalagosos mazapanes para la novia. Y los nobles aceros toledanos, que se doblan . . ., pero no se quiebran ni se rinden.

Como buen turista con cara de interrogación, veo cómo insertan el hilo de oro en el acero y, naturalmente, compro una polvera, dos pulseras y algo más. No me llevo una espada de conquistador porque el factor pesetas falla. . ., como de costumbre.

Pero tengo dos preguntas que hacer: ¿Y el Greco y don Miguel? Los toledanos parten por la segunda pregunta y me llevan a un sillar vacío y me indican que aquí estuvo la Posada de la Sangre. Y que se la llevó una bomba como quien se lleva un sauce llorón junto a un arroyuelo.

¡Pensar que aquí estuvo don Miguel, con una mano menos, escribiendo entre mozos de cuerda, vecinos del lugar y licenciados con las primeras espinillas! . . . Aquí, en este mismo sitio que bosteza a través del llamado Arco de la Sangre, como si hasta Don Quijote estuviera vivo aún y discutiera con Sancho bajo las estrellas de la Mancha.

Pero no hagamos el sentimental y sigamos. El Greco nos espera.

CON UN GRIEGO. . . ESPAÑOL: EL GRECO. Y nos espera en todas partes. En la capilla de Santo Tomé, en su casa, al final de una callejuela tímida y vacilante que no se atreve casi a llegar al histórico lugar; en la fabulosa Catedral, y en la casa de una vieja marquesa que deja entrar sólo de vez en cuando a esos preguntones profesionales que somos los periodistas.

La capillita se abre mansamente. Sabe que es pobre y que lo único que tiene es... nada menos que "El Entierro del Conde de Orgaz". Pero le basta. Entra la caravana de los turistas y viajeros y se sientan en las banquetas que hay frente al cuadro.

Que me perdonen don Gregorio Marañón y don José Ortega que yo también eche mi humilde cuarto a espadas. Este tiene que ser uno de los dos o tres mejores cuadros que tiene la humanidad. Bien vale la pena caminar ocho mil y hasta diez mil kilómetros para echarle una mirada.

La cara de muerte que tiene el conde; la nota sombría que da la cárdena expresión, ya casi puesta, como un sol en un atardecer cualquiera; esos ojos bajos, que se clavan en la tierra para despedirse de ella; el hijo de Felipe II, el infante Carlos, que ya tiene cara de mala persona, que tratará fatalmente de hacerle complots a su padre; el monje que sostiene una mano que no es mano, sino una flor angustiada; San Sebastián, los nobles y hasta el Greco mismo que mira la escena "fuera de ella", tienen una nobleza que obliga a detenerse largamente. Y luego, el Apostolado de su casa —o por lo menos, en la

que vivió, según dicen las más afiladas lenguas de la Historia...— tiene esos colores podridos de que hablaba en forma tan certera Marañón. No es el rojo, sino el rosa fallido y quebrado. No es el azul, sino el celeste que cae del cielo un atardecer vacilante. No es el negro, sino un gris que sale, naturalmente, de la tumba.

Y que no me vengan con que el Greco tenía un defecto en la vista y que sus apóstoles y sus santos son largos y flacos porque le faltaba un par de lentes.

¡Historias!

Lo que pasa es que el Greco, que fue gozador en vida, se entendía con Dios directamente y casi era corresponsal suyo en la tierra. Le gustaba estirar a sus personajes para que salieran de la envoltura terrena, mataran la carne y se elevaran hacia el cielo. Esos rostros agónicos, esos ojos dilatados, esa carne masacrada y machacada, tienen olor a santidad y hablan más de la muerte que de la vida.

Y, sin embargo, son terriblemente humanos. Sus modelos fueron los de un manicomio cercano y tienen la expresión del que está más allá de la razón, el cálculo y la lógica.

LO QUE NOS QUEDA EN EL TINTERO. Por eso ya no importa hablar de San Román, el Tránsito, San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca, el Hospital de la Sangre y tantas cosas más.

Con que le hayamos dado la mano —la larga y esquelética mano— al Greco a través de sus apóstoles, sus legionarios de Tebas y su conde de Orgaz, y hayamos montado las gibas de la ciudad hasta el Alcázar y, finalmente, hayamos visto cómo se pone el sol entre unas nubes de hierro sobre el Tajo, basta para saber que éste es uno de los escasos puntos del mundo donde el hombre —todo hombre que tenga algo sobre el cuello de la camisa— tiene necesariamente que detenerse, encender un pitillo y echar un párrafo profundo. Profundo como esta misma agua del Tajo, que está cansada de ver tanta historia y tanta maravilla.

LA FIESTA NACIONAL. No. Casi no me atrevo a tocar el tema después que lo han hecho desde Blasco Ibáñez a Hemingway, pasando por Pérez Lugín y un centenar de grandes escritores españoles.

Pero les puedo contar lo que me pareció a mí, el mismo día que, a las puntuales cuatro de la tarde, escuché en la Monumental de Madrid el primer escalofriante toque de clarín.

Arriba el cielo. Abajo la arena. Arriba el sol. Abajo abanicos, peinetas y gorras. Y al centro unos monitos de luces, unos muñecos enanos y ante ellos una catedral de carne negra, reluciente y peluda que patea la tierra y avanza bajo una cordillera de cuernos y de pitones...

Esto es sólo el coraje. La fiesta que inventara hace diez siglos Mío

Cid y que los españoles siguen al pie de la letra... y de la muerte en 1960...

Un país que tiene una historia militar tan bonita, que descubre América casi al desgaire, y que hace la conquista en un momento de ocio, TENIA que tener esta fiesta. Este sombrío ballet de la muerte.

Ya me dirá por ahí algún activo miembro de la Sociedad Protectora de Animales todos los tópicos sobre la crueldad del hombre frente a la bestia.

Allá él.

A mí me gusta porque me sirve además para entrar a ese obscuro pozo que es el alma de este país...

Los españoles se aburren con la falta de guerra. Y de guerras a la antigua, casi sin estados mayores, con infantería y caballería al galope. Guerra cara a cara y frente a frente... Duelo más que guerra. Incidente personal en que se juegan el pellejo y la vida, pero a la luz del día y no detrás de unos aparatos metálicos y unos timbres helados que siembran la destrucción y la muerte con sólo oprimirlos desde un avión en marcha. La guerra antimecanizada en que el hombre, aun en 1960, puede ser por un rato el viejo caballero de las Cruzadas. Y el aventurero de la selva americana...

La corrida guarda aún algo de esto. Aún es duelo para demostrar el coraje y el valor. Aún se juega la vida y frente al público. Y frente a los ojos quemantes de las mujeres, que es lo más importante.

Aún se da la oportunidad —en un mundo de planillas y de relojes marcadores de la hora de entrada y de salida— de saltar hacia la aventura y entrar, como en los viejos tiempos, en el mundo de la novela. Y de la novela de caballería.

Se brinda frente a la dama. Y se derrama alegremente la sangre sobre la arena seca...

Por eso es una mezcla de guerra abreviada y de duelo caballeresco a la luz de la luna en una callejuela de Sevilla, en los buenos tiempos del Tenorio.

Por eso me gusta a pesar de que me dan pena —como a usted, sensible lectora— los ojos de vidrio muerto del toro. O de niebla fija que tiene el pobre bicho cuando sale, muerto y horizontal, de la plaza...

Pero, de todos modos y en última instancia, soy partidario del torero... Y de la Fiesta, que es lo básico.

VERANEANDO EN MEDIO DE LA HISTORIA. Arenas de San Pedro queda a ciento sesenta kilómetros de Madrid. Como quien dice de Santiago a Viña. En plena sierra y con un clima que hace decir orgullosamente a los españoles que se trata de la "Suiza hispana".

Yo voy más lejos aún.

Me gusta bastante más San Martín de Valdeiglesias, Hornillo, La Parra, Guisanto, y Arenas misma, que todos los *puddings* y helados de vainilla que tienen los camaradas suizos.

Esta es la tierra bravía sin arreglitos y sin maquillaje. Aquí los pinos disparan sus mejores flechas verdes hacia el cielo, no para justificar un hotel o una propina, sino para embellecer el paisaje. Aquí el agua que cae de los montes está hecha para reflejar los rayos del sol.

¡Cómo les habría gustado esto a Fray Luis de León y a Góngora! ¡Y a Lope, y a Quevedo, y a Federico!

Esta es la España que está más allá de los afiches de turismo y de las tarjetas postales que mandan los turistas a su tierra. Esta es la carretera buena. (¿Oyeron los eternos peladores de España? . . .) Los montes altos y enhiestos, los ríos claros y luminosos, las blancas placitas de los pueblos llenos de vecinos que valen —cada uno de ellos— por todos los gringos juntos, las posadas, las ventas y tahonas, las vaquerías y mercados, las cantinas y las tascas, las iglesitas y los castillos.

Y además es la Historia. Un solo valle tiene cinco castillos. Y en cada uno de ellos hay un tomo completo de la más heroica historia de España. El de Arenas de San Pedro fue de Godoy, el "Príncipe de la Paz", que le hacía la corte (y con éxito) a la esposa del gordo Carlos IV. Por aquí salió don Alvaro de Luna camino a Valladolid . . . y a la muerte. Hay una calle que se llama de la Triste Condesa y que recuerda a la viuda del célebre capitán español. Hay una capilla a diez cuadras de aquí, en que paseaba San Pedro de Alcántara. Y la capillita misma es más bonita y graciosa que las mejores que yo haya visto en Italia. Sobre el río hay un puente romano que ya era viejo cuando Jesucristo no había pensado venir aún a este valle de lágrimas.

El aire es claro. En el cielo vuelan las cigüeñas. La cárcel está vacía —tome nota el lector—, porque no hay presos desde hace años en el pueblo. En lo alto un nuevo castillo nos recuerda que allí firmó uno de sus más célebres decretos la mano de Isabel la Católica. Por este camino —por éste— pasaron como zumba los moros. Y detrás de ellos los caballeros cristianos. Y en el cielo se nota que hay dos huecos: uno para la cruz y otro para la media luna . . .

Con lo que les he contado se darán cuenta de que he pasado unos días inolvidables en un pueblo que merecía estar en primera página en la Antología de los pueblos españoles. Antología que debe tener, por lo menos, unas cincuenta mil páginas.

Y que vuelvo a Madrid algo así como cuarenta años más joven. Y hasta con chupete . . .

## LA COSTA QUIMICAMENTE AZUL...

CANNES, Niza, Juan-les-Pins, Fontanarosa, Saint-Tropez, Montecarlo, forman ese collar de rosas en el sur de Francia que se llama oficialmente la Costa Azul.

Y es azul. De un azul intenso, azul marino, que tiene el mar que lame suavemente las piedras de las playas de este sindicato de hoteles, villas elegantes, *bungalows,* parques, paseos y plazas que forman la costa más elegante de Europa, y probablemente del mundo. Aquí no se vive por vivir, sino para divertirse, para lanzar unos dados en el verde césped de una mesa de juego. O para hacerle el amor a una maquillada condesa en la penumbra de una boîte. Los cuerpos son color ladrillo, las mallas de baño menudas, y el pelo de un rubio rabioso. Unas olas amables y bien educadas besan la arena y acarician los cuerpos color tierra cocida que se van poniendo dorados a través de los días. Los grandes hoteles reciben a las artistas de moda y a los antiguos pistoleros norteamericanos que llegaron a ser millonarios. Unos camareros muy elegantes y muy insolentes despojan de sus visones a las damas de sesenta años que se sienten de treinta y que brillan bajo el maquillaje como sortijas sumergidas. Suben los jardines hacia las colinas y se meten por los desfiladeros de los Alpes, donde ya destellan los primeros manchones de las nieves. La Costa Azul es el lujo, la elegancia insolente, la suntuosidad sin remedio. Todas las pulseras son pesadas y caras. Todos los pendientes brillan lo que pesan y pesan lo que valen. Es la playa de la despreocupación, y desde el Paseo de los Ingleses, en Niza, hasta la garita de la Aduana que conduce a Santa Margarita en Italia, todo tiene un sello, un brillo de elegancia implacable, y hasta el sol, el buen sol que se asoma sobre el mar, exige una pomposidad de 40 kilates. En Montecarlo, dentro del breve Principado de Mónaco, las calles son de una limpieza y de una dulzura en que se nota la mano de Grace, la hija del fabricante de ladrillos que llegó a princesa, y del pequeño y rollizo príncipe que encontró la felicidad en un cuento de hadas. Si Europa tiene complicaciones y problemas —guerras, golpes de Estado, revoluciones en potencia, huelgas, movimientos de masa—, en Montecarlo los problemas se aclaran, y todo termina junto a la silueta de una botella de champaña bien helado. En

otras partes las mujeres son demasiado ligeras. Aquí las mujeres son demasiado elegantes. En otras partes las mujeres se visten. Aquí se desvisten y muestran los hombros quemados por el sol, los cuellos curtidos bajo el maquillaje y las arrugas borradas bajo una capa de crema.

*Benidorm y Saint-Tropez.*

Benidorm está cerca de Alicante. Saint-Tropez, en plena Costa Azul. Hace seis años no los conocía nadie. Actualmente están de moda en toda Europa. El turismo inglés y francés que salta los Pirineos, llega hasta la playita que dibuja sus hotelitos de lujo en el Mediterráneo, y los millonarios yanquis que llegan a Europa en busca de cultura y de Coca-Cola bien helada, arriban a la playa que ha puesto de moda B. B. Es decir, la rubia mejor pagada del mundo en estos momentos: Brigitte Bardot.

¡Lo que es la moda! Antes vagaban por estos lados los pobres pescadores con sus redes empapadas de agua. O los pájaros solitarios. O algún pintor que iba en busca de una legítima puesta de sol... Ahora no hay dónde poner un alfiler, y si no me invita ese amigo que nunca falta, no habría conocido jamás esta maravilla.

Saint-Tropez queda en el camino de Cannes a Niza. O sea, cerca de Juan-les-Pins y bastante próxima de Santa Margarita, que marca la frontera italiana. Al fondo, los Alpes Marítimos, y al frente, el mar más azul del globo. Millonarios, muchachas de pantalones ajustados, bikinis que son una sola tira que muestra infinitamente más de lo que trata de ocultar, pelos teñidos, autos impresionantes, viejas aburridas y cargadas de millones... La Costa Azul, en una palabra, que es la parte del mundo donde cuesta más caro borrar los bostezos del hastío...

Benidorm, a la salida de Alicante, es otro tipo de playa. La misma diferencia que hay entre Francia y España, hasta en el terreno turístico. También se ve a la sueca y a la noruega de dos metros veinte. Y la muchachita francesa que camina descalza porque así lo hace B. B. en París. O el señor grave que viene a pasar sus dolencias bajo el sol del Mare Nostrum, pero se nota que esta playa deslumbrantemente blanca, en la cual dejé la mitad de mi pellejo, pertenece a este país... Hay una nota más varonil en los hombres, y más recoleta y cartuja en las muchachas.

Claro que aquí no asustan los pantalones. Ni fumar en la calle. Ni bailar apretados y con luna. Ni brincar en los esquís de agua, pero se nota una diferencia imperceptible.

Y como la moda es la moda, en las dos ex caletas solitarias de pescadores hay que pedir ahora una pieza de hotel con dos años de anticipación.

# ITALIA: UN SOLO MUSEO

JUNTO a Suiza comienza a surgir lentamente el sol. El sol se llama Italia. Se acaban las nieves. Se acaban los lagos. Se acaban los suizos. Ahora, en la misma Suiza italiana, ya se bebe *chianti* y se come *gorgonzola,* y a medida que se va avanzando hacia el sur, van surgiendo los recuerdos del Imperio Romano, del Renacimiento y de las catedrales más lindas y espigadas de Europa.

*Milán.*

En Milán nos recibió el Duomo rodeado de palomas y con su mejor estilo gótico. Aquí cerca, "Il Popolo d'Italia" con que Mussolini hiciera la Marcha sobre Roma. Cerca de aquí, en un pueblecito perdido, lo fusilaron al pie de un muro, junto a Claretta Petacci, y luego le colgaron de los pies para que lo escupiera la misma muchedumbre que lo había ovacionado fanáticamente.

Ahora han colocado allí una bomba de bencina.

Aquí los tiros de fascistas y antifascistas trizaron el sensible corazón de las palomas, y corrió la sangre sobre las piedras de los siglos XII, XIII y XIV.

Pero ya asoma la verdadera Italia que estábamos buscando. Ya el cielo aparece cortado por arcos de mármol y eternos angelitos que veremos miles de veces a través del viaje. Pero falta el aire de Italia. Esto está demasiado nuevo, excesivamente fresco para un país que posee el más perfecto *stock* de invasiones y de guerras que ha tenido el mundo. Una mirada rápida a los cuadros que "hay" que ver, y seguimos hacia el sur...

*Las palomas.*

Nunca habrá palomas como las de la Plaza de Milán. Tienen menos cortesía y son menos viajadas que las de Venecia, pero trabajan más en serio. Saben que forman parte del decorado de Italia, de la Italia para los turistas naturalmente, y comen en la mano o se

posan en la cabeza de *bambini* y *ragazze,* cuando hay una Kodak de por medio... y una buena propina en maíz...

Los *carabinieri* de Milán son la sal de este país. No hay turista yanqui que no se desmaye al ver estos muchachones de un metro noventa que lucen los viejos y clásicos bicornios que recuerdan vagamente al amigo Napoleón. Milán guarda lo viejo y se empina hacia lo nuevo; hay catedrales del siglo XII y rascacielos que arañan unas nubes de plata al atardecer. En la Scala aún tirita el último do de pecho de la histérica Callas, y el Duomo tiene tal gravedad que dan ganas de entrar en puntillas. Finalmente, en todas partes, detrás de cada esquina, nos aguardan dos amigos que nos seguirán fieles a través de todo el viaje. Garibaldi de poncho y Leonardo con sus lluviosas barbas.

El sol asoma débilmente. Esta es la famosa primavera italiana en que la lluvia se da con la misma facilidad que los calores más tropicales. El campo se pone de pronto verde. Tenemos los ojos cansados de lagos (el Como, el Garda, etc.) y queremos ver picachos con nieve. Después de ver los Pirineos, los Alpes, necesitamos los Apeninos, de que nos habla el tierno Edmundo de Amicis en "Cuore".

Ahí están, al alcance de la mano.

*Afiches e historia.*

Italia es el país de los afiches. Yo no sé si tiene más ruinas que carteles o más carteles que piedras del tiempo de los primeros cristianos. Los caminos son una selva de anuncios y más anuncios. Podría parodiarse la frase y decir que "los avisos no dejan ver el paisaje". Pasan castillos y más castillos. En la punta de cada colina monta guardia una vieja muralla que tiene diez siglos a la espalda. Los pueblos tienen el encanto del sur de Francia, pero en italiano. Son un color gris en que comienzan, a medida que avanza la máquina, a asomar los primeros rosas y los primeros amarillos limón. Los vecinos juegan a los bolos en la placita de piedra y las viejas con manto negro repletan las iglesitas.

Alguien pregunta:

—¿Se darán cuenta los mismos italianos de la maravilla que tienen junto a ellos?...

La pregunta no tiene nada de tonta ni de ingenua. Esta gente nació aquí. Vio la capillita con maravillas del Giotto desde que se bajó de la cuna. Caminó desde niño sobre piedras que tienen una historia que les hace temblar el corazón a los turistas. Para ellos este santo descolorido no es una obra de arte inmortal, sino el santito ingenuo de la infancia que hace milagros desde que el pueblo fue colocado en el mapa. El castillo de la loma es únicamente el viejo *cas-*

*tello* que está acostumbrado a ver posado sobre la altura como una paloma de piedra o de mármol. Esto es su patria. Apenas conoce (si conoce...) la *lontana* Roma. Su riachuelo, que atravesaron hace veinte siglos las legiones de César y hace ciento sesenta años las tropas de Napoleón, es sólo un riachuelo vulgar en que se bañó el día que se escapó de la *scuola.* No tiene mayor relieve y miran en forma irónica a los pobres turistas que no se cansan de tomar fotos y de consultar guías. Sí, pero esto ha hecho justamente a los italianos (y a los europeos en general) así. Han nacido y crecido sobre un decorado de museo, y el arte en ellos es tan natural como comer o ir al cine...

*Venecia.*

Pero dejemos atrás Milán y por una veloz autostrada, previamente pagada en liras, llegamos a esas aguas maravillosas que hay en el mundo, a esos florones solitarios que merecen —ellos solos— la pena de haber llegado a esta tierra. Termina el camino. Un puente avanza sobre un agua obscura y silenciosa y, de repente, el aire se llena de luz, de una luz nueva que va formando una ciudad y van surgiendo palacios al pie de los canales. Hay que dejar el coche y montar al *ferry,* y entonces se avanza de Occidente a Oriente, de Roma a Bizancio, de Colón a Marco Polo, y se llega, a través de un agua podrida, a unos palacios quemados por la luna, que se llaman Venecia.

Lord Byron escribió aquí algunos grandes poemas y George Sand conoció el amor. Napoleón dijo que la Plaza de San Marcos era "el salón más lujoso de Europa". Aquí está el Palacio de los Dux, el Duomo, los moros que golpean sobre una pesada campana para indicar el paso de las horas, las palomas que hasta usan tarjetas de visita para entenderse con los turistas, los grandes Tintorettos, los enormes Pablo el Veronés, los Ticianos color sangre, los Rafael y los Miguel Angel.

*Agua arriba y abajo.*

La ciudad del agua nos recibe precisamente... con agua. Arriba y abajo y, además, por los lados. Atravesamos una larga península artificial que se mete en el mar y desmontamos de la máquina. Afuera *piove.* ¡Cuándo no!...

Pero al día siguiente hace un sol que recuerda las mejores telas inglesas del siglo pasado. La torre de San Marcos brilla como una joya. La plaza está llena de palomas obedientes y disciplinadas. El Palacio de los Dux es una sortija que alguien le puso en el dedo a esta ciudad

única en el mundo. Me acuerdo de Thomas Mann y de "La Muerte en Venecia". Aquí el viejo profesor conoció y se enamoró de Tadrio. La Venecia de los cuadros de Reynolds, la ciudad única de los versos de Lord Byron... Ahí está, al alcance de la mano. Hay que sacarse el sombrero antes de entrar a ella...

Tres días en Venecia son un solo galope entre el Tintoretto, Leonardo y Pablo el Veronés. En el Palacio de los Dux sentimos lo que fueron los tiempos de la vieja República, que les hacía frente a los turcos en las mazmorras bajo tierra y atravesando el romántico Puente de los Suspiros. En la armería, una ametralladora de Leonardo nos hace echar una mirada hacia el más genial de los genios del Renacimiento, que pintaba, esculpía, inventaba la aviación, hacía versos y el amor, cincelaba, dibujaba planos y creaba para siempre un estilo único en el mundo. Afuera brilla el sol en los canales, y el Lido, a lo lejos, nos muestra irónicamente una ficha de diez mil liras... Cada callejuela recuerda a Córdoba y a Sevilla en una Andalucía montada sobre el agua.

*Habla una paloma.*

Una paloma me dice al oído:

—Yo estoy cansada de tanto turista. Antes tenían cierto sabor cuando venían a ver la ciudad. Ahora vienen únicamente a comprar copas de Murano y a escuchar "Anima e cuore" en la Plaza de San Marcos. Además, la calidad de los turistas ha bajado. Hace cincuenta años venían los mejores poetas del mundo y nos hacían versos. Ahora vienen fabricantes de salchichas, nos dan maíz y tenemos que posarles para estar para siempre pegadas en alguna pared de departamento. Creen que a una paloma italiana —¡y encima veneciana!— se le puede comprar con un paquete de maíz de treinta liras... ¡No hay derecho!...

*Entre ferrocarriles en miniatura.*

Lo que menos me imaginé en Venecia, llena de canales y de boteros, es que iba a encontrar una maravilla mecánica. Venecia está hecha para los crepúsculos y las declaraciones de amor a la luz de las estrellas, no para los motores y los tornillos.

Y, a pesar de ello, en Venecia está el mejor Museo de Ferrocarriles en miniatura que hay en el mundo.

No se trata de una estación. O de veinte hechas para niños de millonarios, con trenes, vagones, ténderes, socavones, puentes y guardagujas.

No.

Es un mundo entero que mide cerca de una manzana y en que uno se siente a la salida de Chicago o de Nueva York. Es un desfile continuo de Flechas del Sur, de expresos ultrarrápidos, de trenes de lujo con pasajeros millonarios adentro. O de vagones petroleros repletos de bencina. O de montañas de madera que cruzan la fantástica distancia de diez metros sobre ocho ruedas de veloces carros de acero. Hay estaciones, desvíos, guardabarreras, agujas, etc.

Y naturalmente no hay chicos mirando como se mueve este mundo mecánico e infantil, sino unos caballeros muy serios que han dejado en la casa a los *bambini* para poder gozar tranquilos del espectáculo. . .

Y lo grande es que no es la delicia de un niño lleno de dólares, sino de una ciudad entera que, previo pago de unas cuantas liras grandes como gobelinos, se pueden sentir definitivamente en plena infancia. . .

*El Lido.*

Frente a Venecia está el Lido. Pero el Lido es una islita moderna, una especie de Costa Azul en miniatura, que no le puede interesar a ningún espíritu preocupado del arte y de la Historia. Lo fundamental en Venecia es esa mezcla turca y oriental por un lado y occidental por el otro. En las cúpulas doradas surgen los bulbos bizantinos, los cuadros de mosaico, las ventanas altas y delicadas, los pequeños minaretes. Y frente a ella, y entremezcladas con ella, este desborde de catedrales góticas, de minúsculas capillas católicas, de telas llenas de madonas y de santos, de altas aureolas doradas e inmensas alas. Todo Venecia tiene algo de sensual y místico al mismo tiempo, y las vírgenes que nos sonríen desde los cuadros parecen más mujeres que vírgenes.

*Florencia.*

Ahora dejamos atrás los pinitos de Padua y ya nos espera Bolonia, y detrás de ella, Florencia; la Firenze italiana, que tiene fama de ser la ciudad más clásica del mundo. Aquí el arte está en la calle. La Catedral de San Giovanni brilla al sol como si la mano de Dios le hubiera hecho una caricia pensando en la llegada nuestra. El Baptisterio nos hace caer arrodillados. Y en la esquina en que Dante conoció a Beatriz, junto a las aguas del Arno, tenemos que recitar en voz baja los versos del autor de "La Divina Comedia". Nos dan una buena noticia: el Ponte Vecchio, que amenazaba derrumbarse, será refaccionado rápidamente y no destruido como se pensaba.

Pero ¡sacarse el sombrero y callarse! Son las siete de la tarde y estamos llegando a la Piazza della Signoria. Nos reciben en la puerta el "David" de Miguel Angel y el "Perseo" de Benvenuto Cellini. Al

fondo, cerrando el paisaje, el Palazzo Vecchio y la Galería de los Uffizi, que contiene más cuadros célebres que las mejores galerías de U. S. A. A la vuelta vivió Dante. Ochocientos metros más allá está la tumba de Galileo y de Aretino en la maravillosa Santa Croce. Tres cuadras más lejos reposa Lorenzo bajo el genial "Pensador" de Miguel Angel. En la calle nos sale a recibir la casa en que nació Dante, y que ahora exhibe una exposición de cuadros ultramodernos. En la capilla de los españoles, junto a Santa Maria Novella y sus mármoles listados, avanzamos a través de tumbas románticas en que corren las lágrimas... y la cursilería. En la noche, Florencia no encuentra nada mejor que colgarnos una luna del siglo XIV sobre el Arno, para que quedemos definitivamente enfermos de envidia.

Todo un enjambre de asesinatos, envenenamientos, violaciones, asaltos y guerra surge desde el fondo de la memoria. El río Arno trae sangre en vez de agua, y en las noches la gran luna florentina empapa sus guantes de gamuza en este líquido inolvidable que sigue fluyendo, hoy como entonces, a través de seis siglos.

Al día siguiente trepamos hacia una colina para ver de nuevo el "David", que brilla como agua pura, y abajo se despliega la ciudad más encantadora del mundo, en que florecía el arte con la misma facilidad que los venenos y el amor contrariado... Finalmente, después de transpirar media hora, llegamos a Fiésole, donde nació y pintó Fray Angélico, y para colmo tenemos en la mano unas monedas chinas verdes como el musgo, con forma de espada, que tenían siete siglos cuando Cristo vino al mundo. En una palabra, a Florencia se le pasó la mano e hizo saltar la banca.

*Siena.*

Atrás quedan las Arenas de Verona y la falsa tumba de Julieta y el espantoso balcón de los versos célebres, la tierra amarilla y cocida de Siena, el Campo en que se hace dos veces al año el célebre Palio que viene de la Edad Media; los cementerios de los norteamericanos tendidos para siempre a la sombra de los pinos más finos de la Historia; las huellas de las balas en las viejísimas murallas de los pueblecitos, la selva infinita de cuadros y estatuas; los Garibaldis que nos saludan en cada esquina, las fotos de los caídos, amarillentas por el paso del tiempo. Pasan las Vespas y los autos a una velocidad supersónica, las viejas desfilan con sus mantos de luto, como en España, por el muchacho que fue *partissanno;* hay Humbertos de Saboya y Cavoures en cada placita, y de cada capillita de hace seis siglos caen unas campanadas que hacen estremecerse la piel menos sensible a la cultura.

*Pisa.*

¡Qué dulce, en cambio, es Pisa, con su Baptisterio, su Duomo y su torre inclinada! Pisa es sólo una plaza. ¡Pero qué plaza! La torre inclinada surge hacia el cielo y se pierde entre las nubes como una niña que quisiera volar. El Duomo brilla como una enorme sortija, y el Baptisterio eleva serenamente su cúpula dorada y plateada. El césped es fino y suave como pelusa. Los obreros trabajan el mármol en plena calle, como en los días de la Edad Media. No hay turista que no se lleve reproducciones en madera y bronce de todas las estatuas famosas en Italia.

*¡Al sur!*

El auto corre veloz hacia el sur. Siempre hacia el sur. Pasamos al pie de Monte Casino, donde se realizó la batalla más salvaje de la última guerra y que fue reconstruido hasta el último ladrillo por los monjes. Aquí sí que estuvo la guerra. La verdadera guerra mundial. En este sitio el aire parece que está quebrado aún por las bombas, las balas y las granadas de mano. Durante seis meses aquí ardió la tierra y no hubo noche porque la luz de los fuegos y el resplandor de las bombas barrían con la obscuridad. La misma luna de Monte Casino —esta luna de abril de 1959— parece que tiene una punta rota que se la llevó una bomba. En las colinas silenciosas, junto a los ríos, entre los pueblecitos minúsculos, sube y baja una tierna selva de pequeñas cruces que indican las tumbas de los soldados norteamericanos y alemanes que cayeron aquí para siempre. El aire es nítido, sutil y fino. Es el aire italiano. Un aire de apariencia conventual, y uno no se imagina que todo esto vivió unos días y unas noches alucinantes en 1943.

Al fondo, imperialmente, gritan definitivas y solemnes las cuatro letras de la palabra ROMA.

*Roma.*

Con el alma en vilo entramos por la Via Appia sobre las huellas que dejaran los carros de las legiones romanas hace veinte siglos. A un lado está aún el surco de la sandalia de Cristo, allí en la piedra misma, en la famosa senda del "Quo Vadis". Al frente se despliegan los restos de lo que fue el Circo Máximo y parecen orar aún los primeros cristianos de las grandes persecuciones.

Es imposible describir Roma. Porque nos salen al encuentro la pesada mole del Coliseo, el Arco de Tito, la Vía del Imperio, los primeros planos de la vieja capital de los tiempos de César, la Columna de Trajano, las ruinas de los antiguos templos, la colina del Palatino,

el Campidoglio, las fontanas, el Palacio de Venecia —en el que vaga aún el fantasma del Duce—, el Castello de Sant Angelo y por fin, junto a las aguas del Tévere, surge San Pedro, la catedral más grande del mundo.

Románticamente dejamos caer unas monedas en la Fontana de Trevi para volver algún día, y nos mareamos con tanto ángel, tanto dios, tanto imperio, tanta ruina, tanta columna y tanto capitel destrozados. ¡Es demasiado! No hay cámara fotográfica que pueda captar todo. Ni taquígrafo. Ni máquina registradora. Pero lo importante, amigo lector, no es que le quiera contar cómo es cada metro de Roma, sino darle una sensación de lo que es la ciudad misma... Callecitas sin aceras. Callecitas de piedra hundidas en el centro por el pie de las gentes y de los siglos. Capillas en todas las esquinas... Palacios elegantes hasta lo inconcebible. Las mil gradas de la Piazza Spagna, donde se besan los enamorados en italiano después de decirse los más románticos juramentos de amor y devorar kilómetros de *spaghetti*. En la Capilla Sixtina del Vaticano tenemos que desmayarnos en unas sillas especiales para eso —para desmayarse— y ver cómodamente los enormes frescos de Miguel Angel. Las Vírgenes de Rafael nos saludan desde todos los rincones y recorremos el pasadizo más impresionante por el que yo haya caminado jamás, bordeado de estatuas de emperadores, bustos de santos, caras de ángeles, y por un momento me sentí aislado como Robinson Crusoe, en medio de un océano de piedra y mármol. Si yo fuera una turista sentimental, pondría los ojos en blanco al ver los enormes guardias que han sido seleccionados en forma escrupulosa entre los galanes más cinematográficos de la nobleza suiza. Pero como no lo soy, me dedico a mirar cómo, por una ventanilla lateral de San Pedro, asoma la sonrisa bonachona de Juan XXIII, que saluda a la inmensa multitud en medio de los gritos ensordecedores de *"Viva il Papa!"*, y el coro infernal de bocinas con que se saluda su aparición.

*San Pedro.*

Pero hay algo que nos llamaba desde que leímos el primer libro. Surgen los primeros cincuenta escalones de la primera catedral de la Historia y entramos en la penumbra donde están enterrados los huesos del fundador de la Iglesia. A un lado una joven Virgen sostiene entre sus brazos a su Hijo agonizante: "La Pietà". Y quedamos pálidos de emoción al ver cómo se estremecen cada vena y cada arteria y se dibuja cada hueso de Cristo en los momentos que ha sido descendido de la Cruz. Esto, todo esto, desde San Pedro mismo hasta "La Pietà", lo hizo Miguel Angel, y esa Virgen y ese Hijo salieron de sus manos cuando sólo tenía veinticuatro años. El altar mayor es un verdadero

pebetero de metal y mármol que lanza sus volutas negras y doradas hacia la cúpula por la cual el gran sol de Roma se asoma a iluminar a unos Papas y a unos ángeles, con la vista baja. Esta Catedral —y no se enoje el lector católico— es menos mística que la de Toledo y llama menos a la oración que el Duomo de Pisa. Es menos señorial que Notre-Dame y trae menos a la mente la idea de Dios que la fina y delicada Catedral de Chartres. Es demasiado grande, demasiado lujosa, demasiado inteligente, y excesivamente bien construida para el transeúnte solitario o para la pobre vieja que reza de rodillas. Aquí la Majestad Divina arrasa con el pequeño problema personal y dan más ganas de mirar a las tumbas de los Papas, las estatuas, las telas y los ángeles, que volver la vista hacia el cielo mismo. Este es el palacio de la cristiandad, pero un palacio con la vitalidad feroz del Renacimiento. Tuvieron que juntarse Julio II, Miguel Angel y Bramante para poder construir todo esto, pero además se necesitaron guerras victoriosas, conquistas sangrientas, luchas contra el turco, marcha sobre Bizancio. Y la seda, el oro y la pedrería. Lujo, en una palabra, para poder alzar estos sillares definitivos. Yo he visto a San Pedro con cincuenta cardenales con capa de armiño inclinados frente al manto del Papa. La he visto solitaria con dos ancianas en una esquina rezando al ponerse el sol. La he visto con turistas, con estudiantes de pintura, con millonarios en busca de sensaciones y de Historia. Y la he visto vacía, sola, tan solemne como una campana vista por dentro. Todo brilla demasiado, todo tiene un color que quema las pestañas y enciende los ojos. Parece que el bronce y el mármol invitaran más a admirar lo que hicieron los Papas que a recoger mística y sombríamente el alma. Y por eso, sobrecogidos y abrumados, salimos en silencio entre los cientos de columnas que rodean la Plaza de San Pedro y nos deslizamos por esas callejuelas color oliva que se desprenden del Vaticano.

*En los jardines del Vaticano.*

Gracias a un amigo diplomático logré entrar a los jardines del Vaticano. Fue una tarde hace ya lejanos ocho años... Está totalmente prohibida —salvo para gente muy contada y connotada— la visita a los jardines de Su Santidad. Pero había que conocerlos. Sobre todo después de haber leído "Las Llaves de San Pedro", del indiscreto amigo Peyrefitte.

Y valían la pena.

Conozco los jardines de Versalles, los de Chartres, los de Florencia y los de Pisa. Estos tienen más majestad y son más íntimos. Roma deja de ser Roma, ciudad y capital de Italia, para levantar

este oasis religioso y místico en que se nota que hasta los pinitos altos y esbeltos le rezan a Dios, casi de rodillas.

Todo tiene una belleza de remanso y de islote solitario. Parecen hechos únicamente para el Papa y los cardenales. Da la sensación de que el mundanal ruido que tiene acceso a la ciudad más pequeña y humilde y a la catedral más lujosa e imponente, no llegara hasta aquí. Los bancos de piedra están hechos para la meditación de prelados de alta alcurnia que tuvieran ya un pie en la tumba y otro en el cielo.

Una tarde en los jardines del Vaticano, con el sol poniéndose lentamente en el deslumbrante cielo de Roma, tan caro a Lord Byron y a todos los poetas que en el mundo han sido, es como detener por un momento la arrolladora máquina periodística y humana y echarle una mirada a la otra vida.

*La Ciudad Eterna.*

De día Roma es color rosa. Se debía llamar Rosa en vez de Roma. Todo es cuestión de una letra. De noche le surge un verde sombrío con olor a chorro de agua, a fuente, a portal de capilla, a estatua desgastada. Es cierto que el Altar de la Patria tiene aspecto de torta de novia y que se les pasó la mano a los buenos italianos al poner tantas estatuas, tantos soldados, tantos reyes y tantos dioses juntos. Es cierto que sobran las ruinas y las columnas derribadas que indican que aquí estuvo la "Roma Antica" en tiempos de Augusto. Pero si usted quiere realmente sentir el perfume de Roma, venga conmigo solo, caminando por la Via Appia del imperio y mire surgir en la sombra las pequeñas estatuas de Julio César y de Augusto, deténgase ante la Columna de Trajano, medite a solas —si lo deja la policía— en el Coliseo, ascienda por los restos de la escalinata del Palatino, vague como un sonámbulo sobre la hierba de una de las siete colinas que encierran Roma y verá cómo nunca ha experimentado sensación de mayor dulzura, de suavidad casi femenina que brota del recuerdo de lo que fue un día la capital del imperio. Hay algo de oración destrozada, de plegaria rota, en estas piedras eternas y estos mármoles que brillan aún después de dos mil años.

*Al Palacio Venecia.*

Junto a la torta inmensa del Altar de la Patria está el Palacio Venecia. Actualmente es una casona solitaria y silenciosa en que de vez en cuando se detiene un turista para tomar una foto de la ventana donde hablaba el Duce en los días del fascismo. Allí llegó después de la Marcha sobre Roma, allí declaró la guerra a Abisinia, allí gobernó con mano de hierro más de veinte años, allí cometió el error

fatal de haber metido a Italia en la última guerra. De allí lo sacaron una madrugada para llevárselo al Gran Sasso, de donde lo iba a libertar Skorzeny.

Es un palacio típico de la gran época de Roma. Es hermano de los de Florencia y de Venecia. El color mismo y la luz verdosa del atardecer dan sensación de conspiración y de zancadilla política. El color es de un rosa viejo, de un rojo desvanecido, de un ladrillo quemado por la luz de los siglos.

Gracias a una tarjetita misteriosa llegamos hasta el despacho que fue del Duce y nos sentamos en el viejo sillón que usó Mussolini a través de cuatro lustros. Está la lamparita que enfocaba el Duce sobre el visitante, los últimos papeles, el pesado tintero, el busto de César...

Pero el Gobierno italiano, que le teme aún al "morto qui parla", ha tratado de borrar hasta el último vestigio de la época del Duce. Y la pobre habitación está conservada como una más sin nada —absolutamente nada— que recuerde que desde allí los millones de italianos fueron dirigidos por una sola mano desde el año 22 al 45.

Claro que la buena voluntad de los ingenuos democratacristianos para saltarse a pies juntos una época total de la vida del país ha resultado un perfecto fracaso.

Y no hay italiano que pase frente al Palazzo que no alce mecánicamente la vista hacia el balcón solitario en que revolotean aún los *"A noi!"* de antaño.

*El recuerdo de Mussolini.*

En toda Italia se sigue la misma política del avestruz con respecto a Mussolini. Se trata de borrarlo por todos los medios. No importa lo que hiciera a través de veinte años... Lo básico es cumplir la consigna democratacristiana: barrer hasta con el último vestigio.

Los cocheros hablan con simpatía de la época anterior. Uno de ellos lo llama: "Il morto qui parla".

La frase rueda ya por toda Italia. Hace cuatro años no se podía hablar del Duce en las revistas ni los diarios. Ahora no hay órgano de prensa que no tenga una serial sobre la época de Mussolini. Se habla de sus últimos amores con la Petacci, de sus postreros momentos, de la forma como lo mataron, de lo último que dijo, etc.

El Estadio Mussolini se llama ahora Estadio Itálico, pero el sello del Duce se le nota a la legua. Con la Casa de los Sindicatos en Roma sucede igual. Los lictores han sido pulverizados, pero han dejado el hueco que habla por sí mismo.

El cubo de mármol negro que hay a la entrada del Estadio tiene aún las frases: "Carta de il Lavoro", "Marcha sobre Roma", "Entrada a Addis Abeba", etc.

No hay placas en las casas que habitó, pero la gente, el hombre medio, el romántico y nostálgico italiano de 1961, sabe de memoria que allí vivió el dictador...

Claro que el único partido que trata de seguir su huella —el MNI— tiene tanto que ver intelectualmente con él, como los generales mediocres que el Duce condecoró hasta el final y que lo traicionaron sin vacilar.

No. Es un plato demasiado fuerte borrar de una plumada veinte años de historia...

*"Roma Antica".*

"Roma Antica" es un solo campo desolado de ruinas. Ruinas. ¿Escucha, amigo lector? Ruinas y nada más que ruinas. Desechos de piedra y de mármol. Trozos de capiteles, de columnas, de gradas, de dioses, de estatuas, de todo.

Todo es ruina. Todo está quebrado e incompleto. Todo hay que imaginárselo cómo fue. Y trepar las gradas del Palacio de los Césares, en que se ve aún la huella de los carros sobre la hierba. Y caminar entre las escasas piedrecitas que quedan de lo que fueron los veinte templos a los dioses, y llegar hasta lo que fue el baño de Popea, y bañarse con ella en una leche de cabra invisible...

Con un buen mapa y después de haberles dado una rápida revisada a los textos del colegio, se puede sentir un poco en la época de Augusto y caminar a gatas entre las ruinas que quedan aún y que los italianos administran sabia y hábilmente. Son apenas unas manzanas de tierra, hierba y barro, con columnas derribadas y templos quebrados, pero que bastan para recibirse de guía internacional...

Claro que se parte con un prejuicio. Se sabe que "eso" fue Roma. Mentalmente uno se viste de túnica y se pone un par de coturnos. Se hojean las campañas de César y se repite a media voz alguna frase de Cicerón, pero si no se supiera nada, si se llegara totalmente virgen de recuerdo, a lo mejor este cementerio de mármol, que hiere la vista el verano quemante que llegamos ante él, sería sólo un vulgar campo de desechos...

Pero viene la famosa Historia y nos lleva de la solapa. Y vemos gigantes donde hay sólo unos pobres e inocentes molinos.

*El Coliseo.*

El Coliseo es un inmenso queso Gorgonzola, al que una generación completa de golosos romanos le ha dado una mascada gigantesca. Durante siglos le robaron piedra tras piedra y lo dejaron tan manco como el pobre Cervantes.

Pero, así y todo, es majestuoso. Se siente la Roma de los emperadores, de César y de Augusto. El palco imperial está intacto. Los calabozos, lo mismo. Nos podemos sentar hoy día en las graderías para ver mentalmente las carreras de carros y los dedos pulgares de los patricios de la época de Nerón pidiendo la muerte para los pobres mártires.

Sólo en la noche es peligroso y está severamente vigilado, porque los militantes del tercer sexo lo han adoptado como cuartel general. . .

Claro que el inmenso Coliseo, que es uno de los lugares más históricos que van quedando en el globo, sería infinitamente más agradable si no existiera la inaguantable plaga de fotógrafos y de vendedores de postales que no deja pensar a gusto en Popea y menos echarle un piropo a la sombra de Mesalina.

Son implacables. Trabajan de día y de noche. Asaltan a los turistas, los sitian por mar y tierra, los cogen de las solapas, les siguen horas de horas y, por último, les venden la intolerable fotito en colores y se llevan alegremente sus liras.

*El Circo Máximo.*

No hay nada más terrible que viajar especialmente de América buscando algo y no encontrar ni la huella. Ni la huella de la huella.

El Circo Máximo de Roma, en que varias generaciones de cristianos pasaron a mejor vida en las fauces de los leones, es apenas un parque que no recuerda en lo más mínimo lo que fue. Sigue la misma línea, se notan las graderías en que aullaba la plebe, las escasas piedras que quedan del palco del césar, la pista de arena en que corrían los carros, la cancha en que luchaban los gladiadores, la salida de las fieras, los calabozos, las viejas jaulas, etc. Pero prácticamente no queda nada. . .

Salvo un jardín terriblemente sonriente e italiano, unas fuentes, algunas flores y nada más.

Mucho más auténtico y real es el Circo de "Ben Hur". Da más sensación de época y de veracidad.

Pero estamos demasiado místicos y demasiado sombríos y nos vamos a poner de inmediato alegres. Por Via Veneto pasan unas mujeres que no son de carne, sino de porcelana, con labios tan blancos que parecen cadáveres lujosamente vestidos. Pasan unos muchachos con los pantalones ceñidos y con caras de galanes de cine. Surgen unos hoteles enormes, caros y de mal gusto, y en todas las esquinas —sin excepción— hay una fuente, un dios, un cuerno de bronce o un chorro de agua. Y podríamos seguir hasta el infinito describiendo las Termas de Caracalla, los barrios elegantes, las nuevas piscinas, los

bloques que surgieron con las últimas bombas de la guerra mundial, y cerrando todo este espectáculo una infinita gama de verdes que brillan en los pinitos que trepan las siete colinas de Roma.

*Nápoles.*

Pero aún nos queda el sol de Italia, y en Nápoles, después de atravesar inolvidables pueblos, villorrios y aldeas, nos espera el mar. Un mar de un azul deslumbrante que está pidiendo desesperadamente que le coloquen una flota romana o un yate de lujo. En Nápoles hay cuadros célebres, y ropa tendida en todas las ventanas. Nápoles es el Oriente, y el Africa, aunque se indignen los italianos. Hay algo de Zoco, de Barrio Judío, de Ghetto que recuerda un poco Sevilla y Córdoba. O las callejuelas de Argelia. O ciertos barrios de Casablanca. Los niños más gritones del globo saltan y brincan en los charcos de agua de la calle, pero al mismo tiempo los turistas invaden los museos y los autos más elegantes y más pesados cruzan por calles inverosímiles y se detienen ante una placita minúscula. Un barquito nos espera puntualmente a las nueve de la mañana y nos deja en Capri.

*Capri.*

Amigo lector: éste es el afiche que usted vio algún día en alguna oficina de turismo: un cielo azul, playas blancas, flores, mujeres bonitas. Al fondo humea la vieja cachimba del Vesubio. Abajo están las ruinas de Pompeya y Herculano. Un enjambre de villas asciende las colinas salpicadas de rosas. Esto es para parejas de novios, para reyes destronados, para princesas románticas. Esto es para millonarios con yate y con abulia invencible. Los barcos blancos rajan el agua como una navaja y le dejan una larga herida color jade. Hay sol en todas partes. El sol sale del agua y cae del cielo. Todo el mundo está alegre recorriendo las callecitas empinadas en pequeños coches arrastrados por filosóficos burritos. Yo creo que no hay metro, centímetro o milímetro de Capri que no hayan captado las cámaras de los turistas, y nunca debe haber existido besos más ardientes que los que se dan bajo este cielo y entre estas nubes viajeras. No hay necesidad de ponerse triste a la vuelta para recorrer las callejuelas de lava, arcilla, piedra y ceniza de lo que fue la orgullosa Pompeya. Ni ver cómo el Vesubio lanza impertérrito su eterno chorro de humo hacia el cielo.

*Balance de Italia.*

Pero nos llevamos una dosis de oxígeno, de sol líquido, y, lo que es más grave, un optimismo incurable en los ojos, en las venas, y salimos de Italia con el alma treinta años más joven. Y eso que no

le hemos contado al lector que tenemos los ojos cansados de ver cuadros y estatuas, de entrar a capillas y templos, y de viajar casi sin darnos cuenta de la Roma Imperial al Renacimiento, y de allí a la de la última guerra, y que después de catorce horas en auto, siempre hacia el norte, nos estaba esperando, meciéndose en la bahía de Génova, el barco que nos llevaría lejos, al otro lado del mundo.

Génova es la ciudad que guarda más cicatrices de la guerra. Las bombas inglesas pegaron duro y fuerte a través de la última contienda. En la rada, llena de buques, se ven las huellas de las bombas. Y en las viejas casas, que tiene cada cual una historia novelesca con los respectivos asesinatos y envenenamientos, y antes que nada su cementerio, que tiene fama en el mundo entero de ser el más elegante e impresionante de Italia. Y con razón. Sus tumbas, sus mausoleos, sus estatuas, sus jardines y sus flores son un solo canto a la manera itálica de morirse. O sea, con alegría y dignidad, felices de morir entre puros italianos, y sobre todo de italianas.

En Génova nos despide la estatua del último Garibaldi, que se alza a caballo y de poncho en la plaza más importante de la ciudad. Nos dicen adiós los enormes bloques volados en los bombardeos de la última guerra; el barrio del puerto, que es más pintoresco que el de Marsella; pero sobre todo nos despide ese enorme pañuelo de seda que está amarrado a las sienes de Italia y que es de un azul inolvidable...

# ARGELIA: CON EL ARMA AL BRAZO

HE ESTADO dos veces en Argelia. Una vez invitado por el Gobierno francés y la otra como corresponsal de un diario español para el golpe de los "ultras" en enero de 1960. Recorrí la ciudad de Argel, Constantine, Bona, Tissi-Ossu; llegué al borde del desierto. Y lo hice vestido de soldado, con casco y una pistola en la mano. Durante seis años Argelia estuvo en guerra con Francia. Cuatrocientos mil hombres entre ambos bandos, por lo menos, cayeron para siempre en las calles, en los caminos, en las celadas nocturnas. Cuando vi la primera vez al general Massu, era jefe de los paracaidistas, de los célebres "parás", y Salan era el gobernador del país. El ambiente en aquella ocasión era de inquietud y nerviosismo. Los "parás" vigilaban con sus pintorescos uniformes camuflados cada veinte metros y con una metralleta siempre lista bajo el brazo. Estallaban las bombas a cada momento y se sentía en el aire la presencia de la lucha y el combate. Nos allanaron más de veinte veces buscando algún arma invisible o alguna bombita disimulada. Los puentes, los accesos a la ciudad, los edificios públicos, todo estaba bajo la mira de las ametralladoras y los fusiles franceses. Pero el ejército que había al frente de los "fellagás" era un ejército invisible, un ejército de sombras: no usaba uniforme ni distintivo. Estaba agazapado en los pliegues de la noche. Un oficial de la Legión Extranjera nos dijo:

—¿Cuántos son ustedes? ¿Cuatro? Bien, necesitan por lo menos cuatro jeeps, dos delante y dos detrás para que les custodien.

*En jeep.*

Y así recorrimos Argelia, en un jeep, a cien kilómetros por hora, por caminos pavimentados como en Francia, entre montañas abruptas, bosques apretados y silenciosos, detrás de los cuales funcionaban perfectamente las pistolas de los combatientes escondidos. En los cuarteles de la Legión Extranjera vimos partir los soldados al amanecer en dirección a las montañas en busca de los nidos rebeldes que los esperaban en la sombra. Esta fue la guerra más despiadada y salvaje de la Historia. Porque lado a lado, franceses y argelinos, peleaban con todas

las armas y no vacilaban en enterrar vivos a los prisioneros y dejarlos que agonizaran lentamente enterrados en un hoyo en medio de la desolación del paisaje. Fue una guerra sin cuartel. Se dio el caso de soldados a los que se les arrancaron los ojos y se les cortaron las retinas con tijeras.

*El país.*

Pero no sigamos con la guerra. Detrás de ella queda Argelia, uno de los países más sonrientes y suaves y verdes del mundo, a pesar de ser la antesala del Africa. El aire es suave, casi veraniego. Argelia es una especie de Marsella, de perfumada Costa Azul, de puerto en que surgen los grandes hoteles, los rascacielos, los cabarets, los barrios al estilo de la metrópoli. Bona es una ciudad provinciana, un amable refugio de avenidas, arboledas y de casitas bajas en las que parece que nunca hubiera caminado la guerra. Sin embargo, a los diez minutos de llegar, detienen a un musulmán en plena calle al encontrarle una bomba que estaba lista para explotar.

*La guerra.*

Y en pleno Tissi-Ossu encontré un rincón de París en medio del Africa.

El bosque suave y casi francés, el pequeño bosque cuidado, el jardín salpicado de flores, la gran mansión señorial, los muebles modernos, los cuadros audaces, las mujeres bonitas, los trajes de baile, los grandes escotes, las niñas rubias, las piscinas, etc. Todo el refinamiento europeo, en una palabra, trasladado amorosamente al Africa. ¡Parecía tan lejos la guerra, tan lejana la contienda, la sangre derramada! Alegres conversaban los oficiales vestidos de civil con sus encantadoras esposas, como si estuvieran en París. Pero, de pronto, por un caminito avanzó un batallón de la Legión, se escuchó a lo lejos el tableteo de una ametralladora y se sintió sordo y lejano el rumor del cañón. El mismo árabe, suave y buena persona, que de día concurría al Mercado o llevaba a sus niños a la escuela, era un combatiente nocturno que descendía como flecha de los montes para caer sobre las patrullas francesas. Esta era mi primera guerra y como tal la viví con una intensidad feroz. En la ciudad de Argel nos brindaron un hotel elegantísimo, lleno de jeques, de príncipes del desierto, de caballeros feudales que, por supuesto, estaban al lado de los franceses. Y aquí estaba el problema. Argelia tiene diez millones de habitantes; un millón de franceses contra nueve millones de argelinos. Los argelinos se sentían grandes, de pantalón largo. Sus estudiantes, sus profesores, sus improvisados oficiales, se educaron en las mejores universidades de

Francia y ahora querían ser libres. El francés de Argelia sostenía que en caso de darle la libertad, el país quedaría rápidamente bajo el control comunista, ya que está rodeado de un verdadero biombo de países musulmanes que le brindaron a la rebelión su simpatía desde el primer momento. Salan y Massu, y detrás de ellos De Gaulle, sostuvieron la teoría, al comienzo, de llevar la guerra hasta el último extremo. Y vino el golpe del 13 de mayo. Los "ultras" se separaron de De Gaulle y éste adoptó un tono conciliador y moderado que no dejó contento a nadie. Corría la sangre en 1957 cuando estuve por primera vez. Las dulces colinas estaban invadidas de guerrilleros. Un oficial me dijo: "Habría que dinamitar montañas enteras para acabar con la rebelión. Y ni aun así se sacaría nada".

Todo el país estaba en armas, pero cuando caía la noche se hacía más solemne, más sutil y envenenada. La noche era la sorpresa, el golpe inesperado, el disparo solitario, los mil recursos que usaban los "felás" para ir pulverizando poco a poco las patrullas solitarias y los batallones aislados. En enero de 1960 la guerra continuaba y seguía corriendo la sangre en todo el país. Pero esta vez había franceses contra franceses, y los estudiantes, dirigidos por Lagaillarde y Ortiz, se habían encerrado en la Universidad y habían levantado barricadas en el Boulevard Michelet y cerca de la Plaza del Recuerdo.

*La rebelión.*

Yo llegué al día siguiente de la rebelión. El aire estaba lleno de pistolas, de fusiles, de puñales. Habían caído dieciséis muchachos en la calle y Lagaillarde tuvo que ceder y salir al frente de su patrulla con la bandera desplegada. Esta vez De Gaulle —según ellos— les había traicionado. El largo general, silencioso y huraño, con algo de ídolo pétreo, había tenido que pactar y anunciaba ya un Gobierno más o menos independiente para Argelia. Esos estudiantes que yo vi en las calles de Argel eran parientes espirituales de los camisas negras, de los camisas pardas y de los camisas de todos colores. Soñaban aún, en 1960, con una Francia orgullosa y despectiva, imperialista y militar, que volviera a ser de nuevo la gran potencia que había sido treinta años antes. Miraban en menos a los políticos de París, a los transpirados Ministros, a los sutiles diputados de la Asamblea Nacional. Y como dice el verso de García Lorca:

*...Y ocultan en la cabeza*
*una vaga astronomía*
*de pistolas inconcretas...*

*Sensación a la partida.*

La sensación que me dejó Argelia fue de un país sin remedio. De una causa perdida para Francia de todas maneras.

Se seguían acumulando los muertos en los caminos que conducían a las grandes ciudades o a los pequeños villorrios. Cada vez se veían más mujeres de negro por las calles. Los estudiantes no aceptaban la solución de De Gaulle. Los rebeldes del F. L. N. seguían peleando en los cerros. Continuaban estallando las bombas, y en las noches más serenas, cuando el cielo estaba más apacible y cuando la gran luna de "Las Mil y una Noches" dejaba caer una claridad embrujada sobre la Casbah, continuaban los asaltos, las luchas callejeras, las esquinas en donde asomaba la pistola, o actuaba con rapidez fulminante el puñal o la bomba.

Argel es una vitrina en que se asoman por igual el Oriente y el Occidente. De los minaretes más altos cae la voz del "muecín" llamando a la oración, pasan perezosamente los camellos, el viento infla los blancos albornoces, desfilan turbantes, cimitarras, las albas chilabas, todo ese Oriente que usted se imagina, amigo lector, y que viene caminando igual, a paso lento, desde las páginas de los más remotos relatos del desierto. Pero al frente están la Puerta del Mar, el Forum, la gran Universidad, los cuarteles, los hospitales, las escuelas, todo lo que ha hecho Francia durante más de un siglo. Y esto es lo que no se puede juntar porque los separa la delicada pero fina cortina —prima en segundo grado de la Cortina de Hierro— que atraviesa estos barrios moriscos y estas casas ultramodernas dividiendo para siempre a una y otros. Y con eso, con una sensación de algo irremediable, se dejan las últimas palmeras y las últimas cúpulas de las mezquitas, y el avión parte del Africa, sale del Continente Negro y sale de la guerra, emprendiendo rumbo de nuevo hacia Europa.

# BELGICA: EL PAIS DE LAS MIL INVASIONES

BÉLGICA es una postal impresionista pegada con chinches al mapa de Francia.

Bélgica es Francia, pero reducida, abreviada, en sinopsis cinematográfica.

El mismo color gris, las mismas catedrales, los mismos Hôtels de Villes, los mismos burgueses y los mismos alcaldes más aburridos que un bostezo..., pero más chicos...

Bruselas tiene una Catedral de Santa Gúdula, un Ayuntamiento, una Cámara de Diputados, unos mercados, un parque maravilloso, una serie de avenidas y de calles aventureras, pero en escala inferior a la tremenda vecina.

Y por eso mismo, Bélgica es tierna. Y heroica. Y dan ganas de hacerle cariños de entrada, y de regalarle juguetes para la Navidad.

*La luz.*

Antes que nada su luz y su color. La luz a media luz. Medio tono en vez de tono. Penumbra antes que claridad total y deslumbrante. Tiene una Place de la Concorde a la que le falta ese estallido que sale del Sena entre las quillas de los Bateaux-Mouches y de las turistas sonámbulas... El cielo de Bruselas sabe que se puede apoyar tranquilamente en las agujas de sus iglesias y de sus castillos medievales. Y que tiene museos y rincones maravillosos, pero le falta el tono realmente viejo de París. Un viejo depurado y auténtico...

*Bruselas.*

Es lindo caminar por Bruselas. Y comer como nadie en sus restaurantes pequeños y llenos de amor y de recuerdos aptos para parejas en luna de miel... O de buscar el color de Europa en sus avenidas solitarias y un poco tristonas. O morirse de frío —como me pasó a mí— en su aeródromo, que me presentó en forma oficial y por primera vez la tarjeta de visita de Europa. O de llegar hasta la colina

de Waterloo para buscar la última "E" de la palabrita que lanzara Cambronne la tarde aquella... O de arribar finalmente a la lacustre, a la marítima, a la naviera y novelesca Amberes, de donde se sale de Europa entre oficinas de turismo, catedrales góticas y monumentos vestidos de generales...

Pero mucho más lindo es recorrerla a pausa —en auto o a pie— a través de los recuerdos de dos guerras y de dos invasiones... Y sentir todavía en 1960 el perfume acre de las iglesias quemadas. O de las nubes rotas por los paracaidistas de Hitler.

Y ver sus canales, sus riachuelos, sus capillitas, sus casas aldeanas, sus puentes que siempre fueron volados ante los cascos puntiagudos del enemigo, sus mil callejuelas fatalmente grises y color piedra, que le dan un tono entre elegante y melancólico. Como de postal romántica que alguien fuera a sacar de la pared... para dejar el vacío más terrible de Europa...

Bromas a un lado. Como entrada a Europa —a la verdadera Europa— no hay como la pequeña y heroica nación, a la cual le faltan tulipanes, molinos y zuecos, de su colega Holanda, pero le sobran coraje e historia...

Por eso salí tan triste el día que monté en un barco totalmente noruego —en Amberes—, sin entender lo que trataban de transmitirme en vano las chimeneas y los tejados puntiagudos del puerto que quedaba atrás. Y que me despedía en flamenco y en valón al mismo tiempo...

*En el campo de batalla de Waterloo.*

Cerca de Bruselas está Waterloo. Una tarde me pasé más de tres horas recorriendo y evocando la célebre batalla.

Antes había leído a Victor Hugo, a Stendhal y a Vicuña Mackenna. La mejor descripción es la del chileno. Tiene más sabor y más fuerza que las anteriores. Stendhal estuvo en la batalla. A Victor Hugo se la contaron los viejos *grognards* que habían participado en la refriega. Vicuña Mackenna trabajó únicamente con la imaginación. Y es la más viva y más apasionante de las tres.

Subo por la colina de la Santa Alianza; llego a Quatre-Bras; me detengo en la posada en que se sentó Wellington, que ya andaba con cara de estatua; me dejo caer en una vieja sillita que, según dice la placa, la usó Napoleón la trágica tarde aquella cuando aún se esperaba la llegada milagrosa de Grouchy; camino por los campos en que cargó por última vez la Vieja Guardia; escucho casi el célebre "Merde" de Cambronne, y me detengo finalmente, al caer el sol, en el mismo sitio en que resistió la infantería inglesa las cargas de Ney...

Lo único que le falta al sitio es un caballito blanco, un bicornio y un capote gris para completar el cuadro.

Pero con un poco de imaginación y algún librito bajo el brazo, se puede evocar la batalla desde la primera granada hasta la última.

Y regresar con la cabeza baja a París acompañando al pobre Napoleón...

Es el campo de batalla más impresionante del globo. Y mucho más aún si se piensa de que si gana el emperador, cambia totalmente la historia del mundo y el siglo XIX es liberal desde la partida y se anticipa el siglo XX por lo menos en ochenta años.

# OTRO SALTO SOBRE EL MUNDO

NUEVAMENTE estamos de viaje. Ahora salimos de Chile y marchamos hacia el Africa para saltar a Europa y más tarde al Asia.

El avión brinca como una pelota de pimpón. Termina el Nuevo Mundo y a lo lejos se insinúa el Viejo, pero antes de llegar falta el aperitivo, el trago rápido, la bajada de diez minutos para volver a montar en la nave y seguir adelante viendo cómo el mar se asoma indiscretamente por la ventanilla...

¿Y qué vemos?...

*La Isla de la Sal.*

Apenas una islita en medio del Atlántico. Una islita portuguesa que pertenece oficialmente al imperio colonial de la nación y hermana del lado. Una islita que surge en medio del agua y de la noche, cubierta de luces fantasmas, y que crece a medida que la máquina avanza veloz saltando como pájaro de nube en nube...

*Isla-guión.*

Una islita que es el guión africano entre América y Europa. Está allí como colocada por Dios para que los aviones un poco sonámbulos no se extravíen de noche. Una islita que apenas se ve en los mapas como una mancha casi despreciable, pero en la cual el avión tiene que hacer cálculos geniales de puntería para no caer verticalmente al agua.

La Isla de la Sal, que apenas es un aeródromo moderno que se eleva en medio de la obscuridad y al borde del agua, fue hecha por los portugueses. Caemos a las diez de la noche y nos llevan, a través de paisajes tropicales pintados en las flamantes murallas —con olor a turismo—, a tomar el inevitable refresco. Surge la fruta más gorda, más linda y más perfumada del mundo. Es como si la selva nos mandara un mensaje en bandeja. Allí está el melón recién abierto que nos ofrece dramáticamente su blanca pulpa salpicada de pepas; y están la sandía y el durazno...

*Los terribles pasajeros.*

¿Público? El millonario norteamericano, aburrido como un calendario o una guía de teléfonos, que quiere comprar todas las cosas curiosas y mandar todos los cables a la tierra lejana. Está la solterona incurable y viajera, que salió de Illinois en busca de aventuras. Y el agente de comercio. Y la noviecita romántica, que va en busca de su amado. Y el periodista que salta de la joven y fresca América a la vieja Europa para saber cómo funciona el corazón al pie de Notre-Dame. Y la artista de cine. Y. . .

Pero no sigamos. Ya la sandía, el melón y los duraznos están en el último capítulo. Y el vaso de jugo helado como una foca del trópico comienza a entibiarse. Suena la voz de los ampliadores. Se escucha el clásico: "Pasajeros a bordo". Y tenemos que bajar rápidamente los cuarenta y dos peldaños de la larga escalera que conduce a la planta baja. . .

*¡Africa pena!*

Estamos en el Africa. En la cálida Africa portuguesa. Estamos en medio del mar. En medio de la noche. Salimos del continente negro en busca del continente blanco. Casi al frente está Dakar. Abajo está Lumumba. Vamos en busca de la vieja Europa.

El avión se pone de perfil, da unos saltos de juguete y emprende el vuelo, tratando de no caerse al mar que late junto a las ventanillas. La Isla de la Sal brilla en la obscuridad. Parece llena de diamantes. Es una sola sortija colocada en la mano del mar. Es una especie de argolla de compromiso entre América y Europa.

Un golpe de timón. . . Y América y Africa se pierden detrás de la sonrisa de la noche. Hemos saltado del primero al segundo continente y estamos en marcha hacia el tercero. . .

*Lisboa a la vista.*

"Lisboa tiene cara de muchacha bonita. Y con olor a café. Y a axila fresca, de mulata quemada por el sol."

Así lo dijo un novelista y no le vamos a enmendar la plana.

Así está la tarde del 22 de septiembre de 1960, mientras llegamos a Europa por quinta vez, después de haber saltado de América al Africa en menos de tres días.

*Igual a los mapas.*

Es genial ver cómo la tierra es igualita a los mapas que conocemos desde la infancia. Ver cómo va surgiendo la Península Ibérica,

con cada recodo, cada cerro, cada colina, cada entrada y cada salida. Cómo nacen las penínsulas y los golfos y cómo la naturaleza se adapta a los viejos textos geográficos.

Ahí está Europa por fin. La Europa con que yo soñaba, hasta hace una semana, en las oficinas de turismo frente a los mapas. Allí está cuadrada y seca, la vieja piel de toro de España. Allí está el Tajo, que aquí se llama poética y suavemente el Teyo... Aquí están Coimbra y Cintra. Por estos lados se abre como bostezando una plaza de toros, en que unos tristes y aburridos bichos hacen una parodia de toreo todos los domingos y no conocen la suerte mortal y definitiva. Aquí se ven las calles sombrías y silenciosas, donde unas mujeres de negro caminan entre selvas de piropos... Por la ventanilla del avión crece a una rapidez impresionante el paisaje y se mete dentro de la nave.

*¡Cita de amor!*

Yo tengo mi noticia y problema personales. Sé que ahí me espera mi mujer, que ha viajado de Madrid a Lisboa sólo para que recitemos a medias las tonterías divinas y eternas del amor...

Ahora la máquina desciende con lentitud. El sol está puntualmente parado en una esquina del paisaje, como un pájaro de fuego. Se extiende la escalerilla de metal, y frente a ella se extiende Europa.

Una hora apenas para sentir el amor a mil kilómetros por hora. Y la mano tomada aprisa. Y las mil promesas. Y como telón de fondo una voz quebrada y nocturna, una voz de noche más que de día. Una voz que no canta, sino que hiere suave y finamente. Es un tierno fado que cruza la losa del puerto aéreo y le pone una nota más de melancolía a la presurosa y fatal despedida.

*España de noche.*

No sabemos cuándo nos bajamos del avión. Ni cuándo montamos de nuevo en él. Ni cómo comienza a desfilar rápidamente Portugal. Ni cómo asoma España en sombras. Ni cómo cae la noche sobre el Guadalquivir y el Ebro. Ni cómo estamos ya a la vista de Italia.

Pero antes, directamente debajo de nosotros, en medio de un temporal desatado de nubes, se abre un claro, como un tajo de sangre, y brillan las luces de la Castellana.

Habrá que esperar por lo menos tres meses antes de verlas de nuevo.

*Hacia la Cortina.*

A las dos horas surge Milán en medio de la lluvia. Luego Roma

a las dos de la mañana. Hace un frío invernal. Apenas hay dos turistas frente a la Fontana de Trevi, pero Juan XXIII tiene la ventana encendida en sus habitaciones del Vaticano.

A las once de la mañana del día siguiente partimos hacia Berna y conocemos oficialmente a los primeros chinos, que nos han invitado a conocer la tierra de Confucio y de Mao Tse-Tung.

Dos días después el avión vuela hacia Zurich, que es nuestro último punto del mundo occidental antes de cruzar la Cortina de Hierro.

*La Cortina de Hierro.*

Zurich nos recibe con sus puentes imperiales, sus cisnes en el río, sus castillos medievales, y ese color que es exclusivamente suizo y que recuerda a la plata trabajada por los ácidos. No hay crepúsculo como los de esta ciudad tan terriblemente seria y romántica al mismo tiempo.

Cerca del hotel en que nos instalan los chinos hay un café existencialista, vaga copia de los de París. Niñas pálidas y tuberculosas y muchachos de chasquilla y de *collier*. Humo, cigarrillos, pipas de porcelana, cuadros abstractos en las paredes, pero todo doblado al suizo, lo que le da una corrección y una seriedad impresionantes.

*Un film.*

Es domingo y las calles están vacías. No hay diarios y únicamente funcionan los cines. En uno dan "Mein Kampf", un documental terrorífico sobre el régimen de Hitler a base de fotos auténticas que ponen la carne de gallina.

En la sala nadie respira. Surgen largas columnas de judíos esqueléticos en el Ghetto de Varsovia. No son seres humanos, sino subhombres, cadáveres ambulantes, esqueletos animados y en movimiento.

A la salida, la gente sigue silenciosa y huraña. Ellos vivieron la neutralidad de la guerra, pero estuvieron a punto de ser arrasados por el rodillo nazi. Vivieron con el Credo en la boca. Un país tan apacible como Suiza, que nunca ha tenido un conflicto, está lleno de puntas de acero, de rieles clavados en la tierra para detener a los tanques. Y del 39 al 45 todos los suizos, desde el Presidente de la República hasta el último cartero, vivieron con el dedo en el gatillo. Yo vi las casamatas de cemento, los fortines bajo tierra, las narices de los cañones, las alambradas de púas. Suiza vive en la paradoja, en 1961, de ser el "único" país que conserva una estampa guerrera que ya no tienen Alemania, Francia ni Italia. No fue a la guerra, pero sigue en pie de guerra.

Los silenciosos espectadores del cine han recordado durante dos horas, gracias a la película, que estuvieron con la soga al cuello.

*Suiza y la guerra.*

En los cafés se toma cerveza agria. Pasan soldados, unos soldados que no conocen la guerra, pero que viven con el arma al brazo por temor a la invasión.

Suiza tuvo más suerte que Bélgica y Holanda... A través de cinco terribles años no se disparó un tiro ni cayó una bomba sobre estos valles sombríos y al pie de estas montañas.

Zurich, en cambio, es la capital de la paz, del turismo, de los afiches, de las lanchas para los lagos, de las excursiones a las montañas, de los gorros tiroleses, de las plumitas, de los pantalones de pana, los zapatos claveteados, las medias largas y los esquís salpicados de nieve...

*A Praga.*

Al día siguiente tomamos un avión y, después de despachar cincuenta tarjetas postales y de comer chocolate blanco, nos lanzamos a través de la Cortina de Hierro.

Por la ventanilla la adivinamos más que la vemos. Nieve, niebla, cerros, picachos, montañas imponentes, ríos de seda, pueblos minúsculos, ganados, pastores, etc.

Ahora estamos a punto de dejar el Occidente para marchar al Oriente. Tensa, de acero puro, está tendida sobre estos montes, bajando y subiendo, la gran muralla que separa dos mundos...

Dejamos la democracia libresca y marchamos en busca de un mundo desconocido.

A la hora y media escasa surge Praga. El avión desciende sobre una selva de catedrales y se posa sobre la cancha suavemente. Vamos a cambiar de avión, de país, de bloque y de mundo.

Cambian los uniformes y las caras. Veo los primeros letreros con las letras invertidas, los primeros soldados rusos, los primeros chinos, húngaros, rumanos, polacos. Y las primeras hoces y martillos.

El problema ahora se llama visa. El pasaporte chileno dice que estamos autorizados "sólo para visitar Europa Occidental". Esta es la Oriental. Después de hacer cola media hora, nos dan un papelito incomprensible en que alcanzo a leer la palabra "Checoslovaquia". El papel se deja suelto y hay que entregarlo a la salida. En Moscú nos darán otro para China.

*En el T. U.*

A las doce del día montamos en el avión ruso: un T. U. grande

y potente que parece un elefante de metal. Capacidad: 120 pasajeros. Velocidad de vuelo: 1.000 Km. por hora. Altura: 10.000 metros.

Vamos a estar en el cielo. Como somos periodistas vamos a entrevistar a Dios. Y hasta le vamos a pedir un autógrafo.

Truenan los motores. Disparan los cohetes. Subimos verticalmente. Hay más de alguien que tiene miedo. No pasa nada. El avión parece una cuna, una cuna rusa, con caviar y vodka al alcance de la mano.

Pasamos sobre Praga. Praga es el París del mundo comunista. Es un enjambre de plazas antiguas, de catedrales solemnes, de parques, de flores, de casitas de techos puntiagudos.

Es inmensa. El avión la recorre lentamente y parece hacerle cariños desde el aire. Este es el último jirón de Europa. El último trozo de Occidente.

*Antes y ahora.*

Es la república de los profesores, el país intelectual por excelencia, la zona más intelectual de Europa. Fue víctima de los nazis y tuvo que ceder para no provocar dos millones de muertos.

Igual perdió la partida por la traición de Munich. Ahora aparece como la república comunista más liberal de la Cortina de Hierro. No se ha derrumbado un castillo, no se ha echado abajo una iglesia, se han respetado hasta la última capilla y el último puente bizantino. Desde el aire parece estar llegando de nuevo a París. Y su río Moldau parece el Sena visto desde este palco de nubes que dejamos atrás.

Y luego el silencio, los bosques, los ríos y el vacío.

El avión pone proa hacia las nubes más altas, las supera y las deja atrás. Estamos volando casi a ciegas en medio de un cielo que parece sacado de los cuadros de Rafael o del Giotto. Es un cielo limpio y puro, casi angélico, sin una nube, completamente azul. Abajo ruge la tempestad, pero nosotros vamos volando a través de la primavera. Sólo falta que alguien ponga un ramo de flores en las alas del avión.

Dormitamos, leemos, nos aburrimos, esperando que entren por la ventanilla la mancha verde de Moscú y las letras luminosas de su aeródromo internacional.

# RUSIA: ENTRE PEDRO EL GRANDE Y KHRUSCHEV

SIEMPRE había soñado con escribir una carta que comenzara: "Aquí te escribo desde Moscú. Frente a mí se alza la Catedral de San Basilio. Al fondo las torres del Kremlin y a un lado la Plaza Roja y la tumba de Lenin..."

Y el 15 de octubre de 1960 lo pude escribir y envié la carta.

Nunca he visto más aviones que en Rusia. Desde el aire, sobre Moscú, Omsk o Irkutsk, vi selvas de aparatos de los tipos más rápidos que se han inventado hasta la fecha.

Y esto es sólo lo que Rusia muestra oficialmente. En Moscú no se podía andar en el aeródromo internacional de los nuevos T. U., que vuelan a diez mil metros de altura y a la módica velocidad de mil kilómetros por hora. No se trata de la clásica imagen que presentan todos los puertos aéreos del mundo. No. Era el exceso, el despliegue en gran escala. Casi, casi la expresión de un pueblo, más que en pie de guerra, en la guerra misma. Los había pequeños y rápidos, y pesados y solemnes como catedrales... Había T. U. de los nuevos tipos, que dan velocidades superiores a los del mercado corriente, para uso de periodistas como yo, más o menos apresurados, o de turistas. Y los había de tipo militar, que observaban y podían revisar sólo los exigentes técnicos soviéticos.

*Siberia.*

Moscú, Omsk, Irkutsk, Sverdloff, y más tarde toda la Siberia, ardían de aviones. Era un solo campo militar en que las alas metálicas cubrían totalmente el horizonte. Y cada dos minutos —tome nota el lector— emprendían veloz vuelo. En Omsk dominaba la nota militar. Los uniformes de generales y pilotos. En China se ve un ambiente más tranquilo. Lo estrictamente bélico está disimulado detrás de sonrisas orientales y despliegue de abanicos y de lentes. En Moscú, no. La nota que se percibe apenas se salta de la escalerilla del avión es la tónica militar.

Hace únicamente dos años, invitado por el Departamento de Es-

tado de U. S. A., había visto también la selva gris y plata de los aviones, pero nunca me había tocado presenciar este despliegue unánime de charreteras y de gorras. De condecoraciones y de hélices. ¿Qué se prepara detrás de esto?... No tengo idea, pero el espectáculo hace pensar. Los chinos hablan mucho más de la guerra inevitable que sus colegas rusos, pero en la U. R. S. S. se nota y salta mucho a la vista que la gente está con el dedo en el gatillo.

*La guerra.*

En China la palabra "guerra" se masca y se mastica en la calle; está en el discurso y en la proclama y se asoma por la radio oficial y por la prensa también oficial. Aquí no se habla, sino que se presenta físicamente a los ojos del visitante extranjero y sobre todo del periodista, que ha venido a eso, a mirar con curiosidad enfermizamente profesional.

Rusia da impresión de campo atrincherado y de país en época de preguerra. Estos aviones sincronizan casi musicalmente con las últimas declaraciones de Nikita y hasta con su espectacular zapatillado de la O. N. U.

Había partido de Praga en busca de la Cortina de Hierro, había encontrado la Cortina, había hecho un huequito y por allí me había pasado al otro lado.

*Moscú.*

A las siete de la tarde, en el más infernal de los panoramas, con un cielo tan compacto que parecía de acero, vi surgir, de repente, en medio de la obscuridad, las letras luminosas del aeródromo de Moscú. Volaba en un T. U., esos enormes aviones rusos que parecen catedrales ambulantes, con ciento veinte pasajeros, tomando vodka y comiendo caviar, a mil kilómetros por hora y a diez mil metros de altura.

Primera impresión de Moscú: Aviones, aviones y más aviones. Este es un país que no parece caminar por la calle, sino por el aire, saltando de un punto a otro del inmenso territorio en aviones de combate. Una sola fila de bombarderos, de aviones de caza, de aviones de pasajeros, de transporte, es lo primero que nos saluda a la llegada a Moscú. A un lado hay un bosque de abedules que están creciendo allí desde que llegó Napoleón a conquistar inútilmente Moscú. En todos los puntos domina la nota militar, los pesados uniformes, los bosques de medallas en los pechos de los generales y coroneles rusos. Las campesinas gordas e ingenuas como las pintorescas muñecas de madera rusa, apenas se divisan, entre este desfile de motores y cañones antiaéreos. Moscú es una ciudad pesada, obscura, silenciosa, de grandes edificios, con algo de escuela provinciana. Es la ciudad de las grandes plazas,

de las grandes avenidas, de los edificios fiscales en que una legión de pequeños burócratas dirige lo que fuera un día el Imperio de los Zares. En las esquinas surgen innumerables estatuas de Lenin. Siempre hay un Lenin al alcance de la mano, que habla, charla y grita en bronce, mármol o piedra. El Kremlin, con sus pesadas torres brillando al sol desde hace siglos de siglos, tiene algo de amenazante, de cuartel oriental, de fuego asiático. La Catedral de San Basilio el Bienaventurado trae los colores y la gracia del Oriente. Aquí, en estas calles azotadas por la nieve, iluminadas por los focos azules y los arcos voltaicos, pelean aún el Oriente y el Occidente. El público es alegre, ruidoso, gritón. Las muchachas demasiado sanas, insolentemente fuertes y macizas como atletas, caminan orgullosas por las aceras de las calles, dueñas de sí mismas y de su destino.

¡Qué sutiles, delicadas y finas me iban a resultar las chinitas trotando infatigablemente por las calles de Pekín al lado de esta legión de gimnastas!

*Dos comunismos.*

El comunismo ruso, antes que nada, es ruso. Es blanco, rubio, de ojos azules. Es un comunismo para ser comprendido de inmediato por un europeo o un americano del sur. Estos palacios viejos, estos edificios nuevos, este combate continuo entre lo antiguo y lo moderno, tiene un sello que está de todos modos irremediablemente más cerca de Europa. En ningún momento me sentí extranjero en Moscú, a pesar de que la calle no llama y que uno se siente un poco extraño vagando entre rótulos escritos con las letras al revés y estos enormes teatros donde baila el mejor ballet del mundo. Sus museos y su Universidad, su Palacio de los Soviets, su Avenida Gorki, sus fabulosos hospitales, su estupendo metro —el más elegante del mundo—: todavía esto es Occidente. Todavía es Europa. Una Europa con bandera roja, pero Europa de todos modos.

Además, el turista ya viene preparado después de pasar por el Berlín Oriental y por Praga.

*A vuelo de pájaro.*

Pero cuando se siente la verdadera Rusia es cuando el avión emprende el vuelo y comienza a desfilar el inmenso paisaje de la U. R. S. S. Abajo están los gigantescos lagos, los ríos infinitos, los inmensos bosques, los Urales, el lago Baikal, y comienza a caer la nieve fina y sutil sobre las llanuras desoladas de Siberia. Aterrizamos en Omsk, Irkutsk, Sverloff, Noviriski y diez puntos más. Y siguen los aviones. Parece que siguiéramos aún en tiempo de guerra y que todavía las tropas de

Hitler estuvieran agazapadas ahí, al borde del camino. Pero la tierra es extraordinariamente sabia y ha hecho crecer la hierba sobre los huesos de los soldados nazis. Todo tiene algo de dínamo, de fábrica que trabaja día y noche, de inmensa usina, que recuerda al otro gran coloso del otro lado del mar: los Estados Unidos. Estos grandes gorros de piel, estos pañuelos amarrados a la cabeza, estas blusas cerradas a un lado, estas bíblicas y lluviosas barbas, todo se mueve dentro de un decorado cerrado al norte y al este por una infinita selva de chimeneas, esas chimeneas a su vez defendidas por estos inocentes pajaritos de metal que se levantan como cohetes hacia el cielo y que están llenos de ametralladoras invisibles. Todo en Rusia tiene un sello que recuerda la febril actividad del buen Tío Sam, que está con su pipa encendida al otro lado de la Cortina de Hierro. Pero en el fondo de estos obreros sanos y fuertes como torres, de estos campesinos tan duros como los pinos de Siberia, están Pedro el Grande y Catalina, las luchas contra Napoleón, los bosques quemados, las ciudades heridas, el país en llamas, las fábricas trasladadas en tren al otro lado de los Urales. Y detrás de ello avanzan invisibles los ojos de los mongoles, las barbillas asiáticas, el Oriente en una palabra, que se levanta contra el mundo occidental, con doscientos millones de hombres, con la última palabra de la técnica y, lo que es más grave, con seiscientos ochenta millones de chinos a la retaguardia.

*El aniversario de la revolución.*

Eso sentí el 7 de noviembre de 1960 en la Plaza Roja de Moscú cuando el gordito Khruschev saludaba, semisepultado bajo su gorro de piel, al rítmico ballet que pasaba en oleadas y oleadas de soldados rojos con los fusiles en diagonal pegados al cuerpo.

Abajo se estremecían las losas de la calle. Arriba volaban espantadas las nubes rajadas y heridas por los aviones. El aniversario de la revolución rusa es totalmente distinto al aniversario de la revolución china. En los rusos hay una marcialidad militarizada. Casi me atrevería a decir alemana, metálica, dura, de cuartel. Los chinos lo celebran cantando, lanzando globos, haciendo girar las sombrillas de papel y los grandes dragones movidos por las muchachas de las escuelas. Todo en China tiene un tono infantil, de sonrisa blanca dibujada sobre el rostro amarillo. En el ruso es rictus, es mueca estereotipada, es rostro seco, serio, impasible, detrás del cual se mueve una voluntad de hierro.

*Sensación.*

Con esa sensación de que algo muy serio, importantísimo para el destino de la humanidad se está fraguando detrás de los límites de

la Cortina, salimos de Rusia. El avión pasa sobre el bloque de granito rojo que guarda los cadáveres maquillados de Lenin y Stalin. Palomas rusas, más que soviéticas, volaban sobre las torres del Kremlin. Abajo quedaban la usina, el cuartel, el folleto técnico, la dínamo palpitante. Y ponemos rumbo ya definitivamente hacia la más sensacional de las aventuras del hombre que se esconde a las orillas del río Amarillo, y donde nos esperaba la revolución más joven del mundo, en el país más viejo del Universo: China.

# CHINA: DETRAS DE LA CORTINA DE BAMBU —1960—

VIAJAMOS treinta y seis mil kilómetros en total. Conocí la primavera, el verano y el otoño... Tuve 33 grados de calor y 20 bajo cero en Siberia... Volé en avión a pistón y a chorro. Sentí lo que es un aterrizaje en los modernos T. U. rusos que parecen estallar al emprender el vuelo y que ascienden como cohetes a diez mil metros a la módica velocidad de mil kilómetros por hora. Salté de Moscú a París en menos de cuatro horas y llegué (por el factor sol) dos horas después... Estuve en la nieve de la legendaria Siberia y en los cálidos arrozales de la China. Conocí desde Mao a Chou en-Lai, pasando por O Nu de Birmania a Farhat Abbas, jefe del Gobierno provisorio de Argelia libre... Divisé a Nikita bajando sonriente en el aeródromo de Moscú después del zapatillazo de la NU, hasta el viejo (noventa y dos años cumplidos y ese día) del discutido general Weigand, el Pétain N.º 2 de la última guerra. Hablé francés, inglés, alemán, hasta chapurrear algunas palabras de chino, y lancé el puntual "Cambey" en todos los brindis con *saké* o vino dulce en los terribles y exquisitos banquetes chinos. Supe lo que era comer desde aletas de tiburón hasta unos pescaditos que no sabré jamás si eran civilizadamente comestibles o no... Usé aviones, barcos, tanques, jeeps, autos nuevos y viejos y hasta me deslicé a través de las callejuelas de Pekín en los modernos y rápidos *coolies* motorizados de la nueva China.

Y no, amigo lector. Este país no tiene nada que ver con las perfumadas tonterías del viejito Claude Farrère o los delirios con olor a opio de Pierre Loti. Esta es la China de Claude Roy en "Claves para la China" o de "La Larga Marcha" de Simone de Beauvoir, la China de Malraux en "Los Conquistadores" o en "La Condición Humana". La China admirable, más vieja que el mundo y más nueva y fresca que una guagua recién nacida, la China más fina que el más escrupuloso de los lores con peluca, y más amable y distinguida que la *lady* mejor descrita por Oscar Wilde... Esta es una revolución definitiva y total, heroica y profunda, pero hecha con una gracia y una distinción que sólo podían florecer en el país de los lotos y de los mandarines.

Claro que me gustó. Y le encantaría a usted, amigo lector, que ya está arrugando políticamente la nariz ante esta rotunda afirmación.

*Desfile gigante.*

Y ahora la maravilla de las maravillas. Son las diez de la mañana del inolvidable 1.º de octubre de 1960, y estamos en el Tien Men. O sea, la entrada de la Ciudad Prohibida, en la tribuna oficial como uno de los dos mil invitados oficiales de más de setenta naciones que hemos salido de los cuatro rincones del globo para llegar a Pekín en la celebración de los 11 históricos años de la revolución victoriosa del camarada Mao . . .

Soy uno de los cinco periodistas de la delegación chilena que ha salido del país de los terremotos a la patria del río Amarillo. Y con mis ojos, largamente entrenados de viejo cazador de noticias, veo ante mí. . .

¿Qué veo?

Veo una banda militar escrupulosamente vestida de blanco que toca el impresionante y casi religioso Himno Nacional, que se llama en realidad "La Marcha de los Voluntarios" y que fue la marcha de la revolución, de la guerra y de la victoria. Veo avanzar a Mao Tse-Tung, a Chou en-Lai y a Ling Piao. Y a O Nu de Birmania y a Farhat Abbas de Argelia. Y las barbas de los soldados de Fidel Castro, y el betún recién lustrado de los amiguitos del Congo, que son los niños regalones de la fiesta.

Frente a mí, en la Plaza Sun Yat-Sen, se ha alineado una enorme masa de cien mil muchachos de los colegios, que agitan banderas rojas, azules y verdes. Y de todos los colores del arco iris, y que a un solo golpe de batuta se transforman en un verdadero jardín de color, en que cada gorra es una letra, una frase o un signo gramatical. Y las consignas y los dibujos cambian cada dos minutos a un ritmo perfecto.

¡Y comienza el desfile! Yo he visto a los nazis en Berlín, a los cadetes de Saint-Cyr en París, al Tercio en Sevilla para Semana Santa y a los policías irlandeses en Nueva York para el Día de San Patricio. Esto es infinitamente más impresionante. No es un desfile ni una parada. Es un ballet en marcha. Un conjunto coreográfico en movimiento. Casi una selva de color en acción.

Pasan bosques de banderas rojas al mismo ritmo. Y luego los escolares, los milicianos, los mineros, los gimnastas, los artistas de la ópera, el teatro y el circo, los bonzos, los curas y monjes católicos (tome nota, amigo lector), los pioneros (*boy scouts* chinos. . .), las selvas de nuevas banderas que se mueven al viento al mismo tiempo, las sombrillas que giran, los carros alegóricos que roncan, etc.

En total, medio millón de personas que pasan en dos horas justas. Ni un minuto más ni un minuto menos...

Con la puntualidad y la justeza china, al lado de la cual los *junker* alemanes parecen unos perfectos vagos.

Y las consignas que dicen: "Las tres banderas rojas", "La línea general", "La comuna popular" y el "Salto adelante". Y los Planes Quinquenales. Y el Plan Habitacional. Y la lucha contra las cuatro plagas. En una palabra, toda la historia ACTUAL china en letras de oro y sobre un fondo movible de seda, terciopelo y raso que marea.

Y luego los cantos. Y los rápidos gritos frente a la tribuna de Mao. Y el lanzamiento de más de cinco mil globos gigantescos. Y los enormes dragones dorados que culebrean accionados por muchachos invisibles. Y, finalmente, el lanzamiento de medio millón de palomas que tratan de hacerle la competencia a la de Picasso y que se lanzan felices a cantarle en chino a Mao a la tribuna oficial.

No.

Es mucho. Es demasiado. Se les pasó la mano a estos buenos chinitos. Hicieron saltar la banca... Y encima, como si fuera poco, los cien mil estudiantes que hay al frente avanzan cantando hacia la tribuna a un ritmo perfecto y sin que se pierda un solo paso...

Y esta inmensa masa, la que desfiló, los niños que estaban al frente y los invitados, desocupan este gigantesco perímetro en menos de veinte puntuales y chinísimos minutos.

Sí, en realidad valía de más viajar treinta y seis mil kilómetros y comer hasta aletas de tiburón para ver esto aunque fuera una sola vez en la vida...

*Entre la sonrisa de los dos Pekines.*

Hay dos Pekines. El viejo y el nuevo. El viejo es tan viejo que hace la módica suma de quinientos mil años caminaba cerca de donde se iba a levantar la capital de la futura China, el vacilante Hombre de Pekín cuyos restos fosilizados vi, con los ojos cuadrados de emoción, en el magnífico Museo Histórico...

Y el Pekín viejo tiene el encanto justo de la tarjeta postal y de la acuarela que usted conoce, amigo lector. Yo vivía en el Hotel Sin-Chao, cerca de la vieja Muralla (no de la Gran Muralla), que queda a cuarenta kilómetros escasos de la capital, en el Barrio de las Embajadas, que viera correr la sangre como agua los años 1900-1901 en los días del levantamiento de los bóxers... A media cuadra del hotel hay una puerta, naturalmente con los bordes arqueados, que se gasta, por lo menos, ocho siglos. Por aquí caminaron los tártaros y por aquí entraron las victoriosas tropas de Mao en los días del triunfo final hace once años. Por estos lados se ha recitado a Confucio, se ha adorado a

Buda y se ha desplegado cien veces el estandarte rojo con las letras de oro de las rebeliones campesinas. Desde aquí se disparó contra los nipones y contra los "señores de la guerra" del fracasado Chiang Kai-Chek, actualmente en Formosa a la sombra de los cañones de la flota norteamericana...

Las calles son estrechas y curiosas. Parecen arroyuelos de ladrillo gris en que el pobre extranjero despistado se pierde como una vulgar Caperucita Roja en el bosque. Hay un comercio extraordinario. No hay nadie que compre más que los chinos. Las tiendas están llenas desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche. En el Mercado, que tiene cinco pisos y doce mil vendedores, se despacha diariamente a más de ciento veinte mil clientes. Desfilan desde las sedas más impresionantes del mundo, los jades, lacas, corales, ópalos, piedras duras, perlas cultivadas, etc., hasta los elefantitos de marfil y los gordos y abrigadores gorros de piel que vienen de la remota Mongolia. Y se toman té verde y rojo. Y se bebe (poco, naturalmente) el terrible *mao-tai* o aguardiente chino, que hace vacilar al ebrio más ebrio de Londres o de La Habana... El chino se mueve en bicicleta o en micro. Los micros de Santiago de Chile son el colmo de la comodidad y de la falta de pasajeros al lado de los superrepletos buses chinos que mueven a una población que se eleva fácil a los siete millones y que crece precisamente... como china... La ciudad nace a las seis de la mañana y cierra sus rasgados ojos a las diez de la noche. A las dos no hay un chino en la calle. No se bebe y se fuma apenas. No hay cabarets, no hay boîtes. Los bailes son de una ingenuidad y de una castidad que dejarían perfectamente tranquilo al más exigente de los democrata-cristianos italianos. Los soldados y los estudiantes cantan en la calle y desfilan graciosamente como acuarelas en movimiento.

Pero, como me dijo el fascinante Chou en-Lai en entrevista colectiva de prensa, el viejo Pekín será borrado por la nueva red de construcciones y de la política del "Salto adelante" que domina totalmente China en estos momentos...

Y así nace el Palacio de la Asamblea Nacional, construido en sólo diez meses el año pasado, en que trabajaron catorce mil obreros, aparte de escritores, generales y estudiantes, mano a mano y con la pala en la diestra. Nacen el Museo Histórico y el Palacio de las Exposiciones, que tienen unas puertas doradas que marean, y las avenidas centrales, al lado de las cuales los Campos Elíseos parecen una callejuela modesta. O la Plaza Sun Yat-Sen con capacidad cómoda para cien mil personas. O la cadena de hoteles nuevos. O el Palacio de las Nacionalidades. O la selva de teatros y cines en que domina la cinta china o rusa. O el circo, que es mejor y más completo que el célebre Krone de Berlín... O los viejos recintos que eran únicamente privilegio de

los mandarines hasta hace once escasos años y que ahora son dominio de la masa popular. Y la Ciudad Prohibida. Y la Biblioteca con tres millones de volúmenes. Y el Palacio de Verano, etc.

Alguien dijo la frase: "El que conoció Pekín no puede abandonarlo. Y si lo abandona, no podrá olvidarlo jamás..."

Eso me pasó a mí cuando el potentísimo avión T. U. alzaba definitivamente el vuelo en dirección a Moscú a través de la mitad del globo...

*Pureza y castidad.*

En Estados Unidos y en Chile se baila a saltos. O como el amigo San Vito. O se ponen los ojos enfermizamente lánguidos y se estruja tropicalmente a la compañera. En Buenos Aires tenemos el tango compadrón, y en La Habana la rumba. Se respira el sexo en cada paso y se hace el amor en forma desesperada detrás de cada nota.

En China no. China es un país sano. Más aún, es un país casto, que haría las delicias del más exigente cura de aldea. La mayoría de los chinitos se casan *vírgenes* a los veintiocho años. No existe la coquetería, y el trato entre hombre y mujer es de camarada a camarada. Todo tiene un tono limpio, claro, higiénico.

Yo vi bailar (y bailé, por supuesto) la noche del aniversario de la revolución a millones de buenos chinitos que marcaban rítmicamente a un solo compás un poco repetido y tomados de las manos. Ni una gota de malicia ni diablura. Nada de atraque ni aperramiento. La pureza casi de los textos escolares o de las recomendaciones de papá. Un paso adelante, dos a los lados, una breve reverencia..., y nada más... Cien instrumentos de todos los tipos imaginables mantenían un clima de alegría general en que el pecado (o como se llame) estaba totalmente desterrado. Y, sin embargo, estos chinos, estos chinos buenos como juguetes, y que se agitan y mueven con la gracia de las rosas más delicadas, se reproducen a razón de dieciséis millones al año.

¿A qué hora lo hacen?... No pude saberlo. No hay boîtes ni cabarets y la prostitución está totalmente suprimida. El opio, que fuera el cáncer de China durante más de un siglo y medio, no hace caer ya en ningún delirio a los buenos y amarillos habitantes de esta tierra única en el globo mundial. Dar propina es un insulto y el chino NO entiende sencillamente que pueda existir... Yo quise regalarle una maletita de viaje a mi amigo, el simpático y sonriente guía Chang, y con su mejor sonrisa me contestó:

—¿Y para qué?... No entiende. A mí me paga el Gobierno y basta ..

Y naturalmente no se enojó, pero dejó bien especificado que era algo que no se podía hacer en la China actual...

*Higiene.*

La China de hace treinta años, la misma de Shanghai en que la mugre formaba nata en la calle y en que existían capas de cinco metros de alto de eso que usted se imagina..., es actualmente uno de los países más limpios del mundo. Todo el país ha iniciado una campaña nacional contra las cuatro plagas: las moscas, los mosquitos, las ratas y las chinches. Y hay que pagar por ver pararse una mosquita sobre la amarilla carita de un crío chino...

El servicio hospitalario es perfecto... En sólo cinco minutos se me examinó en Pekín, para saber si tenía hernia; se me analizaron la sangre y la orina y me revisaron como a un Cadillac de lujo para dejarme sano y bueno en tiempo *record.*

Finalmente, y como dato genial: los gorriones, enemigos de los sembrados en todos los países del mundo..., en particular de la campesina y filosófica China, también recibieron su lección. Pues bien, se descubrió que los pícaros pájaros tienen una sensibilidad especial para los ruidos y que no se pueden mantener más allá de tres minutos en el aire cuando suena algo. De inmediato los niños y los ancianos, al caer la tarde, se pusieron en movimiento con campanitas y tambores y los pobres gorriones se suicidaron por millones en menos de un año. Más tarde se descubrió que el gorrión podía ser útil, y se les dejó sobrevivir previamente controlados.

*Dos cosas de los chinos.*

Y dos detalles notables de los chinos.

Cuando usted se suena lo hace por supuesto con pañuelo. Los chinos lo hacen tranquilamente con los dedos. Es decir, que se detienen en la calle ante unos chismes de metal parecidos a las saliveras que se abren en forma automática al tocarlos con el pie..., y se suenan con la misma violencia que lo haría un niño ante la orden de su papá.

La razón que dan es la siguiente: es más higiénico botar los microbios que guardarlos amorosamente en un pañuelo que pasea la infección por todas partes.

Y otro.

En un mercado pregunto con timidez dónde está el W. C. Naturalmente lo hago por gestos. Un chino me entiende al momento y me lleva al fondo del mercado. ¿Y qué veo?... Nada menos que a unos cuarenta chinitos encuclillados y separados sólo por pequeñas divisiones de cemento que están entregados a la función biológica más íntima del ser humano..., sin importarles que los mire su vecino más próximo que está entregado al mismo deporte.

*Donde no hay ladrones y se vive tomando té verde.*

En la cárcel de Pekín me tocó ver cómo vive y actúa un mundo nuevo. En el país que era tradicional por sus robos y estafas en gran escala, y donde los generales del Kuomintang se quedaban sencillamente con los dólares que mandaba el ingenuo Tío Sam para atajar a la hoz y el martillo que avanzaba desde la U. R. S. S.; en el país en que el opio se vendía como agua, y en que la coca y demás droguitas se consumían más que en París, no hay ahora ni un gramo ni un papelillo. El país de las concubinas y de las mejores y más ágiles *cocottes* del Asia, no tiene actualmente una leve muestra de prostitución, y la organización de la familia es perfecta.

En el país del comunismo —escuche, amigo lector— yo estuve en misa, a media cuadra de mi hotel, y vi a los sacerdotes de la Iglesia Nacional China, marchando rítmicamente el Día de la Revolución. Y vi a los bonzos, y a los lamas y sacerdotes de veinte cultos distintos, amén de las monjas de blancas tocas que parecían yates navegando por la Avenida Occidental de la Tranquilidad Celestial. Vi el culto por los ancianos y los niños. En las fábricas de la ex Mukden, a la salida del trabajo, vi a los obreros que aún no saben leer, escuchar cómo, con el inevitable traje azul de mezclilla, les traducían el "Renmin Ribao" (Diario del Pueblo) o los últimos discursos de Mao o de Chou en-Lai.

Hechos concretos y personales. En la comuna popular "Bandera Roja" (Sun Schi), en Chen Yang, se me perdió una chequera que había comprado en Litvak, en el remoto Santiago de Chile. La comuna tiene ciento cincuenta mil habitantes. La chequera, con equis dólares, era lo UNICO que tenía y el imán para traer algunos jades y corales para llevarle a mi *wife* en Madrid. Se me perdió a las doce de la mañana entre los grupos de chinitos misteriosos y flemáticos. A las dos la tenía en el bolsillo con las explicaciones del caso...

Hay cárceles en que sencillamente NO hay reos por delito de robo.

En la cárcel de Pekín vi cómo se reeduca a los presos. La mayoría de los delitos se refieren específicamente a la política. Pero no como posición distinta al Gobierno de Mao, sino como acción de hecho (sabotaje o intento de franca acción contrarrevolucionaria). Ladrones, estafadores, violadores de menores, ebrios, etc., casi no existen. El chino bebe poco. O casi nada. El *mao-tai,* el *saké,* o el vino dulce, tienen poca aceptación para los paladares chinos, y menos para los nuestros, que tuvimos que refugiarnos en el té verde sin azúcar.

Personalmente me tomé más de cincuenta tacitas al día en cada uno de los cuarenta y cinco actos oficiales a que me tocó asistir...

El té no es bueno, ni malo. No tiene sabor y sirve sólo para la sed y para estirar la larguísima, complicada y ondulante charla con los chinos. A través de treinta días de viaje, nunca faltó en ningún

sitio, acompañado de los terribles cigarrillos de tabaco rubio, gracias a los cuales estoy tosiendo como una Margarita Gauthier cualquiera en estos momentos.

*Mil figuras humanas en... un colmillo de elefante.*

¿De qué material están hecho los largos y finos dedos de los chinos?...

Porque hay que entrar a un mercado o a una tienda de antigüedades para darse cuenta de que estamos ante el pueblo más artista de la Tierra. Y que con bandera roja o sin ella, hace maravillas en que el gusto —un gusto único en el globo— maneja la materia casi en forma de milagro.

Vi un colmillo de elefante tallado con una reproducción en miniatura del desfile del 1.º de octubre en que aparecen más de dos mil personajes del alto de pequeños alfileres. Y allí estaban desde Mao hasta los visitantes extranjeros, los gimnastas y los globos. Tuve entre mis ávidas manos esteras con pájaros de fuego y atardeceres de sangre. Acaricié con mis occidentales dedos Budas de jade, collares de coral y de ópalo. O miré lánguidamente los servicios de malaquita negra, azul y verde, donde humean viejos volcanes y el sol se pone puntualmente sobre el Palacio de Verano... O los pájaros de terciopelo. O las figuras de papel recortadas. O los abanicos de sándalo que lanzan perfume al ser agitados. O los manteles que harían temblar a una señora típica chilena experta en viajes de Santiago a Arica. O los mil colores y matices de la seda trabajada con amor... y una tradición de más de cincuenta siglos... O la Bola de la Fortuna hecha en marfil que está formada por una serie de bolitas matemáticamente ajustadas. O las alfombras que vienen del norte. O las acuarelas que viajan desde el sur. O los quimonos, los pijamas y las pantuflas en que no se camina, sino que se vuela como pájaro de nube en nube...

Y de esos dedos largos y amarillos, flexibles y aguzados como cuchillos, ha salido toda esta maravilla. Mientras, en otros puntos, nace el Cadillac chino, avanza el tractor igualmente chino o se lanza al cielo el avión chino recién hecho...

Sí..., ésta es la política de caminar con "las dos piernas". O sea, de aprovechar el pasado para lanzarse de un solo salto —el llamado "Salto adelante"— hacia el porvenir...

*Leyendo "Don Quijote" en chino.*

La Biblioteca Nacional, que he recorrido con el alma en puntillas, contiene más de un millón de volúmenes dibujados maravillosamente en todos los colores imaginables. He leído —o tratado de leer— "El

Quijote" en chino, que tiene más de cincuenta mil páginas a todo color. He trepado al Templo del Sol, he recorrido parques y jardines de cuentos de hadas. Estoy cansado del brillo del oro, la plata, la laca pintada, el jade, el coral y los marfiles. Esta es la ciudad de las banderas. Las hay rojas, azules, verdes, lilas, rosas, celestes, etc. La primavera china juega con los lotos y los girasoles y hace danzar los miles de estandartes. Cada media manzana hay arcos de madera roja, en que brillan los caracteres chinos como si fueran de oro.

*El Palacio de Verano.*

El Palacio de Verano, que está a un costado de Pekín, costó la módica cifra de doscientos cincuenta mil kilos de oro, y la construcción demoró ciento un años. Fue comenzado en 1800 e inaugurado oficialmente en 1901. El dinero que se invirtió estaba destinado al comienzo a una nueva escuadra china, pero la emperatriz —como buena mujer— se encaprichó y gastó la fabulosa suma en un palacio de cuento, con cientos de templos, pabellones, jardines colgantes, puentes, Budas dorados, estanques, parques, un gigantesco lago artificial en que puede caber fácilmente una pequeña flota. Resultado: cuando vino la guerra con Japón no estaban los buques, y los pobres chinos fueron derrotados. Desde hace diez años está abierto gratis al pueblo. Su superficie es de trescientas hectáreas y tiene ocho kilómetros de circunferencia, sin contar el fabuloso lago, surcado de la mañana a la noche por barcos en forma de dragón y lanchones cuadrados, que evocan a Aladino y su lámpara maravillosa. Trepamos a una de las diez colinas artificiales para llegar a ver el Buda más grande de China, de cuatro metros de altura, que mira indolentemente hacia el lago. Brilla el agua, brillan las tejas de cerámica, brillan los leones de bronce y los dragones de mármol. Todo brilla. Los caminitos, complicados como todo lo chino, ascienden caprichosos a través de la floresta y cuelgan en el vacío. Los puentes arqueados (para impedir que los cruzaran los espíritus malignos) unen los islotes artificiales con la tierra firme. Las altas y finas torres conservan esa gracia aérea, frágil y delicada que tiene todo en China. Mirando ese paisaje infantil, como dibujado a pluma en un cielo sin nubes, y una luna pueril, que más parece un globo de juguete, uno comprende la finura de la pintura china, los biombos, la tacita de té, los muebles de junco, los dibujos en laca... Todo el paisaje de Pekín —la ciudad más china de toda la China— tiene el mismo sello, mezcla de fragilidad con dulzura. Los árboles parecen de acuarela, y los conos de las colinas dan la sensación de tener un rótulo que dijera: "Cuidado con la pintura".

Nos cansamos de trepar los doscientos escalones tallados en piedra para llegar al templo más lejano. Nos saludan nuevos Budas, sonrien-

tes y bien educados, que dan la impresión de estar allí esperando tranquilamente la llegada del autobús. Nos fatigamos de oír miles y miles de historias de lo que oculta el ramaje cómplice de estos bosquecillos caprichosos. Y vemos llegar la noche, la tibia noche de este octubre de 1960, mientras se encienden las primeras estrellas con el aire de fuegos artificiales.

Este es el cuento, la poesía, la novela. Esto —a pesar de sus años— tiene algo de recién nacido y de milagro.

*La ópera, aullidos y saltos mortales...*

¿Se acuerda usted, amigo lector, de la ópera china que vimos hace más de tres años en Santiago de Chile? Era la de Pekín, claro que un poco resumida y abreviada...

En Pekín, en un teatro audaz y moderno, me tocó ver la ópera completa. Y justamente en una ópera vieja que parecía hecha el día anterior para la China de hoy. Antes que nada hay que ponerse en ambiente. Público: obreros y campesinos con la infaltable chaqueta y gorra azules. Campesinos y obreros que JAMAS habrían llegado hasta la ópera si no existieran un impulso y una mano revolucionaria que han cambiado las cosas y para quienes no existen privilegiados que puedan pagar los palcos cuevas. Esta es la ópera del pueblo y para el pueblo.

Se canta y se aúlla en escena. Cada aullido hace saltar de la butaca y sentirse realmente en el Oriente a miles de kilómetros de la casita y las costumbres occidentales. El canto chino corta como un cuchillo. Es un puñal musical que atraviesa el aire lanzado detrás de una máscara impresionante de larga barba, colores vivos y ojos dramáticamente fijos. No hay maravilla como las máscaras chinas. Tienen una belleza estática y poética a la vez. Parecen la vida fijada en forma definitiva a través de rasgos impresionantemente suaves y severos al mismo tiempo.

Y los actores cantan. Y por supuesto que la primera dama que suspira de amor es un muchacho, de acuerdo con la vieja tradición teatral china. Y viene naturalmente el diálogo detrás del cual se mueve con habilidad la propaganda política. Y se levantan los campesinos contra los señores. Y ganan por último la partida después de miles de aullidos y de saltos acrobáticos.

Porque en China se canta y se salta. Los acróbatas tienen una agilidad felina, al lado de la cual un ballet europeo (o ruso, que está más cerca física y políticamente) parece de una calma chicha. El chino da brincos de diez metros, mueve banderas como ballet y agita espadas, sables y lanzas, con una precisión matemática. Un chino que se equivo-

que en un solo movimiento, y su compañero de trabajo se queda sin cabeza. O con un ojo menos...

Y finalmente esa maravilla que se llama el circo de Pekín, en que hasta los *tonies* dicen chistes buenos que tenemos que hacernos traducir aprisa por los intérpretes para poder reírnos más o menos a tiempo. Y el bosque de elefantes, "pandas", osos, jirafas, culebras, etc....

Es un espectáculo en que el espectador —oriental u occidental— tiene que regresar a la remota infancia con un señor Corales bien chino que dirige asiática y genialmente el espectáculo. Y eso que no hemos hablado (por falta de tiempo y espacio...) de los desfiles militares, los fuegos artificiales, el lanzamiento de globos, las exhibiciones de dragones de papel, etc.

*Cada treinta días... un millón trescientos mil chinos nuevos.*

Y ahora hablemos de cifras, que les gustan tanto a los aburridos economistas. China tiene seis mil años de cultura y seiscientos ochenta millones de habitantes. Se calcula que antes de diez años más llegará a los mil millones. Pekín se encarama sobre los siete millones y Shanghai llega a los nueve. El "Diario del Pueblo" ("Renmin Ribao") alcanza un tiraje fácil de dos millones de ejemplares al día... Su hermano menor, el "Diario de las Juventudes", alcanza al millón y medio. La Radio de Pekín (la octava maravilla del globo) transmite en setenta lenguas y varias docenas de dialectos locales, y se puede oír perfectamente en el remoto y antipódico Santiago de Chile a las diez y media de la noche. Se están haciendo ya los primeros ensayos victoriosos de la TV en color. La producción de petróleo, carbón, tungsteno, antimonio, arroz, seda, cereales, etc., se ha multiplicado por diez en los últimos años. La Asamblea Nacional, cuya sala de sesiones tiene capacidad para diez mil personas, se gasta un hall —de los varios que tiene— en que pueden bailar fácilmente veinte mil chinitos de ambos sexos. Como las provincias de China son veinticuatro, tiene veinticuatro salas enormes y más lujosas que la Cámara de los Lores de Londres, construidas del mismo material que se produce en las respectivas provincias. Las cincuenta y tantas columnas de mármol que rodean al hall le dan una prestancia y una belleza que debió tener la Acrópolis en los buenos tiempos en que Alcibíades le cortó la cola a su perrito regalón. Se editan revistas magníficamente impresas en más de veinte lenguas distintas. Entre ellas "China Reconstruye", que es perfecta en información y en presentación. Hay veinticuatro mil comunas rurales, de las que hablaré más adelante y en detalle y que ya estamos tecleando mentalmente, y dos mil urbanas, que crecerán en breve con la feroz rapidez de los lotos o de los chinos mismos en este torrencial rincón asiático.

En China se producen un millón trescientos mil chinos nuevos cada treinta días. Lo que quiere decir que en menos de un mes y medio hay más chinos recién nacidos que toda la población de Santiago de Chile. En un año dieciséis millones de chinos llegan alegremente al mundo y se ponen a hablar de inmediato en chino como locos.

El chino está practicando una política que se llama pintorescamente "caminar con las dos piernas". Y que significa en síntesis aprovechar lo nuevo y lo viejo. La técnica ultramoderna que viaja de Rusia o de Estados Unidos y los viejos sistemas milenarios que florecieron en los comienzos balbuceantes de la humanidad. Yo vi Cadillacs (que por supuesto se llaman "Bandera Roja"), desafiantes y millonarios, hasta autitos construidos de madera o de desechos de fábrica que recordaban los comienzos del viejo Ford.

Por último, esta revolución económica, y políticamente roja, es azul. Los chinos se visten —desde Mao hasta el último obrero— con la clásica tenida semimilitar Sun Yat-Sen, que recuerda de un modo vago el uniforme del ejército, con la clásica gorra suelta que se puede meter cómodamente en el bolsillo y que defiende de los terribles monzones.

Y finalmente camina en bicicleta. Se acabaron el palanquín y el *coolie* para dar paso a ese animalito ágil y rápido, en que seiscientos ochenta millones de chinos se deslizan vertiginosos a través de su inmenso territorio.

*Y ahora aclaremos la cuestión política...*

Por supuesto que el Partido Comunista es el dueño de China, pero no es el único. El P. C. hizo la revolución y la guerra a través de más de treinta años. Su jefe máximo, teorizante, militar y poeta, fue Mao, que actualmente es secretario general del partido y su autoridad máxima, a pesar de que no es Presidente de la República. Junto a Chou en-Lai, Ling Piao y otros estrategas, hizo la guerra, venció a los nipones y a los soldados de Chiang Kai-Shek, que ahora se peina sus escasas canas en Formosa. O Taiwan, como la llaman los chinos. La bandera roja es la enseña oficial del país, adornada con una estrella amarilla grande y otras cuatro más chicas... ¿Qué significa ese símbolo? La estrella grande es el P. C. y las cuatro chicas el pueblo chino que rodea su partido. El Himno Nacional no es "La Internacional", sino "La Marcha de los Voluntarios" (que naturalmente me llevo a Chile en disco...), que fue escrita por el genial Ni Er, un muchacho de veinticuatro años que murió ahogado en los días de la guerra contra el Japón.

Pero hay que aclarar un punto. El P. C. no es el único partido político que existe en China, como ocurre con los bolcheviques de la

U. R. S. S. No. Hay por lo menos una gama de diez partidos más, naturalmente pequeños, que colaboran con el P. C. en los puestos básicos y en la marcha de la nación. Hay un grupo de rescate y reeducación de los intelectuales, una Liga de Kuomintang de izquierda, grupos religiosos y, por último, minorías nacionales que están de acuerdo con el Gobierno de Mao, pero que no son específica y técnicamente marxistas.

*Consignas*

La prensa, radio y televisión son controladas y siguen la línea oficial del Gobierno. El teatro, la ópera y la novela tienen tono y arranque sociales... Se usan el afiche y la frase a todo color en fábricas y calles para mantener en vigor la doctrina. Copié algunos pintorescos y enormes rótulos (previamente traducidos por mi amigo Wang y sus infaltables lentes...) que dicen así:

"¡Viva la paz!"

"¡Contra el imperialismo norteamericano!"

"¡Abajo la guerra!"

"¡Abrámos cien escuelas como se abren cien rosas!"

"¡La China de hoy es mejor que la China de ayer; pero ni la sombra de cómo será la del mañana!"

"¡Todo el país en tensión!"

"¡Hay que quemar las etapas!..."

"¡Hay que construir en diez años lo que se podría haber hecho en cien!", etc.

Se siente desde el momento que nos brindan las primeras flores (a hombres y mujeres) y nos quemamos la garganta con la primera tacita de té verde... que éste es un pueblo definitivamente en marcha, con una mística nacional impresionante, con fe en su Gobierno y con un cariño por su historia —la vieja y la nueva, la tradicional y la revolucionaria— sencillamente emocionantes. Se ve que el pueblo más viejo de la tierra se mueve con la agilidad de un muchacho. Pero de un muchacho que tiene seiscientos ochenta millones de habitantes, a ritmo de avión a chorro.

No. No hay necesidad de ser comunista ni de andar con anteojeras políticas para irse con el corazón en un puño después de ver lo que es China y lo que está haciendo.

*Entre batalla y batalla.*

El Museo Militar de Pekín queda a media hora de la capital. Nos reciben las estatuas de un aviador, de un soldado, de un miliciano y de un campesino armado.

Adentro hay banderas, estandartes, lanzas, arcos, flechas, cascos, escudos, fusiles, carabinas, pistolas, ametralladoras, etc.

Como si fuera poco, están los tanques conquistados al enemigo en los días de la guerra de Corea. Tanques yanquis, pesados y solemnes, que fueron tomados por asalto al sur del paralelo 38 hace sólo siete años. Está prohibido terminantemente tomarles una foto. Es una especie de secreto militar, pero yo me llevé una de recuerdo.

Además hay barcos de guerra auténticos, lanchas de desembarco, pequeños navíos blindados erizados de torres metálicas que ahora apuntan inútilmente hacia el cielo.

Pero eso no es nada. En las veinte y tantas salas que recorrí, guiado de la mano por un intérprete chino, vi la historia militar de este inmenso país que tiene seis mil años. Estuve frente al estandarte rojo de las rebeliones campesinas, ante los gorros de terciopelo negro de los mandarines, frente a las coletas apolilladas y mustias de los estudiantes que lucharon en el Barrio de las Embajadas de Pekín contra los batallones de desembarco de Alemania, Inglaterra y Francia en los días de la guerra de los bóxers. Vi las granadas de la primera guerra con el Japón, y las bombas que no estallaron durante la larga lucha civil.

Tuve a veinte centímetros de distancia las moscas envenenadas (según ellos) y los mosquitos con el bacilo del cólera que fueron usados en la última guerra de Corea, según un meticuloso informe suscrito por sabios y médicos de las potencias neutrales, y sobre todo me detuve una hora en la inmensa sala de las batallas donde basta oprimir un botón en las grandes vitrinas de cristal para ver surgir en miniatura los barrios enteros de Cantón y de Pekín en los días heroicos de la lucha definitiva. Se ven las calles, los barrios, los cuarteles, los gasómetros, las centrales eléctricas, las plazas, los parques, las Embajadas, etc. Y como si fuera poco, los cañones antiaéreos y los pequeños aviones de tres milímetros que vuelan casi a ras del suelo.

Un simple timbre basta para poner en movimiento esta batalla de juguetes, y el espectador ve cómo una zona azul se va poniendo roja y cómo avanzan a través de las calles luchando, metro a metro, las tropas de Mao.

Es el Museo Militar más genial del mundo. Parece hecho para niños, pero sirve de inolvidable lección de historia para los grandes.

*Chinos armados desde los doce años.*

Y ahora, con un pie en el avión T. U. que me llevará por segunda vez a Moscú (once horas de vuelo), y una terrible tacita del terrible té verde chino en la mano, comienzo a hacer un balance de mi estancia en China.

Vine a mirar y he mirado. He conocido la China vieja y eterna

del Palacio de Verano y de la Ciudad Prohibida, y la China nueva de Mao y Chou en-Lai. He visto la castidad de los bailes en la noche del 1.º de octubre y a los chinos sonándose con los dedos en la calle y en las tiendas.

He visto librerías internacionales, en las cuales únicamente hay libros comunistas chinos o rusos. Y la falta de prensa extranjera que no sea "L'Humanité" de París. He visto los autos último modelo de superlujo que construye en la actualidad la misma China que hace veinte años escasos no tenía industria. Me he bañado en termas que antes eran sólo para los mandarines y "señores de la guerra" y que ahora usan corrientemente los obreros. He presenciado la propaganda política en el teatro y en la ópera, en la fábrica y la escuela. He divisado la radio más poderosa del mundo —la Radio Pekín—, que transmite en setenta lenguas la totalidad del día y de la noche. He sabido que no hay chinitos ni chinitas mayores de doce años que no sepan manejar el fusil y la ametralladora, y he estado prácticamente en un país en pie de preguerra.

Y vi, en una gran comida en el Palacio de la Asamblea Nacional, al arzobispo de Pekín de la llamada Iglesia Nacional China, rodeado del respeto de los funcionarios oficiales y el público corriente, sentado en el sitio de honor y tan contento como si estuviera en el Vaticano a la diestra de Juan XXIII.

Comprobé igualmente cómo se trabajaba en la cuenca carbonífera de An-Chan, que es la más grande del mundo. Conocí un Pekín alegre y vivaz de día, y silencioso, huraño y como distante, de noche.

*Fotos y carteles.*

En los desfiles vi fotos de Lenin y Stalin, pero ni una sola de Khruschev. Se habla continuamente de la tradicional amistad con la gran aliada Rusia, pero Nikita no se ve por parte alguna. La propaganda oficial ataca con la misma violencia a Estados Unidos que a Tito, de Yugoslavia, al que se califica de "traidor revisionista".

Un amigo mío que estaba enfermo de diabetes llevaba cuarenta cápsulas de insulina, que le fueron hábilmente requisadas y luego devueltas con la más perfecta discreción. Un colega, invitado a China, pero del cual no se sabía que además era corresponsal de "Life" y "Times", notó de inmediato que las sonrisas de los buenos chinitos cambiaban automáticamente apenas se supo donde trabajaba. Y que una secretaria de enormes y militares lentes y traje de mezclilla azul tenía vivo interés en saber "qué opinaba el distinguido huésped de lo que había visto en China. Y qué iba a decir de regreso a América. . ."

Estuve en pleno Mukden, en que la vida tiene un tono más de trabajo y menos de diversión. Y en el Shanghai que aún conserva

algo de lo que los chinitos llaman "la época del pecado". Comí aletas de tiburón y bebí el vino más dulce (y menos tomable) que haya llegado jamás a mis labios.

Se habla continuamente de paz y más paz, pero más de la mitad de la gigantesca masa popular china está armada hasta los dientes...

Niegan el rumor de que haya roces con Rusia y que se haya producido un verdadero éxodo de técnicos soviéticos que trabajaban en la industria. Cuando hice la pregunta en entrevista colectiva de prensa a uno de los jefes de Estado chino, noté que había caído decididamente mal. La respuesta fue automática:

—Jamás ha habido roces ni malos entendimientos con nuestros aliados.

Cada vez que, deliberadamente, me separaba del grupo, en Chen Yang o en Pekín, para ver la calle sin afeites ni propaganda previa, volaba un chinito a buscarme por si me había perdido.

Pero China, la inmensa China de seiscientos ochenta millones de habitantes, es uno de los espectáculos más apasionantes que pueden ver en estos momentos los ojos de un ser humano. Me explico el fanatismo de los pintores y los músicos que buscan la belleza eterna al pie de la Gran Muralla y cerca de los lotos.

Esta es la sensación que experimento yo, periodista americano, después de haberla recorrido rápidamente y de haber visto algo de lo que es este sensacional experimento, este laboratorio detrás del cual camina, a saltitos y vestida de azul, nada menos que la cuarta parte de la humanidad.

# CON EL SENCILLO Y FORMIDABLE GAGARIN

CASI al terminar este presuroso libro de viajes volé de nuevo. Me enviaron un diario español y otro chileno a Moscú. En dos horas estuve en París, perdí tres días en conseguir la visa... y, finalmente, monté en un T. U. de la Aeroflot soviética camino de la nieve, la estepa y la cápsula metálica en que el más grande de los héroes actuales había salido de la Tierra y la había visto por primera vez tal como es.

Este es mi relato, mi impresión personal sobre Gagarin y su sensacional vuelo.

*

* *

Un 12 de octubre de 1492 Colón llegaba a América. Otro 12, el 12 de abril de 1961, el primer ruso vencía la ley de gravedad, saltaba al espacio y regresaba sano y salvo a la Tierra. El 12 fue el vuelo. El 14 recibía a seiscientos cincuenta periodistas de todo el mundo para hacer la primera declaración oficial. Vestido de uniforme de comandante del Ejército Soviético, y con cinco traductores al lado (alemán, francés, inglés, italiano y chino), habló durante veinte minutos contando cómo había sido el viaje.

*Recepción.*

Esa misma noche hubo recepción de gala en el Kremlin, a la cual asistieron Gagarin; su padre, Alexis; su madre, Ana, y su mujer, Valentina; el hermano del héroe, Valentín, y su esposa, Zoia; la hermana de Gagarin y su marido. La tenida fue de estricto civil y de traje de calle, salvo el héroe, que lucía orgullosamente la Orden de Lenin, que le había sido concedida ese mismo día.

Nikita abrazó nuevamente, como lo había hecho dos horas antes, a Gagarin en medio de ovaciones cerradas, y se tiraron al aire los vasos, de acuerdo con la vieja tradición rusa. Sobraban los vistosos

uniformes de los generales y comandantes del ejército, la marina y la aviación soviéticas, pero no se veían damas elegantes a la manera occidental. La propia Valentina, esposa de Gagarin, estaba con un sencillísimo traje negro, y la madre del piloto, con su cara típica de campesina, no se había puesto ni una sola joya. Nikita estaba radiante. Abrazaba y besaba al estilo ruso al nuevo héroe de la aviación soviética y lo mostraba orgullosamente a los periodistas. No había libertad para tomar fotos especiales o distintas. El corresponsal de "Paris-Match" estaba desesperado. El Gobierno ruso había repartido treinta fotos oficiales y no quería que los buscadores de noticias pesquisaran demasiado la vida íntima del piloto. Se repartió una especie de boletín oficial con fotos de Gagarin cuando niño, de sus padres, de su mujer y de su pequeña hija.

Resultaron vanos todos los intentos de sitiarlo estratégicamente y hablar a solas con él.

*Así es.*

Gagarin es amable, pero se nota que está cumpliendo instrucciones precisas y que dice sólo lo que el Gobierno quiere que diga.

Ustedes saben de sobra lo que dijo. Lo importante fue lo que NO dijo. Y las preguntas que quedaron en el vacío, tales como: ¿Es el primero que ha volado al espacio o ha habido antecesores suyos sin suerte? ¿Aterrizó directamente en la cápsula "Vostok" o se tiró en paracaídas? ¿Dio una sola vuelta a la Tierra o varias? ¿Tomó fotos o películas desde la ventanilla de su cápsula mecánica, y en caso afirmativo, dónde están esas películas y cuándo las conocerá el mundo entero?

*Comentarios.*

Un corresponsal italiano me dijo:

—¿Y qué pruebas concretas tenemos de que efectivamente Gagarin haya salido de la órbita de la Tierra y que todo esto no sea una gigantesca fábula?

Un inglés me expresó:

—Yo estoy contando el cuento tal como él lo cuenta, pero sólo creeré en él cuando vea las películas del vuelo... o cuando vaya con el mismo Gagarin a dar otra vueltecita al espacio.

El hecho es que nunca una noticia más sensacional había apasionado simultáneamente a toda la humanidad.

*Moscú.*

Los hoteles en Moscú, cuando llegué, estaban repletos de extranjeros o de provincianos que habían acudido a ver y a tocar al héroe.

Los precios del Ukrania subieron, a pesar del comunismo y de los controles del Estado, al doble. Las pensiones de la Avenida Gorki estaban repletas de periodistas. Se repartieron fotos gigantescas de Gagarin tomadas el año 1953, cuando era sólo un modesto estudiante de la Escuela Técnica. Tuve en mis manos una en que aparece jugando básquetbol. Y otra que luego se amplió a veinte metros de alto, que se colocó en la Plaza Roja junto a la del propio Nikita y en que se ve a Gagarin en 1959 en los momentos que sale como oficial piloto. En las calles los estudiantes lanzaron al aire a todos los pilotos aviadores que encontraron a mano. El júbilo era total.

El diario "Pravda", que tiene cuatro modestísimas páginas, lanzó una edición especial de seis, repletas de fotos y de datos sobre Gagarin. Se repartió gratis a la salida de las fábricas y se agotó en veinte minutos. Yo cometí la ingenuidad de ir a la Universidad de Moscú para ver la reacción de los estudiantes y hacer una encuesta. No había nadie; los estudiantes se habían dado feriado por su cuenta. A las seis de la tarde del día sábado, desfilaron frente al Planetarium, con guitarras, balalaikas y acordeones, cantando una canción que se ha hecho famosa en veinticuatro horas: el "Himno del Espacio".

Los árboles tenían todavía un poquito de nieve, pero la temperatura, para ser rusa, resultaba suave y amable. Me vi obligado a hacer lo mismo que hacía todo el mundo: tirar el sombrero al aire.

Pero la apoteosis fue cuando avanzaron en correcta formación militar los pesados coches del Gobierno, en medio de una banda de motos y presididos por el propio Gagarin y por Nikita, que iba a su lado. Un solo grito atronaba el aire: "¡Viva Gagarin, viva Khruschev y viva Rusia!"

El héroe saludaba modestamente mientras Nikita lo mostraba con el dedo como dando a entender que, por esa vez, él no era el festejado.

En el auto siguiente iban Valentina y Elenita, una niñita de dos años, hija del piloto.

*Galya.*

A esa misma hora, en el modesto departamento de Gagarin en Moscú, habilitado rápidamente por el Gobierno para que pase las vacaciones en familia, el pequeño Galya, de un mes, dio un grito de gusto al ver a su papá en la TV. Acudieron todos los del barrio que no tenían aparatos y que querían saber cómo era el héroe en la intimidad.

Nada de técnica occidental con entrevistas, preguntas, encuestas, interrogaciones periodísticas, etc.

No. Simplemente Gagarin volvió a repetir ante la cámara lo que ya había dicho con Nikita al lado.

*Fotos.*

El domingo hubo más material periodístico. Gagarin, acompañado de toda su familia, fue al Kremlin para tomarse unas fotos históricas. En la foto aparecen alineados: los mariscales Malinovsky y Vorochilov, los padres de Gagarin, Nikita, el piloto, su mujer, el Presidente de Rusia, el vicepresidente del Consejo de Ministros y dos hermanos de Gagarin (hombre y mujer) con sus respectivos cónyuges.

No se dejó entrar a periodista alguno. . ., y a los diez minutos se entregaba una foto oficial que era la misma que horas más tarde aparecía en la primera página de "Pravda".

Los corresponsales franceses y norteamericanos estaban desesperados. Gagarin dio una sola conferencia colectiva de prensa, y después de mil ruegos accedió a una segunda el lunes en la mañana, con el compromiso previo de no aceptar preguntas.

Semicegado por la luz de los inmensos focos y en tenida militar, fue colocado en una mesita estratégica como un zar sobre un trono, y allí leyó de nuevo, sin variar en nada, el relato del viaje.

*Gagarin.*

Yo lo tuve a quince metros escasos y pude estudiarlo al detalle. Tiene veintiséis años, pero representa treinta. Es una especie de Gary Cooper soviético. Rubio, ojos azules, con cara de galán de cine. Se explica perfectamente el estallido pasional de las muchachas rusas que, además de encontrarlo héroe, lo hallaron varonil y buen mozo. No es el ruso corriente, pesado y un poco grandote, sino un hombre joven, sencillo, claro y directo. A pesar de que su relato estaba lleno de adjetivos poéticos que más parecen dichos por el Pablo Neruda ruso, tiene una concisión seca y militar que hace recordar inmediatamente que estamos frente a un soldado.

No deja lugar a interrupción alguna, habla en un solo bloque, y cuando termina hace una pequeña venia, se levanta y desaparece.

Los soviéticos están felices con él, pero lo tienen celosamente escondido y bajo régimen casi militar.

La casita en que vive está bloqueada para el público y enormes soldados rojos montan guardia en las esquinas.

Cada media hora la radio repite las palabras de Gagarin, sin cambiarle una coma.

Pero, a pesar de este cerco policial, logramos saber más de una cosa. Utilizando todos los medios imaginables y con la terrible desventaja de no saber ruso, hablé con periodistas y hombres de ciencia, con sus padres, y tuve en mis rodillas a la pequeña Elena, el único día que se la mostraron rápidamente a los periodistas para que esbozara

su primera sonrisa pública. Por un momento fue la Carolina Kennedy soviética.

*Opinión médica.*

El doctor Alejandrovich, de la Facultad de Medicina de Moscú, me manifestó:

—Lo más importante para mí de este vuelo es la buena disposición orgánica que ha demostrado el piloto al saltar al vacío. Esta será la base de los futuros vuelos dirigidos por otros hombres que irán directamente, manejando ellos sus propios cohetes, en dirección a la Luna y otros planetas.

Un geógrafo ruso, con un nombre más largo que un ferrocarril, me dijo:

—Ahora sabemos positivamente, y por primera vez, cómo es la Tierra, los verdaderos colores que luce, cómo es nuestro planeta visto de lejos y de cerca, el achatamiento de los polos, etc.

Un periodista francés agrega, en el hall del Ukrania y fumando un mal cigarrillo ruso:

—Lo que necesitamos con urgencia no es Gagarin hablando, sino la película en colores de su viaje.

Un italiano me convida para salir a las siete de la mañana, y con un frío que corta, a ver modo de charlar dos palabras con los padres del héroe.

Un colega de "Pravda" facilita el camino en un cochecito más viejo que un mujik; cruzamos un Moscú casi vacío y con escasos niños que van a la escuela uniformados militarmente con los pesados gabanes azules.

*El padre.*

El padre de Gagarin no vive en Moscú y es la cuarta vez que llega a la capital rusa. Se llama Alexis y viste severamente de negro. Más que un campesino ruso, parece un campesino español. Junto a él está, con sus rudas y fuertes manos de labradora, su mujer, Ana. En la pared, la indispensable foto de Lenin y otra de Yuri (tomada hace apenas cuarenta y ocho horas). El ambiente es sencillo y, más que eso, de una modestia digna e impresionante.

Por supuesto que nos allanan por miedo a las terribles máquinas fotográficas. El papá de Gagarin no es Gagarin y puede hablar libremente. Mientras le brillan de orgullo los ojos al hablar de su hijo, Ana prepara el indispensable samovar que no puede faltar en ninguna casa rusa.

*Recuerdos.*

Con lágrimas en los ojos, el viejo Gagarin habla de los comienzos de su hijo, los primeros libros de Julio Verne, de Wells, las fantasías astronáuticas, los primeros modelos de aviones hechos por Gagarin con cajas de zapatos y trozos de latón.

—Siempre quiso ser piloto, desde que vio a los siete años el primer avión alemán durante la guerra que bombardeara nuestra casa.

"Tenía siete años cuando comenzó la guerra. En 1959 salía de piloto con uniforme y diploma. Se había leído todo lo que se podía encontrar en Rusia en materia de aviación y tenía proyectado presentarse de voluntario para los vuelos al espacio.

"Contaba a su favor con una salud de hierro, un corazón perfecto, un hígado y unos riñones que no conocían las enfermedades; la tensión arterial era normalísima y no recuerdo haber visto a Yuri enfermo. Tenía tres pasiones en su vida: su mujer, la aviación y el básquetbol.

"Yo he venido a saber ahora, y sólo ahora, que mi hijo no estaba en Rusia sino en el aire, dando la vuelta al mundo a trescientos kilómetros de distancia.

Toma lentamente un poco de té que le acaba de servir la vieja Ana y continúa:

—Pero habría sido lo mismo. Igual me encanta que haya hecho el viaje, y no lo digo con orgullo de padre, sino simplemente como ciudadano ruso.

El viejo habla pausado para que el intérprete Iván, de "Intourist", vaya traduciendo con cuidado sus palabras.

Es simplemente un padre que está orgulloso de tener un héroe en la familia y que lo dice con la mayor soltura.

*La madre.*

La madre no. Ana es terriblemente tímida y es la primera vez que se ve ante periodistas, con su foto en los diarios y con la propia imagen del hijo. Porque Gagarin nos persigue por todas partes. Está en la radio, en el cine, en la calle, en las tiendas, en los diarios, en las revistas que han lanzado números especiales.

Se ha proyectado ya una moda "Gagarin" para las mujeres soviéticas con un gorrito de cuero de forma de casquete de piloto. El mismo día 12 de abril de 1961 se inscribieron cincuenta y tres niños soviéticos que recibieron el nombre de Yuri. Ha habido concursos especiales en los colegios para que los niños digan por qué les gusta Gagarin y si quieren ser como él. Hasta a los perros se les han cambiado los nombres y la palabra "Gaga" está en todas partes. Ha aparecido una serial especial contando a los colegiales soviéticos cómo fue la infancia del piloto, su comportamiento heroico durante la gue-

rra cuando era sólo un niño. Sus actos de sabotaje a los nazis cuando andaba de pantalón corto, cómo conoció a Valentina y cómo son sus hijos Elenita y Galya. Este último nació veinte días antes que el piloto saltara al espacio.

*El himno.*

Nadie trabajó en Rusia el lunes 18 de abril. Los estudiantes se volcaron a las calles cantando el nuevo "Himno del Espacio".

El himno, que lo corean hasta las diez de la noche los policías y los soldados, dice: "Ha llegado la hora de los grandes vuelos. Nos esperan las grandes estrellas. Ya no nos basta la Tierra. Ahora queremos ir al cielo".

Y las palabras "cielo" y "espacio" andan en todas las bocas. Orgullosamente la prensa rusa dice que se han recibido más de cinco mil inscripciones de voluntarios para ir al espacio y hacer nuevos vuelos.

Me tocó ver la primera estatua de Gagarin fabricada y colocada en un día frente al Planetarium de Moscú. Veinticinco pueblos han pedido cambiar de nombre y ponerse "Gagaringrado". Hasta la fecha el Gobierno no ha contestado las solicitudes, pero es un hecho que por lo menos uno llevará el nombre del héroe.

*Preguntas.*

Se conoce hasta el último detalle minucioso de la vida de Gagarin, pero el héroe no habla y se mantiene celosamente al margen de los posibles interrogatorios periodísticos.

Dan las cinco de la mañana en la Catedral de San Basilio, y los periodistas siguen especulando con las eternas preguntas:

—¿Es éste el primer vuelo con éxito?

—¿Gagarin dice toda la verdad?

—¿Hay pruebas fotográficas y films de la Tierra vista por él?

—¿Habrá algo de cierto en el rumor que corre de que YA se ha lanzado otro hombre al espacio, un segundo Gagarin, que habría ido concretísimamente a la Luna o a otro planeta lejano?

—¿Se dará acceso alguna vez a los investigadores extranjeros para que estudien a Gagarin y conozcan los detalles de su viaje?

—¿Tiene alguna relación el vuelo de Gagarin con el tono contundente que ha tomado Nikita desde lo de Cuba y a cuarenta y ocho horas escasas de haber regresado Gagarin a la Tierra?

En una palabra, se especula y se especula hasta el cansancio. Y se toma vodka y se toma té. Una nieve sutil y fina cae perezosamente frente al hotel. Pasan los buses repletos de obreros que van cantando

el "Himno del Espacio" y que gritan "¡Gagarin!" por cualquier motivo.

*La hazaña.*

Esto es más que el vuelo de Lindbergh. Más que lo de Italo Balbo. Más que nada. Esto es el delirio elevado al cubo. Un delirio de doscientos millones de hombres dentro de Rusia y de otros tantos millones fuera de la inmensa U. R. S. S. Las revistas científicas se han agotado por primera vez en la historia. Gagarin viene en las cubiertas de todos los diarios del mundo, pero las fotos distintas, sin pose, son muy escasas. Si el vuelo fue misterioso, es mucho más misterioso el comentario del vuelo.

Prácticamente Gagarin ha hablado una vez en público y ante seiscientos cincuenta periodistas de todo el mundo, pero ya ha recibido las ofertas más raras. Los equilibristas de un circo lo nombraron su patrón por haber vencido la ley de gravedad. Un director de cine norteamericano quiere filmar su vida con el mismo Gagarin como protagonista. Le han ofrecido miles de dólares por hacer una gira relámpago por EE. UU. Una radio le ofrece un contrato millonario por hablar sólo cinco minutos. Los yanquis quieren que desfile por Broadway como los grandes triunfadores. Ya existe el batallón "Gagarin" en Rusia y... en Cuba. El propio Gagarin, que apenas tenía escasamente cuatro fotos suyas que fueron multiplicadas en cinco horas por millones de ejemplares, ha tenido que posar ante miles de cámaras de periodistas y de simples ciudadanos rusos que las muestran orgullosamente.

Es el único ciudadano soviético que ya tiene estatua en vida antes de una semana de haber bajado, sano y salvo, a la Tierra. Su brevísima existencia de veintisiete años la conoce en este momento hasta el último ciudadano ruso.

Recibió oficialmente la Orden de Lenin y fue ascendido a comandante del Ejército Soviético.

Nadie lo conocía el 11 de abril. El 12 en la tarde no había quien no lo conociera y repitiera su nombre.

En Londres se lanza la moda Gagarin para hombres, siguiendo la línea de su uniforme de piloto. Hubo colas ante los aparatos de TV en todas las capitales del mundo.

*Los niños.*

Hasta el último niño soviético sabe lo que le dijo Nikita al piloto cuando lo abrazó en público: "Estoy tan emocionado que no sé qué decirle". Y la respuesta de Gagarin: "Simplemente cumplí la misión

que se me había encomendado". El 12 de abril fue declarado día nacional en toda Rusia y ya se está filmando su vida secretamente en un estudio soviético.

Hay cigarrillos "Gagarin" y en breve correrá un pequeño auto de cuatro caballos que se llamará "Gaga" y que están montando en las grandes fábricas de Moscú. Será el Ford soviético al alcance de todos los bolsillos.

Pero lo terrible es que el mundo sigue andando. El 12 de abril es Gagarin, el 15 ya es Cuba y Fidel Castro, el 16 Kennedy, el 17 Nikita, el 18 es Argelia, etc. Los corresponsales que no han dormido durante cuarenta y ocho horas en Moscú, tienen que partir rápidamente al aeródromo internacional a tomar los pesados T. U. de la Aeroflot.

Y no sólo eso. Dicen que es príncipe y que está emparentado con los zares. Otros dicen que no se llama Gagarin. Otros agregan que el abuelo fue fusilado en los días de la Revolución. En otras palabras la noticia misma está siendo superada por el mito y la fantasía.

*La nave.*

El croquis oficial de la nave "Oriente" que usó el piloto es analizado con lupa para ver qué fallas puede tener y qué se podría aprovechar antes de que los rusos lancen la segunda nave.

Lo más agudo es lo que ha dicho un comentarista inglés:

"Estoy seguro de que el vuelo fue cierto y que duró exactamente noventa minutos, pero no tengo por qué creer que la nave que nos muestran los rusos sea la que efectivamente usó. Los rusos son unos genios en esto de decir lo que quieren decir y callar lo que les interesa.

"Tendremos que esperar mucho tiempo, cuando ya Gagarin no sea noticia, para saber los detalles preciosos y exactos de la gigantesca hazaña."

Una revista militar alemana se pregunta:

"¿Y si mañana estalla la Tercera Guerra Mundial y, así como los nazis lanzaron sobre Bélgica y Holanda los primeros paracaidistas, los rusos lanzan cien mil astronautas que pueden dar la vuelta a la Tierra en menos de ochenta minutos?"

*Balance.*

Porque ésa es la sensación que traigo del rápido vuelo a Moscú. Sólo sabemos lo que nos dijeron, lo que nos quisieron decir, pero lo que es infinitamente más importante son los detalles técnicos, militares, médicos y físicos que aún ignoramos.

Gagarin no es sólo el final de una hazaña victoriosa, sino el co-

mienzo de algo que aún no sabemos y que a lo mejor llegaremos a conocer en medio de una conflagración mundial.

Ahora la Tierra, toda la Tierra, puede estar controlada por pequeños aparatos volantes que cruzan como celajes delante de nuestros propios ojos.

Los platos voladores, ¿no serán acaso lejanos parientes de Gagarin y puedan volver a la circulación en caso de que se estire demasiado la guerra en Cuba, en el Congo, en Laos o en otro punto?

¿Por qué ha hablado sólo Rusia, y China ha permanecido flemáticamente silenciosa?

¿Qué hay detrás de esa versión única de la hazaña del piloto ruso que no admite preguntas y que es guardado celosamente —él mismo— como un secreto militar?

Así se sale de Rusia mientras el T. U. se eleva verticalmente hacia el cielo y en sólo cuatro horas vuelve a París.

# UN DATO AL OIDO...

Y ANTES de terminar estas líneas, amigo lector, le voy a sugerir una serie de consejos prácticos para viajar rápida y cómodamente:

1.º Nunca lleve más de una maleta.

2.º Use ropa de nylon en lo posible (que la pueda lavar usted mismo).

3.º Viaje en tren, en auto, en bus, en motoneta y elimine los aviones, que son ultrarrápidos, pero desde los cuales no se ve nada.

4.º Camine a pie todo el día por las ciudades que va a conocer. Y ojalá se pierda, que esto le dará oportunidad de descubrir rincones ignorados.

5.º Consuma la comida del país. Es idiota comer *spaghetti* en París y tomar champaña en Roma o "callos a la madrileña" en Hamburgo.

6.º No tome nunca pensión completa. Así comerá en cualquier parte donde le toque y ahorrará tiempo.

7.º Lleve el mínimum de ropa, predominando lo deportivo y práctico, que incluya, si es hombre: boina, alpargatas, pantalones de pana, chaqueta de cuero y tabaco picado. Si es mujer: *sweater,* falda o pantalón, pañuelo para la cabeza y zapatones de tacón bajo. Pero no está de más llevar una tenida más elegante de vestir..., por si lo invitan a algún lugar de etiqueta.

8.º Hágase usted mismo el desayuno y coma fuerte una vez al día, para que no se sienta tan pesado y así poder recorrer lo más posible.

9.º Si conoce idiomas —que es indispensable—, converse al máximo con la gente del lugar, aunque lo miren espantados por su mal francés o su pésimo alemán. Imprescindible, de todos modos, llevar un diccionario de bolsillo.

10.º No pierda el tiempo en ciudades sin importancia. Hay que ir a la raíz de las cosas.

11.º No se pase días enteros en un museo, porque terminará mareado y no verá nada.

12.º El dinero que lleve, téngalo cosido, si es posible, en un bolsillo interior del traje.

13.º Aunque se ría, róbese todos los ceniceros que pueda..., que para eso están.

14.º Y antes de viajar por España, Inglaterra, Italia, Francia o Alemania, estudie aunque sea superficialmente su maravillosa historia.

15.º A pesar de lo que digo en otras páginas sobre los guías, hay lugares que exigen sus indispensables servicios para ganar tiempo.

16.º Si es soltero o soltera, enamórese, amigo lector, de una italiana en Florencia; de un gondolero en Venecia, amiga lectora; de una sevillana en Andalucía, de un torero en Madrid, pero... vuelva soltero o soltera a su país.

Y ahora... a hacer las maletas y a ¡partir!

## CHILE FUERA DE CHILE

FINALMENTE, en un libro tan internacional escrito por un chileno y destinado especialmente al público chileno, no puede faltar una palabra sobre cómo el mundo mira a Chile, y cómo nos ven a nosotros cuando salimos del país.

En esto hay que ser francos a macha martillo, sin halagar ni mentirle a nadie. Amigos íntimos de Chile: Brasil y Ecuador. Decir chileno es para que se abran todas las puertas. En Bolivia ya no hay recelos por la guerra del 79. En Perú queda un poco y "eso" en la clase superalta, como a la altura del quinto trago. En Colombia se nos quiere extraordinariamente. Esto se debe en gran parte a embajadores de primera línea, como Julio Barrenechea y a varios escritores más.

En Argentina el problema es distinto. Tenemos el problema limítrofe del sur y el terremoto. El segundo borró miles de prejuicios nuestros con la estupenda ayuda de la nación vecina, que se volcó íntegra a través de un mes inolvidable. Lo único que produce ciertos frotes aún es el problema de las islas, que es un negocito privado que tienen la Armada y el Ejército argentinos. Concretamente, el sector "gorila", que no es ni el uno por mil de la gran nación hermana.

Con Uruguay no hay problema. Llegar a Montevideo es como llegar a Santiago. El mismo clima, la misma gente, la misma democracia que se palpa en el aire. Paraguay es más que amigo. Es hermano de sangre.

Los mexicanos nos encuentran igualitos a ellos, y basta ver una película azteca para darse cuenta de que la similitud de raza es bastante notable. Una vez más se prueba que los extremos se tocan.

Decir Chile en Venezuela es decir universidad, profesores, economistas, carabineros, ejército, estudiantes, escritores, cultura.

Lo mismo pasa con Panamá y toda la América Central. En lo único que hemos sido imperialistas ha sido en que podemos exhibir con orgullo la cultura universitaria chilena exportada a través de cincuenta años por la Universidad de Chile. Hemos sido el cuartel general de la cultura americana, y si no que lo digan la mayoría de los ministros,

senadores, diputados y hasta Presidentes del continente que estudiaron en Santiago.

Para Estados Unidos, somos un país lejano y pintoresco. Cada vez que hacen un film en que sale un chileno, aparece poco menos que con plumas y vestido de torero. Sólo una minoría culta y viajada conoce íntimamente nuestro país.

No sacamos nada con la política del Buen Vecino y con algunos embajadores hábiles, como Claude Bowers, que se enamoraron de Chile, ni con periodistas de la talla de Lester Ziffren, que han escrito y divulgado la verdadera fisonomía del lejano país del sur. Se imponen menos palabras de buena crianza y más hechos prácticos. El batallón de asombrados turistas que llegan periódicamente a Santiago, debía ver algo más que el Casino de Viña y la pesca del salmón en la región de los lagos. Es absurdo que en 1961 el Tío Sam conozca tan poco a uno de sus sobrinos que no sólo produce cobre y salitre, sino algunas cositas más.

En España entramos como a nuestra propia casa. Un chileno que diga su nacionalidad sabe que tiene todas las puertas abiertas. Me atrevo a decir más aún: somos los regalones de la Madre Patria, a varios pies de altura sobre el resto de las demás naciones.

Alemania es uno de los pocos países europeos alejados de Chile donde se nos quiere sinceramente y donde se sabe dónde queda Chile, y quiénes son los chilenos, y cómo ha sido nuestra manera de hacer la historia. Bismarck, la guerra del 79, la contratación de profesores y oficiales alemanes, la colonización del sur y la neutralidad del año 14, lo explican fácilmente. Osorno, Valdivia y Puerto Montt son primos hermanos de la Selva Negra alemana. Y a ratos uno se siente en el Rin navegando por el río Valdivia.

En el resto de Europa la cosa va cambiando. Y cambiando para peor. En París y otros puntos me han preguntado cien veces (y gente teóricamente culta) dónde quedaba Chile y qué tenía que ver con el Brasil y Buenos Aires.

Me pasé horas enteras en los cafecitos de la Rive Gauche dibujando a lápiz en el mantel la larga y angosta faja y explicándoles a los buenos franceses cómo éramos, la cultura que teníamos, el papel de las universidades, la labor de nuestros geniales poetas, la seriedad cívica, la diversidad de los partidos políticos y la pujanza de una nación en marcha.

Me miraban con los ojos abiertos y con cara de signo de interrogación. De esto se salva Italia por los miles de "tanos" que tenemos en Chile y por los parientes que dejan en su país y que conocen a Chile a través de las ingenuas cartas que saltan de las esquinas de Santiago a la lejana Roma.

De los demás países, no hablemos. Estamos tan lejos de todo,

físicamente somos tan chicos, hemos tenido en la mayoría de los casos diplomáticos tan poco hábiles y el país no ha ganado nada con los nuevos ricos que creen que Europa es la Place Clichy o la Place Pigalle. O con las señoras que van a comprar perfumes a París. Los verdaderos y más auténticos embajadores —y lo puede comprobar cualquier chileno que haya caminado por fuera— son los modestos estudiantes, los escritores que viajan en tercera, los periodistas pobres, los pintores bohemios, los escultores que viven en bohardillas, los profesores becados que no conocen jamás las boîtes, los restaurantes de lujo, los grandes estrenos y los palcos con olor a polilla de los teatros oficiales.

Sin hinchar el pecho y haciendo cola a la puerta de las Embajadas para recibir una carta, han hecho por el país más que los solemnes y acartonados diplomáticos de sombrero enhuinchado.

A ellos les debe Chile ser conocido prácticamente fuera de Chile.

# MI ULTIMO REENCUENTRO CON EUROPA

Y COMO capítulo final de este rápido libro de impresiones, un balance en que he anotado las últimas sensaciones que me dejó el mundo al regresar —como tantas veces— a las luces de España.

Salí de Madrid justamente el día que la tierra brincaba en mi país y que quedaron diez mil muertos y once provincias arrasadas.

Allá se salió el mar y los cerros cambiaron de forma. Los niños de Chile tendrán que volver al colegio para aprender una nueva geografía... En el Sur una casa que tenía dos pisos quedó de uno. El otro se montó en una vecina que pasó a tener dos... Un río montó sobre una colina y un barco ancló en la Plaza de Armas de Corral, empujado por una ola de treinta metros de alto.

Pasé por París en los días de la fracasada Entrevista de la Cumbre y me tocó ver a Nikita antes de sacarse la zapatilla. Se le notaba en la calle Grenelle —donde está la Embajada Soviética— que se estaba ensayando para el gesto, pero no le había salido bien aún...

Vi igualmente una exposición de Dalí sobre "La Divina Comedia" que me dejó impresionadamente perplejo. Don Salvador, cuando le da la gana, además de ser genio, es uno de los dibujantes más perfectos del mundo, que no tiene nada que envidiarle a Miguel Angel y a Rafael de Sanzio en los mejores días del Renacimiento.

Dejé un París bajo la niebla y con el pobre Ike triste y malhumorado. Teóricamente Mister "K" había ganado la partida... De Gaulle había hablado entre lagrimones por la radio, y los buenos burgueses de Neuilly creían que la Quinta República era casi como el Imperio y que el viejo general podía ser una Santa Juana a caballo...

En Argel corría la sangre como de costumbre y se decía en todos los tonos que los hermanitos siameses —China y Rusia— estaban cada día más mal.

En Sao Paulo me salió al encuentro la arquitectura más joven y más ágil del mundo... Y me quedé pensando si era mejor venir de tan lejos a Europa a ver apolilladas y solemnes catedrales góticas, o

quedarse en América para ver crecer la selva arquitectónica de un país en marcha...

En Chile me recibieron la noche y la muerte. Las caras tenían color cadáver desde que me descolgué del avión.

Yo era uno de los escépticos que creían bien poco en ese músculo hueco que se llama el corazón. Y tenía poca fe en los hombres. Con el terremoto me di cuenta de que me había equivocado. Equivocado medio a medio. El mundo entero se abrió para Chile. Y se abrieron la sonrisa, el corazón y la billetera. Durante un mes Santiago fue una mezcla de Corea, La Habana y Nueva York, y tuve que aprender rápidamente inglés para darme a entender en mi país...

En septiembre me salió un viaje a China. Total, no era casi nada. Treinta y seis mil kilómetros a través de América, Africa, Europa y Asia... Volví a hacer las viejas y aventureras maletas y partí. De nuevo me salieron al paso la política argentina llena de atentados, bombitas y asaltos a Bancos; la cara transpirada de Río con aspecto de Carnaval todos los días y todas las noches del año. Y caí en la Isla de la Sal, que es una especie de Consulado que tiene Portugal en medio del Atlántico...

Pasé sobre una Lisboa con sol, y una maravillosa y dormida España de noche. Eché mis lagrimones al cruzar por el aire las remotas luces de Madrid, y aterricé en un Milán en que había más estatuas, más angelotes de mármol y más catedrales que gente...

Nuevamente Europa... Era la quinta vez. Y ésta camino de China. Llegué a Suiza, me aburrí ante los laguitos recién pintados y los suizos puntuales como relojes de cucú, y pasé sobre una cuerda tensa y cortante que estaba en medio del viento y que se llama oficialmente... la Cortina de Hierro...

En China me di cuenta de que un país con seis mil años de cultura puede ser más joven y estar más al día que una republiqueta recién inaugurada en el corazón del Africa, y que se puede ser nieto de mandarín, usar los bigotes más largos del mundo, creer en Mao Tse-Tung... y, al mismo tiempo, deslumbrarse con los crepúsculos de laca de la Ciudad Prohibida del viejo Pekín... Estuve en el norte y en el sur. Les di la mano a obreros, intelectuales, soldados, monjes, lamas, sacerdotes católicos, periodistas, guías, intérpretes, etc.... Volví como recién hecho y como si alguien me hubiera lavado los sesos con una escobilla de dientes...

Pasé sobre bosques de aviones en Moscú y en Siberia. Aterricé en París sobre un país que estaba recitando en voz baja las palabras "guerra civil". Fidel marca la pauta de la política mundial desde Cuba. Berlín puede ser un foco ulceroso, ganan los demócratas en Estados Unidos, se va el viejo Ike, llega un niño al que a lo mejor no dejan entrar a cines en los films "aprobados sólo para mayores de

quince años", por la carita de crío que se gasta y que llaman Kennedy.

Volé sobre una Polonia con nieve, una Alemania rota al medio por la más estúpida de las divisiones, y luego el avión descendió sobre los Países Bajos.

En medio de un claro de nubes viajeras, Holanda y luego Bélgica. Una blanca dársena indicando las defensas contra el Mar del Norte y el brillo amenazador de las olas. Verde, verde y más verde, pero un verde suave y occidental, después del verde obscuro y sombrío de los bosques rusos...

El sol de Europa estaba feliz de iluminar estos ríos y lanzarse a nado en estos lagos.

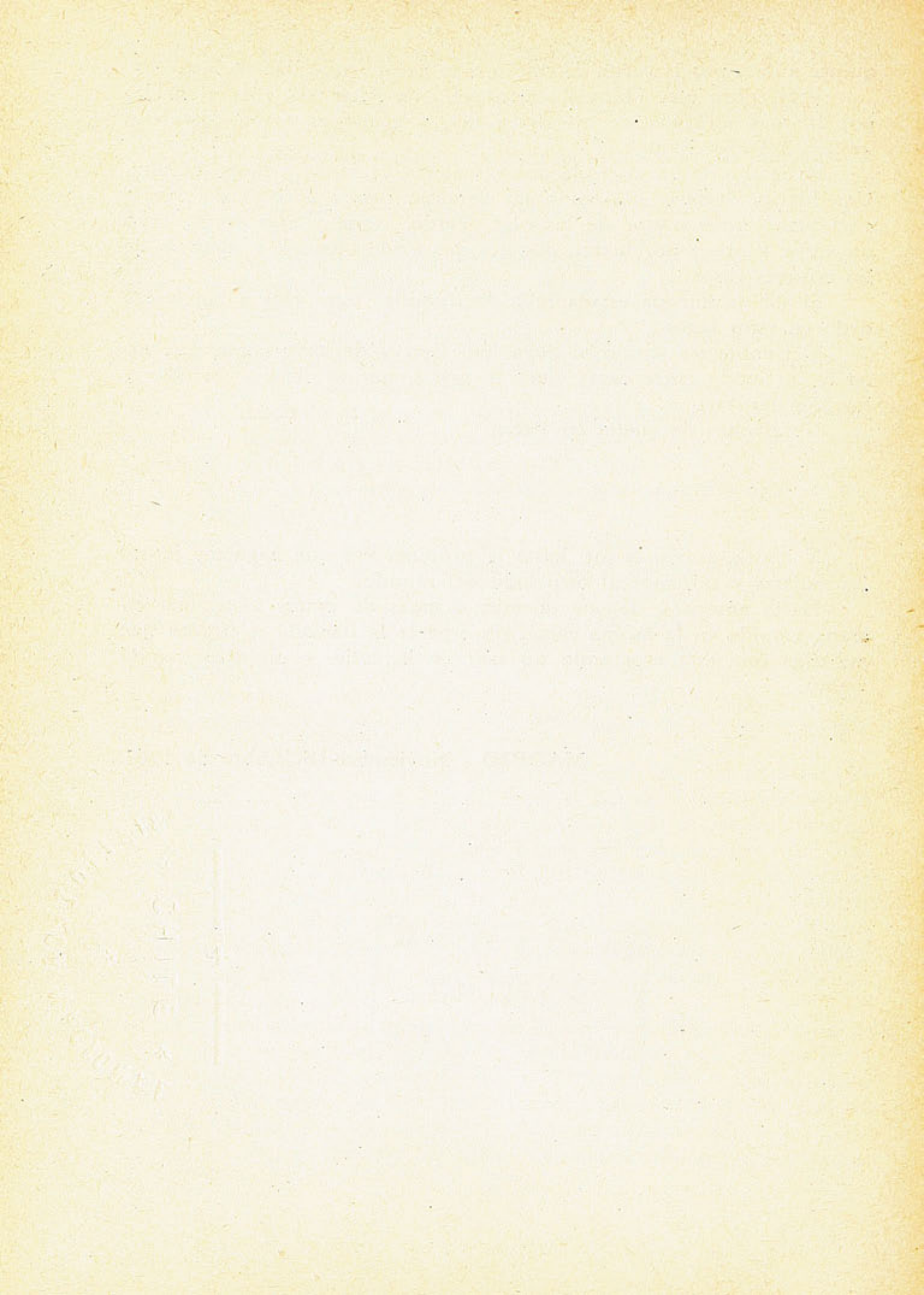
Y finalmente surgió el Sena, tan fino y delicado como una arteria, corriendo entre casas viejas y grises, que se iban a estrellar a los pies del Arco...

¡Estábamos de vuelta en París!

Y ahora, amigo lector, hasta la próxima vez que hagamos juntos las maletas y saltemos al otro lado del mundo.

Hasta entonces, déjeme dormir, después de tantos años, una semana seguida en la misma cama, sin esperar la llamada telefónica que me diga que está esperando un taxi en la calle, y un avión en el viento...

MADRID - Noviembre-Diciembre de 1961.



# INDICE

FABRICACION CHILENA
PRINTED IN CHILE